George Ticknor.

SUUM CUIQUE.

Accessions 114871

Shelf No. D.157.22 vol. 3

SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
BOSTONIA CONDITA A.D. 1630

GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI. MDCCCLXXI.

BOSTON PUBLIC LIBRARY

BEQUEATHED BY

George Ticknor.

Rec.d Apr. 26th 1871.

EL BERNARDO,

POEMA HEROYCO

DEL DOCTOR

DON BERNARDO DE BALBUENA.

SEGUNDA EDICION.

TOMO III.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE SANCHA.
AÑO DE 1808.

D.157
22
v. 3

114871
E.S.

EL BERNARDO.

LIBRO DECIMOSEPTIMO.

ARGUMENTO.

Prosigue Malgesí su viage, mostrando todas las imágenes y signos del cielo. Bernardo desde un collado del Parnaso contempla la variedad de monstruos que salen al mundo por la puerta del engaño. Acometen los necios del meson de la Fortuna á saquear el Parnaso: defiéndeselo el Leonés, haciendo en ellos gran mortandad. Apolo, y las Musas, en honra de su victoria, le llevan al templo de la Inmortalidad. Libra á una doncella de un leon y del riesgo de unos caballeros, y vase con ella á las fiestas de Milene, donde hace una peligrosa batalla con un caballero no conocido.

Iba el barco tan alto, que pudiera
Aferrar con el áncora en la luna,
Y tomar puerto en ella, si quisiera
Ver el mudable reyno de Fortuna;
Y no allí solo, en sola aquella esfera,
Mas en todas pudiera de una en una,
Que como islas doradas á porfia,
Que nacian unas de otras parecia.

Así á los que huyendo las riberas
De la bárbara Peucen, si el camino
Toman, dexando el Ponto y sus laderas,
A ver de Chîo el regalado vino,
Las Cicladas les van naciendo enteras
Por el golfo á su estrecho mas vecino:
Aquí Scirno, allí Lesbos, allá Amato,
Y el Naxô puerto de un amante ingrato.

Y por el cielo así al cubrirse el dia
Islas se fueron descubriendo de oro,
La húmeda luna, la montaña fria
De Saturno, y de Venus el tesoro,
Su lucero amasado de alegría,
De Marte el ronco estrépito sonoro,
Y la mayor fortuna que en su cumbre
Joviales rayos da de alegre lumbre.

El sábio que en los ángulos del cielo
Tan cerca vió la celestial milicia,
De oir el son de su compuesto vuelo,
Y ver sus globos de oro se acudicia:
Y ya perdiendo de la vista el suelo,
Del mundo superior dió así noticia,
A aquellos que primero de la tierra
Las pobrezas contó que su orbe encierra.

¿A quien no admira tu saber profundo,
O Arquitecto de amor, Rey soberano,
Si el uno considera y otro mundo
Divina traza de tu heroyca mano?
¿El dulce contrapuesto amor fecundo,
De su engace inmortal nudo galano,
Con que su bien medida arquitectura,
Si quedó mas hermosa, es de mas dura?

¿Este relox de universal concierto,
En ruedas, cursos y exes tan medido,
Que al sábio punto del primer acierto,
Ni en tiempos ha ni en vueltas desmentido,
A quien no admira, y dexa descubierto
De su autor el saber nunca sabido,
Que ser le dió en su idea antes que fuese,
Ni una esfera tras otra se moviese?

Allí estrellas labró, allí movimientos,
Cielos, luces, planetas, conjunciones,
Signos, centro, epiciclos, detrimentos,
Puntas, gozos, caida, exâltaciones,
Casas, orbes, apogios, decrementos,
Solsticios, cursos, vueltas, estaciones,
Aspectos, rayos, auxes, deferentes,
Climas, ruedas, esferas, y ascendientes.

El firme engace y armonía de cosas,
Tan á plomo y compás encadenadas,
Sin que haya una demas, todas forzosas
A conservar un mundo enderezadas:
En esto con sus vueltas presurosas
A todos tiempos y horas ocupadas,
Produciendo conforme á sus aspectos
Una infinita variedad de efectos.

Si solo un cielo en nuestro mundo hubiera,
Todas las cosas fueran de un tamaño;
O siempre otoño, invierno, ó primavera,
O todo plata, cobre, ó todo estaño:
Nada se renovara, ni muriera,
Ni en mil edades se acabara un año,
Y el mundo en rueda fuera una pintura
De unos mismos dibuxos y figura.

A este fin el segundo movimiento
Fué á las humanas cosas necesario,
En que hacen debaxo el firmamento
Siete ruedas de luz curso contrario;
Y mudando de casas y de asiento
Un concurso revuelven ordinario,
Con que del suelo las alegres vidas
Unas ganadas van, y otras perdidas.

Lo que Saturno rompe y menoscaba,
Júpiter lo reforma y consolida,
A Marte templa la aspereza brava
Del sol la antorcha de cristal lucida:
Alegra Venus, y Mercurio agrava,
El bien ó el mal; la luna repartida
En mil rostros ayuda y favorece,
Y así la variedad del mundo crece.

Estos aspectos, estas mutaciones
De signos y planetas diferentes,
La variedad nos dan de inclinaciones,
Y sucesos del mundo, y de sus gentes:
Ciencias, habilidades, gracias, dones,
Pechos villanos, ánimos valientes,
Fuerza, disposicion, brio y belleza,
Rica abundancia, y áspera pobreza.

Esmáltanse los campos de sus flores,
Brota el jazmin, y crece la azucena,
El ambar nace, y los demas olores
La tierra dexan de perfumes llena:
El hierro, plata, el oro, y las mejores
Perlas que dió la mar, y vió su arena,
Prados, yerbas, frutales, bosques, fuentes,
Destas mudanzas toman sus corrientes.

Y el mundo al fin, que sin los cielos fuera
Sombrio desierto, claustro tenebroso
Con el invierno es, y ahí la primavera
Vergel florido, y campo deleytoso:
¿Quien trazó esta armonía? ¿en qué manera
Su edificio se hizo milagroso?
Antes de fabricarlo, ¿donde estaba
El gran saber que su beldad pintaba?
De lo que fué en los siglos eternales,
Quando aun no bien el mundo habia nacido,
¿Qué razon se hallará entre los mortales?
¿Quien lo oyó? ¿quien lo supo? ¿quien lo vido?
¿En qué cimiento, sobre qué puntales
A la tierra se dió asiento medido?
Al enarcar las bóvedas del cielo,
¿Quien sus cimbrias trazó? ¿quien dió el mo-
¿De qué veta salió la pedrería [delo?
Que en ellas desde acá vemos sembrada?
¿De qué conchuela de oro nació el dia?
¿Y al sol quien le vistió su luz dorada?
El alba, y sus celages de alegría,
¿De qué pasta de nacar fué amasada?
¿De qué sutil y soberano aliento
El ayre adelgazó, y respiró el viento?
¿De qué limpio cristal el agua pura
Su licor destiló fresco y suave?
¿Quien le vistió á la nieve su blancura,
Y sus alientos de volar al ave?
¿Desta inmortal lazada la hermosura
Qué ojos la vieron dar? ¿qué sábio sabe
Su duracion, el tiempo que le queda,
Y quantas vueltas faltan á su rueda?

Si ya quisiese el brazo soberano,
Que aun lo que ser no tiene le obedece,
Deshacer con la fuerza de su mano
El mundo, y quanto en él crece y descrece,
Y lo visible vuelto en ayre vano,
Si huyendo de su ser desaparece,
Porque gusta de hacerlo de otro modo,
Siéndole fácil y posible todo;

Quando esta inmensa máquina abreviada
Hubiese á su primer no ser venido,
Y con divinas fuerzas apretada
A un punto indivisible reducido:
Lo que ahora vive, convertido en nada,
¿A qué nuevo lugar se habria huido?
De nuestras cosas, y de nuestro mundo,
¿Quién llevaria las nuevas al segundo?

¿Mas dónde va mi pensamiento ahora?...
¡O lo que puede un levantar al cielo
Los ojos! que el gran bien que dentro mora
Al mas caido espíritu da vuelo:
Desta mi digresion fué causadora
La luz de su beldad, ante ella apelo;
Y vosotros, ó nuevos linces sábios,
Su hermosura escuchad puesta en mis labios.

Ved en la cumbre y bóvedas distantes
De la altura del mundo dos centellas,
Que los zelos de Juno hicieron antes
Osos feroces, y el amor estrellas:
Y la rica guirnalda de diamantes,
Que de Ariana ciñó las sienes bellas,
Sobre los hombros de oro por mas fiesta,
De un perezoso carretero puesta.

El frio dragon que en roscas de oro al polo
Como un rio de estrellas se dilata,
Y Hércules que sobre él en un pie solo
Su clava esgrime de encendida plata:
La grave lira del sonoro Apolo,
Que en el leon ardiente se remata,
Y sus luces esconde quando entero
Del mundo se despide el turbio enero.

Ahora deba á sus cuerdas la armonía
Que un tiempo oyó Pitágoras, el cielo,
O el blanco cisne le haga compañia
Tambien en el cantar, como en el vuelo;
Que despues que de Aquiles la porfia
Volvió en ligera pluma el blanco pelo,
Con nuevas alas sobre el frio polo
Subió á buscar la cítara de Apolo.

De Andrómeda la bella el padre anciano
Es aquel Rey de la tiznada gente,
Que rubia estrella hecho, vuela ufano
Del Capricornio en la arrugada frente:
De Casiopea el trono soberano,
Sentado en el torcido Cancro ardiente,
Y en el sagaz Perseo la cabeza
Del Gorgon vuelta á su primer belleza.

Del triángulo son esas las centellas
Que hacen corona al vellocino de oro,
Y Andrómeda desnuda en medio dellas,
Lloviendo aljófar de importuno lloro,
A un peñasco ligada hecho de estrellas,
Dos signos antes del florido Toro;
Que aun sobre el firmamento levantados
Los peces nadan por sus pies dorados.

El monstruo de la sangre de Medusa,
A quien sobre la clin la mano puesta,
El frio Aquario de verter no excusa
La urna de nieves y cristal compuesta;
Sus cerdas ahora en tempestad difusa
De aguas se lave, ó en carrera presta
Quiera sobre el de aquel tupido yelo
Huirse á mas templado y fértil cielo.

El delfin que á Arion en sus espaldas
Apoya un tiempo, y ahora alumbra el mundo,
Y la saeta con las manchas pardas
De la hidra negra, y su veneno inmundo:
El águila real de uñas bastardas,
Que de Troya robó el parto fecundo,
De adonde trasladado á mejor plaza,
De nectar sirvió á Júpiter la taza.

El Ofiuco soberbio serpentario
Aquel es, y el dragon en oro abierto
Le da en el cuerpo nudo extraordinario,
De estrellas todo y claridad cubierto:
Y entre el Tauro y el Géminis el vario
Eritronio, que es hombre en sierpe enxerto,
Con los otros seis signos, cuyo vuelo
Corre por este cóncavo del cielo.

Mirad tambien del Orion armado
A esotra parte del contrario mundo,
El ceño horrible, el tahalí dorado,
Con que altera y amansa el mar profundo:
El sirio can en llamas abrasado,
Con la luz del primero y del segundo,
Que el cielo alegran, y su fuego ofende,
Quando en mas rayos de oro el sol lo enciende.

Ved como de ambas luces temerosa
Huyendo la estrellada liebre vuela,
Y del griego Jason la nave hermosa,
Que fué del navegar primera escuela:
De Alcides la ancha hidria cavernosa,
Que así su plateada escama yela,
Que á enfriar puso en su nevada plaza
Ganimedes de Júpiter la taza.

El negro cuervo, blanco antiguamente
Quando era page de Corónis bella,
De llamas de oro allí resplandeciente
Hecha de luces da una ardiente pella:
Y el Centauro Chîron, ayo prudente
De Aquiles y Esculapio vuelto estrella,
Y allí el cruel Rey de Arcadia lobo hecho,
De luces lleva remendado el pecho.

El ara en otro tiempo ardiendo incienso,
El mudo pez, la incógnita ballena,
El Erídano hermoso, á quien dan censo
De ambar las arboledas de su arena:
La rueda de Ixion, que en cerco inmenso
De estrellas, resplandor y luces llena
Compone un cielo aparte; y el milano
Que volvió rica á Jupiter la mano."

Así por la ancha máquina del cielo
Notando el sábio iba aspectos varios,
Con prudente midiendo y fértil vuelo
Efectos uniformes y contrarios:
Mas yo que por tan alto paralelo
Fuera voy de caminos ordinarios,
Al baxo suelo vuelvo, no suceda
Trastornar dos faetones una rueda.

Que en tanto que ellos por region tan nueva
Gozando van del celestial tesoro,
Bernardo en la espantosa oculta cueva
La luz bebiendo está de un rayo de oro,
Que con prudente paso á dar le lleva
De la escondida gruta al mejor poro,
Que le escupió de su profundo entierro
Al pie florido de un vistoso cerro.

Conoció por las señas el Parnaso
De dos puntas que buscan las estrellas,
Y en moderado aliento y grave paso
Subiendo fué por las vertientes dellas:
La senda inculta y el camino escaso
Advierte que hay de allí á sus cumbres bellas,
Y el confuso esquadron que al pie del monte
Horrible hace y bárbaro horizonte.

Los monstruos digo, que la eburnea puerta
De aquellos valles lobregos vomita,
Cuya esquadra con trápala y rehierta
Cercada va de confusion y grita:
En extraños visages descubierta
La vana inclinacion á que la incita
El brutal gusto del brebage extraño
De la dorada taza del engaño.

Púsose á ver el español guerrero,
De una alta peña por un breve rato,
De aquel desquadernado vulgo fiero
El tropel ciego y bárbaro rebato:
Las nuevas sendas en que un mundo entero
Sin rienda corre al diferente trato,
Que ahora sea justo, ahora injusto,
A cada qual le trae y pide el gusto.

Iban á dar con exercicios varios
Por marañadas sendas y caminos,
(Aun en oficio y opinion contrarios,
Que tambien hay contrarios desatinos)
A un gran palacio, cuyos lacunarios,
Y almenages de lazos peregrinos,
De fuera un cielo hacen, y de dentro
Son de desorden y locura el centro.

El meson y hospedage de la Luna
Este alto alcázar lóbrego se llama,
Hospital de los locos de fortuna,
Que á tiento siembra el bien, y el mal derrama;
Donde apenas de mil cabezas una
De los ramos se libra desta rama;
Que en nuestra ínfima esfera y tierra obscura,
¿Quien hay sin senda ó ramo de locura?

De esfinges, hídras, sátiros, briareos,
Faunos, arpías, cíclopes, quimeras,
De centauros, gigantes y pigmeos,
Cubiertas van del monte las laderas:
Scilas, caribdes, y otros monstruos feos
De hermafroditas trazas y maneras,
Cada uno por su senda y su camino,
Tras su discurso y nuevo desatino.

Una envidiosa Aglauro, convertida
En dura piedra; un Midas avariento,
Que de las mesas de oro sin comida
Ayuno queda, y se levanta hambriento;
Un Argos, velador de agena vida,
Dormido á su importancia, y soñoliento;
Una Aragne sutil, que es quanto toca
Texer agenas vidas con la boca.

Un Licaon en lobo, que se traga
La sangre y el honor de su vecino;
Un Calidonio jabalí, que estraga
Quanto se encuentra y halla de camino:
Atis, un vano amante, que por paga
De su amor queda convertido en pino;
Una obstinada Níobe de peña,
Y una arrogante Antígone en cigüeña.

Un Anteon en ciervo, que sus perros
Por cazar él á otros, le dan caza;
Un cruel Edipo, que entre duros hierros
Por sus dos hijos la garganta enlaza:
Un ruiseñor cantando agenos yerros,
Medeas, que de sus carnes hacen plaza;
Y mil Prognes de tocas alheñadas,
Que sus hijos ó hijas dan guisadas.

Cadmos aquí y allí vueltos dragones,
Mil Cécropes en xîmias burladoras,
Hipómenes y Atlanta hechos leones,
Y en grajas las Pyeres burladoras:
Contra mugeres nuevos pigmaleones,
Y ellas en habla y músicas sonoras
Sirenas vueltas ciegan los sentidos,
Que quedan por sus costas destruidos.

Un Proteo, un Vertuno, que se muda
En diferentes formas cada rato,
Y con lisonjas de alcanzar no duda
De la mesa del Rey el mejor plato:
Y otro menos discreto, que se anuda
Como yedra á un estéril olmo ingrato,
Que en tanto pueblo de malicias lleno
Bien cabe el asno inútil de Sileno.

Los gigantes, pigmeos contra el cielo,
Y los que de anchos hongos producidos
Tan nuevo fingen su linage al suelo,
Que apenas quieren de hombres ser nacidos;
Mas fuera del humano paralelo
Darse en nuevas fantasmas convertidos,
Con el ropage que les dió de nuevo
Del dulce engaño el venenoso cebo.

Todas estas fantásticas figuras,
Que en contrahechos bultos de animales,
Por las cavernas van saliendo obscuras
Al teatro de las lumbres celestiales,
Del sacro monte puesto en las alturas,
Ageno contemplaba de sus males
El discreto español, á quien el hado
Igual le dió la luz con el cuidado.

Y sin dar paso atrás por el camino,
Que ya se muestra en el subir mas llano,
De un collado á la alegre cumbre vino,
Puesta á la sombra de un laurel lozano,
De donde en un confuso torbellino
Venir sin orden vió un vulgo liviano
Contra el sagrado monte, cuya sierra
Al mundo su mayor tesoro encierra.

Y por la senda que delante tiene
Correr la posta mira á un caballero,
Que á dar el prevenido aviso viene
Del ciego vulgo y campo vocinglero:
"Huid, dice, señor, huid, que conviene,
Huid á lo mas alto, huid ligero,
Que el confuso esquadron del vulgo triste
Al sacro monte sin piedad embiste."

Y sin mas aguardar á toda rienda
Volando pasa la montaña arriba,
Sin que el español jóven nada entienda
Del temeroso sobresalto en que iba:
Bien que por ver la desigual contienda,
Con que al monte el confuso vulgo arriba
Entre una hueca polvorienta nube,
Al crespo gajo de un peñasco sube.

De allí acercarse mira á la montaña
El monstruoso rebaño de quimeras,
Que en cuerpos de hombres traen (¡cosa extra-
Enxertos rostros y ánimos de fieras: [ña!)
Melancólico sueño que le engaña
Juzga de tantos monstruos las maneras,
Los corvos dientes, los torcidos lomos,
Y gruesos labios de testuces romos.

En bayo desbocado frison viene,
Sin firme freno ni compuesta silla,
Un hinchado jayan, que el cargo tiene
De capitan de la infeliz quadrilla:
Y el potro, sin bocado que le enfrene,
Aquí le encumbra, y acullá le humilla;
Tras él su gente, que en seguirle en todo
Sabe, y no en mas guardar sin orden modo.

Son todos á un compás cortos de vista,
Causa que nadie venga sin antojos,
Y aunque unos de una, y otros de otra lista,
De grandes lenguas y pequeños ojos;
Que el necio es importuno coronista,
Y quanto alcanza y sabe, por antojos:
Sin armas; que las suyas mas atroces
Son en vez de razon confusas voces.

Era, sabed señor, el gran fracaso
De la canalla bárbara importuna,
Que á saquear acometió el Parnaso
Los necios del meson de la Fortuna,
Que en quarto aparte con celebro escaso
Los rostros adivinan de la luna,
Y ahora de viento las cabezas llenas,
De la gavia han rompido las cadenas.

Salieron todos del convento oculto
A gritos pregonando sus locuras,
Como en la misa suele el pueblo inculto
Con voces espantar las sepulturas:
Y de un ciego esquadron el negro bulto
Mal formadas endechas brama á obscuras,
Inquietando en confusas vocerías
De sus difuntos las cenizas frias.

En ridículos gestos y visages
La inútil descompuesta esquadra corre:
Unos en huecos y anchos personages
Su pompa quieren que sus pasos borre:
Otro que su habla sirva de celages
Que su ignorancia cubra, y él ahorre
Con prevenidos dichos aparentes
La opinion que no alcanza en los oyentes.

Quien, al arco de un vano amor fingido
Idolatrando va en unos cabellos:
Quien, con un cerco piensa mal medido
De los cielos saber quanto hay en ellos:
Quien, hecho un torpe mozo desabrido
Los otros quiere á golpes deshacellos:
Y quien, averiguar con grave zelo
Lo que viste el cabron ¿si es lana, ó pelo?

Quien, de la barba encrespa la guedeja,
Por hacer mas robusta la figura;
Quien, se finge leon, siendo de oveja
Un hinchado pulmon de sangre obscura;
Quien, por parecer niña, siendo vieja,
Despliega el rostro, y pliega la cintura,
Haciendo en sus historias y entremeses,
Los meses dias, y los años meses.

Quien, buscando arreboles desentraña
Las ricas conchas que la Arabia cria,
Quien, los de su florido rostro empaña
Comiendo tierra desabrida y fria,
Quien, con fingida hipocresía engaña
Al que sin recatarse dél se fia,
Y en el cielo los ojos, con la mano
El corazon le roba al mas cercano.

Admirado dexó al valiente godo
El delirar de la ignorante gente,
Y quan fuera de término y de modo
De sus locuras iba la corriente:
Quando en nuevo alarido el campo todo
Del monte dió en las faldas de repente,
Perturbando con ánimos crueles
La agradable quietud de sus laureles.

Cogieron vanamente humildes flores
De las que en el vallar del bosque habia,
Y pudieran los riesgos ser mayores
En daño á la sagrada compañia
De aquel que con dorados resplandores
Rastrando trae tras su carro el dia,
Que á visitar baxaba en la espesura
De Adonis la florida sepultura:

Si el gallardo español al torpe asalto
Con la desnuda espada no hiciera
De la alta peña un atrevido salto,
Que fué del monte la primer barrera,
Cuyo invencible brazo al campo falto
Estrecho freno puso de manera,
Que á fuerza de rigor suspendió el paso
De la hurtada subida del Parnaso.

Y allí esgrimiendo la luciente espada,
A este asombra, aquel mata, al otro hiere
De tajo, de mandoble, y de estocada,
Uno cae, otro huye, y otro muere:
Con barba adulterina y alheñada
Un embustero le aguardó, que quiere
En negra tizne y vano pasatiempo
Las canas esconder, y atar el tiempo.

Llevóle de los dos carrillos uno,
La costa haciendo menos y el trabajo,
Y á otro en su afectado brio importuno
Contrecho le dexó de un altibaxo:
A uno de graves pasos sin ninguno,
A otro el celebro le rompió de un tajo,
Cuya herida exâló mas vano aliento,
Que contra Eneas soplo el señor del viento.

Y él cercado de incautas sabandijas
Un importuno enxambre le persigue,
Tal que en triste esgrimir voces prolixas,
Adonde quiera sin piedad le sigue:
No de Aqueronte las nocturnas hijas,
Quando del mundo su rigor consigue
Tirámica victoria, mas espanto
Los gritos causan de su horrible llanto.

Ni en mayor confusion andan las cosas
En sus sangrientas manos barajadas,
Que en aquellas esquadras monstruosas,
De diversas fantasmas amasadas:
El rubio Apolo con sus nueve diosas,
Del súbito alarido alborotadas,
Del monte se voló á la enhiesta cumbre,
Que al cielo inciensos da, y al mundo lumbre.

Alegre el sacro coro en honra mira
Del español mancebo las batallas,
Y el brio gallardo en que revuelve y gira
Del limpio acero las turbadas mallas:
El aliento y valor con que retira
De los fingidos monstruos las canallas
Que huyen dél, como volando sube
Del hueco humo la liviana nube.

Ya el alterado vulgo alharaquiento,
Medroso á la experiencia de la mano
Del gallardo leonés, por huir sin tiento,
Cayendo iba en los senos de un pantano:
Quando arrogante en contrahecho aliento,
Mas que pluma el jayan salió liviano
En frison, que en menguante luna nueva,
Sin freno aquí y allí le trae y lleva.

Pensó hundirlo á descompuestas voces
La aplomada figura corpulenta,
Y que él á espantos, y su potro á coces,
En breve dieran de su orgullo cuenta:
¿Mas de qué fruto son gritos feroces,
Si el alma sus corages no alimenta,
Y al compuesto español medir le agrada
El corte de su lengua al de su espada?

Por ella le embasó una aguda punta,
Y de un diestro revés le abrió un costado,
Con que sin alma la amasada junta
De desconciertos vino al verde prado:
(¡Caso extraño!) la máquina difunta
Apenas midió el suelo arrebolado,
Quando los monstruos que su campo encierra
Los unos se hacen á los otros guerra.

Bernardo que de aquella inútil gente
Libre se vió, y desocupado el paso,
Por su primer camino diligente
Buscando va las cumbres del Parnaso:
Quando del esquadron resplandeciente,
Que los cristales guarda de Pegaso,
Rodeado se vió, y que en nueva gloria
El parabien le dan de la victoria.

Y en pago al gran servicio de su mano,
El dios que al rubio sol presta la lumbre,
En nueva pompa y triunfo soberano
Del monte le subió á la excelsa cumbre,
Adonde en medio de un florido llano
Se descubre la ilustre pesadumbre
Del templo heroyco de una diosa santa,
Que al tiempo vence, y á la muerte espanta.

Las dóricas colunas levantadas
De lustroso cristal y jaspe obscuro,
De quatro en quatro en proporcion sentadas
Cien arcos forman en lugar de muro,
Con otras tantas bóvedas grabadas
En finos lazos de oro y mármol duro,
Adonde en forma esférica se afixa
Del edificio la primer cornija.

Sobre ellas de acroterias levantada,
En compuesta labor y arquitectura,
La fábrica feliz sube cargada
De mas precio, mas gala, y mas hechura,
De siete hermosas torres coronada,
Que á las nubes igualan en altura,
Con chapiteles de oro, y las almenas
De varios lazos y molduras llenas.

En tres órdenes de arcos va subiendo
El vuelo de la máquina vistosa,
Los relevados altos descreciendo
Quanto en materia crecen mas preciosa:
Por las últimas bóvedas naciendo
De tres torres la fábrica espaciosa,
Con balcones, andenes, y pretiles
En traza varios, y en labor sutiles.

Cien brazas suben de alto las primeras
Colunas, las segundas son menores,
Menores y mas ricas las terceras,
De lazos llenas todas y de flores:
Las vetas de almendrado jaspe enteras,
En contrahechos brutescos dan labores
Al cristal, al zafiro, al rubí ardiente,
Que por las cimbrias vuelan de su frente.

En el redondo cerco, que enlosado
De alabastro y de pórfido parece,
Un firme globo en ayre fabricado,
Con variedades mil crece y descrece:
Y en otras cien colunas levantado
De carbuncos un cielo resplandece,
Con una y otra y otra torre; y dellas
Las que mas se levantan son mas bellas.

La postrera de todas, que en altura
A las delgadas nubes se adelanta,
Con luz de su divina arquitectura,
Mientras mas se contempla mas espanta;
Donde en nuevos primores su escultura
La máquina feliz cierra, con quanta
Beldad y gracia puede en esta parte
Decir la lengua, y alcanzar el arte.

De alados hombros, y en la mano un peso,
Con que el viento nos pesa de la vida,
Grave en los males, y en el bien sin seso,
Y siempre en ambas partes de partida,
El viejo tiempo, universal proceso
De las edades, carga desabrida,
De giralda servia en esta torre,
Que el tiempo vuela adonde su ayre corre.

Y al gran discurso del relox mudable
Volcando el mundo va de rueda en rueda,
Y tras él la fortuna, que de instable
Jamas supo tener la suya queda:
Yendo en carrera y curso irreparable
La corta vida humana, hasta que queda,
Deshilvanando el tiempo lisonjero
Un dia y otro y otro, en el postrero.

De preciosos colores matizadas,
Por las salas y patios anchurosos,
Bellas historias, fábulas preñadas
De doblados centáuros belicosos,
Del niño amor empresas regaladas,
De su padre los rayos poderosos,
Con quanto el mundo oyó, y la fama gira
En sus cien ojos, si con tantos mira.

Los imperios, gobiernos, monarquías
De Persas, Medos, Griegos y Romanos
Su crecer y menguar, y las porfias
De astutos Mirmidones y Troyanos:
Las sirenas, selenos y arpías,
El Itacense, y sus naufragios vanos,
Niobes, Prognes, Cleópatras, Lucrecias,
Unas crueles, locas, y otras necias.

Aquí Augustos, Pompeyos, Scipiones,
Allí Atilas, Yugurtas y Anibales,
Crasos, Ciros, Mecencios, Licaones,
Scilas y Marios, Prognes y Tubales:
Para cada Torcato hay dos Nerones,
Que siempre es poco el bien, muchos los ma-
Arcos, torres, pirámides, colosos, [les:
Obras vanas de pechos ambiciosos.

Al fin quanto en el mundo ha merecido
En famoso pregon ser celebrado,
Libre de la polilla del olvido
Por privilegio y cédula del hado,
Con eternos buriles esculpido,
O con pincel divino dibuxado,
En aquel templo esférico servia
De agradable inmortal tapicería.

Altivos hechos del valor de España
En quadros de oro daban resplandores,
Cuyos colosos de grandeza extraña
De los mas altos quedan superiores:
A donde al bronce que la vista engaña
Su rica estatua dió nuevos primores,
Con los diestros buriles de la fama,
Que á eterna duracion la suya llama.

"Esta, le dixo Apolo, en nombre eterno
Aquí del tuyo queda consagrada,
A quien tu duro brazo, ahora tierno,
Dexará de grandezas coronada;
Y aunque entre nieblas de un prolixo invierno
Por estos ocho siglos olvidada,
Sin la luz volará que ahora tiene,
Ni esto te entibie, ni tu espada enfrene.

Que apenas de los dos planetas de oro
La magna conjuncion que ayer se hizo
En el frio Sagitario al pueblo moro
Favorable, y su cetro advenedizo;
A España entero volverá el tesoro,
Que su infeliz concurso le deshizo,
Quando segunda vez tu heroyco nombre,
Como tu espada ahora el mundo asombre.

Digo que quando el orbe goce desta
Séptima conjuncion las maravillas,
Y España en su primer grandeza puesta
De una silla real haga sus sillas;
De un ramo de laurel desta floresta
En una nacerá de dos Castillas,
A vueltas de otros cisnes una pluma,
Que á tus hechos dará compendio y suma.

Entonces volverá florido al mundo
Tu nombre con el suyo renovado,
De los senos sacando del profundo
Lo que de ti allí tiene escrito el hado:
Tú serás el primero, él el segundo,
Ambos de un mismo nombre y un cuidado,
Tú en hacer con tu espada maravillas,
Y él con su humilde pluma en escribillas."

Dixo, y del templo á la famosa fuente,
Que abrió en un risco la uña de Pegaso,
En medio el esquadron resplandeciente,
Que al mundo luz, y fama da al Parnaso,
Venia Bernardo, quando á su corriente
El gajo de una peña torció el paso;
Saltóle el agua al rostro, y al ruido
Huyó á esconderse quanto vió dormido.

Hallóse dentro en la sagrada cueva
Sobre las secas yerbas recostado,
De que poco antes se hizo cama nueva,
Y á la dama labró un humilde estrado:
Y aunque el sueño huyó, en bastante prueba
De no ser todo sueño lo soñado,
Mojado se halló el rostro del rocío,
Que al caliente Morfeo volvió frio.

Y bien que no de la agua del Parnaso,
Era al fin de las ramas y maleza
De que cercado estaba, y Olfa acaso
Las sacudió al pasar con la cabeza:
Salió con gusto enflaquecido y laso,
Dexando de la cueva la aspereza,
Y con la dama de la suya al lado
A buscar se dispuso algun poblado.

Por una senda de la selva espesa,
Que al primer paso sin pensar les vino,
A buscar el lugar donde atraviesa
De comun parecer abren camino:
Y quando el sol el dia en igual pesa
A un arroyo llegaron cristalino,
Que su frescura entre el calor paria
Deseos de tenerle compañia.

Su alegre sombra, y la encalmada siesta
La bella china dieron desmayada,
Y al ruido de la fuente y la floresta
Entre la yerba en sueño sepultada:
Y su jóven, el alma en bandos puesta,
La cabeza en la mano reclinada,
A pesar de cuidados, el florido
Prado á un tiempo tambien le vió dormido.

Mas en tanto que al breve sueño un rato
Del fiel cuidado afloxa la memoria
El sucesor del español Viriato,
De su valor retrato y de su gloria,
Quiero por principal, ó por ornato
Al grave asunto desta heroyca historia
Satisfacer á una pequeña duda,
Que cobrar podria lengua, aunque está muda.

Yo digo del furor del sueño extraño
Que á Bernardo alteró la fantasía,
¿Si fué mágico embuste, ó ciego engaño,
Que le antojaba ver lo que no via?
¿Si era fingido ó verdadero el daño,
Que en los collados del Parnaso hacia
Aquel monstruoso exército de gente,
Rendida al golpe de su espada ardiente?

Los mas condenan por fingido el caso,
Vana imaginacion, sombras de viento,
Que sucesos de Musas y Parnaso,
Mas que historia y verdad, parecen cuento:
¿Quien jamas vió la fuente de Pegaso?
¿Quien de Helicona supo el propio asiento?
Las Musas, y su rubio presidente,
Sueños de Homero, ¿quien los hizo gente?

Solo para quedar soñado es bueno
El cuento, dice el émulo envidioso,
Y bien que de alma y de doctrina lleno,
Cansado en lo demas y sospechoso:
Yo ahora ni lo apruebo ni condeno,
O sea verdadero, ó fabuloso;
Lo siguiente es verdad, lo demas quede
A quien con discrecion juzgarlo puede.

De Peñalonga un real sepulcro antigo
Nombre ilustre conserva de Bernardo,
Y el tiempo de grandezas enemigo
Su fino jaspe ha vuelto en mármol pardo:
Este por ser de su valor testigo,
Y el bulto verde, pecho tan gallardo,
Y su arnés de enemiga sangre tinto,
Abrir mandó el invicto Carlos Quinto.

Abriéronlo, y hallaron hecho tierra
El que antes asombro de los hombres,
Porque del que asombró vivo en la guerra,
De que sea polvo tú tambien te asombres:
Al fin quanto la antigua tumba encierra
Es eco de los célebres renombres
Que en el mundo alcanzó su brazo fuerte,
Y allí volvió ceniza el de la muerte.

Pasó el César despues que á los famosos
Huesos honra añadió con su presencia,
Y uno de los que en ojos cuidadosos
Del sepulcro notaron la excelencia,
Vió que de aquellos miembros belicosos
La fria ceniza hacia diferencia,
Y á la heroyca cabeza levantada
Algo de antigüedad daba almohada.

Metió la mano, y encontró de acero
Un cofre, y retiróla sin sacalle,
Que la golosa hambre del dinero
A solas, si oro es, quiere gozalle:
Volvió de noche, y al que un mundo entero
Temió, no teme ahora de roballe
En su quietud un ánimo avariento,
Que lo suele asombrar con ayre el viento.

Sacó del tiempo el cofre consumido,
Y dentro dél en otro rico de oro
Vió un libro en sus cubiertas repartido
A su hidrópica sed largo tesoro:
Abriólo, y en lenguage desabrido,
Aunque en estilo y discurrir sonoro,
De Bernardo halló, y desta victoria,
En graves versos una heroyca historia.

Dióle avariento premio á su trabajo
Del escondido cofre el oro fino,
Y el rico libro por humilde y baxo
De mano en mano á las de un sábio vino,
Que un dia á las mias por favor le traxo,
O en desden, ó en espíritu adivino,
De que en el mio habia atrevimiento
Al arrojado antojo de su cuento.

Toméle, y de su amor en los engaños
Mi ciega juventud entretenia,
Y notando los nombres y los años,
¿Si habla, dixe, de mí esta profecía?
Glorias tan altas, casos tan extraños,
¿Contar sabrá la humilde pluma mia?
¿Tanto por dicha baxarán el vuelo
Los que un tiempo volaron por el cielo?

Y entre el temer y osar, un nuevo aliento
Divino ó natural nació en mi pluma,
Para hacer, conforme á mi talento,
Del grande libro una pequeña suma:
Este es de mi alta historia el fundamento,
Quien no quiera agraviarme, no presuma
Que yo para su adorno y elegancia
Cosa le añada ó quite de importancia.

El sueño fué verdad, y eslo sin duda
Ser este el no sabido fundamento,
De que un plebeyo vulgo en lengua ruda
Tantos groseros poemas siembre al viento;
Pues para que en fecundo parto acuda
La madura preñez de un pensamiento,
Conviene que el ardiente seso alumbre
De Temis santa la divina lumbre.

Ya en esto de Bernardo el sueño apenas
Vista y sentidos le dexó encantados,
Quando unas voces de alboroto llenas
De quietos los dexaron alterados:
Y del corriente arroyo en las arenas
Una doncella en pasos desmayados
Caida vió, que llena de agonía
La ardiente boca de un leon huía.

Llegó el roxo animal sobre la fuente,
O cebado en la tímida doncella,
O en insufrible sed, la siesta ardiente
Del monte le baxase á beber della:
Dió el español un salto diligente
Con que al chocar de encuentro le atropella,
Y de otro golpe con destreza rara
A un tiempo le destronca y desquixara.

No con mas brio, ni pecho mas gallardo,
En lo ancho del Nemeo bosque umbroso,
De Alcumena solia el gran bastardo
Un leon destrozar, rendir un oso,
Ni el que puesto en los signos por resguardo
Bochornos llueve al mundo caluroso
Con mas valientes garras mide el cielo,
Que el que muerto envió Bernardo al suelo.

Libre la dama ya del primer llanto
Con que animaba su veloz huida
Los temores perdió, mas no el espanto
De aquel valor que le amparó la vida:
Y ya desahogado el pecho tanto,
Que aliento dió á la voz enflaquecida,
"¡O valiente mancebo! el cielo al modo
De tu brazo te dé la dicha en todo."

Dixo, y al márgen de la fresca fuente
Con Olfa fué á sentarse, que agradada
De su gallardo talle, en el presente
Sobresalto la vuelve reportada:
Y ella, "¡ó alegre beldad! dichosamente,
Dixo, del mismo Marte acompañada,
Bien es tal hermosura y gracia dina
De ser dueño de joya tan divina.

Y si lo sois, señora, qual sospecho,
Deste gallardo brazo peregrino,
Decidme ¿donde por aquí derecho
Para mi bien tomastes el camino?
Si por ventura vais, como sospecho,
A las fiestas de Acaya, yo adivino
Que Crisalba saldrá del triste aprieto
En que la tiene un bárbaro sugeto."

Con nuevas rosas refrescando el mayo
De ambas mexillas respondió la dama:
"No sé que sea señora del que trayo,
Ni que él tenga otro dueño que á su fama,
Si ya de un sol el poderoso rayo
Nos ha hecho á él y á mí siervos de una ama:
De fiestas no sabemos que las haya,
Que el mar qual veis nos escupió en la playa."
Bernardo ufano en la sagaz respuesta,
Que el seso dió de la prudente china,
¿Adonde, ó por qué fin se hace la fiesta?
A la doncella pide peregrina:
A quien ella, "señor, está propuesta
En Milene, ciudad circunvecina,
Donde Gloricia por mayor tesoro
Guarda á Crisalba en un castillo de oro.
Es Crisalba hija del señor de Creta,
De su tierra heredera obedecida,
Tierra á quien infeliz virtud secreta
En tristes llantos tiene consumida:
De adonde la Alemana huyó discreta
Con su nieta, que es alma de su vida,
Y la que en Creta es Reyna por empresa,
De Acaya es, antes de heredar, Duquesa.
Tiene en Milene corte y real palacio
De su ancha mar en la espumosa raya,
Donde con grave pompa en largo espacio
Lo mejor de sus golfos atalaya:
Aquí desde el Ligurio al mar Carpacio
Tributa y da su cristalina playa,
Para adorno y regalo de su corte,
Quanto la Libia encierra, y mira el norte.

Y aquí de cinco Reyes comarcanos
Pedidas fueron sus alegres bodas,
El Rey de Licaonia, el de Romanos,
El de Sicilia, el de Corinto, y Rodas:
Pero su padre con temores vanos,
Viendo en su daño las demandas todas,
Con el acuerdo de su astuta abuela,
Que en el bien de la Infanta se desvela;

En el real campo de Milene quiere
Alegres justas se hagan, donde acuda
A conquistar muger, quien la quisiere,
Con lanza que hable, y con la lengua muda:
Y que sea la Duquesa de quien fuere
Mas valeroso, sin que quede en duda,
Si su padre le dió ó quitó imprudente
Esposo mas ó menos excelente.

Es nuestro Rey Tifeo advenedizo
A estas ardientes islas de aquel suelo,
A quien el encubierto norte hizo
Guerra ordinaria de importuno yelo:
Amor le traxo á Creta, allí su hechizo
De su patria olvidar le hizo el cielo,
Y el cetro de gran Duque de Colonia
Al de Acaya trocó, y de Macedonia.

Un bárbaro Saxon su rico estado
Por fuerza de armas usurpó á Gloricia,
Que de tesoros rica su hijo amado
Huyó de la tiránica avaricia:
Y por volver al cetro despojado
Solo un yerno magnánimo codicia,
Y á este fin son las fiestas, y á esta fama
Su clarin un entero mundo llama.

La codicia de joya tan preciosa
Llena le dió de Príncipes la tierra,
Que por tal reyno, y tan gallarda esposa,
¿Quien del suyo no sale, y se destierra?
Nunca ganaron mas bizarra diosa
Los gigantes que al cielo hicieron guerra,
Aunque ya con victoria en las estrellas
A la luna escogieran las mas bellas.

Y sin los reynos que heredando viene
Le da Gloricia seis castillos de oro,
Que el mundo todo en su caudal no tiene
Junto ni repartido igual tesoro:
Mas ya no hay cosa que su gusto llene,
Todo es luto y temor, despues que un moro,
Que en Getulia nació, con brio orgulloso
Subió tambien á pretension de esposo.

Es de alma aceda, y desabrido trato,
De miembros y estatura de gigante,
Del vaporoso Encélado un retrato
En brutal pecho y ánimo arrogante:
Este en bárbaro estruendo y aparato
A las fiestas llegó en baxel triunfante,
Y el mismo dia en orgulloso brio
En un cartel fixó este desafio.

Que un año justará lanza por lanza
Con quantos presumieren estorballe
De la bella Crisalba la esperanza,
De que ya goza, de gozar su talle:
Hoy hace un mes que con feroz pujanza
Su partido defiende, sin que halle
Quien la segunda justa le mantenga,
Y al suelo del primer chocar no venga.

Esto tiene asombrada á la Princesa,
La corte puesta en confusion y espanto,
Que si el bárbaro sale con la empresa
Las tristes fiestas pararán en llanto:
Ayer fué la primer jornada, y esa
Quedó por suya, y hoy será otro tanto,
Y lo mismo tambien será mañana,
Que á un atrevido todo se le allana.

Yo á una cercana fortaleza puesta
Sobre la mar á prevenir venia,
Para mayor adorno de la fiesta,
Ciertos baxeles que en su puerto habia:
Y al pie de un árbol, por pasar la siesta,
Apenas me incliné, quando salia
Del bosque este leon, y el monte abaxo
A conocer vuestro valor me traxo."

Así dixo Faustina, y por la senda
Que el bosque para hallar la fuente tiene
Un caballero vieron, que de rienda
Guiando un palafren gallardo viene:
Llegó, y viendo al leonés, que sin contienda
Al fresco con las damas se entretiene,
"A sazon, dixo, vengo en que fortuna
Hará de dos beldades mia la una.

Yo traigo palafren, tú no le tienes,
Que aun á ti no te veo con caballo,
Si ya no eres tan bravo que ahora vienes
A las fiestas de Acaya á procurallo:"
"A la voz, respondió, de tus desdenes,
¿Qué podré yo hacer sino otorgallo?"
Quando la otra doncella con gran brio
A voces dixo, "el palafren es mio."

"Yo, señora, le hallé en esta floresta,
Y sease vuestro ahora sin porfia,
Aquí en paz le teneis, si estais dispuesta
De mi gusto á seguir la compañia:"
"A bien poco trabajo está compuesta,
Bernardo dixo, la pasion que ardia:
Vos, señora, mirad si os está á cuento
La gran persona y noble ofrecimiento,
Que yo á pie ¿cómo puedo defenderos
De un orgulloso pecho así valiente,
Que reforzado en el placer de veros
Será á un entero campo suficiente?"
Riéronse las dos, y el de los fieros,
Viéndose desdeñar del de la fuente,
Poniendo con furor mano á su espada
Le envió por respuesta una estocada.
Reparóla Bernardo en el escudo,
Dando paso á la furia del caballo,
Que lo arrojó sobre él con quanta pudo,
Para de aquel encuentro atropellallo:
Mas asiendo las riendas por el nudo
A las ancas saltó, y al despeñallo
De la grabada silla, en lo profundo
Del lago de cristal lo escondió al mundo.
Quedó el valiente en la caida extraña
Del golpe y armas ahogado y muerto,
Y la griega doncella en ver la hazaña
La vista absorta, y el cabello yerto:
La aguda china dixo, "á la gran saña,
Y al vivo fuego del amor despierto,
Para templarlos en su ardiente fragua,
Pues la razon no pudo, pueda el agua.

Y bien que de la súbita presteza
Dexarme ahora de admirar no puedo,
Ni celebrar la diestra gentileza,
Que á la una dió favor, y á la otra miedo:
No sé si le dé nombre de grandeza
Desta segunda hazaña á su denuedo,
Porque es golpe inferior, y no empareja,
Que el que un leon mató, mate una oveja."

Rieron desto, y ya el leonés queria
A la ciudad partirse á ver la fiesta,
Quando una tropa vieron que venia
Con un jayan baxando por la cuesta:
Aguardaron por ver lo que seria,
Y viendo al que salió de la floresta
Muerto en la fuente, el espantoso Oronte
De un doloroso grito asombró el monte.

Era Oronte del Rey Getulio Argante
Vasallo, y de su guarda; y el difunto
Querida prenda del feroz gigante,
Y de su condicion vivo trasunto:
Dió en verle muerto un grito resonante,
Y voz, alfange, y golpe todo junto
A la venganza echo, que en rabia loco
Un mundo para hacerla fuera poco.

Dió escudo el español, y hallando alzada
La visera al jayan, con tan buen tino
Metió una punta, que sacó la espada
De los ojos la luz al mas vecino:
Y pasando al celebro la estocada,
Fuera de sí tras ella al suelo vino,
Y los seis sobre el bravo leon de España,
A quitarle la gloria de su hazaña.

Cinco golpes á un tiempo larga pieza
Traspies le hicieron dar por un ribazo,
Quando otro le encontró con tal presteza,
Que ambos del prado fueron al regazo:
Cayó sobre el jayan, cuya braveza,
Así en ansia mortal, y estrecho abrazo,
Le tuvo, que pudieran sin soltalle,
O prendelle los suyos, ó matalle.

Mas mientras que el mas diestro se detiene
En dexar el caballo, con su daga
El lazo rompe que á su brazo tiene,
Que nuevas pruebas de quien es no haga:
Y al uno de los seis que sobre él viene,
Por mas ligero le libró la paga
En un revés, con que en el suelo lacio
En un pie le dexó porque ande á espacio.

Y entre los otros cinco se revuelve
Con tal desenvoltura, y tal desvío,
Que á este amaga, aquel da, y al otro vuelve,
Y al mas brioso le refrena el brio:
Al uno las entrañas le desvuelve
De un golpe, y de otro al otro dexa frio:
Un caballero entre los seis venia,
Que en ninguna deidad ni ley creía.

Hijo de una judia, y de un pagano,
Nacido en lo mejor de Palestina,
Que fué un tiempo rabí, y otro cristiano,
Gentil, y de la secta sarracina,
Maniqueo, talmudista, y arriano,
Y ahora á ninguna religion se inclina,
Creyendo que es para cuidar del suelo
Miembro distante, y apartado el cielo.

Este con tal corage y desatino
Al valiente guerrero perseguia,
Que en el herir y entrar, al torbellino
De sus confusas leyes parecia:
Hasta que al vuelo de un revés le vino
A la espada al leonés, con que le envia
A averiguar de espacio en el infierno,
Que secta gasta allá mas fuego eterno.

Murió, y de los guerreros y el gigante
A pocos golpes no quedaron vivos,
Sino un zegrí que le hurtó delante,
Mas que el acero pasos fugitivos,
Y el que una pierna el golpe penetrante
De la espada le echó de los estribos,
Que apremiado contó al valiente godo
De la traicion del falso Argante el modo.

La fuerza de la mar que la doncella
De la Princesa á prevenir venia,
Hecho el jayan aleve dueño della,
A dar aviso al falso Rey volvia;
Que por robar á la Duquesa bella
Seis mil corvos alfanges de Turquía
Dentro sembró á traicion, y á dar el corte
En el robo infeliz volvia á la corte.

A Faustina asombró la triste historia
Del que sin la acabar se acaba y muere,
Y á hacer con tiempo la traicion notoria,
Partir con alas si las halla quiere:
Y el dueño singular de la victoria,
Que el grave riesgo de la Infanta infiere,
Seguilla piensa, y con su invicto brazo
De la obscura traicion romper el lazo.

Vuelan los tres las dos pequeñas millas,
Que de la real ciudad nació la fuente,
Y en la plaza entre nuevas maravillas
Al Rey Argante miran, y á su gente;
Y que á sus lanzas sin poder sufrillas,
Las demas se le dan calladamente,
Quando á la plaza por la calle opuesta
Un caballero entró á aumentar la fiesta.

Cubierto de enlutada sobrevista,
El caballo tambien negro enlutado,
Blanca en la frente una pequeña lista,
De ambas las manos y de un pie calzado,
De hermoso talle, y de gallarda vista,
Lozano huello, altivo desenfado,
Y hácia Argante se fue, que oyendo estaba
Diferentes las nuevas que esperaba.

Pidióle justa, y él con el disgusto
De la contraria desabrida nueva,
Furioso respondió, "de mejor gusto
La batalla haria á toda prueba:"
"Así sea", replicó el valor robusto,
Antes cortés, y una dorada greva
Por gaje le arrojó, y para encontrallo,
Como con alas revolvió el caballo.

Suspendióse la plaza, estuvo quedo
El viento, y en los pechos mas briosos,
O sea de sobresalto, ó sea de miedo,
Darse latidos vieron presurosos:
Y partiendo ambos en igual denuedo,
Al chocar los encuentros poderosos,
Sembró hechas astillas por el ayre
Ambas lanzas la furia y el donayre.

Como dos huecas nubes retocadas
De azul retinto, y lóbregos asientos,
Si de contrarios humos amasadas
Las impelen tambien contrarios vientos,
Del cierzo y austro ardiente arrebatadas
Al encontrarse dexan sus violentos
Vapores de los rayos y los truenos,
Las vistas ciegas, y los ayres llenos;
Así del uno y otro caballero
En los firmes encuentros resurtia
El ronco son del relevado acero,
Que el ayre de relámpagos cubria:
El de lo negro, en firme y en ligero,
Un morcillo centauro parecia,
Que sin que nada baste á perturballo
Nacido va inmudable en su caballo.
Y aunque Argante tambien guardó la silla,
De dos ningun estribo guardar pudo,
Hincó al pasar el bayo una rodilla,
Y su dueño perdió lanza y escudo:
El pueblo en ver que el bárbaro se humilla
Trocó en alegre fiesta el estar mudo,
Y él corrido del caso no pensado,
De vergüenza quedó y temor turbado.
Bien que blandiendo la desnuda espada
Vuelve buscando alegre á su enemigo,
Que cabe él con la suya levantada,
"Primero, dixo, quiero como amigo
Tu nombre conocer, si á la jornada
Encubrir no te importa lo que digo:
Argante, Rey de Fez, porque te asombre,
Sabrás, sino lo sabes, que es mi nombre."

"El tirano, no el Rey, dixo el del luto,
Que el verdadero Rey tú le mataste,
Y en fe traidora, y pecho disoluto,
De su heredera el reyno despojaste;
Y pues mi espada el pretendido fruto
De su venida halló, lo dicho baste,
Que de los dos al uno por concierto
Sobre esta causa herede el campo, muerto."

"Como lo pides", le respondió Argante,
Y haciendo á un tiempo golpe las espadas,
Con solo aquel, en opinion bastante
Sus personas dexaron aprobadas:
Y el del luto á su yelmo resonante
De estrellas vió las bóvedas sembradas,
Y asimismo con ellas, y su cielo,
En grandes riesgos de venir al suelo.

El tirano de Fez sobre el caballo
Por la plaza fué un rato sin sentido,
Y aunque pudo el del luto degollallo,
Quiso mas que valiente comedido
Que vuelva sobre sí por no matallo,
Como él á su señor mató dormido:
Volvió en su acuerdo, y vió del yelmo de oro
Por el suelo sembrado su tesoro;

Y del tranzado arnés la rubia malla,
Que el prado argenta, y su contrario fuerte,
Que no estimando el fin de la batalla
Le aguarda sin temor: vió el de la muerte,
Que aun en los pechos bárbaros se halla,
Y él que la suya irreparable advierte:
"Si es forzoso morir, muera conmigo,
Dixo, á pesar del cielo, mi enemigo."

Y llegando al que intrépido le espera,
Sobre él un golpe y otro y otro envia
Tal, que un medroso ciego el son tuviera
Por de una sonorosa herrería:
La Duquesa de Acaya, que ya entera
La encubierta traicion del Rey sabia
De su doncella, y el valor bastante
Del que el leon mató, y rindió al gigante:
Pagada de la fama y gentileza
Del que mirando la batalla estaba,
Y de ver deseosa la braveza,
Que su doncella de alabar no acaba:
Un caballo que el viento en ligereza
La suya le prestó, y le azota y lava
Mas penachos de perlas en la frente,
Que el alba cuaja sobre el mar de oriente:
Tascando nieve el espumante freno,
De fina plata y clavos de oro herrado,
Rayo á la vista, y al oido trueno,
En el curso veloz y atropellado:
Del fuego que las manos siembran lleno
El precioso aderezo de brocado,
Con sobrevista orlada de cupidos
En llamas de oro, y de rubís ceñidos:
Y una lanza tambien grabada de oro
Le envió con la doncella, y á rogalle
Rompa en servicio suyo aquel tesoro
Con el de mayor brio y mejor talle:
Y si de la otra se escapare el moro,
Nadie de aquella ya pueda escapalle,
Ni su traicion le ayude, ni le valga
Mahoma, aunque á ello del infierno salga.

Recibiólo, y en modo cortesano,
Agradeciendo el don, dixo á Faustina,
"Tan heroyca merced, y de tal mano,
De un Monarca del mundo fuera dina:
Ni hay que temer ya al bárbaro africano,
Pues en notorio descaecer declina,
Y quien ponerle pudo en tal estrecho,
No le dará á otra espada de provecho."

Ni se engañaba el español guerrero,
Que el del luto de suerte le traía,
Que mas de roxa sangre que de acero
El fino arnés grabado parecia:
Y él viendo á su contrario tan entero,
Que aun en sus armas mella no tenia,
A riesgo de morir, matando quiere
Matar á quien le mata, pues que muere.

Cerró con él á executar su intento,
Sin reparar á tiempo un altibaxo,
Que en golpe fué cortando tan violento,
Que el brazo del escudo le echó abaxo:
Y al ya vencido moro sin aliento,
Al caer del caballo, un diestro tajo
Así á compás corrió su ligereza,
Que arrebató á los hombros la cabeza.

Miró la plaza en suspension notable,
Hecho piezas el Rey de Berbería,
Que aun no dos horas antes espantable
Los hombres solo con mirar vencia:
Cogió su gente el cuerpo miserable,
Que un destroncado roble parecia,
Y el vencedor con gallardía robusta
En su puesto se puso á esperar justa.

No venia de intento á ver las fiestas,
Sino á vengar á Flérida de Argante,
Que en él sus nuevas esperanzas puestas,
Para hacerlo le dió poder bastante:
Mas viendo sin pensar tan bien dispuestas
Sus pretensiones, quiso en lo restante
Probar la gentileza y gallardía
Que en los valientes de aquel reyno habia.

Salió el Duque de Arcadia valeroso,
El jóven Rey de Tebas, y Erimanto,
Salió el robusto Ménalo furioso,
Que á todos daba su grandeza espanto:
El jayan Adargusto pavoroso,
Por vengar de su muerto Rey el llanto,
Salió tambien, mas uno á uno todos
Al suelo fueron por diversos modos.

Y sin hacer desden ni movimiento,
Ni revés el caballo ni mudanza,
Diez derribó de los de mas aliento,
Y algunos dellos sin romper la lanza;
Con tanto gusto y general contento,
Como si cada uno su esperanza
Empleada la tuviera por entero
En el brazo y valor del caballero.

Bernardo aficionado á su destreza
Quisiérale probar sin enfadalle,
Que ha hecho tanto en tan pequeña pieza,
Que pedirle mas justa es agravialle:
Mas viendo que mil soles de belleza
Del real balcon le hablan con miralle,
Que en verle sin justar toda la tarde
Le tendrán por remiso, ó por cobarde:

Llegando al bravo y singular guerrero,
"Aunque parezca, dixo, desacato
Demandar nueva justa á un caballero,
Que tanto ha hecho en tan pequeño rato;
Ese heroyco valor, que tan entero
Se muestra, es quien nos vende por barato
El pundonor de ser vuestro vencido,
Por el riesgo y dolor de haber caido.

Y así no os causará, señor, disgusto
Añadiros de nuevo esta victoria,
Que nadie justa ya, ni yo ahora justo
Para usurparos la alcanzada gloria:
Mas por un rato de solaz y gusto,
O altiva presuncion y vanagloria,
De no salir de aquí (decirlo quiero)
Sin probar lanza de tan gran guerrero."

Dixo, y sin responder á sus razones,
Mas que con una humilde cortesía,
Dieron á un tiempo vuelta los frisones,
Que el mas pesado una ave parecia:
Y con iguales términos y acciones
De gentil apostura y gallardía,
Hundiendo vuelven con furor la tierra
Los dos soberbios rayos de la guerra.

Volaron por el ayre las astillas
De las quebradas lanzas, los guerreros
Tan firmes y compuestos en las sillas,
Como si fueran pajas sus aceros:
Ni los ojos pudieron percibillas,
Ni la herida de golpes tan ligeros;
Ellos solos en modo extraordinario
Cada uno se admiró de su contrario.

Toman segundas lanzas escogidas,
Y armándose de nueva fortaleza,
Por el cielo en astillas esparcidas
Asombros dió á la plaza su braveza:
Procuran otras, y otras mas fornidas,
Y estimando del otro la destreza
Cada uno á propia mengua, á cada encuentro
La tierra hacian temblar hasta su centro.

Seis veces se encontraron, y en seis truenos
La ciudad resonó, quando el del luto,
Quizá temiendo en algo el ir á menos,
Sacó la espada, y dixo resoluto:
"Esta mejor decir podrá alomenos,
Si ya romper mas lanzas es sin fruto,
Cuya ha de ser deste solaz la gloria,
Pues para dos no es harto una victoria."

El español, si con su honor cumpliera,
De gusto le rindiera la batalla
Por su propia aficion, y porque fuera
Contento general el excusalla:
Mas viendo acometerse, sacó fuera
De la vayna la espada, y al sacalla
Dixo, "por esta juro, que contigo
Mas deseo obras de amor, que de enemigo."

Mas el del luto, ó ya por el corage
De no poder vencer un caballero,
O porque á punto no entendió el lenguage,
Por respuesta le dió sobre el plumero
Un golpe tal, que hizo que se abaxe
Mal de su grado hasta el acion primero,
Que tiene á desenvuelta villanía
Que le hablen sin hacelle cortesía.

Perdió con esto el godo el sufrimiento,
Y hecho nueva serpiente ardiendo en ira,
Un golpe y otro, y otro en firme aliento
Le da, le carga, le redobla, y tira:
Y él dando escudo á su furor violento,
Ni por ellos se aparta ni retira,
Antes así con su rigor revive,
Que dos le da por uno que recibe.

Arde el ciego furor, arden sañudos
En el fuego que escupen los arneses,
Y sin hacer reparo en los escudos
Mil tajos se executan y reveses:
Que el mismo enojo que los tiene mudos,
De compuestos los hace descorteses,
Y no curar de tiempos ni posturas,
Ni otras sin para qué desenvolturas.

Mas á todo rigor por lo mas breve
La muerte se procuran de ordinario,
Tan juntos al herirse, que se bebe
El aliento cada uno del contrario:
Así bravos, que á verlos no se atreve
El vulgo en gustos y opiniones vario,
Antes en furia popular robusta
Dar treguas quiso á la batalla injusta.

Hirió el del luto al español de punta
Por medio de los pechos con tal fuerza,
Que la cabeza con las ancas junta
El cuerpo le hace con dolor que tuerza:
Y otra tras ella al corazon le apunta
Por debaxo del peto, que era fuerza,
A no torcerse sin pensar la espada,
Quedar la injusta brega rematada.

Mas paró en un rasguño el riesgo todo,
Aunque la sangre que sacó la espada,
Si en lo fino mostró que era de godo,
Mejor lo descubrió en quedar vengada;
Que aferrando la suya, de tal modo
Le asentó la respuesta en la celada,
Que la plaza asombró, y el ya confuso
Seso, que dentro estaba, perdió el uso.

No reforzado tiro de bombarda,
De vivo azufre y de salitre lleno,
A quien el fuego en descender mas tarda,
Que él en formar de su estampida el trueno;
Ni respuesta envió en la nube parda
Mas presta, ni del ayre el hueco seno,
Al escupir sonó el rayo encendido
En mas medroso y súbito ruido.

Arrodilló el caballo ambas las manos,
Y caida en las ancas la cabeza,
A su dueño llevó en clamores vanos
Sin tiento por la plaza larga pieza:
Quedaron los del muerto Argante ufanos:
Usar del poder todo no es grandeza,
Y así el jóven no quiso, aunque herido,
Su furia executar en un rendido.

Volvió á la vida, quando ya por muerto
La plaza le lloraba: vuelve, y mira
Quan cerca della estuvo, y quan cubierto
De gloria su contrario se retira:
El destrozado escudo sin concierto
De envidia arroja, y de dolor suspira,
Y á la venganza llama al enemigo,
Que antes merece premio que castigo.

Corre á dar muerte el uno, el otro atiende
En bizarro ademán llegan, y á un punto
Sobre cada uno de los dos desciende
Del contrario rigor el poder junto,
Con que de nuevo así el herir se enciende,
Que de la muerte son vivo trasunto,
Y forzoso llorar al uno muerto,
Si ya no es morir ambos lo mas cierto.

Tienen al pueblo obscuro deslumbrado
De su herir los relámpagos dudosos,
Que el dia ya su luz se habia llevado
Por esconderla á golpes tan furiosos:
Cada uno del contrario está admirado,
Y el mundo de ambos pechos valerosos,
Y aunque es la igualdad grande, todavía
No es del luto, si la hay, la mejoría.

Pudieran combatir á las vislumbres
De los dorados rayos y centellas,
Que en las grabadas armas la costumbre
Del dar y resurtir volvian estrellas:
Mas del palacio real pomposa lumbre
De infinidad salió de antorchas bellas,
Que á pesar de la obscura noche fria
A la plaza salió de nuevo el dia.

Pareció con las luces mas hermosa
Y de mayor espanto la batalla,
En seis horas de tiempo así dudosa,
Que un punto apenas de ventaja se halla:
Quando el bravo del luto en rabia ayrosa
Se atrevió de una vez á rematalla,
Y lanzándose á tiempo á su enemigo
En duro abrazo le apretó consigo.

Hizo cada uno presa en su contrario,
Y en ella mas vistosa la contienda,
Porque del caracol revuelto y vario
No hay quien la entrada ni salida entienda;
Que al brio de los caballos voluntario
El suyo dexan, sin curar de rienda,
Y así en su lucha se asen y se ligan,
Que á ellos les fuerzan que sus vueltas sigan.

Y aunque no por holgados ni lozanos
Los frisones rifaron á su modo,
Y altas las manos con relinchos vanos
Sacó el morcillo en alto el cuerpo todo;
Y su dueño en las garras de las manos
De la cabeza el fino yelmo al godo,
Que por desencaxarle de la silla
No le dexó de aquel vayven hebilla.

Y dando la victoria por ganada
Caer le dexa, y de su espada afierra,
Quando en él la hermosura vió extremada,
Que viva en su feliz memoria encierra;
Y en nueva admiracion la altiva espada
Con furia arroja á la sangrienta tierra,
Y "¡ay triste!" dice, y tras el ay profundo,
"¿Quien podia ser, sino la flor del mundo?

Goza como mereces la victoria,
Y el rico venturoso premio della,
Que yo doy la ventaja por notoria,
A ti en valor, y en la ventura á ella:"
Dixo, y con arrogante vanagloria
El caballo picó, y la plaza huella,
Dexando convertido su denuedo
En nueva admiracion el primer miedo.

El valiente español, que en el bastardo
Resonar de la gente y pueblo rudo,
Y con el alboroto y el resguardo
De hacer nueva celada de su escudo,
La obscura voz, y el ademán gallardo
De su contrario fiel notar no pudo,
Viéndole ahora salir de la batalla
Como huyendo, está suspenso, y calla.

Hasta que ya informado del suceso
Con nueva admiracion sale á buscallo,
Que tambien juzga por honrado exceso
En corteses virtudes no igualallo:
Quiere saber ¿quien es? y á saber eso
Riendas vuelve y espuelas al caballo,
Por donde al parecer se le figura
Que en sombras vuela de la noche obscura.

Quedó la alegre plaza alborotada
Con la partida y el suceso raro,
Y la cretense Infanta mas pagada
Del héroe invicto, y su valor preclaro:
La ocasion del partirse oye turbada,
Y en son que busca su favor y amparo,
Al pueblo manda que su alcance siga,
Y el peligro en que está sin él le diga.

Y él al cruzar por una angosta calle
Una tropa encontró de caballeros,
Y el uno, que jayan era en el talle,
Previniendo á sus falsos compañeros:
"Por aquí, dixo, es fácil atajalle,
Y ver si le defienden sus aceros,
A que se quede sin vengar la muerte
De un Rey tan desgraciado como fuerte."

Bien sospechó el leonés que aquella junta
A acometer salia á alguno, aleve,
Y que si en ella le hay, el riesgo apunta
Al leal pecho á quien él la vida debe:
Picó el caballo, y al tropel se junta,
Y á la enemiga de la luz se atreve:
No lo echaron de ver, y aunque de paso,
De la intencion traidora entendió el caso.

El jayan Califerno, que el tirano
Argante en Trípol hizo su regente,
Por vengar su debida muerte en vano
La esquadra guia de alevosa gente:
Y á la entrada de un bosque comarcano,
Que al pueblo ciñe la almenada frente,
Un caballero vieron que sin miedo,
Por ver que buscan dél, se estuvo quedo.

Conócenle en el brio, y cierra entera
La espada, y al tropel de acometello,
"Muera el traidor, dan voces, muera, muera,
Que al Rey de Fez mató sin merecello:"
Mas el altivo aliento, que no fuera
Un mundo poderoso á detenello,
Volvió, aunque sin espada y sin escudo,
De enojo ciego, y de corage mudo.

Y llevando de encuentro por delante
Al que primero halló, sacó Bernardo
Su espada, que á la parte del gigante
Venia haciendo en atencion resguardo:
Diciendo en voz y grito resonante,
"Haceos afuera, ó espíritu gallardo,
Que yo libre os daré del riesgo nuevo,
O en él la vida perderé, que os debo."

Y con la alegre voz en las estrellas,
Y la tajante espada en Califerno,
Echó de un golpe dos á vista dellas,
Con la mitad se contentó el infierno:
Y asombrando sus golpes y centellas
Al quieto bosque su silencio eterno,
La obscura brega urdieron de manera,
Que ningun vivo sin temor la viera.

El de las negras armas que ha entendido
De la traicion el riesgo peligroso,
Y se ve de Bernardo socorrido,
Y en el gigante el golpe monstruoso;
De su mismo suceso inadvertido
De la ocasion no alcanza el fin dudoso,
Ni qual sea el que á buscarle los traía
Con el leal mancebo en compañia.

Mas entre estos cuidados diligente
Así las armas juega, que á lo obscuro
Del marañado bosque, el mas valiente
Ni dél está ni su esgrimir seguro;
Que en las espaldas uno, otro en la frente,
Rayos su alfange da de acero puro,
Y al lado del que allí le da su ayuda
Un mundo entero acometer no duda.

Ya del jayan y veinte caballeros
Solos quedaban ocho, quando el uno,
Que por entre acebuches y romeros
Al pie cayendo fué de un aceytuno,
De su cobarde espada los aceros
A tiempo revolvió tan oportuno,
Que al caballo del luto, aunque lozano,
De las dos le dexó sin la una mano.

Vino caballo y caballero al suelo,
Y por mal de quien fué el tropezon vino,
Que de un diestro revés á todo vuelo
Sin dos pies le dexó, y sin ningun tino:
Y á coger otro potro con recelo
Por el bosque se entró, y perdió el camino,
Entrampado en sus árboles de modo,
Que á volver no acertó al valiente godo.

Bien que él así se avino en su refriega,
Que en breve rato no hubo sarracino,
Que por la selva obscura, ó noche ciega,
No abriese huyendo á su temor camino:
Solo á los victoriosos dos les niega
Senda para encontrarse su destino,
Que en tanto que con mas atenta oreja
Se busca el uno al otro, mas se aleja.

Y anegados sin guia en la espesura
De poderse hallar pierden el tino,
Hasta que al descaecer la noche obscura
El dia con sus risueños ojos vino....
Despues diré del otro la ventura,
Y á que fin le guió su desatino,
Que á Bernardo la luz que al alba guia
En la ciudad le halló quando salia;

Donde el cansancio, y falta de reposo,
Que era le dixo de metal humano,
De cuerpo ni divino ni glorioso,
Ni como el de los cielos soberano:
Y á reposar se entró al palacio hermoso,
Que en suave modo y trato cortesano,
Para rehacer su descaecido aliento
Lo mejor le ofreció de su aposento.

ALEGORÍA.

Malgesí, que muestra á sus compañeros las imágenes del cielo, significa que el verdadero contemplativo no se ha de quedar en la consideracion de las cosas humanas, sino levantar luego el vuelo á las superiores y celestiales. La dificultad de la subida del Parnaso, significa la que á los principios se siente en el camino de la virtud, y en adquirir las ciencias humanas: y los monstruos del esquadron de la ignorancia, las muchas que se hallan en las locuras del vulgo; y el heroyco y célebre premio de la virtud, en la honrosa subida de Bernardo al templo de la inmortalidad. En el sepulcro suyo, se muestra que las riquezas y fama del hombre virtuoso en todo tiempo son provechosas al mundo, y la gran luz que dan para ser imitados y seguidos.

Fin del libro décimoséptimo.

LIBRO DECIMOOCTAVO.

ARGUMENTO.

Queda Bernardo vencedor en las justas de Acaya, ofrécele Gloricia á su nieta en casamiento, y él enamorado de Arcangélica se excusa con la prision de sus padres: recibe una carta, y alborotado con ella trata de partirse. Crisalba hace gran sentimiento, y por no apartarse dél, le pide el favor de su persona hasta recobrar el estado de Colonia; Bernardo se lo concede, y embarcándose juntos en la costa de España, se apartan por una extraña aventura. Malgesí, volando en su barco, llega á descubrir la grandeza de la luna, y desde allí pasa á ver las de las Indias Occidentales, donde el mago Tascalan le ataja el vuelo, y muestra las maravillas de su cueva.

O sea del envidioso Momo, ó sea
Traza de otra deidad mas soberana,
Que desde el celestial balcon otea,
Y el curso rige de la vida humana;
Quanto de gusto en ella se desea
Al nuestro acude al parecer sin gana,
El bien medido, y su placer por tasa,
Y los enfados como á propia casa.

Dicen que á envidia de la humana suerte,
Los prevenidos dioses en su cielo,
Al bien dieron y al mal nudo tan fuerte,
Que ninguno baxó sin mezcla al suelo:
La vida encadenaron con la muerte,
Penas con glorias, gustos con recelo,
Y la alegria, que de su cosecha
De risa era, quedó de azares hecha.

Y aun si se dieran por medida iguales
Las dos porciones de contrarios vinos,
Pudiéranse beber, y los mortales
De dos sendas abrieran mil caminos:
Mas viene aguado el bien, puros los males,
Tras un acierto, veinte desatinos,
Que es varia la librea del engaño,
Y la de la verdad de solo un paño.

Parece nuestro mundo humilde juego,
De aquellos que pisando las estrellas
Sus tragedias contemplan, y quan ciego
El hombre que es su autor camina en ellas:
Llega á soplar para alumbrarse el fuego,
Y sáltanle á los ojos las centellas;
Va el otro á su ocasion, y no se advierte
Que en la que busca está la de su muerte.

Camina Califerno, y va fiado,
Para salir con la traicion urdida,
En el que mas vecino lleva al lado,
Y es el primero en le quitar la vida:
Combate el caballero disfrazado,
Y procura matar de una herida
A quien si antes de herirle conociera,
La vida por salvar la suya diera.

Salió á buscar el godo, y de hallado,
Sin pensar le perdió, suspira, y calla,
Que es siempre lo postrero, y mas guardado,
Lo que se busca, quando acaso se halla:
Tambien el ciego bosque era hadado,
La obscura noche, y la infeliz batalla,
Y el no saber la tierra, fueron causa
Del nuevo yerro, de sus gustos pausa.

Bien creyó el español que volveria
El encubierto amigo á ver la tela,
Que por ausencia suya mantenia,
Y de solo su brazo la recela:
Mas ni volvió aquel dia ni otro dia,
Ni la gran voz que de su fama vuela
Le descubrió, ni de su arnés el rayo
El sol volvió á enlutar del campo acayo.

Dieron las nunca vistas maravillas
De sus armas al godo declarado
Por digno sucesor de las dos sillas
De la Acaya, y del cretense estado;
Y que ante la Princesa de rodillas,
De inmortales laureles coronado,
El rico premio goce, y joya puesta
A la honrosa victoria de la fiesta.

Subió en medio del griego pueblo ufano
Al real dosel el vencedor guerrero,
Donde la Infanta con gallarda mano
La guirnalda y su amor le ofrece entero:
Y él con bizarro estilo cortesano,
"Señora, dixo, el premio verdadero
Mio será, que el lauro se mejore,
Donde el mundo le envidie, y yo le adore.

Y vuestra soberana frente sea
Divino templo á su trofeo de gloria,
Para que como yo pretendo vea
Mas que los cielos alta mi victoria:
Y á vos gallarda y celestial idea
Tambien por premio quede y por memoria
Deste humilde servicio, como es justo
Entera libertad en vuestro gusto,

Para eligir con él esposo dino
A vuestro real valor y heroyca casa,
Sin que con temerario desatino
Nadie en esto os dé ley ni ponga tasa:
Él solo sea la regla y el camino,
Y de vuestra eleccion la libre basa,
Que vos que habeis de dar al mundo leyes,
No es bien que las tomeis de agenos Reyes.

Y si algun descompuesto caballero
Por humilde interés violar quisiere
Desta mi nueva libertad el fuero,
Campo y armas señale, y sea quien fuere;
Que la puerta del gusto no es de acero,
Ni á Palas Venus sujetar se quiere,
Antes sin estimar su escudo y lanza
Sola y desnuda la victoria alcanza."

Engrandeció el cretense señorío
Del hidalgo español el noble intento,
Perdió en oirle la Princesa el brio,
Zelosa aun de su mismo pensamiento:
No sabe si es de amor, ó si es desvio,
El fin del generoso ofrecimiento,
Que á un empeñado gusto en dulces bienes
La alegre libertad sabe á desdenes.

Y hecha de un cielo de placer trasunto,
Ahora de uno y luego de otro modo,
De su amoroso pensamiento el punto
Claro descubre al encubierto godo:
Y en fiestas puesto el griego reyno junto
A entretenerle en gusto atiende todo,
Y ella en cuidosa prevencion atenta
De mil cosas le pide y le da cuenta.

Ya en agradables músicas, ya en cazas,
El gusto y el placer se dan las manos,
Y en reales mesas espumantes tazas
La alegria hacen y el amor hermanos,
Con que tú, ó niño celestial enlazas
De la doncella los cuidados vanos,
Y de su ilustre huesped siempre á tiento
De uno en otro se vuela el pensamiento.

Gloricia en tanto, á quien la oculta ciencia
De sus mágicos versos adivina
La masa real, y heroyca descendencia,
Que al mundo en siglos por venir camina:
Destas dos sangres, que hoy en diferencia
Tiene el amor, y el cielo determina
Que una se hagan, y su nudo santo
Honra á la fama dé, y al suelo espanto.

Un dia así con el valiente godo,
En su real quadra á solas retirada,
"¡O valor, dixo, en quien por dulce modo
De nuevo mi esperanza veo cifrada!
Si el cielo no hizo diferente en todo
Mi antiguo origen de tu patria amada,
Y ahora ordena que aumentado quede,
Con tu real sangre lo haga como puede.

Sabrás, ó ilustre espíritu gallardo,
Que el manantial primero de mi gente,
No por camino oculto ni bastardo,
De lo mejor de España trae su fuente:
De Viriato Gentil, bello resguardo
De la española libertad potente,
Que en el precioso zamorano asiento
Marte le dió el primer vital aliento.

Deste procedió Clodio Lusitano,
De espíritu é ingenio peregrino,
Cánio deste nació, deste Daciano,
Y deste el bravo capitan Crastino,
De cuya invicta y atrevida mano
La primer lanza abrió roxo camino
Al real de Pompeyo, y fué el primero
Que á César hizo Rey de un mundo entero.

Deste nació Taurino, que Alencastro
Al mundo dió, y al curso del rio Reno,
De Colonia los muros de alabastro,
Con pueblo ilustre de riquezas lleno:
Y dexando de sí glorioso rastro,
De Príncipes nació en dia sereno,
Y en estrella feliz por sol del mundo,
El segundo Alencastro sin segundo.

Deste gran Duque fuí prima y esposa,
Y de los dos, Tifeo Rey de Creta
Unico hizo, cuya estrella odiosa
La mia á mil desdichas trae sujeta:
Crióse en trato libre y vida ociosa,
Y la fama que todo lo inquïeta,
Con la beldad de una cretense Infanta,
De su raiz destroncó mi altiva planta.

Y ya cautivo el libre pensamiento,
Por verla aborreció el paterno estado,
Y no solo olvidó ciudad y asiento,
De la tierna beldad nueva encantado:
Mas de su religion y nacimiento
(¡Notable desventura!) ya olvidado,
De idólatra de amor, gustos livianos
Serlo hicieron tambien de dioses vanos.

Y aunque en remedio suyo el justo cielo,
Por sano acuerdo del letargo extraño,
De horribles monstruos le ha sembrado el sue-
Que para su provecho le hacen daño: [lo,
Ni vuelve en sí, ni al religioso zelo,
Ni de su obstinacion dexa el engaño,
Antes con nuevos mágicos errores
Los daños crecen cada dia mayores.

Ha inventado de honesta sangre humana
A un ídolo espantosos sacrificios,
¡Extraña crueldad! ¡ley inhumana!
De un corazon sin Dios claros indicios:
Y de error en error su alma liviana,
Con los pasados los presentes vicios,
Le han hecho dar á una ramera hermosa
Por serlo, sacro altar y honor de diosa.

Yo de Colonia huí la acerba muerte,
Y las crueles cadenas del tirano,
Y á Creta me arrojó la adversa suerte,
Un reyno entonces mas que ahora humano;
Donde Crisalba, que en placer convierte
Quanto su vista ve y toca su mano,
Con solo el gusto de hallarla pudo
De mi alma conservar el frágil nudo.

Con ella huyendo del horrible infierno
En que arde el reyno, y mi obstinado hijo,
Aquí me retiré, y su pecho tierno,
A que con gusto y gravedad corrijo:
Y de mi ley cristiana el pacto eterno
En mi alma tengo, y en la suya fixo,
Deseando desta humilde tierra obscura
Volar con ella á mas constante altura.

Mi intento á esto trazó las reales fiestas,
En que su ánimo muestre el mas lozano,
Porque en tan valerosos hombros puestas
Mis pretensiones corran de su mano:
La tuya no la sé, las mias son estas,
Cobrar mi antigua patria del tirano
Que ahora la usurpa, y á mi nieta bella
Léjos de Creta ver reynando en ella.

¡O brazo ilustre, á quien el santo cielo
Ahora para este bien tiene guardado,
No quieras violentar su feliz vuelo,
Cumple su ordenacion y mi cuidado!
Que deste dulce nudo al patrio suelo
De nuestra España es; pero que dé el hado
Tal sucesion de Príncipes, que sea
De todo lo mejor del mundo idea."

La prudente Gloricia en este modo
Su ofrecimiento y diligencias hizo,
A quien el firme y generoso godo
Con discretas palabras satisfizo:
Era de su liviana excusa el todo,
La injuria con que un Rey antojadizo
Puestos tenia sus padres en prisiones,
Su estado en riesgo, su honra en opiniones.

Con esto el jóven por entonces puso
A aquel nuevo fervor silencio y pausa,
Bien que en sí mismo sin saber confuso
Quien el cuidado y suspension le causa:
Admírase tambien que se dispuso
La bella Olfa á le dexar sin causa,
Y sin darle razon de su partida,
Ni se sabe el por qué, ni adónde es ida.

Cercado destos varios pensamientos,
La ociosa soledad por compañia,
Dando y tomando cuenta á sus intentos,
Y el medio que en seguirlos tomaria:
Viendo qual juegan con la mar los vientos
Desde el real mirador estaba un dia,
Quando un villano vió con una carta,
Que absorto de mirarle no se harta.

Y en el humilde suelo una rodilla,
"Señor, le dixo, un caballero andante,
Que de luto vestido, una quadrilla
A un grave entierro lleva semejante;
Al tiempo de embarcarse en una villa,
Que da á un puerto de mar playa inconstante,
Este papel me dió, que en propia mano
Os diese...." y puesto allí callo el villano.

Vió que conforme el simple mensagero
Las claras señas da, la carta vieno
Del ausente enlutado caballero,
Que en cuidadosa suspension le tiene:
Y en gusto deseando mas entero
Lo que el secreto del papel contiene,
De sobresalto lleno, y de alegría,
Al desdoblarlo vió que así decia:

"La encubierta Princesa de la China,
Del tiempo perseguida y sus azares,
A ti de estirpe al parecer divina
En tus proezas y hechos singulares;
Salud, si el que á deseártela me inclina
Darla á ti puede, como á mí pesares,
Porque con ella en años no veloces
El nuevo gusto en que te empleas goces.

El cielo sabe, ó jóven soberano,
A quien la vida tantas veces debo,
Que despues que por ti en el mar Greciano
A ver volví mi libertad de nuevo;
Ni te estimé en tan poco, ni en tan vano
Cuidado el que me dan tus cosas llevo,
Que á no ir ciega qual fuí en mi desafío,
Nunca contra tu brazo alzara el mio.

Perdona, ó felicísimo guerrero,
Si en algo estorbo fuí á tu nuevo gusto,
Aunque salir con el honor entero
Jamas dudase tu ánimo robusto:
Mas por lo que mereces y te quiero,
Aunque excediendo del estilo justo,
No sé si ahora diga que me pesa
De haberme desistido de la empresa.

No por vana arrogancia de vencerte,
Que serlo yo de ti tengo por gloria,
Ni por hacerme á mí, ni deshacerte,
Ni acortar con la mia tu memoria:
Pero quizá de envidia por no verte
El gran premio gozar de la victoria,
Que el dolor deste vicio sin provecho
¿A qué altiva muger no escarva el pecho?

Mas ya que esta intencion es devaneo,
Tu gusto que se extienda á los extraños
Eterno goces como yo deseo,
De azares libre, y de temor de engaños:
Aunque el ver sepultados qual los veo
Dentro en Acaya tus floridos años,
No sé si ya por lo que á ti se debe,
Mas que no á envidia á compasion me mueve.

A tus felices bodas fuera justo
Quedarme, y celebrarlas qual conviene,
Mas en materia de alegria y gusto,
Nadie es posible dar lo que no tiene:
Yo habia de estar sobrada, donde al justo
El resto en igualdad se anuda y viene,
Y así esta breve falta tuve en menos,
Que agüerar con mi mal gustos agenos.

Fueme tambien forzoso dar derecho
A la Infanta de Fez del falso Argante,
A quien mi real palabra di de hecho
De cobrarle del reyno lo importante:
Y aunque lo mas del caso tengo hecho
Muerto el tirano, falta lo restante,
Que me parto á acabar á toda priesa,
Por la que da en sus causas la Princesa.

A Olfa mi dama, si la suerte amiga
Salva contigo echó en la playa angosta,
Porque voy sola manda que me siga
Del rio de Fez á la vecina costa:
Y si de allí faltare, á la enemiga
Francia sin se estorbar tome la posta,
Quando el fin que me prometo en estas
Causas, seré de las francesas fiestas.

Dexara en tu servicio la doncella,
Para que lo que yo de mejor gana
Hiciera en tu servicio y causas, ella
En amistad hiciese honesta y llana:
Mas pues te sobra todo, y yo con ella,
No te falte por culpa tan liviana
Conocimiento en ley y fe de amigo,
Que estuvo tu valor en mas que digo."

Dexó suspenso al español valiente
El dulce estilo de la aguda carta
Tan sábia, que de leerla atentamente
Una vez y otra y otra no se harta:
Y al rudo mensagero diligente
Aparte por saber cosas aparta,
Dándole por su parte una cadena
De ricas cifras de diamantes llena.

Dél supo entre otras pláticas sabrosas,
Que Olfa llegó á la playa el mismo dia,
Que su ama por las olas espumosas
Del puerto, al mar salió de Berbería:
Y en un presto baxel de alas pomposas,
Que con refresco al real galeon seguia,
En voz que lleva una preciosa espada
Al vengador de Fez, salio embarcada.

Conocio el oro de la rica hoja
Que la Infanta arrojó la hermosa china,
Y entre turbados gustos y congoja
La ciega noche por la hallar camina:
Que la oye en cada rama se le antoja,
Y mientras busca mas, menos atina,
Que es tal el peligroso bosque espeso,
Que el tino le hurtó, y pudiera el seso.

Hallóse con el dia en una aldea,
Y dándolo al reposo, dió el siguiente
Al gusto de buscar lo que desea,
Sola de pueblo en pueblo, y gente en gente:
Por aquí ataja, por allí rodea,
En rastro de la Reyna del oriente,
Hasta que llegó al fin, donde aquel dia
Tomó tras ella de Africa la via.

Bernardo, alborotado el pensamiento
Con la carta, y la nueva, habiendo al justo
Trazado el tiempo de uno y otro intento,
Seguir quiere los rastros de su gusto,
Que es fuego amor, y con qualquiera viento
El corazon altera mas robusto,
Y ya impaciente de su ociosa vida,
Y sus gustos, ordena la partida.

Y para atravesar el hondo charco,
Que tiene el reyno de Fortuna en peso,
A toda diligencia aprestó un barco,
Que hace gemir las aguas con su peso:
Y en medio el sesgo puerto, al tumbo y arco
De crespas olas, y de aljófar grueso,
La áncora corva en el arena agarra,
Y al primer viento ha de dexar la barra.

Sintió Crisalba el pensamiento nuevo
De su querido huesped, en quien puso
Amor su gusto, y la fortuna el cebo
De las lisonjas que á su honor compuso:
Pierde el color, marchítase el renuevo
Que en su deseo florecia confuso,
Y queda entre recelos sin sosiego,
Ya confiando, y desconfiando luego.

Mas viendo del partir la hora llegada,
Y que ya su licencia sola espera,
Con el dolor el alma traspasada
Del miedo los recatos echó fuera;
Y en seca lengua al paladar pegada,
La voz quebrada, y la congoja entera,
Así habló de la pena los enojos,
Reventando las señas por los ojos:

"¡O valor para todos de provecho,
Para mí sola de tormento y daño,
En quien el cielo dió á mi alma hecho
El de toda su gloria á tu tamaño!
Si ya no cubre en tan hidalgo pecho
Siniestro azar la capa del engaño,
¿Cómo es posible que tan presto al viento
La esperanza hayas dado de mi intento?

¿Qué se hizo aquel gran bien que amanecia
Con la luz de tu fama en mi memoria,
Que aunque contaba menos que yo via,
No era menor que mis deseos su gloria?
¿Cómo, señor, tan presto de la mia
Huérfana quedaré, en queja notoria
De la alegre esperanza que me diste,
Quando venciendo tuya me hiciste?

Goza en tanto á lo menos del descanso
Que este revuelto tiempo se mitiga,
Y el tempestuoso mar se muestra manso,
Y en menos olas su arenal fatiga;
Mientras que de los rios el remanso
A dar claro tributo al mar prosiga,
Y vayan no tan turbios y abultados,
De ordinarias riberas abrazados.

Ya por mi mal he visto en suerte loca
Gente á dudosos vientos confiada,
El rigor darla de una oculta roca
Por el áspero mar toda sembrada:
Si tan de léjos mi dolor te toca,
Que por él no merezco alcanzar nada,
Ablande ahora ese tu duro pecho,
Ya que no mi dolor, ver tu provecho.

No te pido la fe del casamiento
Que mi vana altivez me prometia,
Ni que á esa cuenta dexes tu contento
Por el remedio de la pena mia;
Solo que aguardes que te ofrezca el viento
Mas firme soplo, y apacible dia:
Mira si aunque en tu pecho yo estuviera,
Mas breve y corto don pedir pudiera.

No quiero cansar mas, da la sentencia
Que ya en tus ojos se conoce clara,
Que si entendiera que esta triste ausencia
Hasta acabar de oirme se alargara,
Por no verme apartar de tu presencia
Eternamente sin cesar hablara,
Quedando así, en las causas que me pones,
Igual tu sinrazon con mis razones."

Dixo, y dixera mas, si la congoja
Mas ánimo le diera, y mas aliento;
Mas vuelta en gualda ya la color roxa,
La habla á un tiempo perdió y el movimiento:
Quedó qual de alelí marchita hoja,
Y al español su tierno sentimiento
Anuncia, sino abrevia la partida,
De amor tan fino su lealtad vencida.

Y así en los brazos de Faustina bella,
Y otras llorosas damas desmayada,
Que en triste asombro acuden á valella,
La real casa les dexa alborotada:
Y el constante mancebo huyendo della,
En ojos tiernos va, y alma obstinada,
Al ciego mar, adonde en frágil barca,
Que á él solo espera, sin pensar se embarca.

Y dando al viento las latinas velas
El ligero batel dexa la playa,
Que un amor y otro amor sirven de espuelas
Para que huyendo ahora de ambos vaya:
Un amor descubierto sin cautelas,
En vez de encender fuego le desmaya,
Que siempre el gusto incierto se sublima,
Y lo dado de balde no se estima.

Volvió de su amoroso desacuerdo
La bella Infanta, y al abrir los ojos,
Aunque alterada, con semblante cuerdo
La causa fué á buscar de sus enojos:
Y no viéndola allí, puesta en su acuerdo,
Y el desdeñado espíritu entre abrojos,
Torna á cerrarlos, que sin ver su amante,
Tiniebla es todo quanto ve delante.

Mas ya certificada en su partida,
Y en la muerta esperanza de su gloria,
Si el cruel dolor no le acabó la vida,
Fué por darlo mayor con la memoria:
Y entre una y otra pena divertida,
En todas de su muerte ve la historia,
Hasta que vuelta ya á mejor discurso
Dió al alma vado, y á sus penas curso.

Y recogiendo á lo mejor del pecho
El grave mal que su quietud destruye,
Gozar un rato quiere sin provecho
De ver su huesped por la mar qual huye:
De un rico balcon de oro al antepecho
El crespo golfo vió, y en verlo arguye,
Si un tan gran cuerpo mueve un ayre vano,
No es mucho sea como él el gusto humano.

Vió volar el pequeño barco altivo,
Surcando el mar con todo su tesoro:
"¡Ay, dixo, cruel, cobarde, fugitivo,
Que solo huyes de mi porque te adoro!
Si tanto el mar te agrada, un mar al vivo
Verás en estas lágrimas que lloro:
Vuelve, y navega en él á tu contento,
Que mis suspiros servirán de viento.

Vuelve, y verás el gusto de quererte
Hecho verdugo de mi amarga vida,
Y quan vecina de mi triste muerte
La vana ocasion fué de tu partida:
Mas no vuelvas, cruel, que en solo verte
El alma, que ya tengo aborrecida,
Por tuya cobrará su aliento y brio,
Para pena mayor y agravio mio.

Que ese mar, como tú inconstante y vario,
Trono de la fortuna sin asiento,
Si ahora afable, como á mí contrario,
Paso te ofrece y favorable viento;
Yo espero que volviendo á su ordinario
Tu barco arroje con furor violento
Sobre algun pardo risco en que fenezca,
Y que en lo duro y cruel se te parezca.

Mas si solo por ser venganza mia
Olvidare su estilo la fortuna,
Estos suspiros que mi pecho envia
De ti no han de dexar reliquia alguna:
Tu barco anegarán, mas ¡ay porfia
Vana, que á quien mi vista es importuna,
Los suspiros que doy, bien se concluye
Que serán viento en popa, quando huye!
Mas sean en tu favor, sean en mi daño,
Como quiera que son te los envio,
Que en amor verdadero no hay engaño,
Y eslo en su fe por excelencia el mio:"
Así la Infanta dixo, y con el baño
De perlas lleno el rostro de rocío,
Como la luz quedó de la mañana,
Que el sol aun no le dió color de grana.
Y entre tanto la playa lisonjera,
Como si sorda oyera su agonía,
En huecos tumbos se alza de manera,
Que sus deseos ya en temor volvia;
Y lo que sino amara le vistiera
El vengativo gusto de alegría,
Ya en pálido temor el riesgo mira
Del que antes anegar queria la ira.
Quando el barco, en confuso torbellino
De roncas olas, al amigo puerto
Entre peñascos saludando vino,
Ya de los dos el un costado abierto:
Corrió la Infanta al reyno cristalino,
Ya el pecho sin recato descubierto,
A recibir el fugitivo rayo
Del sol, que á su alma da un florido mayo.

Con roxa tez el español valiente
Segunda vez tomó puerto en Acaya,
Si bien como discreto alegremente
La furia alaba de la ronca playa:
"No es bien dexar ciudad tan excelente,
Ni que yo huyendo de mi bien me vaya,"
Dixo, y á la Princesa en la ancha plaza
Pide humilde perdon, y ella le abraza.

Y ya en solemne triunfo victoriosa,
Cercada de su pueblo cortesano,
Del alcázar volvió á su quadra hermosa,
Con su vencido huesped de la mano:
Y con alma en sus gustos recelosa,
Que no es durable juzga el bien humano,
Y al que ahora le dió el viento busca modos
A conservarle encaminados todos.

Y no hallando ninguno poderoso
Al importante fin que pretendia,
Tierna le pide al jóven valeroso
Hasta Colonia le haga compañia;
Con que su estado cobre, ó su reposo,
O juntos ambos bienes en un dia,
Que amor es hijo de un hidalgo trato,
Y la ausencia parió al olvido ingrato.

Fué de Gloricia traza este concierto,
Que de su amada nieta el bien desea,
Y por mil experiencias halla cierto
Cumplido de valor el que allí emplea:
Y aun lo que convirtió al vecino puerto
En raudales de viento la marea,
Artificio tambien fué de la sábia,
Forjado en mezcla de aficion y rabia.

No pudo el español por mas que quiso
El cuerpo ahora hurtar á esta demanda;
Encubrió el sentimiento, y con aviso
A la alegre jornada aprestar manda:
No es en sus gustos el amor remiso,
Que con dos alas por los ayres anda,
Y así como por ellos en un punto
Quanto importó al partir se halló junto.

Un preñado galeon de nuevo lleno
De aparato y riquísimo tesoro,
Que Dédalo labró en un bosque ameno,
Lo mas precioso dél de nacar y oro;
Hecho al compás y bordos de su seno
Un mudable jardin, alegre coro
De aves parleras, donde su armonía
Los parabienes da al reir del dia:

Aquí en real pompa á la marea liviana,
Que al huir del sol parió un celage pardo,
Por la barra salió de espumas cana
Con la Princesa el español gallardo:
Seguia por magestad la Capitana,
Mas que para defensa ni resguardo;
Ociosa flota, que el valiente godo
Todo lo ampara, y lo asegura todo.

La crespa mar con un templado viento
Por sus golfos les abre ancho camino:
Dexan á Macedonia á barlovento,
El Jónio estrecho, el cabo de Paquino;
Y volteando del tinacrio asiento
Con viento en popa el yerto mar vecino,
Al dar la vuelta al cabo de Peloro,
Que huye de Italia por llegarse al moro,

Un pequeño batel entre ola y ola
Andar de léjos vieron sobreaguado,
Que ni las velas nadie le enarbola,
Ni dellas tiene ni el timon cuidado:
Solo de quando en quando una vez sola
El viento rasga, y del rumor quebrado
En las letras del eco que resuena,
Mas que palabras manifiesta pena.

Gobierna á ver el real galeon de Creta
El pequeño batel que no se mueve,
Y quanto mas se acerca, mas perfeta
El viento trae la voz ligera y leve;
Y á todas partes, de la mas secreta
Del leño sale el ay confuso y breve,
Entre un horrible estruendo de cadenas,
De que parecen sus cavernas llenas.

Y en un tapete de oro recostado
Sobre la corva puente un caballero,
El solo hermoso rostro desarmado,
Vestido lo demas de limpio acero,
De lágrimas cubierto y de cuidado,
Y en el semblante y gravedad severo;
Bernardo que le vió perdió el sentido,
De su presencia y suspension herido.

Conoció la beldad que amor le puso
En lo mejor del alma retratada,
Y vió que el que allí va triste y confuso,
O es sueño, ó su Arcangélica agraviada:
Quiso arrojarse dentro, mas traspuso
La nao de velas y de amor preñada,
Quedándose el batel pequeño en calma,
Que al tierno montañés le robó el alma.

Manda el galeon parar, manda la Infanta,
Sobresaltada en el temor de oillo,
Saber la causa que en presteza tanta
Al mar se arroja su español caudillo:
Quando al baxel, cuya quietud espanta,
Su barquillo arribó, y de su barquillo
Apenas saltó dentro, que el mar ciego
En crespas olas enrizó el sosiego.

Quedó en mayor espanto que primero,
Habiendo en su combés reconocido,
Ser un arnés pintado el caballero,
Que la Princesa habia parecido;
Y el son de las cadenas lastimero,
O fué imaginacion, ó fué fingido,
Y el frágil barco, si tambien no engaña,
El que una noche le sacó de España.

Alteróse la mar, y el raudo viento
La flota al barco le escondió y el dia,
Y él sin remos ni vela, un pensamiento
En su ligero vuelo parecia:
Perdió el grave español el sufrimiento,
Burlado de su ciega fantasía,
Que un nuevo gusto le pintó en el seno
Del vacío baxel, de engaños lleno.

Teme sin ocasion haber dexado
La cretense beldad, teme y suspira
Por ello ser de sin lealtad notado,
Y su aficion hallar trocada en ira;
Que aunque no está rendido á su cuidado,
Ni al dulce premio de su amor aspira,
Es efecto de amor propio, ó forzado,
Amar de un modo, ó de otro, el que es amado.

Mas entre los recelos y el disgusto
De hallarse en el batel burlado y solo,
Quando tocaba en horizonte al justo
Del mar de Fez la lámpara de Apolo,
Cobrando aliento su ánimo robusto,
La noche obscura, y encubierto el polo,
A ver se puso la ligera priesa
Con que el golfo su góndola atraviesa.

Juzga de su volar que no anda tanto
De un nuevo amante el pensamiento altivo,
Como ella envuelta en el confuso manto
De la noche sin luz y el golfo esquivo:
Cruza mil sierras de agua, cuyo espanto
Otro ánimo dexara apenas vivo,
Quando ya por entre una y otra roca
De un rio profundo le tragó la boca.

Y los prolixos golfos reducidos,
A una angosta canal mira abreviadas
Sus olas, y él y su batel metidos
Entre riberas de árboles copadas;
Por donde de la furia compelidos,
Que allí los dió á las ondas sosegadas,
Del cristal de Ebro la barquilla altiva,
Qual rayo sube la corriente arriba.

Salia sembrando aljófares y plata
La blanca aurora por el crespo rio,
Guiando por entre una y otra mata
Sus tiernos soplos al batel vacío;
Quando en un remolino le arrebata
La densa niebla de un celage frio,
Que de sus lentas ondas se levanta,
Y al dia mas claro con su sombra espanta.

El nacer y el morir la luz del alba
En su presencia todo fué en un punto,
Y de la obscura nube hacerle salva
Con roncos truenos, fuego y rayos junto;
Pasando la pequeña barca salva
Entre las roxas llamas un trasunto
De la encendida fragua en que al verano
Sus rayos labra á Júpiter Vulcano.

Volaba ardiendo sin quemarse el barco
Sobre el agua que en blando fuego ardia,
Quando de en medio el encendido charco
De un dragon la escamosa tez nacia,
De las colores que en el cielo el arco
Vestirse suele al trastornarse el dia,
Cuya garganta, aunque escarchada de oro,
Llamas lanzaba en anhelar sonoro.

Así al cruzar Châron el lago Averno
Con su negra barquilla, le recibe
La abierta boca del horrible infierno,
Del fuego llena que en su vientre vive:
Y entre el obscuro arder del humo eterno,
Que á cada culpa su castigo escribe,
Su leño alija, y la laguna amarga
Al peso gime de la inútil carga.

Y así la fusta en que el valor de España
Entre el fuego y el agua iba rompiendo,
A las gargantas de la sierpe extraña
Baxar se vió con espantoso estruendo:
Tragóle el gran dragon, que una montaña
Es breve hormiga con su bulto horrendo....
Yo no me atrevo á dar tras dél un paso,
Que es irse á despeñar horrible caso.

Seguir ahora el rumbo ilustre quiero
De otro navío que próspero navega,
Y remedar un gusto lisonjero,
Que solo al tiempo del placer se llega;
Y él sobre el ayre así vuela altanero,
Que el mundo ya por baxo se le niega,
Y en ver la luna Malgesí tan junta,
Las bolinas biró, y tomó otra punta.

Dióle medroso horror ver si anochece
Del cielo trastornarse la techumbre,
Y que lo que de acá luna parece,
Huecas montañas son llenas de lumbre;
Y la argentada tez, que mengua y crece
En su resplandeciente pesadumbre,
Es luz del sol, que como á un limpio espejo,
Ya de un lado le da, ya por parejo,

Sus plateados riscos y montañas
Lagunas de un cristal que se movia,
Entre cuyas riberas y espadañas
Las sombras viven de la noche fria;
Y aquellas negras cejas y pestañas
Que aquí parecen, desde allí se via
Ser de un jayan el bulto, que tendido
Sobre un blanco arenal vive dormido.

Guarda su sueño en hermosura rara,
Mil perlas ensartando de una en una,
Una blanca muger, cuya ancha cara,
En viéndola, les dixo ser la luna:
La tez del rostro transparente y clara,
Cada ojo del compás de una laguna,
La boca un ancho rio, y ella junta
Mayor que el monte Olimpo falda y punta.

Las riendas de la mar tenia en la mano,
Y de espejo su golfo le servia,
De las flores cercada del verano,
De cuyas perlas su frescor se cria:
Admiróles el mundo soberano,
Que así volando por sus hombros guia,
Dando los ojos al humilde suelo,
Medrosos del furor de tanto vuelo.

Juzgan mayor el globo de la tierra
Que el primer resplandor dos treinta veces,
Y el ancho mar, que en ámbito le cierra,
De un mudable cristal lustrosas teces,
Donde haciendo del sol los rayos guerra
Nuevas lumbres producen sus combeces,
Que de sombras texidas y reflexos
Otra luna inferior forman de léjos.

Absortos al placer de andar volando
En medio de ambos climas ya sin tino,
Ni ven si van subiendo, ó si baxando,
Ni de qual mundo siguen el camino:
Quando el diestro piloto en curso blando
Cambió el timon, y mareando el lino
Las bolinas trocó, y humilló el vuelo,
Que es de riesgo sin fe subirse al cielo.

Fueron al fin á rematar la punta
A los baxos Antípodas del mundo,
Pasando en invariable vuelo junta
La obscura inmensidad del mar profundo,
Hasta donde con él se engaza y junta
Suelto del primer orbe este segundo,
Que hoy á España tributa y da barata
La sangre de sus venas vuelta en plata.

Ven hácia el sur tendidas las regiones,
Y el belicoso clima de la tierra,
Que en los menos altivos corazones
Discordia influye, presuncion y guerra;
Hasta los encubiertos Patagones,
Y el largo estrecho que sus playas cierra,
Por donde Magallanes sin contienda
Del rico oriente halló la inútil senda.

Ven del Brasil los páramos incultos,
Los Andes, el Dorado, y los temidos
Desiertos del Dayren, llenos de insultos,
Aunque frescos entonces y floridos:
Del viejo y mozo Potosí los bultos
De riquezas preñados, y hoy paridos,
Y las playas de Chile de oro llenas,
Y ahora mas de sangre que de arenas.

La rica tierra y blancos arenales
En que llover no supo el seco cielo,
Y la vecina sierra y sus raudales,
Que en frescos valles dan partido el suelo:
El Cuzco de los Ingas naturales
Silla imperial, y el claro y fértil vuelo
Con que la equinoccial sembrando brasa
Por los muros de Quito rompe y pasa.

En Panamá, y su costa el nudo estrecho,
Que dos contrarios mundos encadena,
Y el hueco monte, que de llamas hecho
De Nicaragua por las playas suena:
Del valle de Campeche el dulce pecho
Queda de roxa miel y abejas llena,
Y los vergeles que el cacao señala
Por el rico Tabasco, y Guatemala.

Miran el brazo de cristal que ataja
De Chiapa los desiertos arenales,
Y de Guajaca la florida faxa
De regalados temples y frutales:
Las dos ricas Mistecas alta y baxa,
Con sus frescas moreras y nogales,
Las nevadas alturas de Perote,
Y el mar que á vista dél sirve de azote.

Ven, entre el fresco Panico y Guatulco
A Tlascala, y el reyno Mexicano,
A Mechoacán, Colima, y Acapulco
Del mar del Sur el puerto mas cercano:
Los pueblos de Quiseo y Tlajamulco,
Y en sus contornos y florido llano
La abundante laguna de Chapala,
Que al Océano en profunda anchura iguala.

Miran de Zacatecas la riqueza,
Entonces en sus venas enterrada,
Y otro México al norte de grandeza,
O ya sea verdadera, ó sea soñada:
De la sierra de Topia la belleza,
De fina plata y oro incorporada,
Y á Culiacán, que en temple no bien sano
Al mundo crió la flor de su verano.

Los riscos de Chiametla y de Copala,
Y de su rica playa las salinas;
La áspera Guaynámota, que la iguala
En fieras gentes, y en preciosas minas;
Los altos montes de Xalisco y Xala,
Llenos de miel sabrosa, y de sabinas;
Los jardines del valle de Vanderas,
Y reventando el mar por sus riberas.

El gran volcan de Xala, monstruo horrible
Del mundo, y sus asombros el mas vivo,
Que ahora con su roxa luz visible
De clara antorcha sirve á lo que escribo:
Y á ti, ó soberbio Olimpo inaccesible,
Desta historia feliz rico motivo,
Tambien verian de allí, puestos por tilde
A tu alta frente y tu laguna humilde.

Y aun pienso que si el sábio lo fué en todo,
Entre sus ninfas de cristal veria,
Danzando por las juncias á su modo,
La que me sirve aquí de aliento y guia;
Pues hilando su estambre al valor godo,
La tela entonces inmortal texia
De los ricos dibuxos con que ahora
Felices partos da en mi voz sonora.

Aquí entre sus laureles inmortales,
En fresco temple y agradable frio,
De aquellos pensamientos celestiales
Esta heroyca preñez concibió el mio:
Aquí entre verdes juncias y cristales
Manó la humilde fuente deste rio,
De la quietud y paz que aquí se encierra,
Deseos de fama urdieron esta guerra.

Ya desde el ayre el mágico adivino,
Lo mismo contemplando que yo ahora,
La vuelta queria dar por donde vino,
A encontrar los caballos del aurora:
Quando el brio atajado y el camino,
Vencido su saber, se vió á deshora
Caer al suelo con su barco y guia,
Y la gente que dentro dél venia.

Sobre los riscos de un volcan ardiente,
Que entre Tlascala y México levanta
Al cielo, y á su luz el humo y frente,
Con que á ella ciega y tizna, y á él espanta,
Del risco mas fragoso y eminente
Un gajo sube, que entre planta y planta,
Del sábio Tlascalán la cueva horrible,
Si el humo da lugar, vuelve visible.

Era este nigromántico severo,
Corpulento jayan, doblado en ciencia,
Que los roncos bramidos del cerbero
A los suyos prestaban obediencia:
Ni por bárbaro inculto, ni por fiero,
De imperfecta amistad, grave en presencia,
El calvo rostro como una ancha adarga,
La hórrida barba espesa, cana, y larga.

Ciento y ochenta cursos de su esfera
La lámpara del sol pasado habia,
Despues que al sábio dió la luz primera,
Y él con ella gozó su primer dia;
Y tantos de salud y vida entera
En experiencias mágicas tenia,
Cuyas lecciones, y saber profundo,
Los círculos parar solian del mundo.

Subia los rios á buscar su fuente,
Y á los ojos el siglo venidero,
A los mas firmes montes dió corriente,
Y cadenas al tiempo mas ligero:
Y temiendo tambien como prudente
El segundo morir tras el primero,
Al riesgo hacia de la humana suerte
De la virtud escudos á la muerte.

Pues este, á quien las luces del ocaso
Los rayos humillaron á su cueva,
Luego que el barco vió en el cielo raso
Seguir en rumbo tal senda tan nueva,
Con firmes signos le detuvo el paso,
Y él, su patron, y los que dentro lleva,
Ya de su mago cerco roto el vuelo,
Sin ver por quién, se hallaron en el suelo.

Mas quando en los perfumes y centellas
Del ya violado círculo y conjuros,
Y la sombra infeliz que dellos y ellas
Los cursos le aclaró primero obscuros,
Manifiestas halló las causas bellas
Con que volando al ayre iban seguros,
Y el cerco hermoso, y el diverso mundo,
Que en el primero vieron, y el segundo:

Con razon admirado y envidioso
Del vuelo ilustre seguidor del dia,
Al ya quebrado barco el mago ocioso
Con rostro vino lleno de alegría;
Y "el cielo, dixo, ó pueblo valeroso,
El fin dichoso os dé como la guia,
Porque el feliz viage deste modo
Sea, qual vuestro valor, único en todo.

No tristes vueltas de contrario sino,
Ni aspecto inútil de enemiga estrella,
Al dichoso baxel cortó el camino,
Y su fuerza y virtud dexó sin ella;
Mas nueva traza del saber divino,
Que por los pasos quiso de esta huella,
Cumplidos ya vuestros deseos, mostraros
De un mundo oculto los sucesos raros.

Y pues la eterna prevencion divina
Vuestra venida á tal sazon dispuso,
Ya el pie dichoso, ó gente peregrina,
En los riscos poned que el cielo os puso;
Que yo, á quien esa misma fuerza inclina
Que en todo os sirva de mi oficio al uso,
Para ello saco á luz grandezas tales [les."
Que al resto excedan, y aun que os sean igua-

Dixo, y el francés sábio, que vencido
Su poder vió de aquel oculto mago,
Roto el ligero barco, y él rendido
A un superior espíritu aciago:
Ya que en voz noble y trato comedido
El roto esquife suelda con halago,
Y en amigo hospedage los convida,
Y á él y á los suyos da la bienvenida:

Cerrando ahora del primer agravio
La oculta saña en lo interior del pecho,
Que el encubrir la afrenta es de hombre sábio,
Quando no es el vengarla de provecho:
Con rostro alegre y lisonjero labio,
Fingidas gracias da al agravio hecho;
Y en real grandeza el mágico á su cueva
Con segura amistad y paz los lleva.

Por las venas sin luz del monte horrible,
Que al turbio cielo escupe ardiente llama,
Una gruta de altura inaccesible
En preñadas cavernas se derrama:
Patente un tiempo fué, mas ya invisible,
Toda su magestad guarda la fama,
Adonde el sábio los subió, y tenia
Quanto de gusto el suyo le pedia.

Hecho á la entrada de un pendiente risco
De un alto mirador el corvo techo,
A quien de alegres rejas roxo aprisco
Alfombras labra al rústico antepecho:
De yedras entoldado, y de lentisco,
Donde la vid lozana trecho á trecho,
De tiernos grumos hace que se cuaje
La red de su texido ventanage.

Entrando por la cueva, á quien ninguna
En riqueza igualó ni en aposento,
Tan vecina á la esfera de la luna,
Que por humilde dexa á la del viento:
El cristal ven temblar de una laguna,
Que es de aquel mundo el mas florido asiento,
Y en sus retretes tales maravillas,
Que allí el verlas pasmó, y aquí el oillas.

Era la hermosa quadra, que en altura
Poner la suya quiso en las estrellas,
No hecha por humana arquitectura,
Sino por la influencia y virtud dellas:
Dentro en los huecos de una peña obscura,
A quien dan luz los rayos y centellas
De puntas de diamantes y esmeraldas,
Que el cielo le cuajó en su cumbre y faldas;

Vese del tiempo y la humedad cubierta
La hueca peña de menudas flores,
En partes jaspeada, en partes muerta,
En sombras una, y otra en resplandores:
Haciendo un todo de hermosura inxerta
Sus diversos metales y colores,
Y esmaltada la tez que los remata
De grumos de oro y escarchada plata.

El natural desorden con que puso
El ciego tiempo estos rasguños bellos,
Como arrojados en monton confuso
Es el mayor primor y gala en ellos;
Pues tanto sus brutescos descompuso,
Y en tantas formas se enredó por ellos,
Que parece los hizo en competencia
Del artificio de la humana ciencia.

Pues á los capialzados de la sala,
Sembrados de preciosa pedrería,
Ni el oro les faltaba para gala,
Ni crústulas de varia argentería,
Ni azul y verde jaspe, á quien no iguala
El Copto ardiente, ni la Scitia fria,
En vez de los doseles y tapices,
De huecas sombras, sendas y matices.

Que la alta corpulencia de la piedra,
De diversas riquezas amasada,
La falta suple, y con ganancia medra
Mil hermosuras de que está sembrâda:
Que el oro entre lo verde de la yedra,
Y entre lo azul del risco plata helada,
Labores hacen de tan diestra mano,
Que vuelven pobre al artificio humano.

Desta real sala puerta á otras menores,
Menores no en riqueza ni hermosura,
Que de manchados jaspes y labores
Divina hacen y nueva arquitectura:
No todas de cavernas y furores,
Ni brutos senos de la piedra dura,
Que en mucha parte el bárbaro edificio
Al natural juntaba el artificio.

Dexó admirados de la gruta extraña
La no vista belleza á los presentes,
Sus frondosos jardines, con que engaña
Del veloz tiempo el sábio las corrientes:
Y en sillas de oro, y áspera montaña,
Del grave estudio quadros excelentes
Gozan, en que el pincel subió de punto
De un mundo y otro el artificio junto.

Era esta cavernosa quadra hecha
De un amasado risco de esmeraldas,
Que un fresco mirador arroja y echa
Del jardin bello á las floridas faldas,
De adonde un cielo ve y un mundo acecha,
La vista al sur, y al norte las espaldas,
Con un rio que al romper de peña en peña,
En verde juncia y ovas se despeña.

A cuyo ruido el canto de las aves
De altivo sirve y dulce contrapunto,
Y el tiple agudo en los bemoles graves
Afinándose mas sube de punto:
Al fin juncias, bémoles, cantos suaves,
Rio, flores y peñas todo junto,
Entretiene, suspende, alegra, engaña
La vista, el campo, el bosque, y la montaña.

Aquí el mago tenia de sus ciencias
El estudio, instrumentos y aparato;
Aquí su anatomía y experiencias
Con vigilancia hacia, y con recato;
Aquí de globos varias diferencias,
O por necesidad, ó por ornato,
Que en paredes y bóvedas colgaban,
Alegre asombro á quien las via daban.

En huecos bultos de sombrías figuras
Sus malogradas almas detenidas,
De las regiones lóbregas y obscuras
Por nuevos rumbos mágicos traidas;
Y aunque á la vista son simples pinturas,
Estrechas gozan y espantosas vidas,
Dando al mago en diversos tiempos juntas
Sospechosa respuesta á sus preguntas.

Tiene de yerbas, raices, y de gomas,
Venenos, piedras, sierpes, monstruos, fieras,
En caxas, urnas, vasos, botes, pomas,
Varias sumas de hechizos y quimeras;
De agua del rio Averno dos redomas,
De las tres furias nueve cabelleras,
Hollin del barco de Charon, y entero
Un colmillo y dos uñas del cerbero.

De pardo lobo ayuno, que enmudece
Los perros con su vista, buche y pelo,
Cabellos de Prosérpina, y el pece
Rémora, que á un navío entume el vuelo,
Hiel y ojos de trimelga, que entorpece
Al pescador el brazo del anzuelo,
Un grano de alcanfor, y otro de helecho,
Y de dos escorpiones cuello y pecho.

Un aspid soñoliento, una escamosa
Piel de serpiente azul de manchas llena,
Corrupta sangre de muger zelosa,
Mortal cicuta, mágica verbena,
Plumas de salamandria calurosa,
Espuma de doblada anfesibena,
Soga de hombre ahorcado en acecuche,
De arpía las garras, y de un buho el buche.

De la serpiente emórrois el veneno,
Que despide en sudor la sangre humana;
De la sedienta hidra el cuero lleno
De ponzoña, y del sirio can la lana:
La ala del presto yáculo, que al seno
De la peña se arroja mas cercana;
Dipsas, que al que su tósigo salpica,
La sed hasta la muerte multiplica.

Un corazon de niño, que la hambre
Los huesos enxugó y secó la vida,
De la rueca de Cloto el blando estambre,
A quien del mundo está la hebra asida:
Una cabeza de encantado alambre,
De contrahecha voz, y alma fingida;
Los ojos de un dragon y un basilisco,
En sangre de camello berberisco.

Dientes de cocodrilo y elefante,
Dos buches de avestruz, menstruo de vieja,
De la grulla la piedra vigilante,
Y la electroria húmeda y bermeja:
Del buho el ojo izquierdo penetrante,
El diestro de la aguda comadreja,
Con la piedra de la águila, que dentro
Va con preñados senos á su centro.

Yerba del Pito contra el hierro duro,
Ceniza de hombre muerto de algun rayo,
Estéril tierra de sepulcro obscuro,
Dos huesos de abubilla y papagayo,
Yedra cortada de arruinado muro,
Ruda encantada con rocío de mayo,
Pares de un abortivo, y la testera
De unicornio, habaela, y de pantera.

Un cuerno de cerasta, que en la arena
Arma escondida venenosos lazos;
De la engañosa y lóbrega hiena
Las azules escamas de los brazos,
Con que en las tristes sepulturas suena,
Haciendo los cadáveres pedazos;
De la ave fenix una roxa pluma,
Y de una hidra el tósigo en espuma.

Y en mas virtud y adorno de la cueva,
En maga ostentacion y fuerza oculta,
De noble pedrería un cielo lleva
En realces de oro por la peña inculta;
Así en signo observado y luna nueva,
Que de su variedad y luz resulta
Belleza al muro, estimacion al arte,
Y á la mágica ayuda por su parte.

El cristalino Erindro, que humedece
Con su frialdad el ayre circunstante,
Y dando siempre lágrimas, parece
De algun ausente gusto tierno amante:
La dura celosía, á quien no empece
El fuego, y el zelonte penetrante,
El adivino y verde Silenite,
Que con la luna en la inquietud compite.

Las castas esmeraldas, el topacio
Contra el vacío tumor de la locura,
El balax, casa hermosa y real palacio,
Del carbunco, y la onix triste y obscura:
La verde orites, que en pequeño espacio
Bebida hace abortar la criatura,
Y la Andromata de agradables rayas,
Que el mar Bermejo escupe por sus playas.

La roxa peridonia, que las manos
Con su disimulada lumbre quema;
La preciosa bezár, que los lozanos
Ciervos del buche crian en la flema;
La ágata, llena de manchados granos;
La encendida amatista, que desflema
De Baco el humo; el zafiro, y á este
El jacinto, salud contra la peste.

La amandrina de agudos resplandores,
De agoreros autora y adivinos;
La acates de jardines y de flores
Llena, y rasguños de oro peregrinos;
La aquelonia sembrada de labores,
Los duros inmortales Abestinos,
En quien si el fuego prende sus centellas,
Ni ellos se gastan, ni se apagan ellas.

No faltó la pantera á maravilla
De encontradas colores salpicada,
Ni la que en su celebro la abubilla
A entender da los sueños aplicada;
Ni á ti, Liparis bella, faltó silla,
Que de flecha jamas fuiste hallada;
Ni á ti, Diacodos, que á las noches manas
Vanos asombros, y fantasmas vanas.

De este cielo de estrellas amasado
La alta bóveda el suyo componia,
Y un elitrepio en humedad bañado,
Que entoldar suele de tiniebla el dia,
Con la que del celebro coronado
Del gallo nace, y de su humor se cria,
A vueltas de diamantes y rubazos,
Que alegres hacen y vistosos lazos.

Y en medio los festones y guirnaldas,
Que texen de grabada enlazadura,
Roxos rubís y alegres esmeraldas,
Como pomposo rey de la hermosura,
Dando centellas de oro y luces gualdas,
Hacia un carbunco de la sombra obscura
De aquel rico desvan, sí sombra habia,
A pesar de la noche eterno el dia.

Ufano el sábio, que en silencio atentos
La novedad los tiene de su cueva,
Su admirable riqueza, y los portentos
Con que los ojos y los gustos ceba;
Por mas recrear sus ánimos sedientos,
Y darles mas que su apetito beba,
Del hueco monte los subió á la cumbre,
Rico inmortal blandon de eterna lumbre.

Pasan á vista de la llama ardiente,
Que al cielo de su vientre azul vomita,
Cuyas masas de luz resplandeciente
El bronce en ellas hace se derrita:
Ven las hornazas, y el metal luciente,
Que hirviendo en las canales huecas grita,
Y entre el humo, que al ayre pardo tupe,
Torcidos rayos en contorno escupe.

Y ya despues que por revueltas calles,
Y obscuros socavones, en la cumbre
Del erizado monte, volvió á dalles
Segunda vez del rubio sol la lumbre,
Una sala se vió llena de entalles,
Tan lleno de oro el suelo y la techumbre,
Que el avariento Midas pudo solo
Labrarla, antes de entrar al rio Pactolo.

De grave y compasada arquitectura,
Aunque por magos círculos movible,
Que en tal aspecto abrieron su figura,
Que en ella un mundo y otro hacen visible,
En luz tan nueva, y claridad tan pura,
Que la tierra y el cielo inaccesible,
Lo por venir, pasado, y lo presente
Volar se via por su corva frente.

En firmes arcos sus murallas hechas
De contrapuestos cóncavos espejos,
Que en cortas luces, y saetías estrechas,
Nuevas figuras dan, nuevos reflexos;
Y las vislumbres entre sí deshechas
De vario aspecto y rayos mal parejos,
En las teces ponian ingeniosas
Nueva admirable variedad de cosas.

A este real mirador un fresco llano
De pomposo teatro le servia,
Donde un alegre pueblo en trage ufano
Con placenteros bayles se extendia;
Quando en suave modo el mago anciano,
Dándoles sillas de oro y pedrería,
Así tuvo en palabras eloqüentes
De sus labios colgados los oyentes:

"Aunque la alegre suspension que veo
Mis cosas hace de mayor estima,
Pues en tan graves pechos, qual deseo,
Alegre espanto dan, y causan grima,
El admirable círculo y rodeo
Con que del nuevo mundo á ver la cima
Llegado habeis, así le excede y pasa,
Que es mi grandeza ya grandeza escasa.

¿Quien jamas supo dar tan alto vuelo,
Aunque ayudase con su industria y alas,
Un hombre antiguo, que en esotro suelo
Haber, dicen, labrado al ayre escalas?
¿Quien por tan alto rumbo y paralelo
Llegarse pudo á las supremas salas,
A oir de las estrellas el lenguage,
Y ver la inmortal luz de su viage?

Tiénese por sospechas que esta lumbre,
Que es de todas las lumbres la primera,
No como el mundo juzga está en la cumbre,
Mas en el fixo centro de la esfera;
Y la demas inmensa muchedumbre
De estrellas rubias con su rueda entera
En torno rueda dél, y tambien rueda
La tierra, aunque parece estarse queda.

Que él, como silla y soberano asiento
De los dioses, se está inmudable y fixo,
De cuya eterna luz toma sustento
La suya, y della el mundo regocijo:
Vosotros, que en los páramos del viento
Recodo y vuelo disteis tan prolixo,
Sabreis quizá lo que ahora se desea,
¿Si se anda el sol, ó el mundo le rodea?

A los que el cielo han visto, ¿qué grandeza
No les parecerá menuda y corta?
A quien gozó del orbe la belleza,
¿Ver esta estrecha gruta qué le importa?
De la tierra el caudal todo es pobreza,
Y así la vista al parecer absorta
En lo que ahora veis, quizá proviene
De la desproporcion que el caso tiene.

Mas si hay equivalencia, ó puede habella,
En lo que está por ver, y habeis ya visto,
En esta sala está, y ahora por ella
En raudo vuelo pasa, y curso listo:
Aquí el gran rayo está de una centella,
Que ha de encenderse de la luz de Cristo,
Y á la alegre venida de su aurora,
Aquellas gentes hacen fiesta ahora.

Grandes cosas sabreis, estadme atentos,
Pues á esto el cielo os arrojó á mi cueva,
Y para que quieteis los pensamientos,
Y mi voz todos juntos se los beba:
Seguro os doy, que salvos y contentos,
Por un breve camino, y senda nueva,
Al mundo volvereis de quien salistes,
Y los montes vereis que otra vez vistes.

Tú, heroyco persa, á quien un alma altiva
En tanta duda puso y desconsuelo,
No ya te aflijas mas, que sana y viva
A mejor ocasion la guarda el cielo,
Que ni de Creta la beldad esquiva,
Ni otra inclemencia ni rigor del suelo,
Por otra ocasion nueva, ni por esta,
La vida acabará que tantas cuesta.

El tributo cruel que en Creta puso
De un cerco mago el prodigioso cero,
Por quien el ciego reyno trae confuso
De un falso dios el nombre lisonjero,
Se alzara de una vez, y el torpe abuso
Del sacrílego altar cayera entero,
Si la heroyca beldad, que de las aras
Medroso arrebataste, le dexaras.

Hizo el encantamento riguroso
Con tales cercos el sangriento mago,
Que hasta que un rostro llegue así hermoso,
Que de fealdad le falte un corto amago:
Del cruel reyno el triste altar odioso,
Del mundo, y su hermosura será estrago,
Sola Angélica pudo darle el justo
Libre aquel dia del tributo injusto.

Mas si el sol pasa desta edad florida
Por largos siglos durará su llanto,
Que dar del todo una beldad cumplida,
Ni el mundo llega ni su fuerza á tanto:
Con esta regla ha de salir medida,
De treinta nesgas ha de hacer su manto;
Tantas Elena tuvo, y tantas tiene
La bella Reyna que de oriente viene.

En tres facciones, qual la blanca nieve,
Y en otras tantas gorda y colorada,
En tres larga tambien, y otras tres breve,
Y gorda en tres, y en otras tres delgada,
Y ser estrecha en tres la dama debe,
Y en tres ancha, extendida, y dilatada,
Pequeña en tres; y si esto no tuviere
En Creta morirá, si á Creta fuere.

El cuerpo y dientes blanco, y los cabellos
Qual se descubre el sol por la mañana,
De negro las pestañas y ojos bellos,
La parte menos bella, y mas humana:
Como el coral los labios, y con ellos
Las uñas y mexillas como grana;
El cuerpo, manos, el altivo cuello
Largo importará ser, si ha de ser bello.

Los pies, dientes y orejas delicadas,
De breves puntos, y perfecta hechura,
Pestañas y caderas dilatadas,
Y anchos pechos de alegre arquitectura,
Y las tres perfecciones mas notadas,
Pequeña boca, y breve de cintura,
Con lo demas que amor justo, ó injusto,
Breve lo pide, como lo es su gusto.

Del medio inferior cuerpo otras tres cosas
Que no sean flacas pide la belleza,
Si bien la honestidad por peligrosas
A los ojos cubrió su gentileza:
La nariz, las dos pomas deleytosas,
Pequeñas, y pequeña la cabeza,
Y los dedos, los labios, y cabellos
Delicados serán, si han de ser bellos.

Destos varios engaces de oro juntos
La imágen se hace de beldad perfeta,
Y el limpio aspecto y rayas destos puntos
El firme encanto desharán de Creta;
Y en la japona Reyna los trasuntos
Desta medalla pública y secreta
Salud le dieran, si el temor estrecho
No lo estorbara de tu ardiente pecho.

Y tú, francés, á quien la nueva guerra
De tu patria hará de llanto un lago,
Y en la subida de una inculta sierra
En sus flores de lis sangriento estrago;
Apriesa vuelve á tu enemiga tierra
A dar venganza al agraviado mago,
Que está del sacro imperio el guion alto
De insignes capitanes y armas falto.

En el Franco Pomier, donde yo, puso
Su casa un tiempo y su jardin Morgana,
Morgana ilustre hada, que el concurso
Ahora de la riqueza rige humana:
Diosa del interés, y de su abuso,
Y del Rey Artus halagüeña hermana,
Un castillo encantó, y un bosque esquivo,
Donde á su hermano tiene, ó muerto, ó vivo.

Y allí en la rica sala del tesoro,
Por nueva injuria á su enemiga Francia,
Los capitanes de mayor decoro,
Que del imperio rigen la importancia,
Hechos tiene insensibles bultos de oro,
Que esa es del oro la mayor ganancia,
Y el interés en ánimo avariento,
Confuso lazo, y ciego encantamento.

Y así este, aunque desnudo de provecho,
Como mal sin remedio no le alcanza,
Que un hombre avaro estatua de oro hecho,
No hay, de que vuelva á ser quien fué, esperan-
Solo á la puerta en un sepulcro estrecho [za:
De un muerto cuerpo está la semejanza,
Que suele con ponérseles delante
De sueño despertarlos semejante.

Aquí pues ves lo que á tu patria importa:
Abrir harás la antigua sepultura,
Y al muerto bulto, que la muerte absorta
Con su voz rompa la lazada obscura;
Que á quien del oro el interés transporta,
La sola muerte cura su locura,
Y aun suele el rumor della á mejor vida
Dar despierta la estatua mas dormida.

Hay fama que es el poderoso muerto
El Anglio Rey, que allí en podrida llama
Su enxuto cuerpo tiene, y viendo abierto
El lóbrego ataud, dexa su cama:
Y á su antigua virtud y honor despierto
Al mas dormido da deseos de fama,
Y el oro hace olvidar que es tierra el oro,
Y un hombre insigne celestial tesoro."

ALEGORÍA.

Bernardo, que por ninguna via quiere dexar el seguimiento de Arcangélica, significa, que el ánimo codicioso del apetito de venganza, con ningun partido ni medio se quieta, ni otra satisfaccion tiene por honrosa, que aquella que por sí mismo alcanza de quien le ofendió. El gran vuelo del sábio Malgesí, ya hemos dicho que es figura de la vida contemplativa, que de las cosas visibles inferiores pasa la mira á las celestiales, con la qual llega á la felicidad del nuevo mundo, que es la bienaventuranza prometida al hombre, como á la monarquía española las Indias Occidentales. Por Tlascalán, sábio antiguo, que tiene su morada en las cavernas y gruta de un monte, es entendido el apetito de las riquezas que se crian en las entrañas de la tierra: el qual muchas veces es poderoso á traer al suelo con su fuerza al hombre contemplativo, que antes con gran deleyte volaba sobre su pensamiento, ocupado en solo contemplar la hermosura del mundo y secretos de la naturaleza: al qual la solicitud de las riquezas impide la quietud, que tan necesaria es al ánimo con-

templativo, como Aristóteles dice en las Eticas, que si para la vida activa ayudan mucho, para la contemplativa totalmente son estorbo. El mirador de la cueva de Tlascalán, significa la imaginativa, de adonde se via tanta variedad de cosas. En el modo que á Reynaldos se da para desencantar las estatuas de la sala del tesoro, se muestra como sola la muerte, ó su memoria eficaz, es la que puede despertar á los avarientos de su peligroso encantamento.

Fin del libro décimooctavo.

LIBRO DECIMONONO.

ARGUMENTO.

Cuenta el sábio Tlascalán las espantosas hazañas de Hernando Cortés en su conquista de la Nueva España, y la real sucesion de los Reyes castellanos, desde el Casto Alfonso hasta Carlos Quinto. Hállase Bernardo en el suelo de la fuente de las Maravillas, donde habiendo acabado un artificioso encantamento, y ganado en él la famosa espada Balisarda, la hada Iberia le muestra en una sala las armas y blasones de algunos insignes linage de España.

Así de lo profundo de su pecho
El sábio al mundo siembra maravillas,
Y en la gruta retumba el corvo techo,
Y oyen los héroes en doradas sillas,
Que en observado signo y cercos, hecho
De luciente oro márgenes y orillas,
El feliz mirador da en sus viriles,
Aun á los por nacer cuerpos sutiles.

Y él viendo el siglo por venir patente,
De superiores luces alumbrado,
Vuelto un Proteo mortal, hacia presente
Del que escuchaba el venidero hado,
Como al Rey Persa, y al francés valiente
De nuevas trazas amasó el cuidado,
Y en su piloto ahora el rostro fixo,
Así siguiendo su discurso dixo:

"Si qual te dió el antiguo Balisarte
En el francés, aguado el valor godo,
Sin mezcla de otro azar supiera darte
De castellana masa el pecho todo,
Ni mi voz fuera ni mis ciencias parte
A suspender de tu viage el modo,
Libre pasaras con tu intacto vuelo,
O por la humilde tierra, ó por el cielo:

Que la estrella de España en este mundo
En todo es superiora de otra estrella;
Así los cielos en saber profundo
Para mas bien lo dispusieron della:
Del rubio oro el feliz parto fecundo,
Y de luciente plata blanca pella,
Ahora recoge, guarda, y desentraña,
Para en cambio de fe ofrecello á España.

Quando tu patria en nuevas opiniones
La religion verá que ahora profesa,
Y en la fe sospechosa, y sus razones,
Muchas confesará que hoy no confiesa;
De España los católicos pendones,
Y el primer Papa en ellos por empresa,
En señal que es el agua de su fuente,
A dar luz baxarán á nuestra gente,

Compraremos entonces (¡cosa extraña!)
El cielo con la escoria de la tierra,
El desengaño y luz con lo que engaña,
La eterna paz con la mudable guerra:
Daremos plata humilde y oro á España
Por la divina religion que encierra,
Como en limpio granero, que es mancilla
Sembrar, sino está limpia la semilla.

Y si deseais á estos ocultos casos
La estampa ver de su mudable idea,
Y los eternos encubiertos pasos
Por donde el cielo su girar voltea:
Si de lo por venir bultos escasos
Ver deseais, y hay vista que los vea,
Oid héroes de otro mundo, oid, que quiero
Al presente sacar el venidero.

Al mudable cristal desta laguna,
Del polo helado, y su encubierta gente,
Domando en riendas de oro la fortuna
Otro tiempo baxó un pueblo valiente:
Rindió incultas naciones, que ninguna
Fiel tributo negó á su Rey potente,
Y él en victorias y poder ufano
Leyes dió al nuevo mundo de su mano.

Y aunque de mar á mar la estrecha tierra
Con armas tiene su furor turbada,
Con quien mas ciego enojo y firme guerra
El rigor trae de la ambicion trabada,
Es con la que á las faldas desta sierra,
Ahora en pomposas plumas señalada,
Con ancho bayle y músicas celebra
Del ya domado ardor la primer quiebra.

Es la hidalga nacion que á las vertientes
De Tlascala por mia heredó el cielo,
Y á estas feroces extrangeras gentes
El mas contrario y enemigo suelo:
Y aunque en sangrientas lides diferentes
Victorias les ganó de la honra el zelo,
De su teson y aliento belicoso
Nunca hora hemos gozado de reposo.

Hubiera á su pomposa vanagloria
Sin mi rendido el cuello el pueblo mio,
Y en triste servidumbre á su victoria
Las riendas diera del vencido brio:
Mas yo que al siglo por venir notoria
Miro la gran revolucion, confio
Que han de dar las estrellas libre el paso
A la luz de su oriente en vuestro ocaso.

Y no solo inviolables sus mojones
Hará esto á las edades venideras,
Mas aun los mexicanos esquadrones
Quando al mundo asombraren sus banderas,
Y á su tremolar tiemblen las naciones
Que de ambos mares ciñen las riberas,
Y sea de su ambiciosa monarquía
La tierra toda en que se entierra el dia.

Entonces mi constante pueblo altivo,
Sin nunca ver de espaldas la fortuna,
La verde juncia en ademán esquivo
Y el cerco ha de asombrar de su laguna:
Quando ya llegue al colmo fugitivo
De su prosperidad la llena luna,
Y á un Rey sañudo que su cetro tenga
Del rubio sol á verle un hijo venga.

Ya allí de un mundo y otro las estrellas
El curso trocarán de su corriente,
Y á los peñascos destas playas bellas
Nueva vendrá y desconocida gente:
Ya veo sus naos llegar, ya veo sobre ellas
Los timbres de oro y armas del oriente,
Ya á sus invictos capitanes veo
De una alta cruz labrar feliz trofeo.

Ya de un Cortés caudillo el pecho honroso
Premio á mis ricas esperanzas siento,
Y la gloria del hecho mas famoso
Que caber pudo en cuerdo atrevimiento:
Insigne hazaña de ánimo brioso
Será dar velas al mudable viento,
Y embestir bravo desde el mar profundo
Con un tasado campo los de un mundo.

Barrenar de su flota el frágil leño,
Y allí sacrificarse á su cuidado,
Como quien se hace indubitable dueño
Deste occidental mundo, ¡hecho fué osado!
¡Bella osadía! con campo tan pequeño
Quererse quedar solo, y desarmado,
En medio de enemigos tan esquivos,
Que se suelen comer los hombres vivos.

Mas la heroyca hazaña, en quien se agota
El largo discurrir del seso humano,
Mayor que armar ni barrenar la flota,
Ni á dar asalto al reyno Mexicano,
Será entre un pueblo inculto, y gente ignota,
Con fuerza humilde, y desarmada mano,
Su Monarca prender, ceñirle hierros,
Y castigar en él fingidos yerros.

Grande será prender un enemigo,
Que de mortal envidia el pecho lleno
A estorbarle vendrá, y él por testigo
Le tomará, y por suyo el campo ageno:
Mas ni esto, ni el abrir ciego postigo
Al mexicano pantanoso cieno,
Con bergantines y chalupas puestas
De diez mil hombres en las corvas cuestas:

Ni otro, ni otro furor, ni todo junto
Desta hazaña iguala el fundamento,
Que las demas con ella caen de punto,
Y ella vencido dexa el pensamiento:
Serán las otras suyas contrapunto
De amasados exércitos sin cuento,
De que saldrán estas montañas llenas
Por ver tal prisionero en sus cadenas.

Mas humillar con nombre y voz de preso
La imperial Magestad, mudarle casa,
Sitiarle guardas, fulminar proceso,
Y en su libre vivir ponerle tasa,
¿Qué huesped se arrojara á tanto exceso
Con suceso feliz, que excede y pasa
A los que en arduos hechos por famosos
El mundo estatuas levantó, y colosos?

Pues deste mis invictos Tlascaltecas
Favor serán, y tomarán amparo,
Y á sombra suya oirán sus playas huecas
Mi nombre mas que sus cristales claro:
Y del abrigo destas cumbres secas,
Que hoy de muros me sirven y reparo,
Las banderas saldrán, saldrá el castigo
Deste tirano pueblo, mi enemigo.

Y no tardará el cielo en dar la vuelta
Al exe eterno en que se mueve el hado,
Y esta tragedia en lágrimas envuelta
Al teatro salir acostumbrado,
Mas que fortuna, de una vez resuelta,
Alegre á España vuelva el rostro airado,
Y ella dé limpia con sangrienta guerra
De las horruras de Africa su tierra.

De Reyes siete quadros mira el cielo,
Que tras el rico bien desta esperanza,
Los rios harán del agraviado suelo
Correr morisca sangre en su venganza:
Al grave Alfonso, cuyo casto zelo
A lo temido iguala de su lanza,
Y de los riscos ásperos de Asturias
De Francia enfrena y de Africa las furias.

Sucederá un valiente Don Ramiro,
De un santo hebreo valido, que en Galicia
Sepulcro oculto tiene, y un suspiro
Suyo le hará soldado en su milicia;
Cuya sangrienta espada inmortal miro
En los ilustres pechos que acaricia
La noble España, dando su denuedo
Honra al cristiano, y al pagano miedo.

Oirá Clavijo en fiesta milagrosa
El santo voto, que al Patron divino
Castilla hará, quando su espada honrosa
Al campo moro lleva un mar sanguino:
Y luego Ordoño, en lanza belicosa,
Por la Gascuña estrago repentino,
Y en los rendidos páramos de Soria
Y Salamanca eterna su memoria.

El Magno Alfonso, deste Ordoño hijo,
Entrará al reyno, y en sangrientas manos,
Porque no vean su pompa y regocijo,
Los ojos sacará á sus tres hermanos:
Dará de azules peñas cerco fixo
A los deshechos muros zamoranos,
Quando sus hijos con orgullo altivo
El cetro romperán del padre vivo.

Hará la inobediencia de Garcia
El reyno suyo, y guerra al pueblo moro
Con tasadas victorias, hasta el dia
Que á la muerte avasalle el cetro de oro:
Vendrá Ordoño, que al padre la osadía
Tambien heredará como el tesoro,
Si algo sus hechos ínclitos no humilla
La muerte de los Condes de Castilla.

Como en venganza suya el cruel hermano
Froyla quitará el reyno á sus sobrinos,
Y en nobles pechos con rigor tirano
Furioso hará sangrientos desatinos:
Desmembraráse el reyno castellano,
Y al gobierno pondrá jueces divinos,
Quedándose el sangriento Rey cubierto
De áspera lepra por sus culpas muerto.

Seguirleha Alfonso, de imprudencias ciego,
Y de indiscreto zelo arrebatado
Renunciará en su hermano el cetro, y luego
Le pesará de haberlo renunciado:
Mas Ramiro hecho Rey, aunque por ruego,
Cegarleha, ya del reyno apoderado,
Que no ha menester ojos, luz, ni dia,
Quien pudo, y no miró lo que hacia.

Será famoso Rey, pondrá en prisiones
A Almanzor, y á los hijos de Fruela,
Y en Simancas los bárbaros pendones,
En que el poder de Arabia y Libia vuela:
Degollará sus mauros esquadrones,
Y en cuidadosa y vigilante vela
Quatro lustros verá, y luego el prudente
Ordoño heredará su reyno y gente.

Tendrá sangrientas guerras con su hermano,
Que ha de alterar el reyno la codicia,
A Lisboa saqueará su invicta mano,
Y el brio y furia enfrenará á Galicia:
Sucederleha Don Sancho el Gordo, ufano
En gobernar de España la milicia,
Y hará en ley nueva, y público estatuto,
Libres las nobles casas de tributo.

Volaránle á Castilla el homenage
De un libre azor las alas, y un caballo
Hará de paz á Córdoba un viage,
Y alzarseha Rey un sin lealtad vasallo:
Sudará fuego el mar entre un celage,
Y saldrá un traidor Conde á regalallo
Con frutas, de que ya morir le miro,
Y sucederle el niño Don Ramiro.

Por estos siglos, bárbaros Normandos
En Galicia harán gruesas entradas,
Y los moriscos cordobeses bandos
Del reyno en las fronteras descuidadas:
Y con ley nueva, y rigurosos mandos,
A las mozarbes gentes baptizadas
Su Dios querrá que dexen, ó las vidas,
Ya por su amor ganadas de perdidas.

Alzarseha con Galicia Don Bermudo,
Y el descuido del Rey será de modo,
Que con su muerte, el que él deshacer pudo,
Señor quede absoluto y Rey de todo:
Será de alma prudente y seso agudo,
Y en desgracias igual al postrer godo,
Cuyo tierno deleyte y gustos vanos
Sin pies le harán, y le atarán las manos.

Será dueño Almanzor de sus victorias,
Y en costoso aparato y triunfo dellas,
Del hueco y firme bronce hará memorias,
Que su honra alumbre á su mezquita en ellas:
Suyas serán las trágicas historias
De los Infantes siete, ó siete estrellas,
De la sangre de Lara, y la que baña
Del sitiado Leon la alta montaña.

Sucederleha su hijo Alfonso el Quinto,
Que asombrará de Córdoba los muros,
Y sus Reyes con oro en sangre tinto
A su ira comprarán breves seguros:
Dará en su Corte un bello laberinto
De argamasados mármoles obscuros,
Mas en Viseo una infeliz herida
Quitará al reyno el Rey, y al Rey la vida.

Vendrá tras él el último Bermudo,
Que muerto de Carrion en las riberas,
De Castilla y Leon se dará un nudo,
Que en mil edades dure venideras:
Matará su cuñado, al que no pudo
La ardiente Arabia y sus legiones fieras,
Sentándose Fernando así en la silla
Primera de Leon, y de Castilla.

Será este Rey en ánimo y grandeza
Un Pompeyo segundo, y el primero
Que al noble Cid honrare la braveza,
Y arnés le armare de bruñido acero:
Humillarleha Toledo su cabeza,
Y serleha de Sevilla el Rey pechero,
Llevando hasta Leon su pueblo moro
Al gran Doctor Isidro en andas de oro.

Florecerá en su alegre edad la santa
Casilda de Toledo, Infanta bella;
Mas ya tanta grandeza, y dicha tanta,
A su ambicioso hermano enfadó el vella,
Y contra el de Navarra baxa quanta
Marcial potencia tiene y rige en ella,
Sin que halle su pasion otro concierto,
Que de heredar el campo al uno muerto.

Pondrá el rio Ebro el vencedor Fernando
Por lindero á Navarra y á Castilla,
Y del romano imperio al grave mando
Libre, qual lo es, su castellana silla:
Mas ya al general término llegando
Con poco acuerdo dexará en rencilla
Tres hijos Reyes, que es á toda cuenta
La compañia del reynar sangrienta.

Castilla del valiente Sancho, y luego
Leon de Alfonso, y de Garcia Galicia,
Ninguno el reyno gozará en sosiego,
Que es glotona de reynos la codicia:
Huirá á Toledo Alfonso, y el gallego
Aun le enterrará preso la avaricia,
Y Vellido en el muro zamorano
Al uno vengará y al otro hermano.

Volverá el bravo Alfonso del destierro
A ser universal señor de quanto
Su anciano padre dividió por yerro,
Y junto en él el uno y otro llanto:
Escalará triunfante el sacro cerro
Que Tajo lava y enriquece tanto,
Dando á su ilustre alcázar de su mano
Al castellano Cid por castellano.

Mas la instable fortuna, en recompensa
De mil victorias, con faltarle en una,
Feudo de todas cobrará, que piensa
Que sin estas mudanzas no es fortuna:
Y su santo heredero en nube densa,
De armas rendido á la africana luna,
De la fuente de Uclés en el desierto
Quedará, á vueltas de otros muertos, muerto.

Dará una hija á Enrique, hijo segundo
Del Conde Lotoringa, hecha Duquesa
Del fertil suelo, donde el mar profundo
El remate de España lava y besa;
De cuya insigne fuente un rio fecundo
De real sangre tendrá la portuguesa,
Hasta que acabe en Africa, en el dia
Que vuelva á ser de España monarquía.

A este dichoso siglo venidero
La religion Templaria militante,
De limpio armada y de cristiano acero,
Por luz del mundo nacerá en levante:
Verá el Rey de sus dias el postrero,
Y Alfonso de Aragon vendrá triunfante
Por invicto Monarca, que en Castilla
De cinco ensalzará sola una silla.

Será su Emperador, será su espada
De España muro, y del morisco espanto,
Y en veinte y ocho batallas barnizada,
Tantos triunfos tendrá del cielo santo:
Dará á la libre Reyna ocasionada
Del rico patrio suelo el roxo manto,
Y tras su libertad Alfonso el bravo
Vendrá, aunque sin segundo, á ser octavo
De España Emperador, cuyos vasallos
El de Aragon seran y el de Navarra,
Y del vándalo Betis cien caballos
En su carroza real, tropa bizarra:
(¡Suerte humana!) que al tiempo de gozallos
Por cama en la fresneda una pizarra
Del muradal rigor dará el camino
El alma al cielo, el cuerpo á un pardo espino:
Quando tras dél, de Sancho el Deseado
Vida y virtud se volará en deseo,
Pues de un año de reyno, y mal logrado,
Cortarle el hilo ya la parca veo:
Dexará un tierno niño encomendado
De Castro á la lealtad, y ella el empleo
De su Príncipe, reyno y señorío,
Salvos conservará del Rey su tio.
A Avila el niño huirá de Soria,
Que en rico alcázar le tendrá seguro
Hasta cobrar su reyno, y con victoria
Libre salir del abulense muro:
Mas de Africa el orgullo y vanagloria
Sus fuerzas veo juntar, desde el obscuro
Nacimiento del Nilo, hasta donde
Atlas el dia en su arboleda esconde.

Y con el apartado Garamante,
Etiope adusto, y árabe ligero
Por Castilla entrará, y saldrá triunfante
De Alarcos todo el mauritano acero:
Bien que en Tolosa el bárbaro pujante,
De las Navas poblado el campo entero
De muertos dexará, cuyos millares
De un ciento y de otro ciento seran pares.

Fundará, porque al mundo se publique,
De las Huelgas de Burgos la grandeza,
Y allí enterrado el mal logrado Enrique
De España, y su valor será cabeza:
Gobernará á prudencia de un Manrique,
Gozará de Malfada la belleza,
Y de un golpe una teja desmentida
Al caer malogrará su tierna vida.

Soldará este dolor Fernando el Santo,
En cuyo reyno y siglo venturoso,
Ni hambre ni peste habrá, ni azar ni llanto,
Ni guerra en que no salga victorioso:
Córdoba será suya, y será quanto
Del claro Betis riega el curso hermoso,
Restituyendo en hombros de cautivos
Del bronce de Almanzor los sones vivos.

Hará suya á Jaen, Murcia y Sevilla,
Y tributario el reyno de Granada,
Y al cetro de Leon y de Castilla
Eterno nudo, é inmortal lazada:
Ilustrará con santidad sencilla
Domingo su real sangre, y la abrasada
Cueva del monte Alberno y sus espantos,
Que hay tambien siglos que producen santos.

Llevará á Salamanca de Palencia
Las letras que la haran rica y florida,
Seguirleha su hijo Alfonso, á quien la ciencia
De los astros promete inmortal vida:
Y aunque Rey sábio, mucha suficiencia
Suele sin humildad verse perdida,
Que del saber el moderado freno
Al bueno hace mejor, y al malo bueno.

Con hija de un Rey santo, en cuyo escudo
Un bello cielo azul tres lirios baña,
En retrograda estrella, y dia desnudo
De la real Magestad, y no de saña,
Con soberana pompa en santo nudo
El Príncipe ligar hará de España,
Cuyas dos plantas por violentas leyes
Duques daran al mundo en vez de Reyes.

Compondrá el astronómico secreto
De las tablas y leyes del juzgado,
De Roma Emperador se verá eleto,
Y de uno y otro cetro despojado,
Que el ambicioso Sancho, sin respeto
Contra el incauto padre rebelado,
Se ha de quedar con la usurpada silla,
Y el despojado Rey muerto en Sevilla.

Alcanzarlehan las graves maldiciones
Del sábio Rey al hijo inobediente,
Con que en guerras será, y en disensiones,
De su ambicioso reyno la corriente:
Entrará en heredadas turbaciones
Un niño Rey, que en ánimo imprudente
De dos vasallos morirá emplazado,
O por su grave culpa, ó su cuidado.

Quedará niño Alfonso el Justiciero,
Ultimo de los Reyes deste nombre,
Y el alterado reyno edad de acero
Será en guerra civil que al mundo asombre:
Avila sola con feliz agüero
De leal conservará el primer renombre,
Siendo en su fiel custodia real brinquiño,
Qual ya otra vez lo fué de otro Rey niño.

Al bravo Alboacen, Rey de Marruecos,
Contra él veo ya alterar la Libia ardiente,
Y resonar por los peñascos huecos
Del sordo mar su innumerable gente,
Tal, que aun me asombran los quebrados ecos
Del infiel campo, adonde veo presente
La africana potencia, y mortal rabia
Que hay desde el mar Océano al de Arabia.

Todo este campo bárbaro amasado
De diversas provincias y esquadrones,
Por vengar un Infante mal logrado
Blandos dará en su sangre los terrones
De Tarifa, y volcando el rio salado
Destrozados arneses y pendones
Correrá al mar, y llevará el tributo
De maura sangre, y de africano luto.

Despues ganar en cerco veo prolixo
De la firme Tarifa las almenas,
Y las de Gibraltar constante y fixo
De llanto dexará y de luto llenas:
Entrará al reyno su soberbio hijo
Don Pedro, tierno jóven; mas apenas
El real cetro empuñará en la mano,
Quando descubra su ánimo inhumano.

Habrá una gran mudanza en las noblezas
Destos crecientes siglos y menguantes,
Alzando unos fantásticas cabezas,
Y humillando otros las que alzaban antes:
Será un Neron en abrasar grandezas,
Y destruir sugetos importantes,
Lavando en sangre sus impuras manos
De parientes, muger, madre y hermanos.

Hasta que al fin el cielo por castigo
De su cruel pecho, y corazon tirano,
Abrazado le ponga á su enemigo
En lucha horrible de uno y otro hermano,
Donde el dichoso Enrique por testigo
Dirá el puñal en su sangrienta mano,
Que ni es ni fué al presente desconcierto
Cain el vivo, porque lo es el muerto.

Triunfará el fratricida Rey afable,
De ánimo ilustre y nobles condiciones,
En vista alegre, en compostura amable,
Y en mercedes magnánimo y razones:
Bien que de la fortuna variable
El fin verá de sus mudables dones,
Que con veneno el cielo soberano
Ya vengar determina al muerto hermano.

En datiladas flores de un coturno
Berberisco la muerte irá argentada,
Luego que del periodo de Saturno
La media vuelta dé su edad dorada:
Morirá al fin el Rey, tocará el turno
Del cetro de oro y la diadema amada
Al primer Juan, que por templado y grave
La magestad pesada hará suave.

Pondrá el noble distrito de Vizcaya
En su real corona timbre altivo,
Y un Rey Armenio á su española playa
Del llano Egipto baxará cautivo,
Romperá fiero á Portugal la raya,
Mas volverleha fortuna el rostro esquivo,
De su exército haciendo, y de su flota,
El inmortal blason de Aljubarota.

Y su temprana muerte á las riberas
Del desgraciado Henares, á caballo
Con los diestros farfanes de las fieras
Naciones libias subirá á buscallo:
Mas ya de su hijo Enrique veo las veras
Que temello harán y respetallo,
Quando en Burgos, temblando ante su silla
La grandeza se arroje de Castilla.

Y de su alcázar el dorado techo
Tan trocado le veo el rostro humano,
Que en trono de oro ponga al de mas pecho
Temor la ardiente espada de su mano:
Y en el pueblo feliz por Hispal hecho
En castigos será un nuevo Trajano,
Mas la aleve punzada de un veneno
Junto robará al mundo tanto bueno.

El segundo Don Juan, Rey justiciero,
A este sucederá desde la cuna,
Que como único sol hará severo
Crecer y descrecer la altiva luna:
Y el quarto Enrique, nieto del tercero,
Tras él vendrá con desigual fortuna,
Que toda se guardó á su heroyca hermana,
Mas que el sol bella, y que la aurora ufana.

Yo digo de Isabel, por quien Fernando
El reyno de Aragon dará á Castilla,
Y ambos, deshecho ya el morisco bando,
Del todo limpia su española silla:
Y por tan santos medios acribando
El cielo su católica semilla,
Su luz abrirá el alba á nuestra gente,
Y el sol dará en los mundos del poniente.

Hará volar con soberanos fines
Del ligurio Colon los pensamientos,
Que mudando los hombres en delfines
Domará el mar, y enfrenará los vientos;
Y llegando á las playas y confines
Que á este incógnito mundo dan cimientos,
Alegres viendo su encubierta gente,
Della cargados volverán á oriente.

Veránse entonces las estrellas fixas,
Que por la rueda de Ixion clavadas,
Al Antártico dan vueltas prolixas,
Y con la nieve suben escarchadas:
Y la fortuna y fama, nobles hijas
Del trabajo y virtud, á un yugo atadas,
De honra y riqueza afeytarán sus teces,
Deidades que se juntan raras veces.

Volverá á renacer el siglo de oro,
Con el que sudará el suelo fecundo,
Y de sus ricas naves el tesoro
Gemir el golfo hará del mar profundo:
Y estos dioses sin alma que hoy adoro
Piedra á ser volverán en nuestro mundo,
Y en el suyo las nuevas maravillas
Nuevos asombros parirá el oillas.

Ya el prudente Colon, blanca paloma,
Pronóstico de paz á nuestra guerra,
La empresa de añadir á España toma
Del nuevo mundo la encubierta tierra:
¡O alma siempre feliz! preciosa poma
De la luz santa que el morir destierra,
Nazca ya de tu honor el rayo ardiente,
Que la aurora ha de ser de nuestro oriente.

Dé vuelta á su dichoso curso el cielo,
Y el vasto mar sus crespos golfos rinda,
Para que alumbre de su lustre el vuelo
La gente que ahora con la noche alinda:
Digno fervor de aquel heroyco zelo,
Que á tu alma santos pensamientos brinda,
De dar paso al furor del mar profundo,
Y á Castilla y Leon un nuevo mundo.

Bien tu valor y autoridad merece
Silla entre Reyes, y en los cielos silla,
Crezca tu nombre, crezca qual florece
Con mayo el mundo, con tu honor Castilla;
Que el signo que á tu estrella favorece,
Si á corta sucesion su curso humilla,
En nuevo lustre y voz de inmortal gloria
El blason crecerá de tu memoria.

Quando ya en suspension de largos años,
Vacía de sucesion tu ilustre casa,
De avara ingratitud llore los daños,
Larga en el merecer, y en premio escasa;
Pues dando al natural, y á los extraños,
Las venas que tú hallaste, oro sin tasa,
Tu real grandeza te daran ceñida
De un breve estado á la porcion medida.

Entonces pues el cielo soberano,
Con nuevo crecimiento y gloria nueva,
Un Príncipe ha de darte de su mano,
Para quien todas sus crecientes lleva:
Si has de ganar un rico mundo ufano,
Si harás que á tu inmortal valor se deba
Quanto tesoro da y reparte España
Por su invencible gente, y por la extraña:
Si has de domar el mar, si has de ver hecho
De nueva luz el contrapuesto polo,
Si al corto seno de un baxel estrecho
Mas oro has de añadir que alumbra Apolo;
Si al gran mundo en que queda el dia deshecho
La antes cerrada puerta has de abrir solo,
Y dar á Europa la encubierta gente,
Que ahora las sombras guarda del poniente:
Todo es en rica fe de labrar casa
A este gran sucesor de tu grandeza,
En quien fortuna lloverá sin tasa
Los bienes que antes daba con pereza:
Si en ti la sucesion se cortó escasa,
La corona ducal de su cabeza
Pródiga de honra hará en parto fecundo
De eterno curso tu memoria al mundo.
Este es quien juntará al grabado peso
Del mundo, que adornar tus armas pudo
De la casa de Córdoba el Rey preso,
Y de Toledo el jaquelado escudo:
Las bandas de Aragon, y del suceso
De Orique el real quartel, precioso nudo,
Con las diez torres que orlan las esquinas
A las invictas portuguesas quinas.

Destos reales blasones reservados
A tu creciente esfera, el tiempo envia
El gran premio debido á tus cuidados,
Que otro inferior á deuda tal sería;
Y en Don Nuño Colon resucitados
Los bienes que tu heroyco aliento cria,
Será de honra española ardiente fragua,
Gran Almirante, y Duque de Veragua.

Marques de la encubierta Jamayca,
En preciosas maderas eminente,
De ricos pastos y metales rica,
Si bien de ociosa y descuidada gente;
En cuyos gruesos campos multiplica
Al mundo por venir, oro luciente,
Que ahora por las riberas de Caguaya
Forma en cercos de luz lustrosa raya.

Aquí tambien, si el arco de la esfera
Incierta luz no llueve á mi memoria,
El sacro pastoral báculo espera
Al que yo autor espero desta historia:
Allí en sombras de eterna primavera,
Mientras tu fama al mundo hace notoria,
En esperanzas de mayores bienes
Preciosa mitra ceñirá sus sienes.

Ya del claro Genil la fértil vega,
De sangre llena y de espantosas lides,
A quien ni Troya, Tebas, ni Argos llega,
Ni en sus batallas Héctores y Alcides,
Entre el cristal que sus arenas riega,
Las roxas cruces de sus bravos Cides,
En victoriosas lanzas por las cumbres
De sus almenas formarán vislumbres.

Quando de nuestro mundo las señales
Por timbres campearán de su victoria,
Y de estos encubiertos arenales,
Que al dia hurtan la luz, harán memoria:
Mas no luego en colunas de cristales
Del plus ultra á volar saldrá la gloria,
Hasta que de Austria y Recaredo juntas
Las sangres pongan sobre el sol sus puntas.

En una bella Juana, ilustre hija
De Isabel y Fernando, ordena el cielo
Union á estas heroycas sangres fixa,
Y á la fama en su fruto inmortal vuelo:
Un sol que al mundo dé en vuelta prolixa
Lumbre, y amor, honor, y miedo al suelo,
Y á su ley santa en riendas de oro atilde
Al soberbio aleman, y al indio humilde.

Y así en real pompa de su entrada al mundo
La fortuna feliz ordena el modo,
Que añadiendo al primero este segundo,
Invicto nazca Emperador de todo:
Y sin que espanten ya del mar profundo
Los anchos golfos su estandarte godo,
La vuelta dé por quanto gira en torno
Del dia la luz, de la fortuna el torno."

Así el sábio en los senos de su cueva
Los hados por venir descubre á España,
Y en potentes retratos, y en voz nueva
El curso texe de su vuelta extraña:
Y en reforzada voz quanto da y lleva
Del tiempo el vuelo con que al mundo engaña
Hacer queria presente, y con suave
Vuelta á las suyas destorcer la llave.

Quando en trueno confuso y rayo ardiente
La máquina gimió del monte horrendo,
Y la gruta capaz de oro luciente
Al centro pareció baxar huyendo:
Ahora del mundo la deidad prudente,
Que á su gobierno asiste, el ronco estruendo
Diese, agraviada en ver vuelta una masa
De clara luz las sombras de su casa:
O sea, si ya no es esto lo mas cierto,
Que el sábio Malgesí con nuevo engaño
De oculto signo, ó círculo encubierto,
Del ayre hiciese el movimiento extraño:
Y dexando al contrario mago muerto,
Libre huyese del pasado daño
Por las cavernas, ó que el monte ciego
Roto se ardiese en invencible fuego.
Como tal vez del rayo la violencia,
Que á la alta torre de un alcázar baxa,
Si el duro jaspe en firme resistencia
Su vuelo impide, sus murallas raja,
Hunde los techos de oro sin clemencia,
Los frisos rompe, el mármol desencaxa,
Y en ricas sillas de marfil sentados
Los graves Reyes quedan desmayados;
Tal ruido se oyó, tal en un punto
El suelo dió, en terrible terremoto,
Tristes gemidos, resonando junto
El yerto monte y el vecino soto:
Y el súbito estallido fiel trasunto
De un mundo fué desquadernado y roto,
Quando el quebrado cielo en fuego ardiente
La tierra hará carbon, y arder su gente.

Mas ya en esta sazon otra garganta,
En estruendo no menos resonante,
De un dragon negro, cuyo bulto espanta
Los pardos olmos que le ven delante,
Sobre el cristal de un rio se levanta,
Y vivo en ella traga un noble Infante,
Que el crespo mar con nueva maravilla
Del claro Ebro escupio en la verde orilla.

De los huecos celages con que Iberia
De Anteon la fuente disfrazó zelosa
La sierpe vino, cuya horrible arteria
Posada al gran Bernardo dió espantosa:
Y él, reducido á la última miseria,
Al baxar la garganta tenebrosa,
Dió en el profundo vientre de la fiera,
Que se tragara una montaña entera.

Pide al caer medroso ayuda al cielo,
Que á tanto riesgo sin pensar le traxo,
Quando de un tumbo y otro un verde suelo
De sus floridos pies halló debaxo:
Llenas las rosas de escarchado yelo
De verdes hojas el torcido gajo,
Y él sin riesgo mayor que la congoja
Con que aun allí estar muerto se le antoja.

Del fresco prado en las floridas faldas
Labrado de oro pareció un palacio,
De ricos frisos y molduras gualdas
A las vislumbres hechas de un topacio,
De diamantes tan lleno y esmeraldas,
Que en el mas pobre y deslucido espacio
Dan sus rubias colores mas centellas,
Que en su via lactea cuenta el cielo estrellas.

Y á el fresco Alpende, de su puerta altiva
Un bárbaro jayan barriendo el suelo
Con furia trae una beldad cautiva,
Que favor pide en tanto agravio al cielo:
Y era la desigual batalla esquiva
De la codicia, y de la dama el zelo
De guardar limpia una desnuda espada,
Que en sangre presto se verá manchada.

Hecha dorada presa en los cabellos,
Que el alba no es mas bella quando nace,
El gallardo español, que en ella y ellos
La injuria vió que el cruel jayan les hace,
Por entre rosas y jazmines bellos
A deshacer se arroja el torpe engace,
Que por los dedos del soberbio moro
Hacian las ofendidas hebras de oro.

Sacó su firme espada, que con ella
Vengada y libre ya juzga la dama,
Dexó el jayan la sin piedad doncella,
Y de acero una almádana encarama,
Así horrible, que pone espanto el vella,
Y el silbo mas con que baxando brama
En busca del guerrero, que si le halla,
Ni ha menester mas paz, ni mas batalla.

Hurtó el cuerpo, tembló la tierra en torno,
Y por ella enterró el martillo un brazo,
Quando el gallardo jóven por retorno
Del fino arnés le desmembró un pedazo:
Da el uno, el otro amaga, y el contorno
Resuena, gime, y coge en su regazo
Los peligrosos golpes, quando el vario
Revolver los desvia del contrario.

Era el bruto jayan gruesa quimera,
De obscura tez, y bulto corpulento,
De así hidrópico vientre, que pudiera
Hartar lleno de plata á un avariento;
Y en su diestro esgrimir tan agil era,
Que es con su ligereza plomo el viento,
Y de su clava el ayre mas furioso,
Que el que al Egeo mar turba el reposo.

La bella ninfa que del bulto grueso
Del jayan libre vió su heroyca espada,
Con ella en la una mano, en la otra un peso,
La una á la otra balanza nivelada,
De la batalla el áspero suceso
Mira en rico sitial de oro sentada,
Que en la vecina sala en pedrería
Y finas telas de brocado ardia.

Quando en iguales golpes los guerreros
Los techos de oro vieron de la sala,
Y en su destreza y revolver ligeros
De un alentado combatir la gala;
Mas del leonés alfange los aceros,
A un revés que el de un rayo no le iguala,
Se entraron por la hidrópica barriga
De la sombra fantástica enemiga.

Y abriéndole una puerta, que pudiera
Por ella entrar el mismo que la hizo,
Quando el grave jayan creyó que diera
En tierra muerto, su vigor rehizo;
Corriendo á un tiempo de la herida fiera,
Por sangre y negra tez, rubio granizo
De miles doblas de oro, que sin tasa
El suelo hincheron de la alegre casa.

Bastara su agradable golosina
El gusto ocasionar al mas templado,
Y trocar la batalla por la fina
Y rubia masa del metal preciado:
Mas al que al solo noble honor se inclina
No las riquezas turban su cuidado,
Que el oro es metal pobre para el hombre
Que en la virtud aspira á inmortal nombre.

Y así á solo vencer pone la mira,
Y el oro pisa que en tan poco tiene;
Quando una extraña novedad le admira,
Que envuelta en el metal precioso viene:
Por donde su corriente alegre gira,
Y la dorada sangre se detiene,
Retoñecer se vieron mil espadas,
Por otros tantos brazos levantadas.

Parto infeliz de la preñada tierra,
Hecho en favor del sin lealtad gigante,
Que ya con armas de oro hace guerra,
A quien con las de acero no es bastante:
No da tantos renuevos la alta sierra,
Que es de Gascuña y Leon muro importante,
Ni tantas flores cuaja en su ladera,
Quando derrama abril su primavera:

Como del enlosado suelo duro
Espadas floreció la lluvia de oro,
Que en texido esquadron, y denso muro,
Hieren á un tiempo en martillar sonoro:
Nunca el leonés se vió menos seguro,
Ni con tantos contrarios; que el tesoro
Puede sembrado mucho, aunque en el pecho
Del avariento muera sin provecho.

Ya en la Morea tal vez los blancos dientes
De una sierpe en marcial furor sembrados
Espigas dieron de enemigas gentes,
Y los surcos se armaron de soldados:
Las serpientes al fin dieron serpientes,
Y al armado gañan hombres armados,
Mas sembrar oro, y espigar rencilla,
Esa es la nunca vista maravilla.

Y el valido jayan contra Bernardo
De tantos brazos, mientras él su espada
Con todos prueba, sube en paso tardo
Al trono en que la ninfa está sentada,
En trage altivo, y ademan gallardo,
De luz vestida, y de oro coronada,
Volviendo con su rica espada en cielo
De aquella esquadra el escondido suelo.

Y él de unos torpes brazos defendido,
Y de otros levantado á la doncella,
Al suelo humilde de su trono erguido
En comprados favores dió con ella:
Quitóle el peso y manto guarnecido,
Y el rico engaste de la espada bella,
Y fué segun la saña concebida
No poco bien dexarla con la vida.

Mas con la nueva espada y nuevo brio,
De las balanzas de oro, una balanza
Hecha dorado escudo, al desafío
Y á su victoria da nueva esperanza:
Bien que cerrado el rubio ardiente rio
Del precioso metal, vió la mudanza
Del humano favor, que en ser comprado,
No dura mas que el oro su cuidado.

Y con las nuevas armas, mas ligero
Y desangrado que antes, da y recibe
Doblados golpes sobre el terso acero,
Limpio papel donde su enojo escribe:
Anda el combate así trabado y fiero,
Que cada qual parece que revive
Con las heridas de la mano agena:
Gimen los dos, y el bosque en torno suena.

Siente en su honra el leonés brega tan larga,
Y dando al limpio estoque ambas las manos,
Sobre el bulto fantástico descarga
Un golpe y otro y otro, y todos vanos;
Que un grave peso de oro por adarga
Los gigantes en fuerzas vuelve enanos,
Y el valido de aquí por allí se entra,
Y de una punta al que le ofende encuentra.

No guardó como pudo la cabeza
La furia de la punta desmandada,
Mostró sobre ella el jóven su destreza,
Y él en el cuerpo le escondió la espada:
Perdió el herido monstruo la braveza,
Y la hueca cabeza barrenada
En viento se exâló á vista del godo,
Que era ayre, como lo es el favor todo.

Tembló la quadra al revolverse en viento
De la máquina hinchada el bulto obscuro,
Y al ayre horribles sombras ciento á ciento
Bramar hicieron del palacio el muro:
Del hinchado odre el soplo turbulento,
Que el griego Ulises detenia seguro,
Al huirse así, de tempestades lleno
Los piélagos dexó del mar Tirreno.

Y Bernardo entre el humo que el tesoro
Con negro hollin enturbia del palacio
La espada mira, que el vencido moro
Sangrienta le escondió en el cuerpo lacio:
Su agudo filo, y sus recazos de oro,
Medroso saca en detenido espacio,
Su ancha cuchilla barnizada toda
En fino rosicler de sangre goda.

Vió ser la sangre mas, y el riesgo menos,
Quando el alcázar de oro puesto á punto,
Con huecos tiros, y sonoros truenos,
Salva le hizo á su victoria junto:
Y de alegre rumor los ayres llenos,
Clarines dan de plata el contrapunto,
A una armonía de cítaras suave,
En pausas dulce, y consonancias grave.

Huyeron las fantasmas, volvió el dia
A su primer beldad la rica sala,
Bañada en oro y noble pedrería,
En la vista empezó á sembrar su gala,
Que en dorados blasones componia
Un marcial trono, que al del cielo iguala,
De esmaltados escudos, y de arneses,
Grabadas armas, timbres y paveses.

Era esta sala el fondo de la fuente
Que aquello da á beber que se desea,
Banquetes al gloton, honra al prudente,
Amores al galan, gala á la fea,
Trazas de guerra al capitan valiente,
Armas, triunfo y victoria al que pelea:
Trofeos halló Bernardo, que trofeos
De fama es quanto abrazan sus deseos.

Y absorto en el bellísimo aposento,
Mira, y no entiende, que armas en escudos
Son, para quien no sabe el fundamento,
Las mas parleras, personages mudos:
Quando la dama, á quien violó su asiento
El jayan, que por sangre sembró escudos,
Con nuevo adorno entró, y con nueva gala,
Como el dia por el mundo, por la sala.

Y haciendo al victorioso Infante fiesta,
Célebres versos canta á su victoria,
Y en silla de oro al diestro lado puesta,
Así de obscura luz texe su historia:
"O tú, que en sangre ilustre traes compuesta
Del mundo la nobleza mas notoria,
En quien el valor gótico al de España
Juntar pudo el gran Conde de Saldaña:

Ya con la rica espada, que en tu mano
El fino esmalte de tus venas muestra,
En mas agudo filo, y temple sano,
Segura queda de impresion siniestra:
El corte sin defensa al cuerpo humano
Tu sangre se le dió, y dará tu diestra
El lugar que merece, y todo junto
Venganza á quien la ha puesto en este punto.

El dios del fuego en su ahumada cueva
Para las armas la forjó de Aquiles,
Las mismas armas que ahora en honra nueva
Tu gentil cuerpo adornan con perfiles:
Diólas la hada del tesoro á prueba
De Argalía á los miembros juveniles,
Argalía, hijo del jayan que reyna
Donde la aurora sus cabellos peyna.

No le dió entonces la preciosa espada,
Que al observado punto de una estrella,
Para en temple dexarla refinada,
Y sin defensa el filo y golpes della,
En su oriental estadio retirada
Por su gusto asistia una doncella,
Dándole de oro una invencible lanza,
Mientras la fria virtud del astro alcanza.

Hizo con ella el alentado chino
Famosos golpes, hasta el triste dia
Que en Francia á un fresco arroyo cristalino
Ferragut le mató, con quien reñia:
Tomo el moro prestado el yelmo fino,
Y cobrólo la sombra de Argalía,
Dando el entero arnés por testimonio
En fiel custodia al muerto Telamonio.

La espada en el jardin de Falerina,
Al tiempo que iba á dar su aspecto el astro,
Orlando con violencia repentina
Quitó á la hada y á la estrella el rastro:
Pasó el fatal concurso la hoja fina,
Quedó imperfecta, el muro de alabastro
Del florido vergel roto, y por ella
Muerto el dragon, y presa la doncella.

Peleó con ella Orlando algunos dias,
Y de Rugero la cobró Morgana,
Que de su ciencia haciendo anatomías,
A darle el temple halló salirle vana;
Sin honra y sin provecho sus porfias,
Que es rio que pasa la ventura humana,
Y al punto que pasó, si el punto pasa,
No hay brazo humano que le vuelva á casa.

Solo si al ciego fin de una batalla
Real sangre le bañare el corte y punta,
De aquel primer perdido aspecto halla
Que alcanzará otra vez la virtud junta:
Esto á la hada tocó, y el mejoralla
Al rosicler que en tu costado apunta
De la gótica sangre, que acompaña
Las reales venas de la antigua España.

Al tiempo que se entró por un costado
Su aspecto hacia la observada estrella,
Con que acabó Morgana su cuidado,
Y victoria cantó por ti y por ella:
A esto en vuelo te traxo apresurado
De los suspiros de Crisalba bella,
Que á huirse de la espada este planeta,
Tú quedaras sin luz, y ella imperfeta."

Así al grave leonés la ninfa explica
El curso con que el hado el suyo lleva,
Y atenta á la atencion con que la rica
Tapicería contempla de su cueva,
Su cortés gusto el noble suyo aplica,
Y para darle dél relacion nueva,
Con dulce lengua así dió nuevo lustre
De su real sala al aparato ilustre:

"Quando Roma trabó guerra consigo,
Que ya al resto del mundo la habia hecho,
Para no reservar ningun amigo
Las armas revolvió á su mismo pecho:
Nadie quedó en la tierra por testigo,
Todos se hicieron cómplices del hecho,
¿Quien libraria á España, si era España
Del romano furor la mejor saña?

Pompeyo el dueño; César, quien queria
Serlo solo á pesar de las estrellas,
El fiel Petreyo á su cohorte un dia
Las de Afranio juntó, y juntó con ellas,
Quanta nobleza á España enriquecia
Del rio Segre en las riberas bellas,
Donde al gran César dieron la batalla,
Y el imperio feliz del mundo en dalla.

Ahogóle el rio Segre, ó su fortuna,
Dos veces siete cohortes de soldados
De española nobleza, que ninguna
Sintió mas limpia sangre en sus costados:
Y el corriente raudal vuelto laguna
Infinitos sorbió timbres dorados,
Destos mismos que ahora en esta sala
Adorno dan con su aparato y gala.

Segre al Cinca los traxo, el Cinca al Ebro,
Ebro á mi cueva, y yo á esta quadra hermosa,
Adonde en quadros de marfil, celebro
Su noble casta y sucesion famosa:
Estas las armas son, con que ahora quiebro
Al tiempo y muerte, su arco y flecha ayrosa,
Y en el árbol precioso de la fama
Esta es para asir dél la mejor rama.

Muchos linages destos goza el mundo,
Y hoy su entereza y resplandor se adora,
Otros de aquel tendrán parto fecundo,
Y otros serán de los que son ahora:
Qual del primer lugar, qual del segundo,
Que el tiempo, ó los humilla, ó los mejora,
¿Qué cosa hay en la tierra que no tenga
Crecientes y menguantes, vaya y venga?

Mas á todos aquí su asiento eterno
Al mundo de una vez señaló el hado,
O sean de bronce duro, ó vidrio tierno,
O del primero, ó del segundo grado:
Este es su archivo, aquí está su quaderno,
Y desta oculta cueva el rio sagrado,
Por varios cursos á la madre España
En sangre antigua de noblezas baña.

Ahora de la honra humana, ó noble diosa,
Del tiempo y la virtud ilustre hija,
Tu aliento he menester; tu voz preciosa
Me presta, y mis acentos regocija,
Porque en rueda feliz, y ala pomposa,
El medio mas suave y dulce elija
A un belicoso alarde, en que se apunta
De España la mayor nobleza junta.

Oyan los nobles de ánimos briosos,
Que no quiero atencion de menor gente,
Que honrosa voz de hechos valerosos
Gusto pide eficaz, y ánimo ardiente:
Trate sucesos menos caudalosos,
Y con menores cosas se contente
Quien tiene menos tomo, y menos suerte,
Y la igualdad dexemos á la muerte.

Que quando el hueco son de la trompeta
Al arma, al arma, al arma ribombando,
El castizo caballo el freno aprieta,
Y con sabor le está despedazando,
Eriza el corvo cerro, y se inquieta,
Aquí vuelve, y revuelve allí bufando,
Y en su cólera ardiendo no se halla
Hasta verse engrifado en la batalla.

Bien así en qualquier cuento generoso
De armas y amor, en gusto y alegría
El ánimo gentil, al son ayroso
Alientos cobra, y gozo al alma envia,
Sacando fuera el corazon brioso
Lo que la noble sangre dentro cria,
Como yo ahora en los semblantes siento
Del grave pueblo que me escucha atento.

Mas si en el rico alarde y noble suma
Este blason ó el otro no se encierra,
Nadie á falta lo ponga de mi pluma,
Ni de su sangre ni su ilustre tierra:
Mas de su insigne antigüedad presuma
Que no siguió á Petreyo en esta guerra,
Y así no vió sus armas el rio Ebro,
Ni Iberia en él, ni yo en las que celebro.

¿Qué brazo llega á todo? ¿quien alcanza
Del cerco lacteo el número de estrellas,
O el honor español lanza por lanza
La suma sin faltar á alguna dellas?
Ni esto cabe en humana confianza,
Ni un rayo llega á tantas luces bellas;
Yo solo á la agradable ninfa sigo
Del divino parlar el cuento amigo.

Y ella en vuelo feliz al siglo nuevo,
Que estaba por venir, arrebatada,
En lineas de oro daba al rubio Febo
La sangre y sucesion aun no engendrada;
Y en agradables voces al mancebo,
Que de divina luz la ve cercada,
Así habló, y así en fatal aliento
Un mundo por venir sembró en el viento:

"Tu primo el gran Gundémaro, que envuel-
Ahora en sus desdichas va engolfado, [to
Y los tumbos del mar, y el tiempo suelto
De uno en otro le llevan despeñado;
Quando ya á sus primeras dichas vuelto
Los montes goce donde fué engendrado,
De oro estas dos calderas jaqueladas
De armiños, volará en argen orladas.

Entonces por blason eterno al mundo
De la gótica sangre tendrá España,
Por el Guzman primero, y el segundo,
Honra en Medina, y gloria en la montaña:
Y enfrenando de Libia el mar profundo
De enroscadas serpientes la maraña,
Sobre orla de castillos y leones
Tus héroes gozarán ricos toysones.

Deste escudo, ó quarteles, dos de armiños
En tres bandas, y estotros de panelas,
De cinco en cinco, hará nobles cariños
Guevara al mundo, y á su honor espuelas:
Aquí de Troya los Infantes niños
Dieron la primer sangre, al que las duelas
De un rico erario romperá en un prado,
De real tesoro ya en sazon cargado.

De aquel prudente hurto, nombre honroso
De Ladrones tendrán, y del robado
Otro noble apellido valeroso
Mendoza habrá, no menos estimado;
Que en semejantes trances es forzoso
Que uno sea el Ladron, y otro el Hurtado,
Ambos de sangre real preciosas fuentes
De héroes insignes, y ánimos valientes.

Diez panelas de plata en campo goles
Rayos de luz serán del sol romano,
Que armarán en sangrientos arreboles
Al montañés Mendonio, y á su hermano,
Hasta que sobre verdes tornasoles,
Por la banda y letrero soberano,
Trueque el Salado ese feliz Berbete,
Y él se quede á la casa de Cañete.

De Zúñiga es esta dorada barra,
Que negra á ser vendrá, quando un Infante
Por muerte de su Rey cubra en Navarra
De obscuro luto el timbre rutilante,
Cuya real sangre en sucesion bizarra
Ducal corona hará á Bejar triunfante,
Y á España de diversos resplandores,
Miranda, Miravel, Manrique, y Flores.

La misma negra banda en campo de oro
De Sandoval será el hectorio escudo,
En quien el tiempo del mayor tesoro
De España ha de engazar un firme nudo:
Y dél la fama con clarin sonoro,
Estando el mundo á oirla alegre y mudo,
Grandezas mil le contará, y entre ellas
Mas Príncipes que al limpio cielo estrellas.

En Bureba ganó en un desafío
Roxas, por la defensa de una dama,
Cinco azules estrellas, que en rocío
De oro serán luceros de su fama:
Mas quando á esta gran banda junte el brio,
Inxerta á un tronco real su ilustre rama,
Sombra á un mundo hará feliz ventura
Del que hoy durmiere á sombra tan segura.

Cinco luceros, ó cometas bellas,
Fonseca en un dorado escudo goza
Del romano Fonteyo, que con ellas
En Portugal metió triunfal carroza:
Rayo de luz será destas estrellas,
El que con sangre ardiente, y alma moza,
Las paces rompa en Francia, y á Castilla
De Austria traya feliz la imperial silla.

De la septentrional Penisca bella
Los valientes Bastanes, fundadores
De Baza y de Bastán, la fixa estrella
Dexaron entre helados resplandores,
Y á mostrar de su espada la centella,
Al paso de los godos atambores,
La tierra atravesando y mar profundo,
A conquistar salieron nuevo mundo.

Estos despues que la africana rabia
En lo mejor de España hizo presa,
De triunfos llenos y prudencia sábia,
Del hado por huir la suerte aviesa,
Al Pirineo subieron su alta gavia,
Y de Bastán en la florida mesa
Al real palacio dieron de su nombre
Nobles cimientos, y feliz renombre.

Allí del mauritano brio son freno,
Y ardiente espuela del cristiano brio,
Donde presto harán su valle ameno
De franca sangre caudaloso rio;
Y del vencido bárbaro agareno
Mil ricos presos estandartes fio,
Que los blancos escaques de su escudo
Parlera fama den, y blason mudo.

Aquellos dos castillos y leones
Enriquez son, que han de venir al mundo
De un hermano de un Rey, cuyas prisiones
Le pondrán de desdicha en lo profundo:
Del primero serán estos blasones,
Del Infante, fortuna es el segundo,
Entre quatro leones un castillo,
El campo todo azul, y él amarillo.

De ortigas estos riscos coronados,
De tres linages son heroyca empresa,
Que del leonés Fruela derivados,
Real sangre participan de la inglesa:
Y una cifra de extremos coronados
De la anglia Emilia la beldad confiesa,
Y á Bivero, Faxardo, y Bahamonte
Por nobles palmas de su excelso monte.

Del cetro real será sucesor dino,
Y por sola ambicion desheredado,
El que de Cerda el nombre peregrino
Resucitare á su valor pasado:
De Francia y de Castilla lo mas fino
Pondrá en su escudo, y por le haber privado
Del patrio cetro la fortuna escasa,
Duques heredarán la de su casa.

De azul y blancos veros los Barones
De Velasco traerán banderas llenas,
Y de sangre real los corazones,
Que en vivo aliento pulsará en sus venas:
Condestables serán, serán toysones
De seis invictos cuellos las cadenas,
De una Amazona real parto divino,
Que en Bohemia nació, y á España vino.

Harán los siglos de dorada gente
De un Marques, y de un Duque la eminencia,
Que á Italia el uno, el otro en el poniente
Dos mundos colgará de su prudencia:
¿Quien tan sábio será? ¿quien tan valiente?
¿Quien de tan vivo ingenio y eloqüencia,
Que así como él, gobierne quanto baña
La luz del sol, quando se esconde á España?

Al insigne apellido de Contreras
Tres azules bastones sobre plata,
Con orla rica de aspas de oro enteras,
Este dosel conserva de escarlata:
Tesoro á las edades venideras
De ilustre sangre, nunca al mundo ingrata
En producir varones excelentes
A todas las memorias de las gentes.

Dexo de ínclitos héroes larga historia
Que desta real prosapia contar puedo,
De ricos hombres la inmortal memoria,
De España amparo, y del contrario miedo:
Dexo tres Arzobispos, lustre y gloria
De Valencia, de México y Toledo:
Dexo de Burgos un Obispo santo,
¿Mas quien en breve tiempo podrá tanto?

De un Rey que en Asia ha de nacer pechero,
Y Taborlán despues será del mundo,
Vendrá al enfermo Enrique, Rey Tercero,
Un real presente por el mar profundo,
Donde en la rica suma el mayor cero
Será en nombre y beldad ángel fecundo
Una nieta del Rey claro de Hungría,
Mas bella que la luz que engendra el dia.

Esta, ayuntada en himeneo santo
Al mejor ramo desta planta ilustre,
Fruto lleno de honor dará por quanto
El sol con rayos de oro el mundo ilustre;
Y aunque de las medallas deste espanto
Nuevo deleyte te causará el lustre,
En tan estrecho tiempo no es posible
Hacer tan larga sucesion visible.

Un varon solo de su ilustre rama,
Mas que el sol agradable en vista y trato,
Por muestra quedará, en que dé la fama
De sus juntas grandezas un retrato;
Y al secreto gobierno á que le llama
De un español Monarca el rostro grato,
Grave le ofrecerá un saber profundo,
Y Alcides vendrá á ser de un nuevo mundo.

De la agradable sucesion de Lara
Son sobre plata aquellas dos calderas
Labradas de oro y negro, empresa rara
De Roma á las edades venideras:
Los Manriques pondrán (¡sangre preclara!)
Por la de un Rey Alfonso en sus banderas
Rico timbre, y en él al dividillo,
Sierpes, calderas, águila y castillo.

Siete Infantes de aquí dará amasados
De su invencible sangre el Rey Ramiro,
Y Arabiana en sus traidores prados
De aleve muerte el último suspiro:
Mas de un cuervo andaluz veo ya vengados
Los ocho cuellos que cortados miro,
Y de un su nieto con la honrada saña
Libre la antigua hidalguía de España.

Serán tres hijos deste pecho altivo
Pomposo triunvirato de Castilla,
Hasta el duro rigor de un hado esquivo,
Que á un corto estado su grandeza humilla:
Mas cuerdo en trazas, y en juzgar mas vivo,
Rodrigo hará por atajar rencilla
Suya á Molina, y de su sangre rica
Reynas en Lusitania, y en Garnica.

Y añadiendo á los triunfos de su casa
Sangre real de Navarra y de Castilla,
Cuajará el cielo de su heroyca masa
De los Manriques la inmortal semilla:
Príncipes raros de valor sin tasa,
A quien el reyno del honor se humilla,
Y en corriente feliz el mundo hereda
Grandes Duques de Náxera y Maqueda.

Estas partidas flordelises bellas,
Antigua y real nobleza de Arellano,
Nuevos luceros son de doce estrellas,
Que alumbran de Navarra el fértil llano:
Un sol te formará dellos y dellas,
Que á Uclés feliz trairá un pendon romano,
Y el Príncipe será de los Cameros,
Y Condes de Aguilar sus herederos.

Estos quatro preciosos lirios de oro,
De ocho blancos luneles rodeados,
De los Lancienses bélico decoro
Serán á los Ledesmas trasladados:
Nacerá de Almensar este tesoro,
Y dél mil caballeros señalados,
Y un Mens Rodriguez de Sanabria entre ellos,
Que al mundo hará adorar sus lirios bellos.

Los Vargas y Machucas que á Sevilla,
Con el valor y filos de su espada,
Darán ganada á la española silla,
Desta fuente tendrán sangre preciada:
Y aun desta á los Monarcas de Castilla
Dos secretarios dá una edad dorada,
Que en riendas de oro muevan el prudente
Gobierno de los mundos del poniente.

De aquel castillo en sangre un real tesoro
Dávalos gozará en la alegre cuna,
De un Condestable que en jaqueles de oro
Su escudo ha de crecer con su fortuna:
Mas los agüeros de un parlero moro
Menguar le harán en la creciente luna,
Que tambien menguará en estando llena,
Que en creciendo la mar mengua la arena.

Verseha huyendo y pobre (¡extraño dexo!)
El que ha de ser tan rico en breve espacio,
Que el Rey irá á su casa por consejo,
Quando él no se lo lleve á su palacio:
No es el humano estambre mas parejo;
Así lo hila el tiempo; así el topacio
Del sol la luna en formas mil altera,
Y él quanto hay debaxo de su esfera.

Mas de aquel rico escudo el blason hecho
Con dos calderas de oro en campo goles,
De real sangre de Lara hirviendo el pecho,
Verá Herrera en dorados arreboles
Un noble alumno suyo, que á despecho
De falsos envidiosos tornasoles,
Torne el sol claro, y el honor estable,
Del sin culpa ofendido Condestable.

Y bien que al generoso pecho ilustre
Del franco amigo mucho se le deba
De la opinion el reparado lustre,
De su lealtad la mas segura prueba,
Sin miedo que otro azar se la deslustre,
Ni otra loca fortuna se le atreva,
Serán en sucesion al mundo rara
Los Príncipes del Basto, y de Pescara.

Aquel nunca vencido leon rapante,
Que sobre plata da barrado en oro
Al grave hijo de Amon, quartel triunfante,
Y asombro con su vista al campo moro;
Rica empresa será á un pecho arrogante,
Que de la fama en el clarin sonoro
Triunfos pondrá de mil moriscas lides,
Y nombre y sangre real en Venavides.

Estos dos roxos desollados lobos,
Que ya en Clavijo tremolando al viento
Blason fueron de Osorio, y Villalobos,
A quien dió el español Patron su aliento;
Del voraz tiempo los sutiles robos
Jamas descrecerán su altivo asiento,
Que agradecida Astorga flores nuevas
Cada año alegre ofrecerá á sus grevas.

Las dos calderas de oro jaqueladas
Del valle de Toranios son Pachecos,
Sangres de la romana acrecentadas,
Que á España vino á hacer famosos truecos;
De quien mil sienes ya veo laureadas
De ducales coronas, y en los huecos
Plumeros, los invictos resplandores
De sus Marqueses, Condes y señores.

Dos negros y ceñidos Calderones
El nombre y armas dan de su apellido,
Real prosapia de ínclitos varones,
De ricoshombres timbre esclarecido,
Por quien promete el cielo de sus dones
Un Príncipe entre todos escogido,
Cuya privanza ha de subir sin tasa
La gloria al colmo de su ilustre casa.

La negra banda que en dorada lumbre
Medio cuerpo descubre de doncella,
Será de Carvajal rica vislumbre
Con la real sangre de Leon en ella,
Por quien de Martos la enriscada cumbre
Plaza enlutada hará su plaza bella
A un emplazado Rey; que el justo cielo
No dexa agravio sin venganza al suelo.

Sobre ondas de agua aquellos cisnes bellos,
Que un lirio azul en torno los contempla,
Sendas coronas de oro por los cuellos,
Con que el cruel hado su aspereza tiempla,
Armas son de Cisneros, ó son ellos
Ya cisnes, cuyo canto le destiempla
Los clarines al mauro infiel, de modo
Que á un grito suyo tiembla el campo todo.

O tengan con la sangre de Lorena
En Leon sus belicosos nacimientos,
O de los monstruos de la selva amena
Alguna sombra de verdad los cuentos;
Ella es nobleza insigne, y casa llena
De antigüedad y heroycos fundamentos,
Cuya es tambien la tarja de amarillo
De aquel leon, girones y castillo.

Los otros jaquelados tres girones
Que aquella ilustre tarja vuelven rica,
Con rica fruta de ínclitos varones
Este tronco feliz los multiplica:
Sus timbres han de ser reales toysones,
Su nombre en su blason se significa,
Sus Príncipes, si el alma no me engaña,
Gloria á Osuna darán, y honor á España.

Tres palillas de plata en campo blao,
Y en torno nueve lunas, de Padilla
Noble empresa componen, y á Bilbao
Sangre real han de dar, y honra á Castilla;
Y á quatro Maestres del sangriento Tao,
Uclés y Calatrava la rodilla,
Y toda España á una beldad que pudo
La dura alma ablandar de un Rey sañudo.

Del soberano imperio del oriente
El César tendrá un hijo, que sin miedo
Libre á Toledo ampare, y á su gente,
Y dello herede el nombre de Toledo:
Su escudo es el que ves resplandeciente
Con jaqueles de azul y oro, en que puedo
Pronosticar, que á España ha de hacer salva,
Y ser de sus mejores dias el Alba.

Aquel en rosicler grifo lozano
Entre cadenas de oro, es de Peralta
Blason ilustre, cuya sangre y mano
Lo mejor de Navarra y Francia esmalta;
De cuyo real linage Agramontano,
Pamplona ha de heredar sucesion alta
De insignes Condestables, y uno dellos
Su mitra arrastrará por los cabellos.

Destas cinco panelas de oro espera
Cobos su ilustre tarja, á quien ya humilla
Su mas florida y rica primavera
El reyno de Aragon y de Castilla;
Y así con pluma volará altanera,
Que será al mundo octava maravilla,
El que al cesáreo trono del poniente
El pecho ofrezca, y voz mas eloqüente.

En boca de dos lobos dos corderos
De Haro son los señores de Vizcaya,
Del gran Zuria nobles herederos,
De española nobleza última raya:
Fuente feliz de no violados fueros
Es quanto encierra su argentada playa,
Y el libre pais de su áspera montaña,
El brio hidalgo del honor de España.

Desta real sangre tomarán corriente
Lodio, Corbera, Cárcamo y Urbina,
Orozco, Avellaneda, y el valiente
Hinestrosa, y con vuelta peregrina,
Del nunca firme tiempo la creciente,
Reynas y sucesion dará divina
A Navarra, y mil Príncipes famosos
Del Carpio á los palacios venturosos.

Del franco Orlando, que ahora el mundo a-
Un rio de sangre real verá este suelo, [sombra,
Y entre bocinas de oro la ancha sombra,
Que de águilas hará el pomposo vuelo:
Mas hoy un Ponce que de Leon se nombra,
Los clarines y plumas de ese cielo,
Yerno de un Rey, hará sobre escarlata
Bastones de oro, y roxo leon en plata.

De aquí un Maestre de las trabas de oro,
Y un Don Manuel Paqui, nuevos Aquiles,
Uno á la vega, y otro al campo moro,
De sangre mas que el sol pondrán perfiles;
Por quien el monstruo del clarin sonoro
Al mundo proezas contará gentiles,
Quando al favor de un arrojado guante,
El Leon de Cadiz los de Libia espante.

Este escudo á quarteles con seis faxas
De sangre, y diez veneras sobre verde,
Son de los Pimentarios las ventajas
Con que de vista Pimentel se pierde;
Y de los graves Condes de Barajas
Jaquelados coturnos, que los muerde
Real sangre de Aragon, que ha de hacer dellos
Su rica taza Ganimedes bellos.

Los dos roxos bastones, y honda cueva,
Que aquel verde dragon de oro vomita,
Nombre á un real linage y armas lleva,
Si el tiempo mi esperanza no marchita:
A cuya gruta hará que España deba
Mas Príncipes que estrellas resucita
La muerta luz, y Cadmo hombres valientes
Vió en los arados surcos, de sus dientes.

Quando á Galicia azules faxas de oro
Megía traslade de la Misia fria,
De Maestres sembrará un precioso coro
Por toda la marcial caballería;
Donde añada Alcaraz, de un gran tesoro
Que le ha de dar su espada en Berbería,
De escamosas serpientes la confusa
Guedeja de las clines de Medusa,

Trece estrellas, que en rubia centinela
Los lirios de oro guardan deste escudo,
Y él no menos que el sol alumbra y vuela
Con marcial calor y rayo agudo,
De Salazar la espada sin cautela
De un pendon cortará á un jayan membrudo,
Quando dé en Francia con clarin sonoro
Su invicto nombre escrito en letras de oro.

Nieto suyo será el que en fuerzas dobles,
Robusto natural, y años prolixos,
De traviesa tendrá, en mugeres nobles,
Seis veces veinte valerosos hijos:
Y él de otra tanta edad, los duros robles
De sus venablos en el cerco fixos
De Algecira pondrá, donde, aunque fuerte,
Como hombre al fin se rendirá á la muerte.

Las quatro faxas deste roto escudo
Para Montemayor le guardo un dia,
Que al granadino orgullo ha de hacer mudo
De su Alcaudete y dél la valentía:
La espada que con alas de oro pudo
Volar, llenando el mundo de alegría,
Será de Don Manuel, preciosa infancia
De ambos imperios de Castilla y Francia.

Aquella blanca luna en campo roxo
Armas dará á un linage y apellido,
De una Infanta feliz rico despojo,
Por mayor bien en Aragon nacido:
De aquí fortuna por su loco antojo
Un monstruo formará, que en ser querido,
Y desamado, muestre al mundo en vano
Las cortas raices del favor humano.

Las cinco águilas indas con coronas
De oro los picos son los Coroneles,
De Scipion, Cornelio, y sus matronas
Consigo por guardar su honor crueles:
Unas con fuego abrasan sus personas,
Por honra á su limpieza otras mas fieles,
Con astucia prudente á un Rey amante
Le estorbaron llevar su error delante.

Las quatro faxas que en quartel dorado
Limpias se ven de sangre real cubiertas,
Un real apellido celebrado
De Córdoba dará en su mano abiertas:
Otro le añadirán aprisionado,
Por las señas mas vivas y mas ciertas,
De aquel valor, á cuya ardiente espada
Llorará Italia, y temblará Granada.

Del grave Tiber baxará Don Mendo
Cinco nobles Andrades á Galicia,
Y uno á dos Reyes, que en abrazo horrendo
Pondrá del cetro de oro la codicia,
Alzará en la mortal baraja haciendo
Su suerte el tiempo, el cielo su justicia;
Y él por barato al reyno que se pierde
Banda volará de oro en campo verde.

Del valiente Gelasio se derrama,
Por empresa de guerra y timbre mudo,
Este principio de armas, y esta rama
De roeles de oro en acerado escudo:
Ceros de los guarismos de la fama,
Con que aumentar la de su nombre pudo
El jayan, á quien Artus los dió en suerte,
Y él á mil nobles casas con su muerte.

Qual las hermosas pléyades, que al cielo
La frente vuela del templado toro,
Quando al invierno su natural yelo
El ayre cuaja de importuno lloro;
Tales verá en alegre paralelo
Bustamante sus siete lirios de oro,
Argüello cinco, diez Saltamirano,
Y Roelas seis con veros de su mano.

A Avila dió otros tantos, de quien puedo
Nuevo blason mostrar resplandeciente
Por armas del dichoso Balbanedo,
De oculta sangre real preciosa fuente:
En Ronda un sucesor de su denuedo
Su pendon volará, y dará á su gente
Siete mas sobre seis, y al pueblo moro
En Gibraltar por bodas luto y lloro.

O sean ocasionados desto en algo
Los roeles de oro en cielo azul sereno,
O el noble escote que pagó un hidalgo
A un real convite de ocasiones lleno;
Con ellos á mil trances de armas salgo,
Con ellos el furor de Arabia enfreno,
Ellos son mi nobleza, ellos mi saña,
Y llenas lunas del honor de España.

Del bravo Asturian Grijano el bravo,
Que bravo nombre á su linage puso,
Es el castillo jaquelado al cabo,
Y al pie de ondas de plata un mar difuso:
Y el que de un jayan Rey, que hizo su esclavo,
Dos ciervas de oro á su quartel traspuso,
Cervantes descendiente de Cervino
Las ganará de un nieto de Mambrino.

Quitarleha al ya vencido Rey la empresa
Por armas de su casa y apellido,
Y de las ciervas la una el prado besa,
Y en vela la otra está del franco exido:
Cinco cuervos que en oro hacen la presa,
Y el rubio Apolo los armó en su nido,
En favor de Publícola á Corvera
Nombre darán, blason, y fama entera.

Es cierto que á un sangriento desafío
De un valiente francés, y este romano
Un cuervo al franco yelmo hizo sombrío,
Y el pulso entorpeció á la diestra mano:
Faltó al uno, y al otro creció el brio,
Venció el favorecido italiano,
Y el cuervo en fe desta merced no escasa
Timbre á sus gentes dió, y nombre á su casa.

De aquel castillo, leon, y banda verde
En plateado campo con dragantes,
Harán, si el tiempo su volar no pierde,
Los Castillas sus armas como de antes,
Y con ellas al mundo que se acuerde
Del Rey que mató Enrique, y los Infantes
Que aprisionó en Berlanga, y por medida
De sus cadenas dió la de su vida.

Las jaqueladas barras, que de Alcides
Se precian descender en sangre envueltas,
Son de Sotomayor; y el que en las lides
Marinas ondas lleva en sangre sueltas,
De los Marines es, cuyos ardides
Mostrarán en la mar, y sus riberas,
Que no es todo ficcion lo que se suena,
De haber sido su madre una sirena.

La primer Reyna Loba que en Galicia
La ley siguió de un Dios resucitado,
Sobre un testuz de lobo á la milicia
Del cielo aquel lucero hurtó dorado:
Y el que hoy al noble pecho le acaricia,
Y con su empresa le hace señalado,
Es Lobera, que en armas y apellido
La clara fuente da, en que fué nacido.

Dos negros lobos en plateado escudo
Hará Don Vela de Aragon Infante,
Parlera fama, que en lenguage mudo,
El invicto valor de Ayala cante:
Y dando con Salcedo un casto nudo
Del rubio Conde con la hija amante,
Serán al real pavés nuevo tesoro,
Verdes panelas, sauce, y campos de oro.

Ya desta vela real alegres rayos
De invicta y noble luz gozará España,
Del árabe infeliz tristes desmayos,
Y del cristiano pueblo honrada saña:
Brotarán rosas los floridos mayos,
Y deste real enxerto la montaña,
Mas solares de hidalgos sucesores,
Que de abril fuentes, ni de mayo flores.

De aquí el Conde Floyan, Pereyra espera
Un señor en Trastámara, que alumbre
Del firme escudo la plateada esfera,
Con roxa alegre cruz de inmortal lumbre:
Y un Condestable portugués, que entera
La sacra insignia en pompa heroyca encumbre
Entre ocho escudos las reales quinas,
Que en bella orla serán flores divinas.

De aquí Basurto, Calderon, Zaldierna,
Gamboa, Marroquin, Barbosa y Monte,
En brio, armas, linage y fama eterna,
Mas luz darán que el carro de Faetonte:
De aquí en un rayo desta vela tierna,
Quando á la bella Munia se confronte,
Del gran Carlos Martel nieta excelente,
Dos cometas saldrán de Marte ardiente.

De la una, ya en la invicta Soria crece
De inmortal lumbre la segunda vela,
Cuya águila, si en plata resplandece,
Entre lisonjas de fortuna vuela:
Y de la otra, á la roxa espada crece
Un gran Maestre Martel, Marte en su escuela,
Que á su escudo dará en igual distancia,
Bastones de Aragon, lirios de Francia.

Destos dos troncos la tercera rama
Vela y Martel serán, despues Balbuena,
Que al castillo Ferral su brazo y fama
La insignia subirá de trabas llena:
Mas la enemiga de quietud, que trama
La humana estambre al pulso de su vena,
Con la potencia de Baeza, y Baza,
Rendir le hará la conquistada plaza.

Y él, ya ofendido del contrario hado,
Sus armas renunciando y su apellido,
A eremítica vida retirado,
Nada parecerá de lo que ha sido:
Aquí de vanos faustos descartado,
A los firmes del cielo reducido,
Del valle ameno, y de su dicha buena,
De Vela el nombre trocará en Balbuena.

Dará allí su virtud al mundo exemplo,
Y con favor de un casto Rey potente,
De castas almas un sagrado templo
A la Virgen, de amores castos fuente;
Cuya grandeza así crecer contemplo,
Que en la real proteccion claustro eminente
De cándidos armiños será al suelo,
Que el eco suban de su nombre al cielo.

Deste santo Hilarion un noble aliento
Sucesor de su casa tendrá vida,
Que á defender la de un delfin atento,
Y hallar la empresa de un toyson perdida,
Por las tinieblas de la noche á tiento
A su águila dos lirios de oro añida,
Victoriosa guirnalda del tesoro
De los hallados eslabones de oro.

Hijo suyo será el valiente pecho,
Que con roxa florida cruz armado,
Sobre Guadix pondrá á la fama hecho
De ilustre sangre el título de honrado:
Y el que á un Rey justiciero sin provecho
De Alcaraz el pendon dará bordado,
Y el magnánimo Enrique en su servicio,
De Notario mayor el grave oficio.

De aquí un yerno de un noble Adelantado
Feliz muro será de su frontera,
Otro Obispo en Valencia, otro el grabado
Baston ha de regir en Antequera,
Otro adonde se ahoga el sol dorado,
Quando en la tierra ya no reverbera,
Del gran sello imperial con la potencia
A Xalisco á fundar irá una Audiencia.

Del noble valle destas limpias flores,
Con rosicleres de Velasco ardientes,
Si bien ya de encubiertos resplandores,
Que el tiempo hace menguantes y crecientes,
Nueva guirnalda de inmortales loores
Dará el hado á tus hechos excelentes,
Y á un ramo suyo lengua y fuerza tanta,
Que al mundo asombre con lo que ahora espan-
[ta."

ALEGORÍA.

En las grandes hazañas de Hernando Cortés, se muestra la magnanimidad y atrevimiento de un verdadero capitan español, que intrépido acomete, y sale á pesar de la fortuna con lo que intenta.

En el corpulento jayan que Bernardo vence en la fuente de las Maravillas, que preñado de oro derramaba escudos por sangre, se muestra la fuerza del dinero, y como á veces compra favores y brazos, que le dan la mano para alcanzar la justicia, que por otra via no le fuera posible, y lo que pueden las dádivas para salir con esto.

Fin del libro décimonono.

LIBRO VIGESIMO.

ARGUMENTO.

Libra Bernardo á Garilo de la horca, y él aquella noche, en pago del beneficio, le hurta el caballo y la espada: quita otro dia á Dudon la suya para pelear con Orlando, á quien en una famosa batalla dexa vencido. Encuentra al pasar de un rio á Don Teudonio y á Garilo presos, pónelos en libertad; y habiéndole conocido Teudonio, le da nuevas de la prision de sus padres: háceles Garilo otro engaño, por el qual pierden la vida el mismo Garilo y Teudonio. Encuentra Bernardo á Olfa en un monte llorando un caballero muerto; dale nuevas de Arcangélica, y pártense juntos en su alcance: llegan al famoso castillo del Carpio, donde Bernardo prueba su admirable encantamento.

¡Raro suceso! el cielo soberano
Los monstruos trueque en favorable agüero,
Y como puede haga de su mano
Feliz el caso que asombró primero:
Al fresco arrimo de un laurel lozano,
Que alegre mayo hacia á un turbio enero,
Como á pedir favor la musa mia,
Tras un prolixo curso llegó un dia.

No es trazada invencion, si bien parece
Obra sutil de pluma artificiosa:
Por donde á un fresco arroyo la orla crece
De verde juncia y grama revoltosa,
Quando el temprano almendro aun no florece,
Ni el verde apunta á la encarnada rosa,
A que me ampare fuí del sol que ardia,
Del hojoso troncon la sombra fria.

Allí ocupado en trasuntar al vivo
Mi espíritu á un papel (¡extraño caso!)
De una águila real el vuelo altivo
El silencio rompió del ayre raso:
Y de repente dando en lo que escribo,
En los duros artejos el escaso
Borron arrebató, y hácia la esfera
De la agradable luz volvió ligera.

Quedé absorto, y á ver el raudo vuelo
Que dió en mi daño la traidora arpía,
Puesto en pie mil suspiros doy al cielo,
Que sordo al parecer ninguno oía:
Y el sin piedad ladron con el señuelo
Volando entre las nubes parecia
Correo de Arabia, que en los ayres lleva
De Palestína á Persia alguna nueva.

Seguíle con los pies un rato en vano,
Y quando mas no pude, con la vista,
Contemplando en sus garras del liviano
Papel la blanca tremolante lista;
Quando furiosa en vuelo mas lozano,
A ser de un nuevo mundo coronista,
En mis ojos faltó, y en mí el sentido
Al peregrino caso sucedido.

Y lo que en mil desvelos de cuidado
Mi humilde musa concertado habia,
El rigor de un suceso no pensado,
Viéndolo yo, lo destruyó en un dia:
¡O cielos! ¿si el trabajo dilatado
Por tantos años desta historia mia
Ha de desparecer la voladora
Y cruel arpía del tiempo en sola un hora?
¿Si ha de acabarse aquí en el primer vuelo,
O ha de volar sin fin de gente en gente?
¿Si subió el ave mi papel al cielo,
O caer le dexó de impertinente?
¿Quien me dirá este enigma? este recelo
¿A quien no hace encoger hombros y frente?
El tiempo lo hará claro, y mi motivo
Los sábios, que es el pueblo á quien escribo.
Ni es bien que el frio temor entibie tanto,
Que el noble aliento del valor consuma,
Mas fiar con firme fe del cielo santo,
Que el tiempo ha de ser cero desta suma;
Que si el ave voraz me hurtó un canto,
El papel se llevó, y dexó la pluma,
Y haciendo en ella próspero el agüero,
Así ahora explicar sus miedos quiero.
Que el águila, que es reyna de las aves,
Será mi fama de los tiempos reyna,
Que con vuelo inmortal, y acentos graves,
De aquí, donde la obscura noche reyna,
Hasta donde entre músicas suaves
El alba, de oro sus cabellos peyna,
Mis papeles, mis versos, mis razones,
Volará de naciones en naciones.

Esto se quede á cargo de la fama,
Que es de los venturosos sábios norte,
Y la que por sus términos los llama,
Y sube á grandes de su casa y corte:
Feliz yerba es la yedra, si se enrama
A un muro altivo, á quien no alcanza el corte
De la envidia, pues queda con su altura,
Él mas vistoso, y ella mas segura.

Pues dando el cielo á mi encogida yedra
Por muro el que lo ha sido y es de España,
Hecha ya basa de tan firme piedra,
Ni agüeros teme, ni temor le daña:
Si el buen arrimo da segura medra,
Quien se llega al mejor ¿cómo se engaña?
Pare el miedo servil, vuelvo á mi estilo,
La hebra anudo, y corra de oro el hilo.

En dulce suspension el noble godo
Mirando estaba en el compas pequeño
De aquel bello teatro el rico modo
De su adorno, sus armas, y su dueño;
Quando á un cerrar los ojos huyó todo,
Qual blandas sombras de templado sueño,
Y en un campo se halló florido y verde,
A quien de Ebro el cristal las faldas muerde.

Y el dia siguiente caminando en duda,
Sin conocer la tierra donde estaba,
Al darle el tumbo á una cuchilla aguda,
Que el seguido camino en dos cortaba,
Pidiendo vió en el llano al cielo ayuda
A un hombre, á quien el cruel verdugo ataba
Un lazo al cuello, y en engace doble
Al corvo gajo de un nudoso roble.

Estaban otros quatro por testigos,
Y el leonés viendo el lastimoso paso,
"Teneos, á voces dixo, tené amigos,
Sepamos la ocasion, suspendé el caso:"
Y por entre alcornoques y quexigos
A toda rienda sale al campo raso,
Quando ya ellos tambien á toda priesa
El nudo daban á la soga gruesa.

Él por llegar á tiempo, ellos por dalle
Muerte, sin que haya estorbo que lo impida,
Todos priesa se dan, á mí dexalle
En esto, la que tengo me convida,
Que veo á Orlando en un profundo valle
De ciego monte, y áspera salida,
Donde para volver á su camino,
Si el caballo cobró, no cobró el tino.

Dexó la humilde casa del engaño,
Y aquel que serlo en ella parecia,
Y el astuto Garilo, con el daño
Que en el robado anillo hecho habia,
Tras el perdido Conde el pais extraño
A ciegas cruza, y al huirse el dia,
Del grave sueño en la quietud profunda,
El caballo le hurtó la vez segunda.

Saltó en la silla, y á la luz menguante
De la fria luna, "¡ó capitan robusto!
¿Vos sois, le dixo, el Príncipe de Anglante,
Y el general baston del cetro augusto?
¿Así en desvelo y guarda vigilante
Las reliquias poneis de vuestro gusto?
Quien en el sueño como vos se olvida,
Ni su honra tiene en mucho, ni su vida."

Despertó el Conde, y viendo á Brilladoro
Segunda vez en manos de Garilo,
La paciencia perdio, perdió el decoro,
Y de su autoridad el grave estilo:
Y qual vencido garrochado toro,
A quien acosa de la gente el hilo,
Los ojos cierra, y con la corva frente
Por los palenques rompe, y por la gente.

El impaciente Conde, así en gallardo
Y altivo brio, saltó arrogante y fiero,
Que á hacerse el presto Brilladoro tardo,
Ambas deudas cobrara por entero:
Huyó el ladron, y qual ligero pardo
Siguiendo un ciervo, va tambien ligero,
Y al que le huye su caballo fuerte
Le salva á un tiempo, y le condena á muerte.

Aquella noche, y el siguiente dia,
Y sin ese otros seis siguió su alcance,
Que á uno el enojo, á otro la alegria,
De uno los empeñaba en otro lance:
Quando una tarde el catalan que huía,
Temeroso que el rayo no le alcance,
A la ancha entrada de una estrecha puente
A Dudonio encontró, y su franca gente.

Volvia de Zaragoza, adonde vino
Por sábio embaxador de Carlo Mano,
A grangear del Rey, que por vecino
Favor ni gente preste al asturiano:
Y viéndo el descompuesto desatino,
Con que al sudado potro aguija en vano
El medroso ginete, y que él bufando,
A falta de voz, dice, que es de Orlando:

Hizo alto el esquadron, quando él en medio
De cien franceses puesto de improviso,
Aunque con sus embustes dar remedio
Al impensado aprieto y riesgo quiso,
Faltóle en el brevísimo comedio
Para saber fingir tiempo y aviso,
Y así antes de advertirse del suceso,
Sin pensar que lo estaba, se halló preso.

Llegó tras él el Príncipe de Brava,
Que ya tan al estribo le seguia,
Que donde un pie el caballo levantaba,
Los suyos él por le alcanzar ponia:
Mandó al ladron colgar, que era á quien daba
Del sin piedad verdugo la porfia
Espantosa lazada, quando pudo
Bernardo á tiempo ver el mortal nudo.

No vió á Dudon, ni al ofendido Conde,
Que iban ya dentro de la selva espesa,
Y del árbol ninguno le responde,
Listos á darse en lo que hacen priesa:
Visto el rigor el español, por donde
Mas breve el paso vió, fiero atraviesa
A socorrer el riesgo, que es de modo,
Que á un pie de dilacion se pierde todo.

Y por ver si la nueva espada corta,
Alta en la mano, y alto el brazo fuerte,
"Paso, dice, cobardes, que me importa
Saber la causa de esa infame muerte:"
Quando uno de los quatro le reporta,
Y en blanda voz: "señor, le dice, advierte
Que esa lazada al cuello es propia ajorca
De un ladron, y su tálamo la horca:

Y este, en los de su oficio el mas cursado
Que de Jaca amparó la inculta sierra,
Ya dos veces á Orlando le ha robado
Su caballo, y su fino arnés de guerra:
Hale traido ofendido y acosado
Desde su patrio suelo al desta tierra,
Adonde hoy le prendió Dudon el noble,
Y él ponerle mandó en el primer roble.

Púdolo hacer el senador romano,
Por ser quien es, y porque dello gusta;
Firma es esta sentencia de su mano,
Y basta el serlo para ver que es justa:
Los dos al pie del bosque comarcano
La dan por tal; si te parece injusta,
No van léjos de aquí, ni un mundo es léjos
Para libres volver por sus consejos."

Así el franco, y así el leonés llegando
La aguda punta el lazo cortar quiere:
"Sea todo eso verdad, sea el Conde Orlando
De Roma senador, sea lo que fuere,
El preso es noble, y español; y quando
Esas fingidas culpas cometiere,
No es Francia dueño, Roma es parte extraña
A castigar por sí culpas de España:

Y sobre esto á la franca gente junta
Si toda viene estorbaré esta muerte,"
Dixo, y corriendo la delgada punta,
La lazada cortó del nudo fuerte:
Y el que en cortés respuesta á su pregunta
Sasisfecho dexó, ya de otra suerte,
Al dulce corte de su aguda espada,
Su honra satisfacer quiere agraviada.

Al verdugo feroz manda execute
Su oficio, mientras él el de su saña,
Porque ningun cobarde arnés le impute
Flaqueza al noble suyo en tierra extraña,
Saca su espada, y quiere que conmute
En sangre su primer piedad España,
Y el godo al noble término obligado
Ofender no pretende al que no ha errado.

Y así en la muerta fama de su escudo
Los vivos golpes sin le herir recibe:
Los que al diestro esgrimir del filo agudo
De humilde amparo ven que se apercibe,
Cobarde ánimo cobran, y en menudo
Combate en su grabado arnés escribe
Feroz cada uno la destreza que usa,
Mas él de quatro á solo el uno excusa.

Que á tres golpes la falda de la sierra
De los tres heredó cuerpo y acero,
Y el quarto ya la mal trabada guerra
Paró asombrado, y dixo al caballero:
"¡O ilustre parto desta invicta tierra,
De nobleza y virtud un cielo entero!
Quiero estimarle ya, pues me le ofreces,
Un vivir que te debo tantas veces."

Y como absorto en ver su gallardía
El caballo volvió á seguir su gente,
Y el godo hácia Garilo, que venia
A le ofrecer la libertad presente:
En cuya peligrosa compañia,
Al pie de un sauce, al márgen de una fuente,
Agradable reposo la espesura
Al luto ofrece de la noche obscura.

El falso catalan, por no negalle
Su premio al beneficio recibido,
Tenerle quiso compañia en el valle,
Que es servirle mostrarse agradecido:
Y por mas á su intento desvelalle
Largos cuentos fingió, y despues dormido
La rica espada hurtó al siniestro brazo,
Llave sutil del mal logrado lazo.

Despertó al rubio sol el noble godo,
Y hallando al huesped y á su espada menos,
Vió que es volver por un ladron en todo
Hacer propios agravios los agenos:
Sintió el perder sus armas, sintió el modo
De pagarle tan mal deseos tan buenos,
Y que sea de su patria ingrato vicio
Afrentar con desden el beneficio.

Buscó el caballo, y viendo hurtado el freno
Agradeció la mano comedida,
Que quien á él la espada, y á otro el heno
Robó, robar tambien pudo su vida:
Volvió, y siguiendo de disgustos lleno
La senda menos agra, y mas seguida,
Como en rastro del alba dos luceros,
Parir la selva vió dos caballeros.

Dudon el uno, el otro el Conde Orlando,
Que en busca suya, y del traidor Garilo,
La siempre amarga envidia devanando
Memorias de dolor los trae de hilo:
Fué el vencido francés así ensalzando
La libre espada, y el compuesto estilo
Del victorioso godo, y la jactancia
De defenderse en campo á los de Francia,

Que ardiendo en ambiciosos movimientos,
Dueño cada uno del agravio todo,
Sin darse uno á otro parte en los intentos,
En busca entraron del ausente godo:
Corriéronse de ver sus pensamientos,
Al encontrarse heridos por un modo,
De una envidia, y que dos tan graves lanzas
A un agravio le busquen dos venganzas.

Y sin torcer el curso acelerado,
Cada uno al otro pide el ir delante,
Quando el florido tumbo de un collado
Les dió un muerto esquadron poco distante,
Sin espada, y á pie un doncel armado:
Dudan si es él, si bien su real semblante,
A quien le mira da en lenguage mudo
Mas voces que la fama de su escudo.

Sus tres franceses mira Orlando muertos,
De tan nuevas heridas asombrado,
De los golpes los dos por medio abiertos,
Y sin hombro el tercero, y sin costado:
La voz suspensa, y los cabellos yertos,
Al contemplarlos dexa al mas osado;
Quando así el Conde al Príncipe de España,
Quién sea el autor pidió de tal hazaña.

"¿Sabreis, señor, sabreis, señor, decirme
Destos tres golpes donde está la espada,
En alentado pulso y brazo firme,
Mas que en consejo ni en razon fundada?
¿Quien hay que tal crueldad por buena afir-
A quien Bernardo, la visera alzada, [me?"
"Señor, le respondió, la espada bella
Ayer fué mia, ahora no sé della;

Que el mismo á quien dió vida en este valle,
Sin salir dél la hurtó lleno de engaños,
Que excusar á un ladron la muerte, es dalle
Osada libertad á nuevos daños:
Yo que hice mal confieso en alargalle
La indigna vida á mal gastados años,
Mas fué fuerza volver en mi hazaña
Por la ofendida libertad de España."

"A estar allí esta mia, dixo Orlando,
La potencia de España no pudiera
De mi decreto suspender el mando,
Ni al ladron estorbar que no muriera:
¿Vos sois alguno de su infame bando,
Pues volvistes por él de esta manera?
Que si es ladron quien hurta, ya se entiende
Que lo será tambien quien lo defiende."

Reportóse Bernardo, y dixo: "vienes
Con justo sentimiento alborotado
Del nuevo estrago que presente tienes,
De una injusta ambicion ocasionado:
Ni puedo responder á tus desdenes,
Hasta que Orlando, como lo he jurado,
Perdon á mis pies pida del exceso
De haber tenido un libre español preso."

Hallóse el sagaz jóven puesto en duda
De qual fuese Dudonio, y qual el Conde,
Y en esta estratagema quiso aguda
De los dos conocer quien le responde:
Orlando con su lengua tartamuda,
"Yo soy, dixo, á quien buscas, mira adonde
A morir has venido, á serme dado
Dar la muerte á un muchacho desarmado."

No al brio gallardo de un ginete mozo,
En el alegre orgullo de la caza,
El presto gamo causa mayor gozo,
Que el bosque con sus cuernos despedaza,
Ni al vulgo juvenil mas alborozo
Un presto toro en medio la ancha plaza,
Que á Bernardo causó tener delante
El tan nombrado Príncipe de Anglante.

Y así le respondió: "tienes tan tuya
La fama, invicto Conde, que en su mengua
No sé si tus hazañas atribuya
Mas á tu heroyco brazo, que á tu lengua:
Mas ahora las aumente, ó disminuya,
Hecha un golfo de mar que crece y mengua,
No es todo falso en sí lo que pregona,
Segun la magestad de tu persona.

Y pues tal dicha el cielo me ha ofrecido,
En tenerte á mi brazo y voz presente,
Para saber si tienes, ó has tenido,
Lo que la fama cuenta de valiente:
En lo que dices que ladron he sido,
Como ahora tú quien lo dixere miente,
Y mentirá tambien quien no confiesa
La ventaja española á la francesa.

Y porque á falta de mi arnés entero
La batalla no excuses deseada,
Al que contigo viene le requiero
El caballo me dé, y preste su espada,
Con que ganando ya la tuya, quiero
Dexar la que me hurtaron mejorada;
Y si de voluntad no me la diere,
Habrá de ser por fuerza, sea quien fuere."

Dudon, que á los principios la cordura
Del mancebo estimó, su talle y brio,
Ya por loco le tiene, y por locura
Quanto habla, y su razon por desvarío:
Y al agravio de tal desenvoltura
Dexa el caballo, y toma el desafio,
Y la desnuda espada que apetece
Por la delgada punta se la ofrece.

Puso el brioso español mano á su daga,
Y al francés bravo, que blandiendo tiene
La relumbrante hoja, antes que haga
Seguro golpe que sus brios enfrene,
Rebatiendo una punta al pecho amaga,
Y á la vista á compas volando viene
El agudo puñal, que al yelmo fino
Quitó mil luces, y á Dudon el tino.

Y ayudando á su nuevo desacuerdo
Con él cerró á cobrar su acero agudo,
Y en abrazo enemigo mas que cuerdo
Hechos fueron al verde prado un nudo:
El leonés vivo al franco sin acuerdo
La daga que á su mano volver pudo,
Ya ciego en su primer ventaja, prueba
A darle lugar nuevo, y puerta nueva.

Rompió al grabado yelmo las hebillas,
Y al ayre dió la desarmada frente,
Y en sus vencidos pechos de rodillas,
Que vuelva espera en sí el que allí no siente:
Cobró vista el francés, vió maravillas,
Piensa que es sueño lo que ve presente,
Que es al vuelo de un tiempo tan escaso,
Mudarse todo un hombre extraño caso.

Era Dudon gran Duque de Marsella,
De fuertes miembros, y ánimo excelente,
De la real Francia, y de los bravos della,
De diez, de seis, de quatro el mas valiente
En comenzar batalla, y fenecella,
De colérica espada, y brio ardiente;
Ahora de un golpe se halla en tal estrecho,
Que ni brio ni espada es de provecho.

Así tal vez se vió pino lozano,
Beldad y sombra del vecino otero,
Que á un estallido por el suelo llano
Su duro tronco echó rayo ligero;
Al dar en tierra, el segador cercano
Que á ampararse á su sombra iba primero,
Suspenso, ni se acerca, ni retira,
Mas asombrado y triste calla y mira.

"Yo no quiero de ti, dixo Bernardo,
Mas que espada y caballo, con que vea
Este invencible paladin gallardo
Lo que ahora como yo tambien desea:
A que con gusto me lo des aguardo,
O la vida con ello; tuya sea
La culpa, si por bien no me concedes,
Lo que ya defender por mal no puedes."

Asombró á Orlando el valeroso hecho:
Dudonio lleno de confuso espanto,
La espada ya en su mano sin provecho
Libre dió, y del caballo hizo otro tanto:
Y en fuego ardiendo de venganza el pecho,
El Conde puesto por testigo en tanto,
En la batalla se apresto, en que piensa
Tomar de tantos daños recompensa.

Bien que atento á las fuerzas del contrario,
Su vivo aliento, su altivez ligera,
El breve asalto, el golpe temerario,
Y del suceso la victoria entera,
Las mudanzas temió del tiempo vario,
Y esta dicen que fué la vez primera
Que al Conde halló el temor, y tuvo á una
Por variable el rostro de fortuna.

La blanca garza, á quien de la Noruega
Los prestos sacres siguen por el viento,
Callando sube, y remontada niega
La vista al mundo, alcance al pensamiento;
Y aunque uno le da, otro le llega,
Otro la sigue, y la encaraman ciento,
Quando el que ha de matalla sale al vuelo,
A quejarse comienza desde el cielo.

El mismo impulso al corazon del Conde
En el presente trance dió latidos,
Y sin ver causa, ni saber por donde,
Sus fuerzas siente y pulsos impedidos,
Y una nueva tibieza corresponde
A los alientos antes no vencidos
En esta lid, que le hace entrar en ella
Con pocos alborozos de vencella.

Estaba el Conde en la grandeza dina
De su antigua opinion de miedo agena,
Como en el fértil campo parda encina,
De antiguos años y despojos llena,
Que ni el viento la mueve, ni le inclina
De los nudosos ramos la cadena,
Antes en medio de los bosques puesta,
A sola ella hacen los pastores fiesta.

Bernardo de otra parte altivo estaba,
Sino de tanto nombre de mas brio,
Con un bullicio y lozanía, que daba
Al de mas fama y opinion desvío:
En vencer solo con destreza brava
Sin otros medios, puesto el albedrío,
Y en salir con real pecho y osadía
A quanto la ira y gusto le pedia.

Qual presto rayo que su lumbre ardiente
Por los ayres derrama repartido
El mundo asombra, y de temor la gente
Dando paso se humilla al gran ruido,
Y él deslumbrando cruza de repente
El rico alcázar, que dexó abatido,
Que ni de antiguo muro hace caso,
Ni el bronce oprime ni le ataja el paso.

Y él en tanto la silla del caballo
En ayre brioso cobra, y le revuelve,
Y al deseo de justar para incitallo
La firme lanza empuña, y feroz vuelve:
Conoce el Conde que es desafiallo,
Y en vengar tanto agravio se resuelve,
Partiendo con tal cólera á buscalle,
Que el bosque hizo temblar, y gimió el valle.

No el monte Olimpo, y su vecino el Osa,
Si arrebatados de contrarios vientos,
Por fuerza de violencia milagrosa
La eterna raiz faltase á sus cimientos,
En medio el Tempe junta mas furiosa,
Ni golpes sonarian mas violentos,
Ni del Pelion los riscos al encuentro
Mayor bramido harian en su centro,

Que el hueco valle y montes comarcanos,
Al ronco trueno y súbita estampida,
Con que los dos guerreros á las manos
De su furia vinieron encendida:
Y habiendo vuelto en átomos livianos
Dos pinos, que aun se estaban con la vida,
Mas firmes los contempla el campo raso,
Que el cierzo á las dos puntas del Parnaso.

Asombró cada qual á su enemigo,
Y Dudon lo fué allí de lo que via,
Que al grave caso puesto por testigo,
Que sueña piensa, y que le engaña el dia:
Y aunque con ojos y aficion de amigo
Al Conde acata y mira todavía,
Halla que si hay ventaja, ó puede habella
Entre los dos, que el godo está con ella.

Mas ellos las espadas ya en la mano,
Y su furia y rigor en los escudos,
Con tal priesa se hieren, que hacen vano
El cuidado de golpes tan menudos:
En Flegra, en el combate soberano,
Quando sobre los Títanes membrudos
Llovia Júpiter rayos, sus espantos,
Ni fueran en rigor tales, ni tantos.

Dió el Conde á su contrario un altibaxo,
Que á la fama cortó brazo y clarines
En el grabado escudo, y á él le traxo
A besar del caballo cuello y clines;
Y á alcanzalle el segundo por mas baxo,
Francia gozara mas sus paladines,
Y aun él quizá tambien de esa manera
Por invencible el mundo le tuviera.

Mas resbaló la espada por lo alto
De la celada, y el valiente godo,
De honor herido, y de paciencia falto,
A vengarse ó morir se arrojó todo:
Y puesto en los estribos, dando un salto
Su frison, alcanzó al francés de modo,
Que le hizo besar á un mismo vuelo,
El su caballo, y su caballo al suelo.

Dió un grito Don Dudonio del espanto
Que el golpe le causó, y mayor le tuvo,
Quando vió que el feroz mancebo, en tanto
Que el Conde volvió en sí, parado estuvo,
Que á segundar con otro, ni el encanto
Del yelmo de Mambrino, ni el que hubo
De Almonte, ni su hadada fortaleza,
Libre del riesgo dieran su cabeza.

Mas ya viendo en su acuerdo el triste estado
En que aquel brazo y su valor le tiene,
Con la afrenta y furor desesperado
La espada aprieta, y á buscarle viene:
Y el español no menos arriscado
Con la suya á dos manos le detiene,
Hasta que en rebatir furioso á una
Del hado tientan la última fortuna.

Y vueltos á encenderse en su refriega,
Con mas aliento y brios que primero,
Donde uno se retira, el otro llega,
Y ninguno al herir llega el postrero:
Uno el escudo hiende, el otro siega,
Qual trigo de sazon, mallas de acero:
Uno da, otro recibe, y ambos juntos,
Ni atienden ocasion, ni aguardan puntos.

Qual dos fieros centauros, que á las cumbres
De Osa zelosos muestran su braveza,
Porque de Deyanira las dos lumbres
Con igual gusto miran su destreza;
De sus duros peñascos las vislumbres
Vueltas centellas giran larga pieza,
Resuena el bosque, y cúbrese la tierra
De los destrozos de la horrible guerra:

Así la honra francesa, y la española,
Zelosas de la fama que las mira,
Como el hinchado Egeo entre ola y ola
En fuerzas crece, y se derrama en ira:
Resuena el valle, el ayre se arrebola,
De las centellas de oro que retira
Del rebatido acero, que el desierto
De rajas tiene y confusion cubierto.

Dió el francés un mandoble en el escudo,
Que de la fama al suelo echó un pedazo,
Y no fué el godo en responderle mudo
Del firme acero con el gran recazo:
Que á alcanzarle la espada mas de agudo,
A cercen de los dos llevara un brazo,
Mas del hombro y encaxe de una greva
Sobre el campo salió una luna nueva.

Y tras él otro, y otro le segunda,
Como sobre su yunque el duro Bronte,
Quando en masas de fuego forja y funda
Rayos contra el flamígero Faetonte:
La sima al hondo valle mas profundo
Suena, y los ecos del preñado monte,
Hacen un triste son y estruendo horrible,
A solo el duro mar apetecible.

Ya del dia la mitad la blanda yerba
Del bosque, el cruel teson sufrido habia,
Y á ellos entre un palenque de superba
Gente, que en busca de Dudon volvia:
Ningun brio allí ni maña se reserva,
Que á la victoria de su gran porfia,
Aunque hay muchos, no quieren mas testigo
Que un muerto, y que ese sea el enemigo.

Cansados de herir con las espadas
A brazos hacen de sus fuerzas prueba,
Las manos por los hombros anudadas,
Cada uno al otro aquí y allí le lleva:
Cruxen las duras grevas apretadas
Entre el brio de los músculos que ceba
Su furor en la lucha, y los caballos,
Ni pueden ya traellos, ni llevallos.

Gimen, sudan, anhelan, y arrodilla
El mas brioso caballo; uno se estaca,
Otro la yerba en caracoles trilla,
Y de su centro las raices saca:
Petos, golas y arneses deshebilla
Del teson duro la mortal resaca,
En un grueso anhelar, y aliento vario,
En que qualquiera bebe el del contrario.

Sacó el Conde una daga, y al costado
Arrimarla probó del enemigo;
Mas él, no en tales lances descuidado,
Picó el caballo, y le llevó consigo:
Perdió la silla, y fué á buscar el prado:
Saltó el godo tras él, que no es amigo
De ventajas; mas viéndose la suya,
Medroso está Dudon que la concluya.

Y ellos con nuevos brios y denuedo
Tras su porfia quieren acaballa,
Y como ya se hieren á pie quedo,
Mayor espanto pone la batalla:
Solos los dos del riesgo están sin miedo,
Que los demás que se hallan á miralla,
Aun desde fuera no se ven seguros
Del grave riesgo de sus golpes duros.

Así el horrible Marte con Briareo,
Si proballe tal vez le cupo en suerte,
Darian soberbios golpes, y al deseo
Diversos modos de hallar la muerte:
Tales los dos en su combate veo,
Y el batir las espadas de tal suerte,
Que como con cien brazos á un momento
Se dan un golpe y otro, treinta y ciento.

Ya el sol, que por mirar su gentileza
Aquel dia madrugó á alegrar la gente,
Tibia su luz, y ardiendo la braveza
De los guerreros vió desde el poniente;
Y contemplando el número y grandeza
De golpes y heridas, juzga y siente,
Que era en su batallar mayor el vuelo
De su ira y su furor, que el de su cielo.

Y no queriendo ver de compasivo
La muerte de los dos, ni de ninguno,
Cerró la noche, y con un golpe esquivo
Roldan con su colérico importuno:
No quedó rostro ni semblante vivo,
Ni de los que le vieron pecho alguno
Que no se estremeciese al estallido,
Y el corazon le diese algun latido.

Fué tan cargado el golpe, que sin tino
Traspies dió por caer el firme godo,
Y á no volver la furia en desatino,
Fuera el segundo vencedor del todo:
Mas erró este postrero el paladino,
Y su contrario se arrestó de modo,
Que arrojando de sí el mellado escudo,
Con su furia llegó hasta donde pudo.

Y á dos manos la espada, el yelmo fino
Al fiero golpe resonó tan hueco,
Que á las grutas del monte, y al vecino
Bosque se vió sonar una hora el eco:
Cayó al suelo el famoso paladino
Vivo, mas sin sentido; ¡extraño trueco
Y vuelta de fortuna! que por junto,
Quanto en mil años da, lleva en un punto.

Pudo á su voluntad darle la muerte,
O de veras saber si era encantado;
Mas nunca en un rendido, un pecho fuerte
Con sangre noble, dió golpe sobrado:
Antes dolido de la adversa suerte,
Que un hombre tal ha puesto en tal estado,
Solo el escudo le quitó en memoria
De que por suya queda la victoria.

Y á Don Dudonio dixo: "este le llevo
Para que el bravo Conde me le pida,
Quando por bien tuviere que de nuevo
Nuestra batalla quede fenecida:"
Y qual presto neblí, el feroz mancebo
Ya en la silla, hace que el caballo mida
El campo en tan lozana gallardía,
Como si al fresco hubiera holgado el dia.

Y haciéndole en bizarra contenencia
Salir ligero, al tiempo del sacallo,
"Señor, dixo á Dudon, con tu licencia
Llevo, pues mas no puedo, tu caballo:
Y á Dios, que ya la luz ha hecho ausencia,
Y yo que no sé en el puesto en que me hallo,
Buscar quiero acogida, antes que llegue
La noche á su rigor, y me la niegue."

Y sin otra respuesta, á lo cerrado
Del bosque tomó el paso mas derecho,
Dexando el campo en suspension callado
Al increible aliento de su pecho;
Celebrando el silencio, el no esperado
Fin, la insigne victoria, y raro hecho,
Con que á Roldan, de un golpe sin herida,
La fama le quitó, y dexó la vida.

Corrió Dudonio á socorrerle quando
Del desacuerdo con furor volvia,
Y á su ausente contrario amenazando
La espada entre los suyos esgrimía:
Quiérenlo sosegar, pero no hallando
Muerto á sus pies al que antes combatia,
Con un nuevo dolor pierde el sentido
Que el corazon le da, que está vencido.

Y aunque Dudon, lo menos mal que pudo,
El caso le doró, y cubrió la afrenta,
El verse sin contrario, y sin escudo,
Le hace mas que el amigo engaño sienta:
Y dando de ansia á la garganta un nudo,
Tal tragedia el honor le representa,
Que á ser menor de Astolfo el beneficio,
Segunda vez se hallara sin juicio.

Pero á sola una rama que le queda,
Que es morir, ó vengarse, echa la mano,
Y sin que nadie detenerlo pueda
Parte á este fin el senador romano:
Mas quando la ventura queda fuera
Es darse priesa caminar en vano,
Que en vano ara la mar, quien desde el suelo
Los cursos piensa gobernar del cielo.

Desvolvió en seguimiento de la saña,
Que un infierno labró de su memoria,
Tras su venganza lo mejor de España,
Y tras su pena la perdida gloria:
Dexando del furor que le acompaña
De ilustres hechos una heroyca historia,
Que fuera de aparato y alegría,
A poderla aquí hacer suya, á la mia.

La ilustre empresa de los arcos de oro
Que en Alarcos ganó, la imágen bella
Que en los floridos campos del tesoro
El rayo le dió vida de una estrella,
Y de Guisando el encantado toro
Con que la tierra aró, sembrando en ella
Las perlas de un laurel, que dieron gente
Mas que en Tebas á Cadmo, y mas valiente,

Y otros insignes hechos, cuya fama
Al mundo hacen soberbio alarde y pompa;
Mas ni á tan grande voz la mia me llama,
Ni es justo que en su hilo el mio se rompa:
Ya algun dia el cielo esta menuda rama
Tronco al Parnaso hará de heroyca trompa,
En tanto que dé ahora á lo importante
Del grave curso del señor de Anglante:

Que feroz de aventura en aventura,
De arar cansado el real solar de España,
Sin hallar de la muerte que procura
El rastro, tras que el dulce honor le engaña,
Arrojado del tiempo, y la ventura,
Del Pirineo pasó la alta montaña,
Y á su campo llegó el alegre dia
Que el César admitió en su compañia.

De otra parte, despues que el grave peso
De su batalla el vencedor Bernardo
Libre arrojó de sí, y en largo exceso
Vencido dió de Francia al gran bastardo;
Ni mas ufano ni arrogante en eso,
En cortés compostura, y paso tardo,
Dexó el suspenso campo, y al vecino
Bosque á buscar reposo abrió camino.

Y al salir dél, tras las doradas señas
Que un claro fuego desde léjos hizo,
Al pie de un monte, entre sus crespas greñas,
De una quinta halló el solar pajizo,
Donde en mesas cenó de humildes peñas,
Lo que el cansado espíritu rehizo,
Y al dulce curso de un sabroso sueño
El de la fria noche fué pequeño.

Informóse otro dia de la tierra,
Y de Leon el camino mas sabido,
Por donde tras el fin que su alma encierra
Algunos dias le llevó seguido;
Quando al recodo con que el paso cierra
Un claro arroyo al de un collado erguido,
En duros hierros sin piedad ligados
Con dos presos venir vió diez soldados.

Mas ya del grave Conde de Saldaña,
Y de Teudonio la áspera cadena,
Que del fuerte castillo en la montaña
De Luna en triste son trágico suena,
A contar de ambos la desgracia extraña
Ambas manos le da, y la pluma llena,
Que de un signo infeliz la adversa suerte
A un desdichado sigue hasta la muerte.

Despues que del Rey casto el pecho esquivo
En obscura prision al Conde puso,
Y el muro de la cárcel vengativo
Al sol de su clemencia le antepuso,
Jamas el reyno supo si era vivo,
O si habia del vivir perdido el uso,
Dónde, ni cómo estaba, ó en quál sima
El valor se hundió de tanta estima.

Hasta que ya al real pecho obstinado
La agradable piedad halló camino,
Y con nuevos servicios obligado
Del notorio valor de su sobrino,
De dar trazó la libertad y estado
Al preso Conde, y á este fin previno,
Para hacer un perdon en los dos primos
De Don Teudonio, la prision que vimos.

Mas de Don Sancho la enemiga estrella,
Que contra su ventura peleaba,
Al mejor tiempo le dexó sin ella,
Y su luz vuelta de apacible en brava;
Que como los dos héroes sin temella,
Ni saber lo que el casto Rey trazaba
En darle libertad, se hallaron presos,
Y graves del castigo los excesos,

Juntos ya en el torreado alcázar fuerte,
Con la jurada fe y lealtad alzados,
Al sospechoso Alcayde dieron muerte,
Y á dos partes de tres de sus soldados;
Quando sus pechos la contraria suerte
De mayor brio que prudencia armados,
Un nuevo capitan los dió vencidos,
Y á su primer estado reducidos.

Al ofendido Rey vivas pasiones
Nacieron, muerta la piedad primera,
Con protesto que nuevas ocasiones,
Graves servicios de humildad pechera,
De los dos á ninguno las prisiones
Libre el cuello darán hasta que muera:
Y en esto firme el brazo justiciero
Las cadenas dobló, y creció el acero.

Y porque el nuevo mal sea con exceso,
Y la larga prision menos suave,
Llevar á Don Teudonio manda preso,
Adonde en inmortal cadena acabe,
A cargo de Teudisco, hombre sin seso,
De fantástico brio, y zuño grave,
En quien ni alivio tenga, ni halle abrigo,
Que un necio nunca fué de nadie amigo.

Con diez de su gallega gente, Ardano
Para Ledesma el preso ilustre guia,
Quando al pie de un aliso en medio un llano
Durmiendo hallaron á Garilo un dia,
Pocos despues que en término villano,
Y en maliciosa ingratitud habia
A Bernardo, ya en sueño sepultado,
La rica espada y el caballo hurtado.

Y alegres de la presa, antes que el sueño
Entera libertad diese al sentido,
Con las manos atrás su incauto dueño,
En las suyas sin ver se halló rendido:
Quando al claro cristal de un rio pequeño
Bernardo, el esquadron desvanecido
Encontró, y los dos presos, cuyos yerros
Hacian mas graves los pesados hierros.

Al uno en grave compostura un todo
De valor encubierto corresponde,
Y que lo ha visto le parece al godo,
Si bien no tiene en la memoria adonde:
Al otro en diferente talle y modo
Conoce que es el que libró del Conde,
Y por la recompensa de librallo
La espada le hurtó, y llevó el caballo.

Holgóse de encontrar á su enemigo,
Y no por su caballo ni su espada,
Ni por dar á sus culpas el castigo,
Ni por vengar la ingratitud pasada;
Mas por quitarle como honrado amigo
Segunda vez del cuello la lazada,
Y probar si podrá en su pecho fiero
El segundo favor mas que el primero.

Detuvo el brioso paso al firme freno
El potro al márgen del arroyo escaso,
Y el pequeño esquadron, de altivez lleno,
Por él pasando fué sin hacer caso:
Sintiólo el jóven, y en hablar sereno,
Tan reportado el pecho como el paso,
Cortés y afable, á la arrogante junta,
¿Dónde, y por qué los presos van? pregunta.

"No es de vuestro cuidado, ni os importa
Lo que incauto pedís", respondió Ardano,
Ardano capitan, de vista corta,
Y de soberbio corazon villano;
"Mas fácil os será saber si corta
El rigor de mi espada, y de mi mano:
Pasad el rio, despejad la arena,
Sino quereis terciar en la cadena."

"Ahora, replicó el jóven valeroso,
Saber por fuerza quiero lo que os pido,
Que á ser vos noble, el pecho generoso,
Como honrado os hiciera comedido:"
Y enviando tras la voz un golpe ayroso
Sobre el pomposo yelmo, en dos partido
Al suelo le arrojó; que su ceguera
El resguardo no hizo que debiera.

La esquadra vil que al capitan difunto
Vió del golpe primero en tal estado,
En confuso tropel y esquadron junto
A darle corre sin sazon vengado;
Que el valeroso godo, que un trasunto
Es del marcial furor quando está airado,
Mas que Vulcano rayos en su fragua,
Armas, sangre, y centellas llueve al agua.

A uno el brazo desgarra, al otro el pecho,
Ya este y aquel ensarta de uno en uno,
Aquel de quatro brazos dexa hecho,
Y aquel del primer golpe sin ninguno:
Qual roxo tigre en acosado estrecho
El texido esquadron rompe importuno,
Y en las sangrientas garras, y en la boca,
Quanto su ardiente rabia encuentra apoca.

De diez, de ocho, de seis, de quatro altivos,
Que el preso defendian generoso,
Muertos los otros á sus golpes vivos,
De dos, perdon le pide el mas brioso,
Y el mas cobarde en pasos fugitivos
Por el vecino bosque huyó medroso,
Y él á dar fué con su victoria ufano
Libertad á los presos, de su mano.

Habíale ya en los golpes conocido
Garilo, y en las ricas armas bellas,
Y aunque sin fe, quisiera de corrido
Antes morir que en su servicio vellas:
El noble Don Teudonio comedido,
Viéndose en dulce libertad por ellas,
Para rendir las gracias á su dueño
Qualquier término juzga por pequeño.

Del rico yelmo la visera de oro
El noble godo levantó lozano,
Para en su libertad con mas decoro
Al generoso preso dar la mano:
Mas del bello semblante que el tesoro
Cubria de las armas de Vulcano
La luz salió, que al gran Teudonio pudo
Del gozo de mirarla volver mudo.

Conoció luego el generoso aliento,
Que ya en Miduerna vió en igual destreza,
Quando al Rey casto del traidor intento
De Mahamud, libró su fortaleza;
Y como arrebatado del contento
Del no esperado bien, y su grandeza,
"¡O cielos! dixo, ¡ó pecho, en quien cifrado
Fortuna al mundo un bien cumplido ha dado!

Dadme, ¡ó brazo invencible, en quien uni-
El valor godo está! esa invicta mano, [do
Para que en feudo á vuestro honor debido
Mi propia sangre reverencie ufano:
¡Hijo del mejor padre que ha nacido,
Honra del noble suelo castellano,
Defensa de Leon, leon de España,
Fama del mundo, y gloria de Saldaña!
Si la primer salud y vida os debo,
Quando en Miduerna vuestro brazo fuerte
Al casto Rey libró del cruel mancebo,
Que desde Lugo quiso darle muerte;
La libertad que aquí me dais de nuevo,
Que no os la debo la ocasion me advierte,
Que esto restituir ahora ha sido
Lo mismo que por vos habia perdido.
Por dar á vuestro ilustre padre ayuda
A recobrar la libertad perdida,
La adversa suerte, un breve tiempo en duda,
Vária entre favorable y desabrida,
Desta cadena de piedad desnuda
Mi garganta qual veis dexó ceñida,
Y por la venerable suya puesta
Otra de mas rigor y oprobio que esta."
Así el Príncipe Godo al noble hijo
Del desgraciado Conde de Saldaña
De su gran padre la prision le dixo,
Y el tormento que en ella le acompaña;
Y en larga relacion, y hablar prolixo,
De su antiguo discurso la maraña,
De la Infanta su madre la clausura,
Y la injusta pasion que en el Rey dura.

Atento al largo discurrir del godo,
En una suspension honrada puesto,
Con prudente sentir lo advierte todo,
Bravo interior, y en lo exterior compuesto;
Trazando en sábia prevencion el modo,
A su honor menos grave, y mas modesto,
Con que guiar las enconadas cosas
A mejor fin, y á vueltas mas dichosas.

Viénele á la memoria, que Proteo
Le prometió en obscura profecía
Un preso que alumbrase el gran deseo,
Que entonces de saber quién es tenia:
Ve ser Teudonio el que el pastor Nereo
En confusas enigmas le advertia,
Y hallándole tan cierto, se embaraza
En el temor de su última amenaza.

Mas á un ánimo ilustre no hay quien pueda
Contrastar con temores su pujanza,
Y así seguro en sus recelos queda,
Y el alma coronada de esperanza:
La grandeza de casos con que enreda
El tiempo á los dos Príncipes, no alcanza
A tratar de las causas de Garilo,
Que es humillar sin para qué el estilo;

Que en heroycos propósitos metidos,
A solas los dos godos retirados,
Con nuevas trazas, medios y partidos,
Los discursos ordenan comenzados:
Y viendo los cristales encendidos
Del rio ya sin luz amortiguados,
Y la callada sombra que se llega
De los vecinos montes á su vega,

Pasar en su ribera sosegada
La quietud quieren del sabroso sueño,
Ya del grabado arnés la rica espada,
Que antes Garilo hurtó, vuelta á su dueño;
En tal aspecto celestial forjada,
Que hace gigante el brio mas pequeño,
Y al pecho humilde apaga el miedo frio,
Y al brioso corazon aumenta el brio.

Mas el falso Garilo, siempre atento
A proseguir su inclinacion traviesa,
De maquinar con libre pensamiento
Nuevas traiciones sin lealtad no cesa;
Que á un malo, quando lo es de nacimiento,
Raras veces del hecho mal le pesa,
Y en el que ahora intenta sin provecho,
El resto echó de su dañado pecho.

Envidioso del jóven excelente,
De la fama que al cielo le subia,
Y del deseo que el Rey, el reyno, y gente,
De verle ya en su exército tenia,
Con las sombras que á un Rey burló imprudente,
Y el cetro de Monzon le quitó un dia,
Su anillo quiso en ambicioso intento
El honor usurpar de aquel contento:

Y de su luz al rayo prodigioso
Del jóven se invistió la hermosura,
Armas, persona, brio, talle, ayroso,
Habla, trato, ademán, cuerpo y figura;
Y en medio del silencio perezoso,
Que el manto llueve de la noche obscura,
Despertando á Teudonio á toda priesa
Por la selva se entraron mas espesa.

Vistióse el godo el fino arnés de acero,
Que ya de Ardano fué timbre gallardo,
Y llevando el vencido caballero,
Que de sus golpes le sobró á Bernardo,
Huyen del mismo que seguian primero,
Dexan sin guarda al que era su resguardo,
Y por un valle baxan, quando el dia
Por sus espaldas y árboles subia.

Nuevo Teudonio en el embuste extraño,
Del falso catalan admitió el ruego
De irse, y dexar al mismo del engaño,
Que finge que es el que se queda ciego,
Que de la luz del mago anillo el baño
Así el seso mayor turba el sosiego,
Que cree el godo que va con el que dexa,
Y que de el mismo con quien va se aleja.

Parece en lo exterior caso inventado,
Con poco de posible y verdadero,
Del rico anillo el prodigioso hado
En alterar su luz un hombre entero:
Mas que mucho, si el cerco era encantado
En que le fabricó mágico acero,
Y su apremiado espíritu hacia,
Las contrahechas sombras que fingia.

Historia es cierta, que el sutil Marguto
De un mundo en riesgo fué traidor cuchillo,
Valido en la virtud que el negro luto
Del sombrío Pluton dió al mago anillo:
Engañó al Rey Zaydin de ánimo bruto,
Al avariento Ardan de oro amarillo,
Y en contrahecho rostro al viejo Elido
El reyno le usurpó, y dexó corrido.

Urdió la sutil tela del engaño,
Que solo al que era noble aparecia,
Cuyas labores verlas en su paño
Ningun bastardo espíritu podia,
Ni el perfil rico del dibuxo extraño,
Quien de otro padre es hijo que decia,
Tambien dan por embuste desta ximia
Los fingidos napelos de la alquimia.

Con geománticos puntos dexó hecho
Un inmortal engaño en los mortales,
Tal que le aprueban, y le dan el pecho
Mil sábios, ó tenidos ya por tales,
Y con mirar la mano sin provecho
No hízo en gente vulgar pequeños males;
Al fin él fué de embuste y embeleco
Con su encantado anillo al mundo un eco.

Y ahora Garilo para echar el sello,
Mudado de Bernardo en la figura,
Con Teudonio se fué, y al joven bello
Durmiendo dexó solo en la espesura:
Que quando del sol claro el rubio bello
Vistiendo salió el mundo de hermosura,
Los ojos abre, y como á nadie via,
Piensa si está durmiendo todavía.

Mas ya despierto cuidadoso mira
Entre las flores por Teudonio en vano,
Y en ver que le dexo, y se fué, se admira
Dél, y su trato al parecer liviano:
Siente la sinrazon, siente y suspira
La poca fe del pueblo castellano,
Pues dos favores que á su gente ha dado,
Ambos de ingratitud se han malogrado.

Y el divertido pensamiento lleno
Del nuevo agravio, y del desden presente,
Quando de la alba el argentado seno
Al mundo el sol parió resplandeciente,
A pie, solo, y sin guia, el bosque ameno
A cruzar comenzó confusamente,
Buscando á tiento al pueblo mas vecino,
Si el cielo se lo ofrece, algun camino.
Ya de la selva la áspera maraña
En varias sendas tanteado habia,
Y del sembrado aljófar la campaña
Aun en tiernos relámpagos bullia,
Quando por el combez de una montaña,
Huyendo hácia donde él salió, volvia
Un sangriento soldado conocido
Por el que fué aquel dia su vencido.
Suspendió el paso el jóven valeroso,
Y el que huía tambien suspendió el paso,
Y en ver vivo á Bernardo mas medroso
Que antes absorto al no entendido caso:
"Señor, dixo, si en cuerpo ya glorioso
Destas montañas aun guardais el paso,
Y muerto me quereis vencer, mi intento
Es daros vivo y muerto el vencimiento.
Mas si como se ve del ayre vivo
Respirando gozais suave aliento,
Y no estais, qual yo vi, de un golpe esquivo
Pasado el noble corazon sangriento:
El mas notable engaño, y mas al vivo,
Que hasta hoy cegó mortal entendimiento,
Ha pasado por mí, y sospecho y digo,
Que tambien por Teudonio vuestro amigo.

Antes que el alba arrebolase el dia,
Entre flores dexamos y rocío,
Por orden vuestra, en vuestra compañia,
El sueño y las riberas deste rio;
Y caminando al canto y armonía
Que á la nueva luz daba el bosque umbrío,
Por entre la alameda de una fuente
Nos dió del primer sol el rayo ardiente.

Y tras él, de un cerrado bosque inculto,
Que al diestro lado sin temor quedaba,
Un pequeño esquadron salió, que oculto
Nuestra muerte en sus árboles guardaba;
Y en sorda tropa, y en callado insulto,
A mi qual veis, y á vos la furia brava
De un venablo cruel travesó el pecho,
O yo, señor, soñé lo dicho y hecho.

Mas la sangre y rigor desta herida
(Mostrando todo el cuerpo atravesado)
Si fuese sueño, aun estaria mi vida
En no tan peligroso y triste estado;
Mas que me canso en cosa tan sabida;
Tras la loma, señor, deste ancho prado
Os vereis muerto vos, y á Don Teudonio,
Y allí de mi verdad el testimonio."

Dixo, y el laso espíritu rendido
De la perdida sangre, cayó muerto,
Como si solo hubiera allí venido
A declarar del caso lo encubierto;
Bernardo en su extrañeza divertido
Piensa que está dormido; y si despierto,
Que el tiempo anda con él en las mas varias
Tragedias de sus vueltas ordinarias.

No sabe que entender de aquel suceso
Con un discurso moderado pueda,
O si perdia con la sangre el seso
El que ya muerto entre las flores queda:
Mas descubriendo al fin el bosque espeso,
La clara fuente, el rio, y la alameda,
Rastro halló en el llano no pequeño
De no ser todo lo pasado sueño.

Al gran Teudonio, en el confuso estrago
De rotos cuerpos, y vencida gente,
De armas ceñido halló en sangriento lago
De un texido esquadron resplandeciente,
Que en batalla infeliz campo aciago
La honra sustenta de su espada ardiente,
Ya de heridas los músculos cubiertos,
Y el roxo prado de enemigos muertos.

Entre ellos, del luciente hierro agudo
De un ligero venablo atravesado
Un cuerpo vió, que en armas, y en escudo,
Era dél y las suyas un traslado:
Admiróse del caso, mas no pudo
Por entonces ver mas, que el brazo honrado
Del amigo, de sí le sacó al punto,
Que su vida y su herir vió acabar junto.

Las destrozadas armas pieza á pieza
El rigor de los golpes echó al suelo,
Y del abierto pecho la braveza
De un sangriento desmayo el mortal yelo,
De seis agudas puntas la destreza
Su cuerpo dió á la tierra, el alma al cielo,
Quando llegaba en su favor Bernardo,
Qual en campo Marsilio suelto pardo.

Quedó viendo caer el caro amigo
De un desmayo mortal cubierto el pecho,
Maldice airado su favor mendigo,
Y su tarda venida sin provecho:
Y no mas fiero el Jonio sin abrigo
Entre escollos levanta el crespo pecho,
Quando de Acroceraunio la alta roca
Con hueca espuma las estrellas toca,

Que el brazo altivo, y el semblante fiero
Del ofendido godo, á la canalla
Que de la furia del sangriento acero
Sobró al feroz Teudonio en la batalla:
Ni en mas presteza el cauto marinero,
Que entre sus peñas y arenal se halla,
De los riesgos del golfo descubierto
Huye al abrigo del vecino puerto:

Que las sobras del campo sin aliento
Los filos huyen de la ardiente espada
Del nuevo capitan, que en triste acento
El fin celebra á su infeliz jornada,
Viendo del roto cuerpo el rio sangriento
Que del vivir la fuente dió agotada,
Y al grave caso que trazado habia
La mayor usurpó y la mejor guia.

Mas vuelto á su valor: "el cielo, dice,
Es dueño universal del curso humano,
¿Qué saber hay, si el suyo contradice,
Que en su mayor caudal no salga en vano?
Lo que en mi fuere haré, qual siempre hice,
Lo demas quede al peso de su mano,
Que cada vida tiene su corriente,
Y las riendas del tiempo el que es prudente."

Dixo, y tras esto supo de un herido,
Ser de aquel triste caso el fundamento,
Que el mismo que antes de temor huido
De su espada se entró en la selva á tiento,
El mas cercano pueblo conmovido
A vengar el pasado atrevimiento,
Y recobrar su preso, sacó y puso
En la emboscada su tropel confuso.

Y en hombros de las gentes, que al asalto
De la vecina sierra habian venido,
El real cuerpo de vida y sangre falto
Mandó al pueblo llevar mas conocido,
Donde en sepulcro ilustre el valor alto
De su linage muestre esclarecido,
Y de la pira en el silencio mudo
La última honra le dé que antes no pudo.

Mandó tambien de su retrato al vivo
En un difunto ver la muerta cara;
Vióla, y quedó de nuevo pensativo,
La dudada verdad patente y clara:
Asombróse de verse muerto y vivo
A una misma sazon (¡grandeza rara!)
Que uno sin vida, y otro de asombrado,
Ambos mostraban el color robado.

Quando de los villanos, que en miralle
Armas y semejanza están con miedo,
Uno que lo vió, acaso por hurtalle,
El mago anillo le sacó del dedo:
Huyó tras él el rostro, el brio, el talle,
Y quedándose el cuerpo muerto quedo,
La hueca sombra del barniz liviano
Desvanecida huyó en el ayre vano.

Qual con la viva luz de Febo ardiente,
Blanco celage que antes encubria
Altivo risco, huye y de repente
Sus pardas greñas manifiesta al dia;
La vana sombra así delgadamente,
Que antes agenos miembros componia
Del frio difunto, y de su embuste extraño,
Al campo descubrió el notorio engaño.

Mas admirado el godo, que primero
El vario cuerpo desangrado mira,
Que contra el golpe del templado acero
No le valió la mágica mentira;
Y sin saber el fundamento entero
De su transformacion, ni á qué fin tira,
Allí se le dexó, y por la espesura
A dar se fué á Teudonio sepultura.

Y en santa devocion, y ánimo pio,
A la universal deuda satisfecho,
A la real Corte de su casto tio
De allí tomó el camino mas derecho:
Quando un dia por un bosque entró sombrío,
De alisos verdes y laureles hecho,
Que en lo mejor del encubierto valle
Alegre plaza hacian, y ancha calle.

Aquí al amparo de un peynado risco,
Que el pie un arroyo de cristal le baña,
Entre la verde grama y el lentisco
La humilde paja vió de una cabaña;
De serrano pastor seguro aprisco
Juzgó la choza el Príncipe de España,
Quando del prado vió en las flores bellas
Sobre un muerto llorando dos doncellas.

Admiróle del sitio la extrañeza,
Y de la nueva compasion llevado
Conoció de las dos la una belleza,
Y en verla allí, y llorar, quedó turbado:
Era Olfa, que en sus faldas la cabeza
Del cuerpo sustentaba desangrado
De un gallardo mancebo recien muerto,
De sangre todo y de beldad cubierto.

La otra doncella, cuyo sentimiento
La dura roca á compasion movia,
Ya con furiosa voz, ya sin aliento,
A suspenderse en su dolor venia:
Bernardo hallando en tan extraño asiento
La que en Grecia perdió su compañia,
Qual ligero neblí se arroja al prado,
La visera y el yelmo levantado,

"¡Santo cielo! (dixo Olfa, conociendo
Al gallardo leonés) ¡que encuentro extraño!"
Y el nuevo gusto y alegría creciendo
La pena olvida del ageno daño:
A pedirle las manos fué corriendo,
Y el bello jóven dice: "¿si es engaño
Mostrar con ceremonias que me precia,
Quien solo me dexó sin causa en Grecia?"

Y al blanco cuello en nudos deleytosos
Afable ciñe los honestos brazos,
Y con mil pensamientos deliciosos,
Que esté de aquella selva en los ribazos
La diosa de sus gustos amorosos,
Nuevas le pide de los dulces lazos
En que amor le prendió, y de qualquier modo
De la que es de los dos el dueño en todo.

¿Cómo, ó por donde, en el lugar presente
La piedad, ó el rigor, la echó del cielo?
¿Qué tragedia infeliz de hado inclemente
Llorando yace en su sangriento suelo?
¿Quien un doncel mató tan excelente?
¿Quien puso en tal beldad tal desconsuelo?
¿Y donde su Princesa está divina?
Dixo, y le respondió la hermosa china:

"Señor, desde aquel dia que por vella
Salí, sin ver como salí de Acaya,
Siempre con rastro fresco, y nuevas della,
De golfo en golfo vine, y playa en playa:
De Grecia á Libia, y desde allí á Marbella,
De allí á Toledo, y desde allí á la raya
Deste monte, en que ayer de lance en lance
A darle vine al fin dichoso alcance.

Mostró alegre placer de mi venida,
Y en no saber de ti la vi suspensa,
Y hoy de un suceso en otro divertida
Al bosque entró desta arboleda densa,
Adonde al tiempo que llegó perdida,
Sin poderle tener en su defensa,
Mancharon seis villanos caballeros
En ésta limpia sangre sus aceros.

Movida á compasion de la hermosura
Que ves sobre ese cuerpo desmayada,
En procurar consuelo y sepultura
A mal tan grave me dexó ocupada;
En tanto que ella con su arnés procura
La infame deslealtad dexar vengada
En los cobardes seis, que á toda rienda
La vuelta hurtaron desta estrecha senda.

La triste causa á esta infeliz desdicha
Aun no la sé, ni á eso lugar me ha dado
La enmudecida pena; tú si á dicha
Templar sabes dolor tan destemplado,
Llega afable, y al alma que entredicha
El sentimiento tiene, darán vado
Tus discretas palabras, y sabremos
La extraña sinrazon del mal que vemos."

Dixo, y ambos con blando sentimiento
El suyo templan á la mora bella,
Que en triste son, y doloroso acento,
Quejas envia á su enemiga estrella,
Pidiéndole si sabe el fundamento
De tal crueldad; á quien con llanto ella,
Entre desmayos y ansias, sin ver dónde
Ni á quién habla, ó pregunta, así responde:

"¡Ay alma noble y bella, que desnuda
Con tal rigor del rico monte tuyo,
No es mucho que en tu esfera estés en duda,
Si es tu cuerpo mas bello que no el suyo!
¿De qué provecho? ¡ay triste! ¿de qué ayuda?
¿De qué recurso es ya lo que rehuyo?
O ¿por qué temo hacer triste memoria
Del infeliz suceso de tu historia?

¿Qué importa ya en el mundo haber nacido
De justa causa ó pensamiento reo,
Si dexar ya no puede de haber sido
(¡Ay cielos! ¡cómo vivo, si tal veo!)
Del noble Doriscán hijo querido?
Esposo, vida, luz, alma, deseo,
Nombres mas propios son de ti, mi cielo,
Que el que heredaste de Dedran tu abuelo.

En las montañas de Oca fuiste ilustre,
Y á España fueras único heredero,
Si como la fortuna te dió el lustre,
Te diera, pues fué tuyo, el cetro entero:
¡O hermoso Dedran! que aun el deslustre
De la muerte no llega á volver fiero
Ese bello semblante, cuya suerte
Mi vida solia ser, y es ya mi muerte.

¡O cruel Zamail! viejo tirano,
De pecho avaro, y corazon hambriento,
El santo cielo abrase de su mano
Con rayo ardiente tu ánimo sangriento:
Deste fué Harpalí mozo liviano,
Hijo de infame y baxo nacimiento,
Y él del reyno de Náxera confuso
Bastardo Rey por tiranía intruso.

Puso el liviano Harpalí los ojos
En mi mal conocida hermosura,
Y ciego en el correr de sus antojos,
Todo su amor paró en mi desventura:
Yo que siempre dí el alma por despojos
A la beldad desta mortal figura,
Y con nombre de esposo ya gozaba
El bien que cielo y tierra me envidiaba:

Cansábanme imprudentes pretensiones
De un fantástico bárbaro arrogante,
Que en tiranas y locas presunciones
Se daba á todos gustos por bastante:
Tuvo con mi Dedran varias pasiones
De envidia y zelos, que uno para amante,
Y el otro para enfados, ambos fuistes
Los que mas destos géneros tuvistes.

Fué el suyo siempre azar de nuestro gusto,
Y universal enfado de la gente,
Hasta que á su soberbia el cielo justo
La pena dió y castigo suficiente:
Del duro tronco de un moral robusto,
Que hacia del real jardin sombra á una fuente,
De mi esposo en la ilustre casa ufana
Colgado lo halló el sol de una mañana.

O ya fuese á ofender las nobles canas
De Doriscán en su gallarda hija,
O que con pretensiones mas profanas
Amor el gusto y el deseo le aflija;
Al fin quando del cielo en las ventanas
La alegre aurora al mundo regocija,
Colgado apareció de un moral, hecho
A ver muertos amantes sin provecho.

Nunca se supo de la justa muerte
La causa justa, ni la heroyca mano,
Por mas que del Rey fiero el brazo fuerte
Quiso y trató de averiguarla en vano;
Y aunque unos de una y otros de otra suerte
La atribuyen al cielo soberano,
Siempre el tirano Rey tuvo querella
De ser mi amado esposo el autor della.

A sangre y fuego destruyó la casa,
Que ya fué honra y amparo al reyno todo,
Y al noble Doriscán entre la brasa,
Que de sus techos de oro andaba á todo:
Prendió á su bella hija, y tan sin tasa
La ira se desmandó, y creció de modo,
Que á nadie perdonó; solo mi esposo
Huyó escondido el golpe riguroso.

Salió huyendo de la patria amada,
Y yo, del fuego que en mi alma ardia,
Tras él como á mi esfera, arrebatada
En dulce trueco dí quanto en mí habia:
Hacienda, vida y honra rematada,
Que todo en él cumplido lo tenia;
Y que mucho trocar en este modo
Uno por mil, si aquel lo encierra todo.

De sierra en sierra huyendo, y valle en va-
Dos cuerpos traxo amor á esta ribera, [lle,
Donde unos breves dias en gozalle
Ya fué del cielo de mi gusto esfera:
Aquí fortuna á esta florida calle [muera
(¡Quien tal pensara! ¡ay Dios!) porque en flor
De su cruel mano, entre el sombrío luto
Mi bien sembró, y cogió la muerte el fruto.

Dos veces ya los argentados cuernos
Con tibio oro bañó la blanca luna,
Y tantas de la Estigia humos eternos
La hicieron esconder sin lumbre alguna,
Despues que en mirtos y cristales tiernos,
Huyendo los rigores de fortuna,
La vida que hoy en lágrimas se acaba
En sabrosa quietud de amor pasaba.

O en diestras flechas los ligeros gamos
Volviendo alegre presa á nuestro gusto,
O con fingido silbo en los reclamos
Contrahaciendo un dulce engaño al justo,
O ya aliviando los pesados ramos
Del dulce fruto, ó con tirar robusto
Blanco venablo ardiente al bosque umbroso,
Tendiendo al suelo el jabalí cerdoso:

O en dulces lazos ¡ay de mí! ceñida
Por premio á mil trabajos la garganta
Del malogrado esposo, que sin vida
Los ojos que antes dió regalo, espanta:
De seis verdugos hecho un homicida,
O ya traicion de entre esta inculta planta,
Por vengar de Harpalí la infeliz suerte,
Sin culpa dieron á mi vida muerte.

¡Ay cielos! ¿que es posible que ya al mundo
No vive? ..." y sin poder pasar delante,
El alma llena de un dolor profundo,
A dexarla de él libre fué bastante:
Y el pecho, que en amar fué sin segundo,
Sobre el cuerpo cayó del muerto amante,
Siendo del *vive* el último suspiro
Puerta del alma, y de la muerte el tiro.

Acudió por valerle la doncella,
Creyendo ser desmayo el de la muerte;
Y hallándola sin vida, huyó della,
Asombrada de fe y amor tan fuerte:
¿Qué ojos habrá sin lágrimas en vella,
Aunque á verla el Neron del mundo acierte?
Bernardo, y su amorosa compañera,
Ambos lloran allí de una manera.

Y al pie del risco, al márgen de la fuente,
En flores dieron pobre sepultura,
A los que mereció su fuego ardiente
Sombra piramidal de insigne altura:
Y de la altiva peña en lo eminente
Puso el noble Bernardo esta escritura:
"A dos cuerpos dió amor tierra tan breve,
Seales él favorable, y ella leve."

Y habiendo toda la siguiente tarde,
Con las tinieblas de la noche fria,
Hecho de su esperanza un rico alarde,
Por si su premio qual quedó volvia:
Viendo que ya en la nueva lámpara arde
De la aurora la luz del tierno dia,
Determina buscar la oculta dama,
O por el rastro suyo, ó de su fama.

Algunos dias á términos contrarios,
Llevados de uno en otro desatino,
Por sendas fueron y caminos varios,
Y á las veces sin senda ni camino;
Quando uno por huir senos voltarios,
Que un ancho arroyo hace cristalino,
Dos caballeros al salir de un monte,
La blanca ceja abrió del horizonte.

Juntáronse en el llano, y preguntando
El gallardo español por la que adora:
"Señor, respondió el uno suspirando,
Bien os diré del que buscais ahora,
Que pudiera hacer suyo peleando,
Quanto hay de adonde estamos á la aurora;
Mas su mismo valor, y alma atrevida,
Antes de tiempo le quitó la vida.

En rastro de seis moros caballeros,
De quien habia un agravio recibido,
Deste prado á los árboles postreros,
Que ya testigos de su esfuerzo han sido,
Pedazos hechos en sus golpes fieros,
Su victoria cantó el laurel florido,
Que al fugitivo Tormes acompaña,
Y él de frio cristal sus troncos baña.

De allí á ver el castillo de la fama,
Que hoy tan grande la tiene en esta tierra,
Su altivo brio y presuncion le llama,
Con lo que entre su ardiente seno encierra:
Probó del fuego azul la rubia llama,
Tragólo entre su luz, tembló la tierra,
Y enterrado en su báratro profundo,
Hasta hoy le espera en su combez el mundo.

Tres dias dudando de la adversa suerte,
Restituido esperamos verle al valle,
Y tantos nos dió lástima su muerte,
Aficionados de la traza y talle:
Mas con mago furor no hay pecho fuerte,
Por demas pienso que es, señor, búscalle;
Si dais fe entera á la verdad que os digo,
Bien desde aquí os podreis volver conmigo."

"En nada, respondió el discreto godo,
De quanto me habeis dicho pongo duda,
Que á su valor y al vuestro es creible todo;
Mas si á un pecho valiente el cielo ayuda,
Yo dudo que sea muerto de ese modo,
Lo que tambien vuestro discurso duda,
Que las fingidas sombras del encanto
No llegan mas que á un aparente espanto.

Son huecos personages, cuya saña
Asombros forma de amasado viento,
Que solo con temor fingido engaña,
Y hace aparente y falso movimiento:
La vista sola con su humo empaña,
El sentido suspende, y el aliento,
Y lo demas lo acaba á poca pena
La fortuna del astro á quien se ordena.

Y así por ver si en esto me acomodo
En algo á la verdad con vuestro gusto,
Saber querria deste caso el todo,
O lo que dél tuviéredes por justo;
Que aunque para probarlo no haya modo,
Ni en mis venas aliento tan robusto,
Ni en verlo siento riesgo, ni me ofusco
En ir allá á buscar al que aquí busco."

"Señor, dixo el guerrero de la selva,
No léjos del raudal deste ancho rio,
Que su florida juncia y grama enselva,
Como por aquel bosque veis florido,
Un pequeño collado hace que vuelva
En rosca de cristal el suyo frio,
Y besándole el pie sus flores ata
Con blandos grillos de bruñida plata.

Allí, ó sea del hado, que encubiertos
Al ciego mundo sus secretos tiene,
O que de Clemesín á estos desiertos,
Y á su cueva en antigua herencia viene,
Un muro altivo, cuyos gajos yertos
Las huecas nubes el menor sostiene,
Al ayre claro, y á la luz del mundo,
Poco ha que en Tormes lo parió el profundo,

De cien torres altísimas cargado,
Que en torno hacen gemir el corvo suelo,
Sin otras diez, que en cuello levantado
De en medio suben á escalar el cielo:
Mas la que vuela en chapitel dorado,
Así á las huecas nubes tiende el vuelo,
Que no hay garza que tanto se abalance,
Ni vista que le alcance á dar alcance.

De hermosas rejas con balcones de oro
El infinito ventanage crece,
A quien si de la luz llega el tesoro,
Con su vivo brillar desaparece:
De vario jaspe, y de metal sonoro,
El amasado muro resplandece;
De roxo bronce las grabadas puertas,
De corvas puntas aceradas yertas.

Las altas torres con relieves varios,
De almenas coronadas y molduras,
De real stuco sutil lazos voltarios,
De alegres contrapuestas ligaduras;
Y en colunas de mármoles contrarios
Huecos globos, bellísimas figuras,
Que en pompa adornan, puestos por niveles
El peso á los bruñidos chapiteles.

De noche esta gran máquina embestida,
De claras y encendidas luminarias
Ardiendo toda en torno, convertida
Se muestra en sombras de colores varias,
Y en diverso matiz de luz ceñida
Forma en el hueco viento iris contrarias,
Como si su confusa pedrería
El jaspe fuera que la Scitia envia.

Por las soberbias torres sus almenas
Bellos cercos componen y guirnaldas,
De varias luces de colores llenas,
Roxas, verdes, de azul, carmin y gualdas,
Contrahaciendo al brillar luces serenas
Mil zafiros, topacios, esmeraldas,
Amatistas, rubíes, perlas, diamantes,
Y otras nuevas bellezas semejantes.

La altiva puerta en quicios resonantes,
Que el limpio muro en firme bronce embebe,
De ardientes llamas da pasos triunfantes,
A quien pasarlos sin quemar se atreve;
Por donde invictos ánimos, bastantes
A heroycas obras, se ha tragado en breve
La máquina voraz, y últimamente
Tragó el guerrero que buscais valiente.

Sobre la mayor torre, hueca masa
De roxo fuego en claridad difusa
El ayre enciende, y el contrario abrasa,
Y en luz eterna la tiniebla excusa:
Qual si del limpio sol la ardiente brasa,
Que alegre hace la sombra mas confusa,
De un peñasco en la cumbre se pusiese,
Donde mejor tocada y vista fuese.

Esto es lo que de fuera se halla y mira;
Lo que en su oculto seno se describe
¿Quien lo podrá decir? ó ¿á qué fin tira
El gran saber que en sus cavernas vive?
Sobre un padron de bronce, cuya mira
A lo de dentro apunta y apercibe,
Estas palabras, y estos versos muertos,
En oro están como vereis abiertos:

"Labrado fué para el mejor del mundo
Este ardiente castillo de la fama,
El que se hallare en el lugar segundo
No pruebe entrar por la encendida llama;
Que del tesoro que hay en su profundo
Por su dueño al mejor del mundo llama,
Como á la rica fuente de quien viene
La nobleza mayor que España tiene."

Esto es, señor, lo que al castillo toca,
Que desta sierra le hallaréis vecino;
Pero si á verlo su beldad provoca,
El probarlo parece desatino:"
Dixo, y á ver la celebrada roca
Bernardo alegre prosiguió el camino,
Despues de haberse en término debido
Del cortés caballero despedido.

Con nuevos pensamientos, que el cuidado
De la Princesa del Catay les puso,
Olfa, y su caballero enamorado,
Del encantado bosque entran al uso:
La una medrosa, el otro desvelado,
Quando sembrando fué el ayre difuso
Por sus ojos la máquina hermosa,
De alegre bulto, y gallardía vistosa.

Las puntas de oro que en diversos trages
Volando sube el edificio altivo,
Entre huecos y altísimos celages
Vivos realces parecen del sol vivo:
Crecen los globos, crecen los plumages,
Y cunde por el ayre fugitivo
El real palacio, que á la ilustre cima
De un monte carga da, y al mundo grima.

No probara Bernardo la aventura
Habiendo leido su padron primero,
Sino fuera buscando la hermosura
De quien amor le hizo prisionero;
Que de su noble pecho la cordura
El brio hace humillar mas altanero,
Para que no por verse que es bastante
A la empresa, se pierda de arrogante.

Mas del sin fin deseo arrebatado,
Que allí en tan varios trances le ha traido,
Por la encendida puerta se entró armado,
De su espada y escudo apercebido;
Donde apenas el quicio ardiente, helado
Con diestro pie pisó, quando encendido
De roxas llamas de oro largo espacio
Su contorno gimió, y tembló el palacio.

Y no en ronco bramar de horrible estruendo
Qual los demas guerreros recibia,
Mas todo en nueva hermosura ardiendo
Vuelto se vió en suavísima armonía,
Que en las doradas bóvedas rompiendo
Los resonantes ecos, parecia
Que el mundo allí de todas sus regiones
El contento lloviese en varios sones.

Con esta salva, de un florido espacio,
Que en siete arcos triunfales se extendia,
Del acerado muro al real palacio
Pasado el singular guerrero habia:
Llegó en música al patio, en que el topacio
De oro ardientes relámpagos bullia,
Y el tiempo se trocó, cerróse el muro,
Manchando el claro cielo de ayre obscuro.

La hueca nube de su claro seno
De cruel fuego llovió roxo granizo,
Que el acerado arnés, qual seco heno,
Sobre el real cuerpo le abrasó, y deshizo:
Quedó de ciego humo el patio lleno,
Y él sin las armas que Vulcano hizo,
Quando entre el humo y el granizo de oro
Los cuernos vió salir de un fuerte toro.

Pudiera, si le hallara descuidado,
Ponerle á un golpe la victoria en duda,
Mas en su ligereza confiado
El encuentro huyó, y con él se anuda:
Firme el toro resuena en lo enlazado
De la techumbre de oro no desnuda
El grueso aliento, que á la obscura loma
Del soberbio animal Bernardo doma.

ALEGORÍA.

En Garilo, que habiéndole Bernardo librado de la muerte le hurta el caballo y la espada, se pinta el dañado pecho de un ingrato, que con ningun beneficio pierde su dañada inclinacion; y en los dos paladines vencidos, como sabe Dios humillar á los soberbios, quando mas confiados y al parecer insuperables van en su ambicion y soberbia. En la muerte de Garilo se ve, como casi siempre los malos tienen por verdugo á su misma culpa, hasta morir á sus manos. En Bernardo, que encuentra á Olfa llorando un cuerpo muerto, y habiéndole dado sepultura se va en seguimiento de Arcangélica, se muestra como el que va tras su venganza, se le ofrecen al camino mil espantosas ocasiones, que con su horror procuran atajarle los intentos; y él, corriendo siempre tras su deseo, por todo pasa, sin reparar en nada.

Fin del libro vigésimo.

LIBRO VIGESIMOPRIMO.

ARGUMENTO.

Vence Bernardo el encantamento del castillo del Carpio, donde en un hermoso espejo ve el origen y sucesion de la excelentísima casa de Castro. Halla allí á su ayo Orontes, y trecientos caballeros de su linage que le acompañan para ir á la Corte de su tio el Rey Casto. Hállanse Morgante y Orimandro en Africa: cuéntanse las desgracias de Angélica, las tragedias de Arminda y su amante, las de Artábano y Geber, y el camino por donde Morgante vino á ganar las armas que fueron de Anteo, hijo de la tierra, y Rey de Libia, y con ellas la clava de Hércules.

Ya entre los cuernos de un furioso toro,
Al resplandor del fuego que salia
De la encendida masa, ó globo de oro,
Que en medio el ayre de aquel patio ardia,
Del gran Bernardo el anhelar sonoro,
El turbio y negro viento ensordecia,
Y al gemir ronco de ambos duros pechos,
El eco suena en los dorados techos.

Hizo firme hincapie la honra de España
En el de una coluna, y revolviendo
Sobre el toro un vayven con fuerza y maña,
Rodando el uno fué, y ambos cayendo:
El hueco patio de grandeza extraña
La obscura boca abrió de un pozo horrendo,
Que ambos á un tiempo en observados puntos
De un aspecto infeliz los tragó juntos.

Así en las playas del tiznado infierno
Si algun peñasco horrible se desgaja,
El agua salta, suena el lago Averno,
Y de amarilla espuma y pez se cuaja:
Suenan los bosques, que en silencio eterno
Del mundo guardan la mortal baraja,
Asombrando los árboles vecinos
Sus negros espumosos remolinos.

Resurtió el agua fuera con bramidos,
Y por la sima obscura, y sus taladros,
Vomitó el suelo globos encendidos,
Y dió el ayre tristísimos baladros,
Truenos confusos, roncos estallidos,
Que el blanco estuco en los sutiles quadros
Temblar hicieron, y pensar si habia
Llegado el mundo á su última agonía.

Cundió confuso el espantoso estruendo
Por las cavernas y techumbres de oro
Del hueco alcázar, que del son horrendo
Temblando el muro está en gemir sonoro;
Y el gallardo español, que al ir cayendo
Se dió por muerto, al despeñarle el toro
Al lago obscuro, así perdió el sentido,
Qual si en las ondas diera del olvido.

No volvió en sí, ni pudo en largo rato,
Suspenso al delirar de un dulce sueño,
Que en caricia amorosa, y tierno trato,
De un rostro alegre el pecho zahareño
Un noble gusto le vendió barato,
Y de un rico tesoro le hizo dueño,
Trocado en bella dama el fiero toro,
La laguna en cristal, la sima en oro.

Ni fué todo quimera lo soñado,
Que vuelto en sí de la pasada riña,
No con un toro se halló abrazado,
Mas á una tierna y delicada niña:
Sobre alfombras y telas de brocado,
De aljófar y diamantes cada piña,
En rica quadra, y aposento hecho
De jaspe el muro, y de alabastro el techo.

Cercada de doradas vidrieras,
Que le sirven de bellas luminarias,
Por donde el rosicler de mil maneras
El ayre tiñe de vislumbres varias,
Y los rayos y luces verdaderas,
Que forman del cristal iris contrarias,
Quebrándose en el oro y pedrería,
Añaden luz á la que saca el dia.

Hurtan sus miradores y ventanas
Suaves olores de un jardin ameno,
Que de rosa y clavel manchas tempranas
De agradables guirnaldas le hacen lleno:
Prende el olmo gentil parras lozanas,
La grama trepa por el verde heno,
La yedra por los muros, y las flores
El ayre y suelo manchan de colores.

De las arpadas lenguas la armonía
Con que alegran los árboles el viento,
Al contrapunto que al romper del dia
La luz al mundo vuelve su contento,
Nueva hermosura da, nueva alegría
Del rico quarto al agradable asiento,
Con los tiernos redobles que al canario
El ruiseñor alienta el tiple vario.

Era en cien pasos de contorno hecho
De alegre jaspe y firme arquitectura,
De oro y verde nielado el blanco techo,
Que las estrellas busca con su altura:
Y entre realces de estuco trecho á trecho
Primores de pincel y de escultura,
Y en rasguños, bosquejos y perfiles,
Escorzadas sin luz sombras sutiles.

Bernardo que domando un fiero toro
Se vió en los lances de su agudo cuerno,
Y libre ahora en el regazo de oro
De una tierna beldad de un mirar tierno,
Admirado de hallar gusto y tesoro,
Donde encontrar pensó pena é infierno,
Así con suspension y regocijo,
Alegre vuelto á la doncella dixo:

"Grandes son los milagros desta casa,
Grande el saber que los trazó, y los hizo,
Sus techos de oro, su encendida masa,
Su horrible sombra, su áspero granizo;
Mas lo que á todo junto excede y pasa,
Y la primera admiracion deshizo,
Es el placer y gusto que retoza
Por esta alegre quadra, y quien la goza.

Y tú, bulto gentil, luz peregrina,
O seas diosa inmortal, ó sombra humana,
Si huele á humano cosa tan divina,
Si es de la tierra luz tan soberana,
Ora de honor mortal, ó inmortal dina,
De eterna vida, ó de caduca y vana,
Dime ¿á qual dios le debo deste templo
El bien que gozo en él, y en ti contemplo?
¿Qué deidad rige, qué virtud alumbra
Estas cuevas y sótanos del mundo,
Quando les falta el oro que relumbra
Siempre en tus sienes, y ahora en tu profundo?
Tu bello rostro, que al del sol deslumbra,
Y de valor le da el lugar segundo,
¿De qué esmero de gloria, de qué cielo
Amor le hizo para bien del suelo?"
Dixo el leonés, y la beldad gallarda
Compró unos nuevos bellos arreboles,
Que el temor le labró, que le acobarda,
En ambas las mexillas sendos soles:
Al fin con voz medrosa, y lengua tarda,
Haciendo el rostro varios tornasoles,
"Toda, dixo, señor, esta armonía
Es solo un medio á la ganancia mia.
Hércules hizo esta espantosa cueva,
Y en ella enterró vivo un agorero,
Al sábio Clemesí, que en luna nueva
Via todo junto el mundo venidero:
Cuyas cenizas por bastante prueba
Esta urna guarda de bruñido acero,
Y parte de su espíritu esta sala,
En lo que al tiempo por venir señala.

Era en los Carpios de Africa nacido,
Y del antiguo origen de su tierra,
Por mayor gloria el suyo dió añadido
A esta que ahora su sepulcro encierra:
De aquí el Carpio nació, cuyo apellido,
Si el gran saber de Clemesí no yerra,
Será por las hazañas de tu mano
Mayor que el Uticense y Africano.
Prendióle Alcides, y enterróle vivo,
Porque en supersticiosa hipocresía,
O con alma envidiosa, ó pecho altivo,
Estorbar sus grandezas pretendia:
Y como al claro Betis fugitivo
A Sevilla usurpó, tambien queria
A Tormes impedir con sus conjuros
De Salamanca los insignes muros.
Llegando Hércules libio á las riberas
Del fresco Betis, que en templado cielo,
Entre las flores dan fuentes parleras
Blando ruido y cristal al fértil suelo,
Fundar quiso á las gentes venideras
Ciudad que fuese á su valor modelo,
Quando el astuto y envidioso mago
Con un conjuro lo estorbó aciago.
Pasó el hijo de Osiris belicoso
Su reyno á Italia; Hispal entre tanto
Con el paterno brio al pueblo honroso
Felices muros dió, y principio santo:
Volvió de Tuscia el capitan famoso,
Y del frio Tormes en el rico manto
Otro pueblo trazó, y el sábio en vano
Quiso segunda vez irle á la mano.

Sabia por su astronómica experiencia
Destos dos sitios en el mundo raros,
Que de aquel en aumentos de excelencia,
Grandeza, magestad, y hechos preclaros,
Y deste en letras, santidad, y ciencia,
Al mundo con la luz de ingenios claros
Nacerian mas Hércules y Apolos,
Que al cielo estrellas sobre entrambos polos.

Y envidioso que Alcides de su mano
En la tierra dexase tal memoria,
La primer poblacion le estorbó ufano,
Y á Hispal pasó de tanto honor la gloria:
Mas porque pretendió tambien en vano
La segunda impedir, es firme historia
Que aquí le enterró vivo, y deste agüero
A Salamanca dió nombre primero.

Es tradicion que en los antiguos años,
Que á Clemesí esta cueva tuvo preso,
Sin dar recurso á sus presentes daños,
Ni destos montes sacudir el peso,
Puntos en su saber alcanzó extraños,
Labró esta sala real, y en ella impreso
De los futuros siglos un discurso,
Que al mundo iguala en duracion su curso.

De España las grandezas mas notables
Al venidero siglo y al pasado,
De gurbios y pinceles admirables
Es quanto está en contorno dibuxado:
Sus Reyes, sus Monarcas, sus afables
Príncipes, sangre, magestad, estado,
Graves sucesos, reales sucesiones,
De ilustres casas, de ínclitos varones.

Mas donde el sábio mágico dispuso
El punto echar, y de su ciencia el resto,
Donde mas fuerza de planetas puso,
Y el cielo á su intencion halló mas puesto,
Fué en aquel rico espejo, en quien difuso,
Con mágicos carácteres compuesto,
A los ojos dexó un discurso entero
Del mundo que pasó, y del venidero."
Así dixo, y tomando por la mano
Al regalado jóven se levanta,
Y al fiel cristal, que del tesoro humano
La mas antigua muestra y rica planta,
Con él se va, y en modo cortesano,
"Aquí, dice, señor, se encierra quanta
Nobleza y sangre ilustre España encierra,
Y de la tuya heredará su tierra."
Era el valiente artificioso espejo
De medio globo en proporcion ovado,
De alto diez codos, de cristal parejo,
En firme y rica tarja relevado,
Donde el diestro buril del sábio viejo
Excedió al pensamiento mas delgado,
Pues siendo de oro y pedrería gran parte,
A toda la materia vence el arte.
Así en tan nueva perspectiva hecho,
Que salir de su centro parecia
Un movible esquadron, que trecho á trecho
Por el lustroso alinde se extendia;
Y aunque en espacio de compás estrecho,
Puesto en tales diámetros, que hacia
En la mas firme vista la figura
De entera proporcion y hermosura.

Ahora el techo y distancias de la sala
En tal aspecto y reflexîon tuviese,
Que quanto en ella por adorno y gala
El pincel puso en su cristal se viese;
O el arte allí á lo natural iguala,
O con cercos su artifice fingiese
Bullirse tras la clara vidriera
Encantadas figuras de oro y cera:

En él se vian notables hermosuras,
Gusto á los ojos, y al sentido espanto,
Y por su limpio seno las figuras,
Aunque muertas, moverse por encanto:
Y en bellos ademanes y posturas
Dar deleyte á la vista, y entre tanto
Que Bernardo lo goza desde afuera,
La dama prosiguió desta manera:

" Antes de declarar las maravillas
Que este cristal en su artificio encierra,
Qual en lengua sutil supo decillas
El que me traxo á conocer tu tierra,
Desde las paflagónicas orillas
Donde naci, y me dió la primer guerra,
Con mil dudas y asaltos al deseo,
El gusto de la gloria que poseo:

Contarte quiero el espantoso enredo
Por donde amor me traxo á conocerte;
Perdone el pundonor, que ya no puedo
Mas encubrir el bien que gozo en verte:
Sabrás, señor, que entre esperanza y miedo,
La suerte varia de mi buena suerte
Me tiene aquí esperando tu venida,
Poco menos que el tercio de mi vida.

Despues que en los exércitos troyanos
Fué Pilemon con griegas armas muerto,
Y á Paflagonia llena de tiranos
Los Henetos dexaron sin concierto;
Quando en Italia dieron por sus manos
A Padua muros, y á Venecia puerto,
Un hijo que quedó del Rey vencido,
En Asia fué por tal obedecido.

Deste fué nieto Clicio el eloqüente,
Que en el boreal Carambe peñascoso
Asombró el mundo, y gobernó la gente,
Que en torno riega el Hales caudaloso:
De aquí Acrisio nació, de aquí Valente,
Y Cenon deste tronco generoso
Fué Emperador de Grecia, y deudo suyo
Orontes, que es mi tio, y ayo tuyo.

Sobre las playas que en el Ponto Euxino
Atruena el sonoroso Termodonte,
Y con ruido y curso cristalino
A Farnacia hace muro y horizonte,
De mi padre fué el reyno mas vecino,
A quien su infiel hermano Anfimedonte
Mató á traicion, y con injusta guerra
Por Rey se alzó de la usurpada tierra.

Quedé yo sola y niña al riesgo puesta
De la violenta espada del tirano,
De donde me libró, y me puso en esta
Gruta, de Orontes la prudente mano,
Con firmes esperanzas, que dispuesta
Mi causa por el cielo soberano,
Libradas me trayria el bien de verte
Ricas mejoras de ventura y suerte,

A este fin me ha traido aquí escondida,
Y en muchas veces que de ti me hablaba,
De tu valor, tu sangre, y tu venida,
El gusto con sus cuentos me endulzaba:
De tu real sucesion la no vencida
Grandeza y real progenie me contaba,
Los héroes que de aquella imágen tuya
Al mundo han de salir por gloria suya,

Mas aunque deste espejo soy maestra,
Por lo mucho que en él me habló mi tio,
Aquel nuevo esquadron que allí se muestra
Nacer de ambos retratos tuyo y mio,
Y ocupada de cetro real la diestra,
Es traslado aquel jóven de tu brio,
No sé, aunque lo sospecho, cuyo sea,
Hasta que mas probables causas vea.

De estotra sucesion de sangre ilustre,
Que trae de tantos Reyes su corriente,
Y de tu pecho hereda un nuevo lustre,
Como del claro sol el fresco oriente,
Que sin que le carcoma ni deslustre
La polilla del tiempo esa creciente,
Por mil siglos dará su heroyca rama
Príncipes dignos de gloriosa fama:

De esta si te diré lo que aprendido
Me dió el deleyte de prolixos años;
Oye, leonés, el cuento nunca oido,
Y los sucesos en grandeza extraños,
De los que el español reyno perdido
Librarán de mil riesgos y mil daños,
Y con prudencia y fortaleza entera
A su opinion le volverán primera.

Aquí verás, y no de industria mia
Fingida historia, mas del justo cielo
Ricos favores que á tu España envia,
Que á sus castigos sirvan de consuelo,
Que aunque hoy está qual ves su monarquía,
Tiempo vendrá que de su santo zelo
Gobierno y leyes tomen en una hora
Los que el ocaso habitan y la aurora.

Aquella gran Princesa de Colonia,
Que hace á tu imágen dulce acogimiento,
Cuya caricia y tierna ceremonia
A ti causa placer, y á mí tormento,
Rayo es de aquel valor que en Macedonia
A Julio César puso atrevimiento,
De acometer con pecho furibundo
La empresa que le dió señor del mundo.

Yo digo de aquel ínclito Crastino,
De Viriato ilustre descendiente,
Por quien tambien despues lo fué Turino,
En lengua y manos bravo y eloqüente:
Este en el fiel exército agripino
Por hijo tuvo un capitan valiente,
Que á Colonia le dió campos seguros,
Y sobre el reyno levantó sus muros.

Destos Príncipes fué Astirán caudillo,
Que á los Elvecios traxo arrinconados,
Y el que á los Hunos defendió el castillo
De rota puerta y muros arruinados;
Y el valiente Alencastro, que un portillo
Libre solo guardó á tres mil soldados,
Y su valor y nombre dió en herencia
A esta insigne é ilustre descendencia.

Deste gran Duque es digna sucesora
La que hará alegres tus felices años,
Despues que la francesa y gente mora
De esa espada á tus pies llore sus daños:
Quando tu ingrata patria burladora
A tu padre te niegue, y los extraños
Te ofrezcan cetro de oro, y real corona,
Llamados del valor de tu persona.

Entonces ya cansada de mudanzas,
Y de trazarte agravios y desdenes,
Trocando la fortuna las balanzas,
Con este bien te colmará de bienes;
Y en legítima union, si á verlo alcanzas,
Un dulce nieto te dará en rehenes,
Que á Asturias volverá tu casa ilustre,
Dando á Flandes envidia, á España lustre.

Aquel blanco aleman, que resplandece
Qual nuevo Marte en las moriscas lides,
En quien tu sangre y tu valor florece,
Con los roeles del gentil Persides,
Si ya no es sueño quanto aquí parece,
Tu nieto espera ser Nuño Belchîdes,
Y esta su esposa, hija del que apenas
A Burgos reformó, y vistió de almenas.

Vésle allí en Peñalonga disfrazado
Con bordon y esclavina de romero,
Que á visitar de Cristo el primo amado
Baxó á Galicia, y quiso ver primero
El claustro, en que estará depositado
Tu cuerpo real al siglo venidero,
Dando de una alta fe y nobleza indicios
Su católico voto y sacrificios.

Aquel que allí le espera, para dalle
Su condado y su hija en casamiento,
Y con nudo legítimo obligalle
Que haga en su primera patria asiento,
Es Don Diego Porcelos, que en su talle,
En su eleccion, y grave entendimiento,
Representa un Monarca, y en Castilla
El supremo gobierno, y primer silla.

Estos dos, que en braveza y hermosura
A la española vencen y alemana,
En quien tu sangre gótica mas pura
Corre, que en el oriente la mañana,
Dos nietos suyos son, Nuño Rasura,
Juez de la real grandeza castellana,
Del Conde Hernan Gonzalez digno abuelo,
Luz de Castilla, y norte de su cielo.

Otro es Bustos Gonzalez, padre ilustre
De aquel que lo será de siete Infantes,
Que á la sangre de Lara han de dar lustre,
Y la suya á mil riesgos importantes;
Y sin que envidia y muerte les deslustre,
Esta masa de estrellas radiantes
Héroes serán, cuya gallarda saña
Miedo á Libia dará, y honor á España.

Mas ¿qué valor habrá en su monarquía,
Que del suyo no tome su creciente?
¿Qué armas, qué antigüedad, qué hidalguía,
Qué casa, qué solar, qué honor, qué gente?
Querer contar su número, sería
Medir á puños de agua la corriente
De Tormes, de ambos polos las estrellas,
Y los gustos que amor contempla en ellas.

Que todo aquel vellon, neblina, ó velo,
De sombras y de luces marañado,
Como en el lácteo círculo del cielo
Los globos de oro, de que está amasado,
Serán estrellas del iberio suelo,
Si el tiempo les da luz, y vuelo el hado;
¿Quien bastará á contar su muchedumbre,
De aspectos, rayos, cursos, lustre y lumbre?

Solo hasta aquel mancebo generoso,
Que un Júpiter parece entre sus dioses,
Cuyo ademán gallardo, y brio ayroso,
Temo que á remedar apenas oses;
Aquel que en freno de oro poderoso
Un mundo afable hará, y que tú reboses,
En virtud de ser él tu descendiente,
Por las bocas y lenguas de la gente.

Hasta él, y su retrato, donde el arte
Lo vivo excede en magestad y gloria,
En mi discurso irá, por no cansarte,
De tu real sucesion la grave historia;
Donde podreis oir, y yo contarte,
Del mundo lo mas digno de memoria,
De la fama un crisol, de España un muro,
Y de tu sangre el rosicler mas puro.

No pasaré de allí, porque en los años
Que la luz de este sol naciere al mundo,
Desagraviada España de sus daños,
Ya el siglo de oro gozará segundo:
Y arrojando de sí yugos extraños,
Desde el francés distrito al mas profundo
Volverá á su primera monarquía:
Oye pues lo que Orontes me decia.

Aquel que niño entre los niños nobles,
Qual perla va entre aljófares menudos,
De cuya fama los acentos dobles
Oirán los sordos, y hablarán los mudos;
El que á Junquera de los duros robles
Por trofeos colgará nuevos escudos,
Y á España dará un brazo, que en el mundo,
Ni en valor tiene, ni tendrá segundo;
Es Don Gonzalo, hijo de Rasura,
Y dél el Conde Hernan Gonzalez hijo:
Y aquella alegre tierna hermosura,
De la alma y de los ojos regocijo,
Su hermana y tia, de los dos hechura,
De un cielo sábio, permanente y fixo;
Esposa de Lain Calvo, y primer fuente
De Reyes sábios, y de un Cid valiente.
Hijo suyo será el que allí parece
Poblando á Peñafiel, y haciendo ufano
El venturoso siglo, en que florece
Brazo tan noble, pecho tan cristiano:
Y este que ahora entre las armas crece,
Y con su orgullo menguará el pagano,
Biznieto vendrá á ser del Rey Bermudo,
De Africa espada, y de Castilla escudo.
El que de Castro Anzures, y de Osorio,
Las reales sangres juntará en un peso,
Es fruto del dichoso desposorio
De Ruy Fernandez, y él de tanto seso,
Que el valor será á España mas notorio
Que en aquel siglo gozará, y tras eso
Ayo de un Rey, y defensor sin miedo
De los muros y alcázar de Toledo.

Casará con la bella Estefanía,
De sus dos Reyes valerosa hermana,
Cuya fértil y alegre compañia
Rica su casa volverá y ufana:
Será en braveza invicto, en cortesía,
De afable condicion, sincera y llana,
Sin doblez, sin cautela ni maraña,
Que un español, si es noble, nunca engaña.

Dará hecha esta verdad su pecho ufano,
Quando en Garci Navarro la fortuna
En ciega ambicion haga un golpe vano,
Y otro el saber y fortaleza á una;
Y quando en lubrical su trato llano
Cautela vuelva el no tener ninguna,
Perdiendo por su leal trato sincero
De un Conde la prision, y un caballero.

A este el valor, esfuerzo y gentileza
Heredará Don Pedro el Castellano,
Que en Xerez, de los hombros la cabeza
Le quitará á un Rey moro, de su mano;
Y contra todo el brio y la braveza
Del pundonor leonés, y el asturiano,
Hará unos baños, y temblar en ellos
Quien se atreviere sin su gusto á vellos.

Deste será hijo el valeroso Infante
Alvar Perez de Castro, cuyo lustre
Segunda vez hará que al mundo espante
De Sandoval en él la sangre ilustre:
Valiente Adelantado, que delante
Del suyo no hay valor que no deslustre,
Pues contra todo el campo de Castilla,
De sirgo hará murallas á una villa.

Ha de ser de la bella Irene esposo,
Que á Martos librará de un campo armado,
Y él de Xerez al trance peligroso,
De todos el valor mas declarado,
Formará de Machuca el nombre honroso,
Y á su nobleza un hijo señalado,
A quien un sábio Rey su estado entregue,
Antes que á edad madura y sazon llegue.

A dexar de dolor el mundo lleno
Con su temprana muerte, tendrá vida
Don Pedro, que qual flor en valle ameno
Su juventud se pasará florida:
Cuya falta guiará el curso sereno
Desta real descendencia esclarecida
A Don Fernan Ruiz, segundo hermano
Del Príncipe Don Pedro el Castellano.

Sobrino suyo, hijo del que digo,
Don Gutierrez será el descalabrado,
Que á Toroño del bando su enemigo
Recobrará con parte de su estado:
Y el Rey por deudo, ó por afable amigo,
O porque al tronco vuelva tu condado,
Con el aplauso general de España
En nuevo feudo le dará á Saldaña.

Seguirleha Don Fernando, que en Galicia
Cobrará de su antiguo patrimonio
A Sarria y Lemos, siéndole propicia
La bella Emilia en dulce desposorio:
Despues que muestre en la áspera milicia
De Africa con bastante testimonio,
Que él de trofeos la ha de hacer mas llena,
Que el ayre y sol de palmas y de arena.

Deste brio, y la sangre de Mendoza,
Nacerá un Don Esteban, para estrago
Del bárbaro feroz, que ahora goza
De España el reyno, y de fortuna el pago:
Y si este siglo de oro se remoza,
Pertiguero mayor de Santiago,
Y Adelantado se verá en Galicia,
Yerno de un Rey, y Rey de la Milicia.

El que de una bellísima Violante,
Del Rey Don Sancho el Bravo hija amada,
Allí es esposo noble y tierno amante,
Y en Paredes la mas temida espada,
Es Don Fernando; y el que al ir delante
En esfuerzo y braveza no igualada
Queda único, Don Pedro de la guerra,
Marte español, si Marte hay en la tierra.

Tendrá dos hijas Reynas valerosas,
Una de Portugal, y otra en Castilla,
Y él por su brazo y fuerzas poderosas
En Lerma y Peñafiel la primer silla:
Dará en Tarifa heridas espantosas,
En Badajoz asombro y maravilla;
Mas es mortal, y aunque su nombre admira,
Al fin vendrá á morir en Algecira.

Ya deste origen tomarán corriente
De Arrayo los dos Condes lusitanos,
Aquí los del Villar su noble fuente
Llena de sangre real verán ufanos:
Y aun deste mismo tronco, y su creciente,
Arboles nacerán tan soberanos,
Que el mundo dellos cuelgue, y de su hebilla
La real corona y cetro de Castilla.

Deste Don Pedro es hijo aquel Fernando,
De dos Reyes cuñado, y de otro yerno,
Que su lealtad primera sustentando,
En Anglia heredará renombre eterno:
La que el mundo tras él está admirando,
Con su brio gallardo y mirar tierno,
Su bella hija Isabel, y aquel su esposo,
Gran Conde, y Condestable poderoso.

El que allí Duque espera ser de Arjona,
Y en Peñafiel tener prision y entierro,
Quando de luto cubra su persona
El mismo Rey que le prendió por yerro,
Hijo de los dos es, y esta matrona
(Si de Orontes los cómputos no yerro)
Doña Beatriz, que en dulce desposorio
Dará su sangre real á la de Osorio.

El que allí de ambas por igual florece,
Y en la santa conquista de Granada,
Entre grabado acero resplandece
De sangre llena su invencible espada,
Es Don Rodrigo, y la que dél parece
Que el brio toma y magestad prestada,
La segunda Beatriz de Osorio y Castro,
Digna de mil estatuas de alabastro.

Aquel real Lusitano es su marido,
Y la beldad que su sitial rodea
Doce Príncipes, fruto enriquecido
De quanta humana gloria se desea:
Dexo el primero, que será escogido
Para que toda junta suya sea,
Dos Prelados de Cuenca y de Sevilla,
Gloria de Portugal, luz de Castilla.

Aquel Comendador mayor de Cristo,
Que aun desde ahora alegra su esperanza,
Las dos bellas Duquesas que ya has visto
Allá en Veragua, aquella está en Braganza:
De cuyo cetro el mando mero misto
Hasta los mundos por venir alcanza
Una y otra Condesa hermosa y sábia,
Esta en Chanel, aquella en Ribadavia.

¿Quien bastará á decirte las grandezas
Que el sábio destos Príncipes contaba?
¿Los triunfos, las victorias, las proezas,
Con que me entretenia y asombraba?
¿Títulos, nombres, señoríos, riquezas,
Que este tiempo á su casa amontonaba?
Será ponerme yo á tratarte dellas,
Contar arena al mar, al cielo estrellas.

Basta en suma decirte, que el que aumenta
Con el de Andrade su famoso estado,
Y un gran Marques de Sarria representa,
De un invencible Emperador al lado,
Es Don Fernan Ruiz, que en esta cuenta
Bisabuelo es del rayo señalado,
Que allí nos da con su retrato solo
Mas firme luz que en su carrera Apolo.

Hijo suyo será el que en gloria nueva
A los timbres añada de su casa
La ilustre sangre de la antigua cueva,
Que en profundo valor se abrio sin tasa;
De quien saldrá el que en Napoles dé prueba
De la prudencia con que á Nector pasa,
Y á Ulises dexa atrás en su gobierno,
Y al fiel Acates en piadoso y tierno.

Si á esta real masa soberana junta,
De limpia sangre y rosicler de gloria,
El rico Sandoval la suya ayunta,
De imperio digna, y de inmortal memoria;
La luz vendrá á nacer, á quien apunta
Lo mas florido de una heroyca historia
Que el mundo espera, á quien el nombre suyo
Famoso el mio hará, y eterno el tuyo.

¡O heroyco pecho! en cuyo real semblante,
No un mundo, mas un cielo resplandece,
Con mas glorias que estrellas carga Atlante,
Quando á su vista el sol desaparece;
De priesa el hado á un bien tan importante,
Y el reyno que en el rico abril florece,
De tu valor, sin que jamas fallezca,
Qual tú en virtud, así en tus honras crezca.

¿Quien como tú á los mundos donde suenas
Saldrá Príncipe y sábio todo junto,
Quando tu real palacio ser de Atenas
Podrá en graves filósofos trasunto?
Dándole tú, qual nuevo Augusto, llenas
De honra las letras, y al difícil punto
De la virtud con tus heroycos pasos
Subida fácil, y caminos rasos.

Ya veo colgar de tu ánimo prudente
Del occidental orbe el noble peso,
Y en tu grave modestia, y sangre ardiente,
De Marte el brio, y de Minerva el seso:
De tu espíritu altivo y eloqüente
En todas facultades el exceso,
Con que así en las materias te adelantas,
Que al sábio admiras, y al soberbio espantas.

Los otros dos que á la una y otra mano
Su gala dexan de grandezas llena,
Y en lo mejor de un mundo cortesano
La suya en agradable aplauso suena;
El uno ha de ser Duque Taurisano,
Honor del lacio campo, en que resuena
Con mil dones de su ánimo excelente,
Amor y asombro á la toscana gente.

Del tierno bozo el grave lustre apenas
A su rostro dará sombra y decoro,
Quando de la una de las tres serenas
El reyno enfrenará con riendas de oro,
Y de sus reales obras nubes llenas
De honor enhuecará el clarin sonoro
De la parlera fama, cuyas voces
Tu alegre tiempo eternos siglos goces.

Reducirá con su prudencia sola
A Roma un veneciano arrojamiento,
Quando en riesgo mayor entre ola y ola
Amenazar parezca un fin violento;
¡O á la tusca nacion, gloria española!
¡Quien pudiera el preñado pensamiento
De tus grandezas darle al mundo entero,
Con la pluma en que vences la de Homero!

El otro que ya allí en ginete ardiente
Un español Narciso representa,
Gallardo, brioso, galan, sábio y prudente,
Que ánimo y brio á quien le mira alienta,
Del rico Gelves es Conde valiente,
Y la suma feliz desta real cuenta,
Y todos gloria del iberio suelo,
Rayos de un claro sol, soles de un cielo.

Y allí los tres ardiendo en llamas de oro
A vista veo del español Monarca,
Mas floridos que el mes que alumbra el toro
Hacer todos los gustos de su marca;
Donde tambien la mina del tesoro,
Que tal le dará al mundo, alegre enarca
Los graves ojos, para entrar por ellos
Segunda vez al alma hijos tan bellos.

Será sábia Minerva del ocaso
Del real palacio el peso que mas pesa,
Mas ya es tiempo que pase, aunque de paso,
A decirte algo desta real Princesa,
Desta nueva deidad, que en cielo raso
Da gloria á quien la mira, y dexa impresa
En el alma una fe y amor, que inclina
Y fuerza á darle honor y honra divina.

Querida prenda del valor que ahora
Ves, que en su fama ha de aclarar la tuya;
Mas tan gran magestad, tan gran señora,
¿De quien pudiera ser, sino era suya?
Ser la mayor beldad que España adora,
La que mas gracias y primor incluya,
De sangre real del mundo celebrada,
De un gran Duque de Lerma hija amada.

Todo es humilde nombre á su grandeza,
Y la mayor de todas ser esposa
Deste asombro del tiempo, en cuya alteza
La suya halló la esfera en que reposa:
El mundo ofrezca, ó norte de belleza,
Corona eterna á tu cabeza hermosa,
La Arabia incienso, oro el indio adusto,
Los años vida y fama, el cielo gusto.

Siete siglos y medio está distante
Este sol de tu vista y de su oriente,
Ciento y cincuenta lustros adelante
Vestirá de arreboles el poniente,
Y su grave prudencia firme Atlante
Será de una encubierta y nueva gente,
Que allá en la otra region del mundo mora,
Y nuestra noche tiene por aurora.

Ayudadme, ó bellísimos retratos,
Que en gurbias de oro por encanto hechos,
Prestais vuestras estatuas para ornatos
Del vario jaspe deste muro y techos:
Celebremos con fiestas y aparatos,
Ya dignos destos dos heroycos pechos,
El bien que en su venida se atesora,
Y en su esperanza alegra desde ahora."

Dixo la sábia, y en rumor sonoro,
Que al alma sus oficios suspendia,
Con graves arpas cien estatuas de oro
La gloria celebraron de aquel dia:
Quedó absorto Bernardo, ardió el tesoro
Del real palacio en fuegos de alegría,
El castillo temblo, y del nuevo espanto
El mundo al rico peso hizo otro tanto.

Mas luego que en la grave pesadumbre,
Que al corvo monte la ancha espalda oprime,
El resonar del oro en la techumbre,
Y el nuevo asombro con que el bosque gime,
Sosegándose fué, y la clara lumbre,
Que en rayos de oro por el ayre esgrime,
Ya el vivo resplandor volvio á su seno,
Y dexó el ayre en su quietud sereno.

En el uso perfecto del sentido,
De su resplandeciente arnés armado,
El valeroso godo reducido
Fuera se hallo del término encantado;
Donde en el mago espejo entretenido
La corriente feliz contempla al hado,
Y el prevenido vió fruto fecundo,
Que de su sangre real espera el mundo.

Huyóse de la máquina presente
El mágico furor desvanecido,
Y el rico alcázar pareció patente,
De fuerte muro natural ceñido:
De arquitectura y fábrica excelente,
No con perfumes bárbaros fingido,
Mas en mármol y bronce, el jaspe y oro
De firme magestad hacen tesoro.

Por altos patios, y anchos corredores,
Confusa tropa vió de armada gente,
Que con ilustres títulos y honores
Honrando vienen su ánimo valiente,
Tras la anciana vejez, y años mayores,
Del grave Orontes, que en saber prudente,
Y en vida allí contemplativa vive,
Y con alegres brazos le recibe.

Tres centurias de ilustres caballeros
Con este ardid juntó el cuidoso anciano,
En sangre godos, en las armas fieros,
Deudos los mas del joven asturiano,
Lanzando otros qualquiera aventureros,
Que á probar iban el castillo en vano,
La blanda llama entre su humo extraño,
Sin mas riesgo que el miedo del engaño.

Estos con ricas armas en tesoro,
De fina pedrería y luz sembradas,
Y espumantes frisones de sonoro
Nevado freno, y clines alheñadas,
Hiriendo al viento los jaeces de oro,
Y al timble en presuncion plumas doradas,
Y alzando estrellas por los ayres mudos
El vivo centellar de los escudos,

Alegre hacen y noble compañia
Al bello jóven, y al prudente mago,
Que de Leon á la Corte partió un dia,
De quantos pudo el menos aciago,
A ver su casto tio, y si podria
De su nueva presencia el tierno halago
Ser á sus presos padres de provecho,
Y del Rey ablandar el duro pecho.

No sé qual riguroso signo veda
Causa tan justa, que ninguna ahora
Hallo, que sin notorio agravio pueda
Ser desta ingrata sinjusticia autora:
Mas á un gran vuelo que por dar me queda
Al reyno voy donde la noche mora,
A buscar los amigos de Morgante,
Que en la gruta dexé de un nigromante.

De Tlascalán en la profunda cueva,
Al confuso rumor de la montaña,
Absortos los tragó por senda nueva
Del pozo ardiente la abertura extraña:
Dando de allí con ellos donde lleva
Sus corrientes la muerte, y donde baña
Con sus torcidas ondas Flegetonte
Las carcomidas grutas de Aqueronte.

Mas luego que por quiebras infernales
La tierra vomitó los tres guerreros
Sobre los africanos arenales,
Como en sus mas pacíficos linderos:
Malgesí, que al hallarse en los umbrales
De su patria cobró nuevos aceros,
Al vivo gusto de tomar venganza
En el contrario bando de Maganza,

Con dos humosos cercos, y un conjuro,
A Reynaldos llevó en su frágil leño
Al real de Francia, en el silencio obscuro
De la fria madre del templado sueño:
Dexando al campo alarbe mal seguro
Los otros dos, que en su baxel pequeño
Del ancho mundo vieron los puntales,
Y las playas cruzaron infernales.

Halláronse en un bosque á la marina
Orimandro y Morgante una mañana,
Donde la corva playa cristalina
Huye de la mayor sirte africana;
Y en la costa del mar circunvecina
En un roto batel tropa liviana
De descompuesto vulgo, que á porfia
En confuso monton se combatía.

Mas la Angélica Reyna de la aurora
El curso vuelve de mi pluma vario,
Que al mar de Alcina en una fusta mora
Con otras la robó un cruel corsario
A vista de Orimandro, que la adora,
Y el turbio mar se la escondió voltario
Al punto que su luz cerraba el dia,
Y al presto bergantin otro embestia.

Eran todos corsarios, que al pillage
En corso el mar desvuelven cristalino,
Y allí el bárbaro fin de su viage
El cerúleo color volvió sanguino;
Y fué el firme pelear con tal corage,
Que quando la vecina aurora vino,
Mostró que del rigor de la batalla
Nadie vivo sobró para gozalla.

Solo quedó un mancebo mal herido,
De alegre rostro, y grave gallardía,
Y un morábito viejo mal nacido,
De larga barba, y flaca hipocresía,
Que de cobarde habiéndose escondido
Mientras el pelear duró, fingia
A Mahoma enviar vanos mensages
En ridículos gestos y visages.

Este hallándose solo, y victorioso,
Y ambos baxeles á su riesgo y cuenta,
Viejo atrevido, hipócrita engañoso,
De astucias lleno, y de codicia hambrienta,
Saltó al contrario barco, aunque medroso,
Y halló á Angélica en él, que se lamenta,
En compañia de otras dos doncellas,
Como en la de la luna las estrellas.

Lloraban el rigor, la desventura,
Del cruel estrago, y general destrozo,
Que esta vez la fortuna mal segura
La victoria dexó vacía de gozo;
Y de las tres, la de mayor ternura
Su falda daba al desangrado mozo,
Enviando de los ojos á la herida
Lágrimas, que eran bálsamo á su vida.

Era la dama Arminda, hija de Janto,
Príncipe de Corfú, y nieto de Alcina,
Y el mancebo Archiduque de Lepanto,
Isla del mismo mar circunvecina:
Criáronse los dos en dulce encanto
En la cretense Corte su vecina,
Donde el trato, la edad, y el exercicio
En producir amor hizo su oficio.

Sacó la hada del cretense infierno
La amada nieta, prenda de alegría,
Dexando dentro dél su amante tierno,
Y á ella fuera del cielo en que vivia:
Y ambos en soledad y llanto eterno,
Hasta que amor dió traza como un dia
Leoncio robase del jardin de Alcina
Su dulce joya de beldad divina.

Tuvo dichosamente conseguido
El amante su fin, su amada bella
Del tierno amor el premio merecido,
Y él á las dos robó que halló con ella:
Mas la que dar no supo bien cumplido
Retrograda infeliz volvió su estrella,
Y el gusto que en su alma amanecia
Antes se le murió, que viese el dia.

El morábito viejo cauteloso,
Que en la fusta saltó, viendo de Arminda
En el regazo el jóven valeroso,
Que ya sin habla con la muerte alinda,
Temió aun así mortal su ayre brioso,
Y que si vivo escapa, se le rinda
La una y otra fortuna, y sea de modo,
Que él solo quede vencedor de todo.

Y así sobre él furioso se abalanza
(¡Extraña crueldad!) ¡ó Arminda bella!
¡Qué golpe tan cruel á la esperanza
Que cuelga el hilo de tu vida en ella!
El limpio box de la cobarde lanza,
De quien nadie jamas formó querella,
De solas tus desdichas ayudado
Dar pudo fin á lo que habia empezado.

Y del flaco vivir el tibio aliento,
Que ya se esfuerza, y presto se mitiga,
Entre el brazo amoroso, y el violento,
Y la agradable mano, y la enemiga,
Qual tierna exâlacion la bebió el viento
En el regazo de su amada amiga,
Sabrosa cama, y temeroso lecho,
A tan suave amor y horrible hecho.

Quedó, mas que su amigo, Arminda muerta,
Y en un punto furiosa acelerada,
La llama del amor antes cubierta
Por los ojos brotó la alma agraviada:
Y qual parda ceraste, antes cubierta,
Del basto pie del labrador pisada,
Salta, y con lengua de ponzoña muda
Por la garganta en roscas se le anuda:

Así la dama herida en lo mas tierno,
Contra el cobarde bárbaro enemigo
Furiosa arremetió, vuelto en infierno
El rostro que era gloria de su amigo;
Y no en abrazo regalado y tierno,
Mas en horribles nudos de castigo,
Los antes tiernos brazos, de ira llena
Por el infame cuello le encadena.

Dió con el débil descarnado moro
Sobre el duro combés la tierna dama,
Y á bocados, perdido ya el decoro,
Vengar quiere á su amante, y á su fama:
Las otras solas dos, que en tierno lloro
De la tragedia cruel crecen la trama,
Que en el auto presente solos quatro
Los personages hacen, y el teatro,

Viendo el triste suceso, y brio furioso,
Del nuevo nudo, y peligrosa liga,
Con pecho mas que de muger brioso
A la venganza acuden de su amiga:
Y las tres al morábito medroso,
En brega desigual, lucha enemiga,
Mientras una le tiene, otras le ayudan,
Y en firmes lazos de rigor le anudan.

Creció la rabia, y de las blancas tocas
Duras esposas y cadenas hechas,
Entre firmes lazadas, y no pocas,
Las mal regidas manos tiene estrechas:
Hállanse en la ocasion, y en furia locas,
Ciegas en ira, y en dolor deshechas,
Quieren con su crueldad al enemigo
Mostrar que es de mugeres el castigo.

Y así ligado en la sangrienta plaza
Del destrozado barco, al fiero intento
Sus mugeriles armas desembraza
La de mas reportado sufrimiento:
De sutiles agujas nueva traza,
Nunca antes vista al mundo de tormento,
Sacaron, y en venganza á sus antojos
Con ellas al morábito los ojos.

Y por las mas cerradas coyunturas,
Y partes mas sensibles de la vida,
Del acero sutil las puntas duras
Al alma le entran sin dexarle herida;
Y en los nervios y blandas ligaduras
Anatomía hacen no aprendida,
Que solo pudo hallar igual tormento
De ofendida muger el pensamiento.

Así del tierno hijo en la desgracia
Hécuba con su pueblo advenedizo,
Sobre el avaro monstruo Rey de Tracia
Otro castigo semejante hizo:
De las nuestras la loca pertinacia
Al moro miembro á miembro lo deshizo,
Mudándole el tormento en mil maneras,
Que la muger cruel, eslo de veras.

Dos dias que el mar con su bramar sonoro
Tardó en sacar á la africana arena
El triste barco, al desmembrado moro
La vida le duró, el tormento y pena,
Y de las tres el importuno lloro:
Y al tercer dia, que con luz serena
Alumbró el mundo, y descubrió la costa,
Que de las sirtes es canal angosta,

A bordo vieron del baxel perdido
Otro, que aunque á la playa huyendo viene,
Hallando aquel en calma detenido,
Que ni trae velas, ni gobierno tiene,
Por llevarle de encuentro divertido
En su huir medroso se detiene,
Saltando dentro en brio denodado
Por nuevo asombro un caballero armado.

De Trípol para Tunez descendia
Del fiero Rey Gebel huyendo en vano
Con la bella Axa, que robado habia
Ardiendo en sus amores Artabano:
Y ella, que en torpe amor tambien se ardia,
Al robo la ocasion le dió en la mano,
Y el ofendido Rey con gente armada
Tras su honra viene, y su opinion robada.

Era Artabano infiel, de alma inquieta,
Traidor en trato, en nacimiento obscuro,
Mollita en Fez, alcayde en la Goleta,
En fe inconstante, en corazon perjuro;
Y ahora qual ligerísimo cometa
En busca va de su enriscado muro,
Hecho mas al deleyte que al acero,
Y al sensual amor que al verdadero.

Y encontrando el baxel, que sobreaguado
Las olas traen por faltarle gente,
Dentro saltó, de acero y miedo armado,
O por la muerte huir, que ve presente,
O del gusto primero empalagado,
Y ocasionado de otro mas ardiente,
Nacida aunque de léjos su centella
De los rayos de Angélica la bella.

Mas sea con este ó con aquel intento,
Sin mas curar de la que trae robada,
Como quien se descanta del tormento
Con que ya el gusto que alcanzó le enfada,
Al bergantin se arroja, y dando al viento
Vela, lealtad, y fe, á la playa amada
La herrada proa y la esperanza guia
Con seis de su alevosa compañia.

Mas no pudo el intento comenzado
Tan á su gusto y salvo efectuarse,
Que del Rey ofendido el bando airado
No llegase con él á barloarse:
Quedó rendido y preso el abordado,
Y la instable fortuna al mejorarse
Pasó las damas del baxel pequeño
Cautivas del segundo al tercer dueño.

Y presas ya tres veces, y ninguna
Con las últimas armas, un sanjaco
Saltó de Marte á la abordada cuna,
Mas que á la guerra atento al robo y saco:
Vió las tres damas, y cautivo de una,
Que en la region nació que venció Baco,
Sin buscar otra presa, ciego en vella
A su esquife saltó, y se fué con ella.

No dió el segundo ayuda al primer viento,
Que era un seco levante el que corria,
Mas aunque ayre contrario al de su intento,
La proa adonde el que sopla quiere guia:
Cazóle á popa, y con furor violento
A la playa le echó, quando del dia
Por los albores la parlera hermana
A entoldallos salia de oro y grana.

A los humildes ranchos de una gente,
Que de pescar y de robar vivia,
El barco zabordó en la arena hirviente,
Que de las blancas rocas resurtia:
Acudió al saco un esquadron valiente,
Que á la mar á pillar, si hay qué, venia,
Y al frio sanjaco, en su infeliz huida,
La dama le quitaron, y la vida.

Saquean el barco, y en deleyte y gozo
Por su confusa gente el furor arde,
Matan sin reservar viejo ni mozo,
Al soldado valiente, y al cobarde;
Y entre el confuso bárbaro destrozo,
Solo el alegre rostro haciendo alarde
De Angélica se está libre y segura,
Que hasta alarbes respetan la hermosura,

Mas ya que al flaco lecho no ha quedado
Despojo que robar, ni hombre con vida,
Y en la sangrienta popa el bulto amado
A ver su rostro y su beldad convida;
El bárbaro esquadron, ocasionado
Del robo, la cruel mano homicida
Vuelta contra su pecho feroz riñe,
Y en sangre propia el barco ageno tiñe.

Y mientras del marcial furor la prueba
Texe la ciega lid mas espantosa,
A un gallardo numida en sangre nueva
El tierno amor le presta alma briosa:
Este con dos que en su resguardo lleva
De Medoro robó la altiva esposa,
Y con ella á la selva mas vecina
Cercado de armas y deseos camina.

En igual ademán el campo griego
Vió á los fieros verdugos entregada
La bella hija del Rey, que el sagaz ruego
De Ulises dió por victima sagrada,
Y á la orilla del mar de un monton ciego
De armas, hacia la selva mas guardada,
Asi la llevarian, como ahora
Los tres á la oriental Emperadora.

Al tiempo que el Rey Pérsico, y Morgante,
De Pluton vomitados en la playa,
Salir la aurora vieron rutilante,
De aljófar llena su florida saya:
Cuya luz les mostró poco distante,
Del bravo mar sobre la corva raya,
Los tres, que con la Angélica belleza
Del bosque iban á entrarse en la maleza.

Fué á la playa el jayan, que son sus gustos
Traer siempre las armas en las manos,
Y el persa hácia los tres brazos robustos,
Que llevar ve su amada presa ufanos:
Mas quando en lo mayor de sus disgustos
Sin pensar vió los ojos soberanos
Que dan brio á su amor, vida á su fama,
Y halló tan cerca su perdida dama;

Nunca del codicioso ojos hambrientos
Al centellar las rubias masas de oro,
Que el corvo arado en céspedes sedientos
Al pasar descubrió de un gran tesoro,
Mas prestos en mirar, ni mas atentos
Al ruido vuelven del metal sonoro,
Ni por ellos al alma entró en un punto
Mayor deleyte y sobresalto junto,

Que en el alma del persa la divisa
De los primores puso de su dama,
Si bien la priesa con que va le avisa
Del conocido riesgo de su fama:
Y así sin pedir cuenta, ni pesquisa,
¿De quien, donde, o por que? feroz derrama
Por la espada sus zelos, y su brazo
Del tierno cuello rompe el torpe lazo.

No era el bárbaro amante tan sin brio,
Ni en su alfange tan muertos los aceros,
Que no pensase en limpio desafio
Su opinion defender á diez guerreros;
Antes al paso con feroz desvío,
De en medio de sus bravos compañeros,
Desnudo sale á defender su fama,
Que es de las dos la mas querida dama.

No le fué al Rey tan fácil la victoria
Con la desnuda gente que acudia,
Que mientras la ganó perdió su gloria,
Y el nuevo gusto que hallado habia:
Ora le fuese oculta, ora notoria
La espada que por ella combatía,
Mientras duró el reñir, por mas segura,
Huyendo se escondió en una espesura.

Al antes victorioso Rey, vencido
Los rigores dexaron de su estrella,
Seguro de que ya era conocido,
Pues tanto huye su enemiga bella:
Siguiera el rastro, mas el rastro ha sido
En todo tan sin él, y él tan sin ella,
Como el que antes soñando halló un tesoro,
Que al despertar se huyó en la sombra el oro.

El jayan corzo á la contraria parte
Paz acudió á poner, ó nueva guerra,
Que como en raso campo un feroz Marte
Con todos en monton confuso cierra;
Y en tantos golpes su furor reparte,
Que aquel, á este, y al otro echa por tierra,
Huyendo los demas, como sin tiento
De un feroz toro el vulgo alharaquiento.

Y juntos los guerreros valerosos
A pie se entraron por la selva espesa,
Con pasos y con ojos cuidadosos,
Aunque á fin vario, y diferente empresa:
Morgante á sus recuentros belicosos,
Orimandro buscando á la Princesa,
Sin hallar por los campos en tres dias
Mas que de alarbes pobres rancherías.

Quando una noche lóbrega sin tino,
El valle que un preñado monte hacia,
De un apartado fuego del camino,
Albergue al parecer les ofrecia:
Siguen la luz, y al pie de un crespo encino
Plantado un pabellon vieron que habia,
Y al grueso hogar una abundante cena,
Vacía de gente, y de aparato llena.

Las blancas mesas por las frescas flores
De picheles cargadas y de tazas,
Sobre grasientas brasas asadores
Humeando llenos de diversas cazas;
Seis ginetes caballos corredores
Paciendo al prado sus mejores plazas,
Y por principio del convite aciago
De fresca sangre un espumoso lago:

Tres armados varones recien muertos,
Las armas y los cuerpos destrozados,
Unos de heridas sin piedad abiertos,
Otros á crueles golpes desmembrados;
Sin hallar de tan varios desconciertos
La victoriosa espada, ni sobrados
Los que al triste marcial campo sangriento
Dueños pudiesen ser del vencimiento.

La cena y el convite placentero
En triste cena trágica mudado;
Las trastornadas tazas, que el postrero
Licor, aun no han del todo derramado:
Por las brasas humeando el ciervo entero;
El tierno corderillo medio asado:
Del jabalí el testuz, la espalda entera
Del carnero, y de leche una ternera.

Morgante alegre con la hallada cena,
Recurso de la hambre que traía,
Sin aguardar mas huéspedes, condena
Por plato suyo quanto en torno habia:
Siéntase á la abundante mesa, llena
Ya de lo que antes sobre el fuego habia,
Y sin hacerle salva al compañero
Por ante se comió un venado entero.

El prudente Orimandro, mas atento
A lo que falta allí, que á lo que sobra,
Con alma busca próvida el intento
De los fieros autores de tal obra;
Y repartido en mil el pensamiento,
En ninguno quietud segura cobra,
Que un triste de continuo tiene el pecho
Nueva oficina de desgracias hecho.

Parécele que suena en la montaña
Rumor de gente, salta de la mesa,
Y el quebrado eco de la voz extraña
Buscando se entra por la selva espesa;
Y no mucho en su bosque se enmaraña,
Quando oyó del Catay la gran Princesa
Que al cielo favor pide, y él herido
De su violencia el alma dió al oido.

Y en mas velocidad que al centro lleva,
De un grave cuerpo el peso violentado,
O de prudente mago á la voz nueva,
Alma sutil, ó espíritu apremiado,
A dar de un risco fué á una oculta cueva,
De adonde el bello bulto destrozado
Sacaban dos alegres caballeros,
Ya con tiernos halagos, ya con fieros.

Quieren á fuerza de la suya injusta
Poner en ella el gusto que no tiene,
Mas el zeloso amante, á quien la adusta
Cólera hasta privarle el seso viene,
La espada aprieta, y con virtud robusta,
Feroz, ni se embaraza, ni detiene
A darles de sí cuenta, ni tomalla,
Ni pedir ni ofrecerles la batalla.

Mas con celeridad arrebatada,
"Afuera, dice, pueblo vil y obscuro,
Indigno de beldad tan acabada,
De fe sin ley, y de hábito perjuro;
Y á no ver con sus lazos enredada
Su hermosa yedra en el infame muro
Que en su honor carga, con la espada fuera
La primer salva, y prevencion primera.

Y los dos, á quien mas temores causa
El acto infame que el contrario esquivo,
En la primera fuerza hicieron pausa,
Y á la segunda ofrecen pecho altivo:
Quedó de la qüestion libre la causa,
Que mientras dura, en paso fugitivo
Huyendo á tiento por la selva obscura,
Ni aquí está sin temor, ni allí segura.

No fué el combate mucho, que el enojo
Y la razon lo era del persiano,
Y así aunque en defender su torpe antojo
A los dos puso su ánimo liviano,
A pocos lances sobre el campo roxo
Con sangre propia firman de su mano,
Que del torpe deleyte la bebida,
O con la honra se escota, ó con la vida.

Murieron ambos, que á los golpes fieros
Del persa no hay escudo que resista,
Y él victorioso ya, con pies ligeros
Su dama busca, y con atenta vista:
Mas aunque vió á los árboles postreros
Parir del bosque en argentada lista
El rubio sol, no vió el de su cuidado,
Que ama ingrata beldad, y es desamado.

Y seguir al amor sin la ventura,
Es tropezar continuo en la desgracia:
Otro sus pasos siga, ó su locura,
Que yo á Morgante vuelvo, y en su gracia,
Al frio silencio de la noche obscura
Quiero á su mesa ver como se espacia
En el brindar el mosto, que el gigante
Un mar se beberá que halle delante.

De gruesa vianda lleno el vientre hambrien-
Y del dulce licor ocasionado, [to,
A solo el gusto de su gula atento,
En vino quedó y sueño sepultado,
Hasta que al desacuerdo soñoliento
La luz del dia gastó, y se halló cercado
De la esquadra infeliz, que en triste suerte
De entre las tazas se bebió la muerte.

Admiróle el estrago, y ver perdido
Su altivo compañero, y por buscalle
Al entrar en el bosque oyó ruido
De un triste llanto en el vecino valle:
Siguió la voz, y halló al combez florido
De la salida de una umbrosa calle,
Llorando sobre un muerto caballero
La preciosa lealtad de un escudero.

Eran los muertos dos, mas solo al uno
Con ternura lloraba el fiel sirviente:
Llegó el jayan, cesó el llanto importuno,
Temiendo que la espada sea valiente
Que con vida de dos dexó á ninguno:
Quiso medroso huir, viendo presente
Tal bulto; mas detúvole el gigante,
Por saber del suceso lo importante.

Y habiéndole mandado le dé cuenta
¿Qué origen han tenido aquellas muertes?
¿Quien alcanzó victoria tan sangrienta?
¿Qué espada llegó á dar golpes tan fuertes?
¿Qué se hizo el vencedor, por cuya afrenta
De venganza se dieron tantas suertes?
El siervo humilde al corzo antojadizo,
Temblando, en todo así le satisfizo:

"Larga tragedia, casos lastimosos
Son los que me pedís, señor, que os diga,
Que pechos falsos, y hombres engañosos,
Así el cielo y su culpa los castiga:
La Arabia dos hermanos belicosos
De obscura sangre dió en virtud mendiga,
Que arrogantes, soberbios y valientes,
De Mahoma se fingen descendientes.

Fueron Geber, y el poderoso Argante,
A quien por su traicion y valentía
La fortuna en favores abundante
Reyes de humilde sangre hizo un dia:
Este el cetro de Fez rige triunfante,
De Trípol le dió al otro en Berbería
Silla y corona, y hoy la incierta guerra
Triste sepulcro en esta inculta sierra.

Axa, una mora, á quien la adversa suerte
Para nuevas tragedias echó al mundo,
Reyna de Trípol fué, de Origio el Fuerte
Muger aleve y cruel, de pecho inmundo,
Que dió á su esposo fiel traidora muerte,
Y tras él á Geber cetro segundo,
Subiendo á Rey de Trípol el tirano
Por el favor de su alevosa mano.

No fué el nuevo adulterio en sus antojos
La última liviandad que en ellos hízo,
Que en otros muchos sus risueños ojos
Varios contentos levantó y deshizo;
Hasta que toda al fin se dió en despojos
A Artabano, este moro advenedizo,
Que ante tus pies el corazon abierto
De ese golpe de espada está ahora muerto.

A su delito igual la justa pena
Le dió la muerte; advierte ahora el sino
Por donde el discurrir del cielo ordena
A cada vida el fin de su camino:
Argante, de ambicion el alma llena,
Casamiento pretende peregrino
En Acaya, y Geber su incauto hermano,
Para darle favor se ha puesto en vano.

Querian robar á la cretense Infanta
Juntos los dos hermanos de concierto,
Y á esto con sus baxeles, y con quanta
Gente pudo, Geber salió del puerto:
Mas un frio cierzo con braveza tanta
Barrió del mar Carpacio el seno abierto,
Que el dia que pensó llegar á Acaya,
Arribar le forzó á su misma playa.

Y en tanto que de Trípol el tirano
Por la mar forcejaba contra el viento,
Su casta esposa en brazos de Artabano
La honra vendia por un vil contento:
Y así rindió su corazon liviano,
Que por no mudar gusto, mudó asiento,
Y la patria trocó, el honor, y estado,
Por el adulterino ingrato amado.

Salió con él robada el mismo dia
Que el Rey volvia á su abrigado puerto
De adversa suerte lleno, y de alegría
A ver la pena de su mal concierto:
Lloró el perdido honor, y al que huía
Con él siguió y prendió, y á este desierto
Vino á morir con su traidora espada,
Que el cielo es justo, y no perdona nada.

Alcanzóle en la mar, prendióle vivo,
Que por mas se vengar no le dió muerte,
Y por cobrar, teniéndole cautivo,
De su áspera Goleta el risco fuerte:
Guardó la ingrata vida este motivo,
Cuya mano (¡tal es la humana suerte!)
La suya quitó al Rey, que dexó acaso
Su gente en guarda de un estrecho paso.

Y con el preso, y este incauto moro
Por su guarda, llegó á esta estéril sierra,
En cuya verde falda un bulto de oro
Ofender vieron con injusta guerra;
Una dama, que el mundo en su tesoro
Otra joya de igual primor no encierra,
En poder de unos bárbaros feroces,
Contra quien daba en su defensa voces.

Libraron con su fuerza á la que pudo
Con la suya rendir sus torpes ojos,
Y al tirano Geber suspenso y mudo
En su gusto sembrar nuevos antojos:
No sé si aquí me engaño, mas no dudo
Del triste estrago destos campos roxos,
Que en lugar de la adúltera queria
Que la nueva reynase en Berbería.

Este gallardo jóven, cuya muerte
Triste presagio de la mia ha sido,
Y su real nombre Bahamel el Fuerte,
Y de Orgio primo y sucesor querido;
O ya rendido de la misma suerte
Del bello rostro en llanto consumido,
O que con la ocasion quisiese en ella
Cobrar de un golpe el reyno, y la doncella,

Hecho su oculto trato con el preso,
Y de armas prevenido de su mano,
Feliz á los principios el suceso,
Suya fué la virtud, y de Artabano:
Matan al Rey Geber, matan tras eso
Del rudo pueblo el esquadron villano,
Que él trazando su amor, y ellos su cena,
De nada estaban con temor ni pena.

Vuelto sangriento lago el aparato
Del banquete real, vió la floresta
Entre tazas y muertos un retrato
De los Centauros en su horrible fiesta:
Huyo la bella dama con recato
De la turbada mesa descompuesta,
Siguiéndola qual diestros cazadores
De la matanza cruel los agresores.

Desta vecina gruta en las entrañas
Huyendo se escondió, y los dos tras ella
Victoriosos desvuelven las montañas
Al turbio rayo de una obscura estrella;
Quando entre ásperos riscos y espadañas
Su luz la descubrió qual Diana bella,
Que al romperse la hueca nube fria
Hurtando sale la hermosura al dia.

Mas, ahora al fin de la cruel matanza
Algun furor quedase con la vida,
O el justo cielo diese á la venganza
Del caso atroz tan mísera salida;
Casi triunfando ya de su esperanza,
Y por la frente la ocasion asida,
La vuelta daban de esa gruta obscura
Con la recien hallada hermosura:

Quando un soberbio bulto denegrido
Las sombras amasaron desta sierra,
Del ciego infierno á castigar venido
Los aleves destrozos de tal guerra:
Mas que de acero, de rigor vestido,
De dos golpes qual ves echó por tierra
Las malogradas vidas, que en una hora
Venus triunfantes vió, muertas la aurora.

De la infeliz tragedia por testigo
Yo solo me salvé en la gruta obscura,
Medroso que del cielo al fiel castigo
No habia en el mundo ya parte segura;
Quando del vientre obscuro, cuyo abrigo
El temor me prestó, vi una figura
En horrible anhelar sembrando fuego,
Que este mundo alumbró, y se apagó luego."

Así el medroso moro al Rey Morgante
De su infeliz tragedia acabó el cuento,
Y él viendo la honda cueva, que delante
Con horrible preñez se traga el viento,
Sintió en su hueco tumbo resonante
Nuevo rumor, y con gallardo aliento,
Sin mas escudriñar causas ni efetos,
Entró á ver de sus senos los secretos.

Tembló el hinchado monte, gimió el valle,
Y vomitó la cueva un fuego horrible,
Huyó el cobarde moro, que á tornalle
El amor de Bohamel no fué posible:
Lo que al corzo le avino abriendo calle
Por el obscuro cóncavo invisible,
Ni aun para dallo ahora en breve suma
Palabras tiene ni lugar mi pluma.

Monstruosas sombras, ásperos portentos,
Preñeces fueron desta cueva obscura,
Que al estrecho rigor de mis intentos
En tiempo exceden hoy, y en coyuntura:
Otra trompa les dé claros acentos,
Basta al contexto y fin desta escritura,
Que el mismo dia salió el corzo triunfante,
El fino arnés vestido de un gigante.

Del esforzado Anteo, que fué hijo
De la fria tierra, está la urna eminente
En la alta gruta de un peñasco fixo,
De un cuajado cristal resplandeciente;
En cuyo seno halló el bulto prolixo
De escamados artejos de serpiente,
Que por arnés el monstruo se vestia,
En perlas anudado y pedrería.

Tuvo á las faldas desta inculta sierra
Con Alcides una áspera batalla,
Alcides que en los puntos de la guerra
Ni al mundo otro mayor ni igual se halla;
Y el hijo altivo de la humilde tierra
Así el perdido aliento halló al tocalla,
Que el caer al golpe de la hercúlea clava,
La primer fuerza que perdió le daba.

Hasta que el héroe invicto el cauto pecho
Del suelo levantó, y suspenso en calma,
Los músculos cerró en un nudo estrecho,
Que al perezoso cuerpo exâló el alma,
Dexando al vencedor nuevo derecho
Del libio reyno, y del honor la palma,
Y á esta cueva en blason de sus porfias
Su fino arnés, y sus cenizas frias.

Hércules por trofeo á su victoria,
La limpia clava que forjó Vulcano
Al sepulcro añadió, para memoria
Que allí lo abrio su poderosa mano:
Y el corzo Rey en nueva vanagloria,
Vestido el serpentino arnés ufano,
Al salir pareció la clava al hombro,
Nuevo Alcides del mundo, y nuevo asombro.

De un escamado cuero de serpiente,
Que en oro cada escama se cogia,
Cuya ancha boca la arrugada frente
Y áspero cuello del jayan ceñia,
Hecho un feroz dragon resplandeciente
Dexó la cueva, y el siguiente dia,
Al liso pie de un álamo sombrío,
Un caballero vió al raudal de un rio,
Que á pasar de la ardiente siesta el punto,
Y del seco ayre la tostada llama,
Se aprestaba, y cabe él vivo el trasunto
De la belleza en hábitos de dama:
Mas del campo de Francia el grave asunto
A dar noticia entera de él me llama,
De su gente, sus fiestas, y de quanto
Al mundo en sus bravezas causa espanto.

ALEGORÍA.

Por Bernardo, que habiendo visto en los encantamentos del Carpio la clara sucesion de su linage no trata mas de buscar á Arcangélica, se muestra, que el varon heroyco, que antes caminaba tras el gusto de sus apetitos, habiendo llegado á la contemplacion y verdadero desengaño de lo por venir, y á enterarse en los grandes premios de gloria que le están prometidos en el otro mundo, de todo punto olvida y dexa lo que antes le traía destraido, y procura acompañado de virtudes volver á la obediencia y jurisdiccion del entendimiento, de adonde los deseos de venganza le habian sacado.

Hallarse Orimandro y Morgante en los are-

nales de Africa, despues de haber dado una vuelta al mundo, siendo Orimandro figura del entendimiento, y Morgante de la voluntad, es decir, que sin la memoria, entendida por Reynaldos, aunque uno haya dado vuelta á todas las grandezas del mundo, se hallará en un arenal estéril y desierto, y sin acordarse de cosa alguna mas que si por él no hubieran pasado.

Las desgracias de Angélica, tan arrojada de unas en otras, dicen al natural la vida de una muger distraida, y dada á las libertades de su antojo. En la tragedia de Arminda y Leoncio se descubre la crueldad de las mugeres, que como por la mayor parte les falta prudencia, son crueles por exceso. En la tragedia de Artabano, se pinta el lamentable y desdichado fin de un adúltero.

En Morgante, que habiéndose perdido de Orimandro, gana las armas de Anteo, hijo de la tierra, se significa, que en apartándose la voluntad de la luz del entendimiento, toda se arma y viste de cosas de la tierra, sin quedarle mas que algunas cortas inspiraciones del cielo, entendidas por la clava de Hércules.

Fin del libro vigésimoprimo.

LIBRO VIGESIMOSEGUNDO.

ARGUMENTO.

Atemoriza á Carlo Magno un espantoso sueño, interprétalo Malgesi, Montesinos refuerza con sus razones las del sabio, Orlando le responde á ellas, de cuya respuesta se ocasiona la gran discordia del campo francés: déxanse por ella las fiestas aplazadas, y marchando el resto del campo para España, llegan al Pirineo, donde el César manda hacer reseña de su gente. Ferragut encuentra en Africa, á la ribera de un rio, con Angélica; y estando para gozar della sobreviene Morgante que lo estorba, y dexándolo de un golpe de maza sin sentido, parte en su seguimiento á Biserta, donde hace grande estrago hasta embarcarse tras ella para España: Orimandro halla á Arlaja en un gran desconsuelo, y en su compañia le sucede una maravillosa aventura.

Ya en este tiempo el bélico aparato
Del francés campo, con marchar sonoro
Al son de los clarines, y al rebato
De las trompetas y los lirios de oro,
La fama con las sombras del retrato
De su grandeza, al africano, al moro,
Al montañés, al asturiano, al godo,
Todo lo asombra, y lo alborota todo.

Decretóse en París, que á la importancia
Del francés brio, la imperial persona,
A toda diligencia y toda instancia,
Al campo baxe que venció á Girona:
Que allí le siga lo mejor de Francia,
Invicto cerco de su real corona,
Suspendiendo las fiestas para quando
Con los demas se cobre el fuerte Orlando.

Llegaron en un tiempo los franceses
Con su César al campo belicoso;
Roldan por varios trances y reveses
Buscando el español brazo brioso,
Que de él probó y Dudonio los arneses,
Y de ambos salió libre; y victorioso
Reynaldos, de haber hecho con su vuelo
Una raya en la mar, y otra en el cielo.

Traxo tras sí de Amon el hijo amado
Del muro antiguo las estatuas de oro,
Que la codicia del metal preciado
Con ellas aumentar hizo el tesoro:
Del Rey Artus el cuerpo sepultado
En rica tumba de metal sonoro,
A la ancha puerta de la sala estuvo
Los siglos que su estrella le entretuvo.

De allí el etéreo cuerpo, ó sombra humana,
Aun no del todo adelgazado en viento,
Con blando curso por la esfera vana
De ayre volaba en débil movimiento:
Cuya fantasma, aunque al mover liviana,
Al sepulcro dió nuevo movimiento,
A la roma figura y breve amago,
Que á un cerco obscuro hizo el francés mago.

Al fin con la sagaz leccion del sábio,
Que los mundos gobierna del poniente,
El encantado pueblo el vil resabio
De su metal perdió resplandeciente:
Sembró la fama en placentero labio
La gran resurreccion del pozo ardiente,
Alegróse el real, y el campo ufano
Con la vista creció de Carlo Mano.

Manda otra vez en honra de su gusto
Que de nuevo se vistan de alegría
Las resfriadas fiestas, premio injusto
De un deseado malogrado dia:
Crecen al débil pecho y al robusto
Orgullos que la ardiente sangre cria,
Y abre un fresco placer al pensamiento
La vecina jornada del contento.

Así tal vez de entre los cuernos de oro
Del toro alegre de calor fecundo,
El rubio alegre sol siembra el tesoro
De Flora, y llueve regocijo al mundo:
Crece en las selvas el parlero coro
De las aves sin dueño, el mar profundo
Serena sus riberas, rien sus playas
En crespas olas y argentadas rayas.

Tal del campo francés fué el alborozo,
Tal de sus claros héroes la venida,
Tal de sus almas el ardiente gozo,
Que á las ya muertas fiestas dieron vida:
Mas siempre este placer traxo rebozo,
Siempre en estrella se trazó impedida,
Siempre huyendo fué, y de lance en lance
Nunca á sus trazas dió el contento alcance.

Por la renunciacion de Alfonso el Casto
Se comenzó en los campos de Girona,
De allí por nuevo azar mudo su gasto
A Perpiñan del César la corona:
Ya en Paris con rumor confuso y vasto
Le pregono la fama; hoy le pregona
En Limoxes, y al fin de dia en dia
Tarde amanecerá el de su alegría.

Ya Febo sobre el mar del pardo moro
Templaba al roxo carro las centellas,
Desguarneciendo al mundo del tesoro
De su luz, y bordándolo de estrellas:
Del yugo ardiente las coyundas de oro,
Las rubias horas, y las ninfas bellas
Le desatan, y puestas en contorno
De magestad le sirven, y de adorno.

Quien las riendas le toma de la mano
Cargadas de encendida pedrería,
Quien la corona, quien el manto ufano,
Que el cielo y tierra visten de alegría;
Quien peyna á su cabello soberano,
La luz de adonde al mundo nace el dia,
Quien le alivia el calor, quien la maraña
De oro en rocíos de olor le templa y baña.

Quien el fogoso pértigo levanta
Al carro que anda trastornando sinos,
Quien los caballos da, quien los enmanta,
Frenos tascando de diamantes finos;
Quien de los piensos de la ambrosia santa
A sus pesebres da colmos divinos,
Y quien le carga á la encubierta noche
De dulce sueño el enlutado coche.

Apoderóse la quietud callada,
En sesgo vuelo y pasos descuidados,
De la fria tierra sin color sembrada
De nuevos animales desmayados,
Al sabroso sosiego encomendada
La importuna batalla de cuidados,
Las doradas estrellas encendidas
Sus cursos abreviando, y nuestras vidas.

Quando en la sala real ardiendo en oro,
En blanda pluma, y en pomposo lecho,
Al grave César hurtan el tesoro
Del sueño los cuidados de su pecho:
Cércanle el alma, y sin guardar decoro
Al tiempo, á la persona, ni al provecho,
En parlero silencio no se halla
Cosa que en su quietud no ande en batalla.

Entre el rico brocado y blando lino
Reposo busca en vano de mil modos,
Aquí vuelve y allí, y ningun camino
De paz encuentra, aunque los prueba todos;
Que el descuidado sueño en mejor tino
Viene á la humilde plebe que á los godos,
Y siempre goza dél en mayor suma
La seca paja, que la blanda pluma.

Tras larga noche al fin el dulce frio
Del alba, en perezoso y tardo sueño,
El rostro le bañó, y con su rocío
La pasada inquietud quedó sin dueño:
Huyeron los cuidados, perdió el brio,
Y de la altiva magestad el ceño
Quedando en el olvido, y el semblante
A los demas mortales semejante.

Mas como el gran sentir de una alma grave
Mayor estruendo y máquina revuelve,
De interiores figuras, el suave
Sueño, que en la del César ya se envuelve,
Al real tesoro destorció la llave,
Y en pomposo aparato y forma vuelve
Cercado de fantasmas fugitivas,
Que aunque son muertas le parecen vivas.

Y por la ociosa y libre fantasía
El pintado Morfeo, en el concurso
De un grave teatro representa y guia
De nuevas cosas un fatal discurso;
Y en unos valles lóbregos, que el dia
Ni el sol alcanza á trastornar su curso,
Por entre pardas grutas y anchas quiebras,
De dragones peynadas y culebras,

Cercado de sus bravos paladines,
En pomposo ademán caza gallarda
Empezar le parece, y que á los fines
Del monte un roxo leon feroz le aguarda,
A quien de aquellos riscos los confines
Por su defensa tienen, y por guarda
De un rico árbol que lleva pomas de oro,
Mejor que Atlante, y de mayor tesoro.

Aficionó al francés la nueva fruta,
Y la piel roxa del leon gallardo,
Y con sus doce Príncipes la gruta
Altivo escala, y sube al risco pardo,
De donde cada qual le da y tributa
Al desenvuelto leon un presto dardo,
Que él victorioso en su escombrada plaza
Con dientes y uñas rompe y despedaza.

No queda flecha sana, ni arma entera,
Que no destrocen sus valientes garras,
Solo se salva el que ligero afuera,
Saltando del palenque, huye las barras
De sus lanzas: la suya por postrera,
Ya en posturas lanzar queria bizarras,
Confiado de le dar con ella alcance,
En presto golpe, y en seguro lance,

Quando el limpio venablo en brio certero
Rompiendo el ayre el Rey dormido arroja;
Mas no tan presto el relumbrante acero
Del crespo cerro halló la espalda roxa,
Que atrás recio tornó, volviendo entero
Al Rey, que huyendo va en mortal congoja
Por no hallar de las suyas arma entera,
Que todas las rompió y tragó la fiera.

Sueña que huye entre quebradas breñas
Del monstruo horrible que tragó á los doce,
Sobre difuntos cuerpos, cuyas señas
En obscuras fantasmas desconoce;
Quando en las puntas de unas altas peñas,
Que un cielo hacen que la vista goce,
Sobre colunas de cristal parece
Que una abultada real máquina crece.

De un suntuoso palacio alto motivo
De arquitectura y mármoles de pario
Bellas estatuas, donde el bronce vivo
Magestad crece sobre el jaspe vario,
Vuela la pompa, sube el arco altivo
En hombros de oro su alto lacunario,
Cargado de bellísimos despojos,
Gloria á su vencedor, gusto á los ojos.

Gime la firme tierra con la carga
Del palacio y su inmensa pesadumbre,
Que es donde menos el valor se alarga
Cristal los frisos, y oro la techumbre;
Y de hadas allí de vida larga
Una sombría y ciega muchedumbre,
Dando á Demogorgon, que está presente,
Pesadas quejas dél, y de su gente.

A cuya cruel venganza, por decreto
De las obscuras parcas, de unas quiebras
Salir horrible vió á la furia Aleto,
A peynar sobre Francia sus culebras;
De quien llover notó fuego secreto
Entre sus negras marañadas hebras
A su infeliz exército, de modo
Que todo ardia, y lo abrasaba todo.

Las demas furias del confuso averno
Blandones vió arrojar y hachas ardientes,
Y al cruel barquero del pasage eterno
Por una barca hacer dos largas puentes:
Vió ensancharse los senos del infierno
Para hacerse capaces de mas gentes,
Y que las parcas no podian unidas
Los hilos cercenar de tantas vidas.

Bien que de un mago cerco la figura
El fuego ardiente sin pensar le apaga,
Y con los rayos de otra nube obscura
El un incendio al otro incendio traga;
Quando al Rey del cuidado la apretura
Lo dulce así de su quietud le estraga,
Que el sueño le escondió, y él sin aliento
Manos y ojos abrió, y asió del viento.

Turbada el alma, el pensamiento lleno
De las medrosas formas que antes via,
Suspenso mira de la luz el seno
Donde murió su sueño, y nació el dia;
Y aunque ve que es el delirar sin freno
Vana obra de inconstante fantasía,
Por mas que de la suya alza la mano,
Sacudir de sí el miedo intenta en vano.

Al fin de graves causas lleno el pecho,
En la real quadra, de su altiva gente
Un sábio y noble parlamento hecho,
En silla de oro y en diadema ardiente,
Del sueño prodigioso el nudo estrecho,
Que su alma ciñe y su memoria siente,
Largo discurso hace, á quien seguro
Consejo pide y luz en tanto obscuro.

"¿Qué sombras, dixo, en varias impresiones
De nuevo el santo cielo á mi alma envia?
¿Qué agüeros, qué prodigios, qué visiones
La noche asombran, y le afean el dia?
¿Qué llamas, qué sombríos esquadrones,
Qué fiero leon, qué nueva montería
Mis ojos vieron? ¿deste peso grave
Quien á mi pecho hará un rigor suave?"

Dixo, y en varios pareceres puesto
Del fatal sueño juzga el gran senado
Lo que al olvido puede dar mas presto,
Entre pena menor, menor cuidado;
Que la lisonja pudo, y puede en esto
Así á su gusto interpretar el hado,
Y el curso trastornarle por tal senda,
Que antes el daño llegue que se entienda.

Mas el mago francés, que está presente,
Del ignorante delirar se admira,
Y quan sin miedo el lisonjero diente
La verdad muerde, y masca la mentira;
Y bien que escucha, y calla, advierte, y siente
El triste blanco adonde apunta y mira
En su presagio el cielo por entero
De aquel sueño fatal el triste agüero.

Viendo que los demas en él ya puestos
Los cuidadosos ojos, del semblante
Con que oye los oráculos propuestos
Rastreando van del caso lo importante;
Así al César por términos modestos
El hado por venir pone delante,
Y la revolucion de un mundo ambigo
De las estrellas baxa al pueblo amigo.

"Prospere el cielo, y como puede haga
Mi miedo incierto, y vana mi sospecha;
Y si es que á no herir tal vez amaga,
En esta dexe la experiencia hecha:
Crezca el valor francés; mas si empalaga
Su grandeza á los hados, ¿qué aprovecha,
Contra el rigor de inevitables daños,
Dorar lisonjas, ni afeytar engaños?

La ardiente llama de las negras clines
De la discordia que en tu gente ardia,
Dirá de tus soberbios paladines
Presto la furia, y la paciencia mia:
El roxo leon, que á mas sangrientos fines
Su dulce caza el hado incierto guia,
De dragones cercado, y de culebras,
En ciegos valles, y en profundas quiebras,

Es el invicto Leon, reyno de España,
De africanos dragones rodeado,
De cuyas garras y atrevida saña
No hay asta entera, ni venablo armado
Sino es el tuyo, al tuyo no le daña,
Tú solo volverás, solo á ti el hado
La vuelta otorga en su infeliz desastre,
Los demas ¡ay de mí!.... mas esto baste."
Rieron unos, y otros mas prudentes
Del sábio ponderaron las razones,
Conforme el gusto y causas diferentes
Con que alargan, ó enfrenan sus pasiones;
Hasta que Montesinos, de eloqüentes
Palabras, y de honradas pretensiones,
Viendo en los de Maganza el regocijo
Con que de Malgesí se burlan, dixo:
"Despues que del traidor Rangorio el brazo
De ilustre sangre el Mopsa dió cubierto,
Y el Conde Don Grimaldo en el regazo
De la universal madre cayó muerto:
Viuda la mia ya del dulce lazo
Que una traicion deshizo en San Lamberto,
A España huyó, llevando en compañia
A mi hermano, y á mí, que aun no vivia.
Allí se retiró de su violencia,
Y allí yo, en el rigor de una montaña,
A ver salí del cielo la presencia,
Y el primer ayre respiré de España:
Allí el nombre me puso la inclemencia
Del peñascoso sitio y tierra extraña,
Allí es mi patria, aunque de Flandes vengo,
De España soy, por español me tengo.

Es de Fuente Grimaldo la alta sierra,
Fúnebre pira á los heroycos huesos
De mis difuntos padres, donde encierra
De un triste fin mil trágicos sucesos:
Quando en mi sangre real la ingrata tierra
De Francia hizo tiránicos excesos,
Y la enemiga patria parricida
A su antiguo señor dexó sin vida.

Los perseguidos huesos desterrados,
En sangrienta urna humilde recogidos,
Del español Alfonso acariciados,
En pompa ilustre fueron recogidos
Con los demas tras ellos arrojados:
Ni ambos ya por nacer, ni ambos nacidos,
Que en lo mejor de la española tierra
Mando en la paz nos dió, y honra en la guerra.

Mi hermano Don Teobaldo de Guevara,
Del Rey Navarro, y de su hermosa hija
Esposo, y yerno, en posesion mas clara
El comenzado domicilio afixa:
A mí del Casto la prudencia rara
Por su embaxador hizo que me elija
Al César, donde en la ocasion presente
Por razon le grangee, ó por pariente.

Y así á las importantes que he propuesto
Para que esta jornada se desista,
Lo mucho de ambicion y poco honesto
En que se funda exâminada y vista,
Juntando á las demas que ha dicho y puesto
En sábia copia, y en prudente lista,
Malgesí, los agüeros, y el aviso,
Que en ellos dar el cielo al César quiso,

Digo que en zelo santo y noble pecho
Dexar se debe el bélico aparato,
O volver de las armas el pertrecho
Contra la gente infiel del pueblo ingrato:
Contra las mauras sierpes, que á despecho
De la ley santa en infernal retrato
El español distrito tienen puesto
En daño grave, y riesgo manifiesto.

Y que seguir el curso de las cosas
Es hacer la pasion que ahora las guia
Las enemigas armas poderosas,
Y dar rendida España á Berbería:
Y á las naciones al cristiano odiosas
Con la nuestra aprobar su tiranía,
Y darse del sin ley pueblo precito
Cómplices en la culpa y el delito.

El desnudar el alma de ambiciones,
Mostrar la saña y cólera medida,
Y en freno de oro gobernar pasiones,
Dando á las leyes con la suya vida,
Es propio de cesáreos corazones,
Del pecho real la senda mas sabida:
Esto es ser Rey, reynar en sí primero,
O sea el reyno un lugar, ó el mundo entero.

Mas pensar que el soberbio cetro de oro,
La ardiente mitra, y la imperial corona,
Tengan su magestad en el tesoro,
Mas que en el pecho heroyco y real persona:
Que sea mas Rey, quien del cristiano ó moro
Mas reynos gana y cetros amontona,
Es tiránico abuso, es desatino
De la grandeza y magestad indino.

Y así al que en parecer contrario fuere,
Y en lisonjero labio alzare vientos,
O con vanos discursos pretendiere
Negar, ó deshacer mis fundamentos:
A uno, á dos, y á tres, y á los que hubiere
Desta opinion, yo solo en sus intentos,
Si á ver mi espada, y á probarla llegan,
Confesar les haré lo que ahora niegan."

Dixo, y un sordo murmurar confuso
Se derrama en el grave parlamento,
Que en diferentes opiniones puso
De la resolucion el alto intento:
A unos del bravo paladin compuso
El gallardo ademán y altivo aliento,
Y á otros el dulce razonar severo,
Y á otros del César el soñado agüero.

Mas el soberbio Orlando, ó ya ofendido
Del reto y desafio disfrazado,
Con que en brio colérico encendido
Tras sí quiso arrastrar todo el senado,
O por sus mismas causas desabrido,
O de su altivo honor disimulado,
En arrogante tono, y voz severa,
Al montañés habló desta manera:

"Son de los Reyes los intentos altos
Ocultas sendas á la humilde plebe,
Por mas que el seso en temerarios saltos
La inteligencia busque que los mueve:
Y así en grandeza pródigos, ni faltos,
La imprudencia inferior juzgarlos debe,
Ni darles tasa, regla, traza, ó modo,
Sino adorarlo y admirarlo todo.

Tú si á pedir veniste desafío
Contra Oliveros, hijo de Rangorio,
Por vengar de tu padre el cuerpo frio,
Y la agraviada sangre de Sertorio:
Allá al campo aplazado guarda el brio,
Allá pon leyes, y te haz notorio;
Mas si acaso del casto Rey gallego
Al César traes razon, ó humilde ruego,

Propon el caso, ordena de otra suerte
En inferior estilo tu embaxada,
Negocia humilde que su campo fuerte
Por bien de paz suspenda la jornada:
Que la sentencia, y el rigor de muerte,
Ya contra España y su arrogancia dada,
Se dilate algun tiempo, ó trueque el modo,
Sino es posible revocarse todo.

Mas querer por tu antojo dar medida
A los grandes motivos de la empresa,
Y á tus vanos discursos reducida
Sin mas razon la Magestad francesa,
Es loca presuncion, lengua atrevida,
Frívola ostentacion, que se atraviesa
Sin fundamento al paso, freno estrecho,
Mas que de discrecion de ambicion hecho.

Yo ahora desta célebre jornada,
Ni apruebo ni repruebo el grave intento,
Que si por una parte está infamada
De ambicioso y liviano fundamento,
Por otra basta darla acreditada
La gran presencia del cesáreo aliento,
Que no habrá guerra injusta, si la abona
La grave autoridad de tal persona.

Y así de tu discurso al postrer punto,
En que á todos te opones temerario,
Viendo que del imperio el poder junto
Aprueba y sigue el parecer contrario:
Por todos digo que al soberbio asunto,
Que á defender te ofreces voluntario,
No bastas, ni tu espada y brazo alcanza
Al blason de tan bárbara alabanza.

Y en razon dello el campo y desafío
Por todos juntos desde ahora aceto,
Que como general de Francia es mio,
Y como á tal me toca y hiere el reto:"
Dixo, y del paladin flamenco el brio,
Que en España nació, al gallardo efeto
De provocarle el Conde á la batalla,
Brioso pide luego el comenzalla.

Mas el galan y bravo Durandarte,
Contra el rostro feroz del Conde esquivo,
Narciso en cuerpo, y en braveza Marte,
Así se puso en medio, y dixo altivo:
"Quanto mi primo ha dicho, en todo, ó en par-
O en propia empresa, ó general motivo, [te,
Es razon y verdad, y no la dice
Quien esta con pasion le contradice.

Y porque la batalla, que aplazada
Antes de ahora está con Oliveros,
Entrar le impide luego en la estacada,
Y poner freno á esos livianos fieros,
Yo estoy aquí, y aquí mi libre espada,
Que con la razon mia, y sus aceros,
Haré al Conde de Brava que confiese
La contraria opinion, aunque le pese."

Dixo, y el bravo Príncipe de Orange
Meridian, de Durandarte hermano,
Aunque antes no le hablaba, al rico alfange
Furioso pone la atrevida mano;
Y al del quartel del roxo escudo afrange:
"Mio es, le dice, el campo, el campo en vano
Procura de otra espada y de otra via,
Quien le tiene aplazado con la mia.

El campo de mi hermano, y de mi primo,
Yo solo lo haré, yo solo basto
A la vana arrogancia que no estimo,
Ni mi brazo, si el suyo no contrasto:
Bien sabe el Conde el imprudente arrimo
Que de Celindos dió al intento casto,
Por no decir tirana alevosía,
Que en la Condesa de Irlos pretendia.

Quando con loca y bárbara arrogancia,
A sola su pasion y gusto atento,
Fiero juró, á pesar de toda Francia,
De hacer el intentado casamiento:
A esta incauta promesa, á esta jactancia,
Con mi espada he de dar el escarmiento:
Sobre este punto la batalla quiero
Por todos tres, pues la acepté primero."

Dixo, y el bravo Orlando ardiendo en ira,
Qual marsilio leon, que en medio un cerro,
Un venablo de aquí, y de allí una vira,
Un cazador de acá, y de acullá un perro,
Le ciñe, ladra, le amenaza, y tira,
Y él pone á todos encrespado el cerro,
Así el Conde feroz con tres compite,
Y este, y aquel, y el otro campo admite.

"Salid todos, replíca, á todos quiero,
Y sacad con vosotros todo el mundo,
Que todo junto, quando sea de acero,
Lo deshará mi brazo furibundo:
¿Qué parais en segundo ni en primero?
Sed primero los tres, Francia el segundo,
Que á Francia, y á los tres, y á todo el resto
Para matarlo junto estoy dispuesto."
Así dixo, y Celindos el Infante,
A quien Meridian trató de aleve,
"Mio es el campo, ya en cuerpo bastante
De edad me ha puesto, dixo, el tiempo leve:
Con Meridian lo quiero, pues delante
De mí ya el Conde Dirlos no se atreve,
Medroso que haga en él mi ardiente rabia,
Lo que hacer no pudo la de Arabia.
Con encogido miedo, temeroso
De la batalla que aplazó conmigo,
Por los desiertos anda receloso,
Sin osarse acercar al campo amigo:
Mas pues ya se llegó el tiempo dichoso
Que por mí puedo responder, le digo
Que miente, quien dixere, dixo, y dice,
Que yo las nuevas de su muerte hice.
Y sin esta batalla, con su hermano
Entrar en la segunda quiero luego
En razon que con término villano
En los amores de Belerma ciego,
Que habiéndome ella á mí dado la mano,
Y de sí misma un maridal entrego,
Se alaba que la sirve, y que es su amante,
Y que hubo...." y no paso mas adelante.

Que el gran Reynaldos con semblante hor-
El brazo alzó por darle, si alcanzara, [rendo
Un libre bofeton; mas no pudiendo
La mano, el guante le arrojó á la cara:
Y en bélico corage y furia ardiendo
Contra él y Durandarte se declara,
A entrambos pide campo, á entrambos dice,
Si cada qual por sí no se desdice:
Celindos del infame y torpe enredo
Que contra el Conde Dirlos ha inventado,
Y el galan Durandarte del denuedo
Con que se finge de Belerma amado:
Que de pura verdad, ó puro miedo,
Confiese por quimera su cuidado,
Y á ella mentar en público y secreto
Esposa de su hermano Ricardeto.
Salieron á la parte del Infante
Celindos, Don Roldan, y Don Gayferos,
Que á un mismo tiempo el ánimo arrogante
Entre las armas barajó los fieros:
Reynaldos dentro en su feroz semblante
Libre se opone á todos los aceros,
Y el bravo Durandarte al mismo modo
Por su amada Belerma al mundo todo.
Sin respetar la grave imperial silla,
Ni la Cesárea Magestad en ella,
La pasion arde, crece la rencilla,
Y todo el furor ciego lo atropella:
Cae el honesto respeto, y se amancilla
La debida obediencia con perdella:
Los nobles héroes, y el senado santo,
Un ciego nudo son de horrible espanto.

Mil lucientes espadas en un punto
Rayos al ayre dan, y al sol vislumbres,
Cuyos golpes en triste contrapunto
El oro hacen temblar de las techumbres:
Suena en confuso estruendo todo junto,
Héroes, rayos, furor, armas, vislumbres,
Sin que el brazo del Rey, que está delante,
Para enfrenar su furia sea bastante.

Reynaldos al valiente Durandarte,
Que á Celindos tiró un revés ligero,
Del rico manto una bordada parte
Al suelo le arrojó de un golpe fiero:
Dobló el francés el cuerpo, y por la parte
Que halló camino el peligroso acero,
Así al hijo de Amon se entró derecho,
Que los dos tercios le escondió en el pecho.

Hizo á soslayo la mortal herida
Golpe sin riesgo, que á encarnar la espada,
Costara al noble paladin la vida
La injusta brega sin sazon trabada:
Quando á Orlando á sus pies dexó sin vida
Al jóven Meridian de una estocada,
Y el zeloso ofendido Durandarte
A Celindos pasó de parte á parte.

Hirió el traidor Anselmo á Don Gayferos,
Dudon al generoso Baldovinos,
Y por cubrirse á un golpe de Oliveros,
Naymo en el hombro izquierdo á Montesinos:
Nunca en riesgo mayor lances mas fieros,
Ni en mas furor mas ciegos desatinos
En su Corte vió el César, ni en su gente
Discordia igual, ni fuego mas ardiente.

Galalon, que del centro de su gusto
La marañada confusion miraba,
Al lado puesto del Monarca Augusto,
Calor á la confusa brega daba:
"Pon, dice, ó gran señor, pecho robusto
En prender al traidor señor de Brava,
Y á Reynaldos, que abrió del desacato
La aleve puerta en el primer rebato."
El grave cetro de la mano arroja
El César, ya de lágrimas cubierto
Viendo á Roldan, y con mortal congoja
Al Príncipe de Orange á sus pies muerto:
Tinta su ardiente espada en sangre roxa,
Cabe él Celindos el costado abierto,
Revuelto el campo, y sin hallar camino
Con que atajar su extraño desatino.
Quiso prender el César de su mano
Al hijo de Milon, y á Montesinos:
Fué á cometer un nuevo error en vano,
Y alterar no pensados desatinos:
Que á defender su senador romano
Salieron los exércitos latinos,
Que allí á su cuenta vienen, y á su mando,
Que es de la Iglesia capitan Orlando.
El soberbio Reynaldos de otra parte
A Montesinos defender pretende,
Mas contra todo el campo Durandarte
A su venganza el grave fuego enciende:
Hiere, desmiembra, rompe, quiebra, y parte,
Nadie sino es huyendo se defiende,
Que en la venganza de su muerto hermano
Qualquier exceso juzga por liviano.

Crece la gente en bandos repartida,
Arde el furor, y el campo sin caudillo,
Sin pendon, sin bandera conocida,
Unos á otros se meten á cuchillo:
Y ya al vulgo la saña reducida,
No hay podello aplacar, ni reducillo,
Que sin saber por qué, de mil maneras
Sin caudillo pelean, ni banderas.

Ya la primer discordia apaciguada,
De nuevo otra sin ver por qué se enciende,
Aquí la gente corre amontonada,
Acullá en tropas el furor se extiende;
Todo en confusa guerra marañada,
Nadie aun su misma pretension entiende,
Los que dieron principio al civil Marte,
Ya para apaciguarlo no son parte.

El traidor Galalon, que en pompa ufana
Ya el general baston del Rey tenia,
Que para apaciguar la furia insana
Del popular motin dado le habia;
Con la dignidad nueva soberana
Vengar propias pasiones pretendia,
Que quien de la virtud no sigue el bando,
Para solo hacer mal pretende el mando.

Así el fingido Conde de Pontiero
No el alterado exército apacigua,
Ni el fuego que el furor vuela altanero,
De paz con blandos medios amortigua:
Mas para ocasionar su ánimo fiero
A cruel venganza en su pasion antigua,
La injuria le refresca mas liviana
Que á la real sangre debe de Mongrana.

Y ciego en sus confusos desatinos,
Cercado de diez Condes de Maganza,
Para prender al noble Montesinos
Por el revuelto exército se lanza:
Quando el hijo de Amon, que en Baldovinos
Iba á tomar de su traicion venganza,
Sin pensar le encontró, y de un altibaxo
Al yelmo de oro echó el plumero abaxo.

"Bien sabes, dice, ó magancés valiente,
Mejor que ahora el corte de mi espada,
Quando por tu mordaz lengua á tu frente
Esa divisa le dexó estampada:
Con ella vengué á Orlando mi pariente,
Y á su madre dexé desagraviada,
A quien tú con embustes peregrinos
Madre quisiste hacer de Baldovinos.

Él no vengó por no poder su afrenta,
Yo si que estoy á estas venganzas hecho,
Desde que en juventud, de honor sedienta,
A tu hermano pasé el aleve pecho,
Porque con lengua quiso alharaquienta
De mi madre infamar el casto lecho,
Y haciéndose mi padre á su albedrío,
Desheredarme del valor del mio.

Mas no quedó la injuria sin castigo,
Que su lengua en la punta de mi lanza,
A todo el mundo universal testigo
De su delito fué, y de mi venganza:
Degollé á Bertolage, que conmigo
A probar se atrevió el brio de Maganza,
Y á Naymo, y á sus hijos en persona
Vivos los abrasé, y quité á Bayona.

Tú, maquinante esfera de traiciones,
No sabes mas, que en hábito encubierto
Mi estampa dibuxar por los cantones,
Quando la fama finge que soy muerto:
Yo, traidor, no me valgo de ficciones,
Que en tu vil rostro pinto al descubierto
Retratos de quién eres, como ahora
Si aguardas, que es mi espada gran pintora."

Dixo, y á fenecer lo comenzado
Con paso arremetió y brazo furioso,
Mas el cobarde Conde amedrentado
Atrás revolvió el suyo presuroso:
En tanto el esquadron alborotado,
Sin orden en su brega ni reposo,
En diferentes bandos repartido
Con triste suena y bárbaro gemido.

De la horrible discordia el fiero estrago
Mientras mas va con mas rigor crecia,
Hecho de roxa sangre el campo un lago,
Que un mar, si hay mar de sangre, parecia:
Quando de un negro cielo el turbio amago
En densa nube ato el medroso dia,
Derramando de rayos, agua y truenos,
Nuevo diluvio sus preñados senos.

Del turbio cielo la áspera cortina
Ponerles pudo en el herir sosiego,
Su tormenta dio paz á su mohina,
Su agua apagó de la discordia el fuego,
Que á huir del celestial rigor camina
El que se halla en colera mas ciego:
El sábio Malgesi con este medio,
Adonde no le habia dio remedio.

Quedó así el francés pueblo destrozado,
Y tan sin gusto el César desabrido,
Por ver del agorero sueño el hado
Tan presto en todo su rigor cumplido
Muertos de los mejores de su estado
Dos Príncipes, el campo consumido,
Que las fiestas dexó, y por estatuto
El alegre aparato trocó en luto.

Y á concertar los graves desconciertos
Del presente desman ocasionados,
Hacer el sentimiento por los muertos
Debido á su grandeza y sus estados,
Apagar los rencores descubiertos
La corriente volvió de sus cuidados,
Y á su lugar la alegre paz perdida,
Sin quien ni el Rey ni el reyno tienen vida.

Y esto en prudente traza y fiel recato
A conveniente execucion venido,
Y en su afable amistad y primer trato
El antes ciego campo reducido,
Y en la sangrienta quiebra del rebato
De nueva gente el esquadron texido,
Sin sombra del pasado enojo y saña,
Marchar el real clarin convida á España.

No se le concedió contra Oliveros
El campo á Montesinos que pedia,
Por no volver la guerra á los primeros
Riesgos, y al fuego en que primero ardia:
La pasion sola de los dos guerreros
En la general paz no entró aquel dia,
Sola esta causa en el silencio mudo
Del conforme placer caber no pudo.

Que de Grimaldo el valeroso hijo,
Cuya sangre hervir su pecho siente,
Vuelto contra el traidor Rangorio, dixo
(El César y su exército presente)
"No al término de tiempo tan prolixo,
Que los dias no le abrevien la corriente,
Ni venganza de un ánimo cobarde,
Que no sepa llegar por mas que tarde,
Yo me parto, Oliveros, á esperarte
A España, adonde vas, y adonde quiero
No seguir de las dos ninguna parte,
Hasta ponerte ante mis pies primero:
Y despues que rescate con matarte
Mi vida del dolor en que ahora muero,
Mi libre espada seguirá el partido
De quien mejor la hubiere merecido."
Dixo, y dando la vuelta en brio gallardo
Suspenso dexó el campo belicoso,
Y en grave contoneo y paso tardo
Volvió á Navarra el pecho victorioso,
Donde el reto cumplió con el resguardo
A su pacto debido generoso,
No siguiendo en la una ni otra parte
De Francia ni de España el estandarte.
Hasta que en la batalla de la sierra,
Donde Leon humilló de Francia el brio,
A su aleve contrario en dura guerra
La palabra cumplió, y el desafío:
Y dexando el difunto cuerpo en tierra,
El roxo rastro de un sangriento rio
Siguió del caro primo Durandarte
De una montaña por la inculta parte.

Donde al querido cuerpo desangrado
Por su mano arrancó del pecho abierto
El tierno corazon enamorado
Antes de vida que de amor desierto,
Que á su amada Belerma el primo amado
Restituir mandó despues de muerto,
Y él tras el riguroso sacrificio
De legado leal hizo el oficio.

En tanto el campo, tremolando al viento
Los victoriosos estandartes, llega
Del Pirineo al abrasado asiento,
Y al seno hermoso de una fértil vega,
Donde la nueva fama ciento á ciento
Las libres lenguas con fervor despliega,
Sembrando en quanto España tiene vida
Del enojado campo la venida.

Crece su honor, y en lisonjero labio
Sus antiguas victorias engrandece,
Que piensa que es hacer al rico agravio,
Si el viento con sus cosas no ensordece:
Mas el augusto Rey en pecho sábio
Todo lo mira, y todo le parece
De riesgos lleno, y por si alguno hubiere
Hacer reseña de sus campos quiere.

Mas mientras el pomposo alarde pasa,
Y el campo crece en aparato y gente,
Y de Gascuña á la campaña rasa
Marchando llega, y sus frescuras siente,
A los que en Libia el cancro ardiente abrasa,
Y el fiero brazo de un jayan valiente,
La portentosa novedad me obliga,
Que solo el vuelo de su espada siga.

Despues de las tragedias de Granada,
Que en otro tiempo contará mi pluma,
Ferraguto á la Libia fué abrasada,
Y allí surgió en herviente y blanca espuma;
Quando Biserta vió de gente armada
En su seco arenal crecer la suma,
Y al ronco son de la española guerra,
Al crespo mar baxar la ardiente tierra.

Sulemán, que por muerte de Agramante
Del grave Imperio el cetro real tenia,
Y en deseos de vengar su alma arrogante
Contra el pueblo francés de nuevo ardia:
Desde el Nilo sin fuente al mar de Atlante,
Y de la alta Etiopia á Berbería,
Al pie de su estandarte, en ira y zelo,
Lo mejor convocó del libio suelo.

Surgió el gallardo hijo de Lanfusa
Junto á Biserta al desbravar de un rio,
Donde entre un fresco mirto vió reclusa
La perseguida Angélica sin brio:
Triste, acosada, del rigor confusa,
Con que de un cruel planeta el desvarío,
De un mal en otro mal la arroja y sigue,
Y en mar y en tierra la halla, y la persigue.

Y aunque de pena y miedo demudada,
El lugar nuevo, y la pasada ausencia,
Pudieran en el moro dar trocada
La dama en no pequeña diferencia;
Apenas vió de la beldad amada
El bulto alegre, y la imperial presencia,
Quando en su alma aclaró la luz del fuego
Que en Francia se encendió, y le dexó ciego.

Y qual presto neblí al veloz señuelo
Con que la blanca garza le acodicia,
Los aciones dexó, y se arrojó al suelo
En cortesano término y caricia:
Quiso medrosa huir de su recelo,
Y el ya trocado moro la acaricia,
Dándose á conocer con larga historia,
Si en una ingrata puede haber memoria.

Contóle tanto al fin, que en brio lozano
Ayre le dió de sus pasados gustos,
Y el tiempo alegre que por Francia en vano
Brazos la celebraron tan robustos:
Vió pasada la flor de aquel verano
Acabados sus gustos y disgustos,
Y otros que dieron ya con sus proezas
Asombro al mundo, y fama á sus bellezas.

Muerto el leal Sacripante, el Rey Gradaso,
El soberbio Agrican, el fiel Rugero,
Y del hijo de Amon el fuego escaso,
En quien principio dió su amor primero,
Y el que en el roxo oriente y pardo ocaso
Su amparo fué, y galan mas verdadero,
El Príncipe de Anglante ya en su acuerdo,
De loco vuelto, como de antes, cuerdo.

Todo esto á la mudable fantasía
La vista dió del conocido moro,
Y á la dulce memoria el primer dia
Que amor le abrió á las glorias de Medoro,
Quando en su regalada compañia
Volvió al oriente sus matices de oro:
Causóle soledad, y al largo tiro
De su discurso remató un suspiro.

Y vuelta al moro: "salvo, dice, sea
Mi honor contigo, ó capitan valiente,
Como en heroyco amante, en quien se vea
Que en tu leal pecho amor no fué accidente:
Una honra te encomiendo, que desea
La hagas propia, y á mi patria y gente,
Deste pais y la aspereza suya,
Qual promete tu fe me restituya."

Dixo, y al moro con su alegre vista,
Del renovado amor la antigua llama,
Olvidar le hizo á España, y su conquista,
Al Rey Marsilio, y de su honor la fama:
Y sin que en darse dude, ni resista,
Todo se entrega á la extrangera dama,
Libre persona, y salva compañia,
Hasta los reynos donde nace el dia.

Y sin pasar de allí embarcarse luego
Quiere con la que reyna en el oriente,
Que es amante novel, y el dulce fuego,
Ni mas discurso ni razon consiente:
Es inviolable ley de amor un ruego,
El dexar la ocasion, lance imprudente,
Y el dilatar en vano su deseo,
Perder el gusto, y no gozar su empleo.

En esta nueva traza, ó loco antojo,
El ciego amante con su dama estaba,
Quando de un cruel dragon con el despojo,
Sobre el diestro hombro la acerada clava,
Hecho un áspid de Libia pardo y roxo
Morgante al rio de un peñol baxaba,
Deslumbrando en su luz la vista al moro
Con las escamas y las grevas de oro.

En igual ademán al sábio hermano
De Europa bella, en hórrida serpiente
Al medio convertir el fértil llano
De Acaya vió la escama reluciente:
Y el jayan fiero en su victoria ufano,
Pasar quiere tambien la siesta ardiente
A la sombra del álamo, y al frio
Que el ayre sube del profundo rio.

Llegó, y aunque de paz venia, al punto
Que los risueños ojos de la dama
En los suyos tocaron, y un trasunto
De beldad vió en los rayos de su llama,
Lleno de amor y zelos todo junto
En su bárbaro pecho gime y brama,
Que ahora por propiedad, ó por antojos,
Nadie libre quedó, si vió sus ojos.

Y vuelto al moro: "esta doncella, dixo,
Quiero yo para mí, y aquesto baste;"
Mas de Lanfusa el arrogante hijo,
Ya enfadado que el bárbaro contraste
Lo sea de su nuevo regocijo,
Y en guerra quiera y disension se gaste,
Del feo dragon en la luciente cresta
La espada á su demanda dió respuesta.

Sintió Morgante el golpe, y el estorbo
De conseguir su gusto, y con la clava
Del reforzado alfange el filo corvo
Resiste y templa con violencia brava:
"Si yo, le dice, tu contento estorbo,
La culpa sea de amor, que mi alma agrava,
Que para mí no hay Dios, ni ley, ni justo,
Ni mas regla en el mundo, que mi gusto."

Y con otra igual furia que su antojo,
Un golpe, y otro, y otro dobla y carga,
La ira crece y furor, crece el enojo,
Y al breve gusto la batalla larga:
De la encantada sierpe el fiel despojo
Ceñido hace el jayan segura adarga,
Y al moro antiguo en brega tan confusa
Los reforzados cercos de Lanfusa.

La perseguida Angélica, que el fuego
De la ardiente discordia vió encendido,
Y que entre un riesgo y otro su sosiego
De temor y esperanza está metido,
Sin aguardar el fin confuso y ciego
Que le dé la fortuna del vencido,
Por árboles y matas encubierta
Escondida se fué, y se entró en Biserta.

Las dos sierpes, que en saña y en figura
De la revuelta lucha y devaneo,
En nudo estrecho, y en lazada obscura,
Horrible hacen y nuevo caduceo,
Uno el alfange mueve sin cordura,
Otro la clava en bárbaro rodeo,
Y ciegos de pasion los varios modos
Que saben de matar, los prueban todos.

El moro ardiendo en belicosa saña
Su gloria mira sin pensar perdida,
Tan altivo el jayan, y él tan sin maña,
Que aun no le ha dado la primer herida:
Y el fiero corzo, que á buscalle á España
De Cirno hizo la infeliz salida,
A conocerle allí, ninguna suerte
De encanto le excusára de la muerte.

Que á un fiero golpe de acerada maza,
Que al yelmo ardiente y al escudo fino
De lleno le acertó, á la verde plaza
Qual duro roble destroncado vino:
Cayó, y no se detiene ni embaraza
En ver si es vivo ó muerto el sarracino,
Que qual leon libio entre una y otra palma
En busca va de quien le lleva el alma.

Y á vista de los muros de Biserta,
Tras las señas del rastro de su dama,
Furioso descubriendo iba la puerta,
Que en lengua suya de la Mar se llama;
Quando de luto y de beldad cubierta,
Entre una divisó y entre otra rama,
En son de presa una muger gallarda,
Con diez armados hombres en su guarda.

Sobre un morcillo palafren asoma
De tela de oro negra encubertado,
Y en otro igual una enlutada poma,
Funesta urna infeliz de oro nielado:
Y al verde pie de la pequeña loma
Con diez riñendo un caballero armado,
Que en el arnés, y en el escudo antigo,
Halló las señas del perdido amigo.

Era el Persiano Rey, que en seguimiento
De la misma hermosura que él venia;
Y la que en luto llora su contento,
Su muerta libertad, y su alegría,
La bella Arlaja, que el rigor del viento,
Y su desgracia, allí la arrojó un dia,
Y ahora á embarcarse al puerto de Biserta
Iba forzada, y de dolor cubierta.

Admiró el nuevo luto al Rey Persiano,
Y por librar á la afligida Infanta,
Con su atrevida espada en medio el llano,
Unos rinde feroz, y otros espanta:
A este, al otro, y aquel hiere lozano,
Y á todos en braveza se adelanta,
Quando en su ayuda entró el jayan valiente,
Qual por seco rastrojo rayo ardiente.

Salen en tropa á defender su intento
Los que de afuera en guarda de la dama
Antes eran notando el firme aliento
Del Rey, fieles notarios de su fama:
Baxa en rocío cruel humor sangriento
Del verde prado á la sedienta grama,
Pagando en muerte el de mayor ventaja
El tierno llanto y suspirar de Arlaja.

Y ella ya libre del poder tirano
En la ancha boca de una cueva obscura,
De un fresco mirto entre el verdor lozano
Escondida dexó su hermosura:
Con la urna de oro en la pesada mano,
Que por mayor martirio y mas segura
Consigo la llevó, donde enterrada
Quedo del miedo y pena desmayada.

En tanto los gallardos dos guerreros
Ningun honrado dexan con la vida,
Que solo el diestro huir sus golpes fieros
Tiene, y no otra defensa su herida:
Quando uno que quedó de los postreros,
La honra en cobarde miedo convertida,
Determinó salvar con pies livianos
La vida, que no puede con las manos.

Mas el feroz jayan, que le es camino
Seguir al que le huye á poco trecho,
A un golpe que á traicion le dió, convino
Quedar una espantosa pasta hecho:
Y el Rey Persiano por el bosque á tino
En busca entró del afligido pecho
De Arlaja, que anegada en tierno llanto
En lo espeso la halló del mirto santo.

Volvió en su acuerdo la turbada mora,
Y en lagrimosos ojos, y voz nueva,
"¡Ay Dios! dixo ¿mi bien no estaba ahora
Conmigo junto en esta obscura cueva?
Mas ¡ay cruel hado! ¡suerte burladora!
¡Agüero triste, que á morir me lleva!
Ya veo que aquí, ó en otra gruta obscura,
Nuestro tálamo hará una sepultura.

Sola una alma nos dió, sola una vida,
Llena de amargo azar la infeliz suerte,
Si está en dos tristes cuerpos repartida,
Vuelva lo que apartó á juntar la muerte:
¡O Rey valiente! sangre esclarecida
Del divino Agricán, y Ciro el fuerte,
Así en años y siglos no veloces
El alto fin de tus intentos goces,

Que por postrer favor, y último ruego,
Aquí me otorgue ese tu brazo altivo,
Que las frias cenizas de aquel fuego,
Que á mi alma dieron luz mientras fué vivo,
Y á esta urna triste puso un rigor ciego
Por sola culpa de mi hado esquivo,
En un sepulcro gocen de un reposo,
Pues no alcanzaron lecho mas dichoso."

Dixo, y en la ansia, y la color difunta,
Una, y otra, y mil veces se desmaya:
El generoso Rey, que ya barrunta
El triste golpe que á morir la ensaya,
Entre un consuelo y otro le pregunta
De su amante el suceso, y quien les haya
Perturbado su bien; la bella Arlaja
Así en voz respondió turbada y baxa.

"Luego que entre la furia de los vientos
Tu ausencia nos dexó, y el gran Bernardo,
Y por los dos confusos elementos
Haciendo fuimos al morir resguardo,
En diez dias, entre montes turbulentos
De un fiero cierzo el huracán bastardo
Nos arrojó en la playa de Biserta,
En triste estrella y punto descubierta.

En lugar de Agramante, que en batalla
Murió á los pies del senador romano,
Reyna Sulmán, que de mi padre Abdalla
Sobrino es, hijo de Sulmán su hermano:
De mi tragedia aquí para cortalla
La triste hebra guio el hado inhumano,
Y la fortuna teatro doloroso
De su muerte trazó á mi caro esposo.

De los peñascos que en la costa brava
Al mar rompen los ásperos espejos,
Nuestro baxel que en ellos se anegaba
Flores juzgó los gajos mal parejos:
Y el torpe vulgo, que en la playa andaba
Al robo atento, viéndonos de léjos,
Al despojo corrió en furor de guerra,
Bárbara usanza desta ingrata tierra.

Fué la asaltada nao en mil excesos
Saqueada de los fieros Nasamones,
Y al Rey mi esposo y yo traidos presos,
O por despojo, ó por preciosos dones:
Sulmán, que de los trágicos sucesos
Tenia ya de Valencia relaciones,
Y la muerte que al Príncipe mi hermano,
Mas le dió mi desdicha, que otra mano;
Viéndome en su poder, la culpa mia
¡Ay cielos! en mi mal logrado esposo
Vengar quiso el cruel, porque hacia
En dos el fiero golpe mas vistoso:
Quemarle vivo en el siguiente dia
Mandó, y en un retrete tenebroso
Muerto le halló en la cárcel la sentencia,
Que el dolor le mató, ó mi triste ausencia.
Y el frio cuerpo, en la hoguera roxa
Ya en cenizas estériles trocado,
A esta urna triste, y mi mortal congoja,
Por tormento mayor fué encomendado;
Y hoy en funestos hábitos me arroja
Su feliz reyno al mio desdichado,
Porque el padre ofendido haga en mi vida
A su antojo venganza mas cumplida.
A esto, señor, esos soldados fieros
Que tu espada venció venian conmigo,
Y estos son de mis ansias los postreros
Lances que debo al tiempo mi enemigo:"
Así en roto gemir, males enteros
La triste Arlaja cuenta al persa amigo,
Quando un asombro y maravilla nueva
Temblando el mirto se mostro en la cueva.

En la una mano una desnuda espada,
En la otra un claro y relumbrante escudo,
Pálido el rostro, la color turbada,
Gundémaro salió de armas desnudo;
Y viendo al persa con su Arlaja amada,
Suspendió el paso embelesado y mudo
De hallarla en tal lugar, y el luto triste
Que el cuerpo al parecer y el alma viste.

La mora que le vió, del lago Averno
A llamarla creyó que se volvia,
Y con intrépida alma, y amor tierno,
"Ya voy, mi bien, ya voy tras ti, decia:
Solo el no verte tengo por infierno,
Que este cielo será en tu compañia,
Y el muerto corazon en solo verte
Vida tendrá en los reynos de la muerte."

Dixo, y con brio y ánimo arrojado,
Que el vivo fuego del amor la lleva,
Al brazo alegre de su esposo amado
Ciega se arroja en la profunda cueva:
Quedó el persa del caso embelesado,
El español con la experiencia nueva
De hallarse en brazos de su dulce amiga,
Ni sabe qué se entienda, ni qué diga.

Mas quando vueltos del primer espanto
En estado se ven tan diferente,
Y en la tragedia de su amargo llanto
La accion trocada en el placer presente,
Y que su error ha hecho el cielo santo
Bienes, hijos de un mal solo aparente,
Con nuevo amor, y alegres sentimientos,
El parabien se dan de sus contentos.

Y el Rey persiano con la hermosa Arlaja,
Despues de haber á su leonés contado
Del grave riesgo la mortal baraja
En que el engaño puso su cuidado,
¿Cómo ahora la fortuna en tal ventaja
Sus favorables brazos ha trocado?
Alegre les pregunta, y ¿de qué suerte
Origen tuvo su fingida muerte?

Quando del real alcázar, cuyos muros
Aun daban sombra al bosque comarcano,
Arma oyeron tocar, y con obscuros
Acentos engrosarse el ayre vano:
No tienen ya los mirtos por seguros,
Ni el detenerse allí juzgan por sano:
El gallardo Guzman al caso incierto
Del fino arnés se armó de un hombre muerto.

Y amparándose mas con la espesura
De la ciudad se apartan sin provecho,
Mientras la sombra de la noche obscura
Al mundo entolda su estrellado techo,
Buscando para el mar senda segura;
Mas la lóbrega selva, y bosque espeso,
Los briosos caballos les enfrena,
Y el cielo esconde, y de la mar la arena.

Ya el carro de oro señalaba al cielo
El medio curso de la noche muda;
Y en su quietud mayor el muerto suelo
Al dulce sueño con silencio ayuda;
Quando entre riscos, breñas, y recelo,
De una alta loma la cuchilla aguda
La mar les descubrió, y el ancho puerto,
De sorda grita y confusion cubierto.

Vieron por él en tristes luminarias
La pingüe brea arder de los navíos,
Subiendo al cielo entre cometas varias
De su humo en vellon bultos sombrios;
Por la playa correr gentes contrarias,
Texidas en confusos desvaríos,
Unos por huir del fuego á la agua fria,
Y otros por apagar el que ya ardia.

Los dos guerreros con la hermosa dama,
Validos del favor del ayre obscuro,
A un capitan, que con su gente y fama
Hacer parece al mar campo seguro,
Del claro incendio, y la grasienta llama,
Que alegre hierve en el breado muro,
¿Quien la sembró? preguntan, y el pagano
Así en estilo respondio villano:

"¿Vosotros por ventura sois nacidos
De las incultas rocas desta sierra,
Que solos ignorais los nunca oidos
Destrozos desta extraña y nueva guerra?
¿O sois á dicha en compañia venidos,
Del que en la mar ardiendo, y en la tierra,
A sus victorias y obras temerarias
Tan crueles dexa y tristes luminarias?

Daos á prision: sepamos ¿á qué parte
Del mundo vais? ¿quien sois? ¿de qué naciones?
¿Y si en quitar acaso fuisteis parte
Hoy una Infanta á treinta Nasamones?"
Dixo, y quando el leonés, que hecho un Marte,
Como español escucha sus razones,
Como español tambien en la respuesta,
Mas que la lengua, fué la espada presta.

La mano que le fué á tomar la rienda,
Para della prendelle, le echó al suelo,
Y en fiero asalto, y lóbrega contienda,
A unos heridas da, y á otros recelo:
La ciega noche una batalla horrenda
Del nuevo hizo y mal fundado zelo,
Y el daño hecho en la cobarde gente,
De mayores recelos el presente.

Los dos por no perder la bella Arlaja,
En defenderla, y defenderse atentos,
A unas rocas que el mar de espuma cuaja
Quando le alteran con soplar los vientos,
A espacio se retiran con ventaja,
Y del áspero risco en los asientos,
Por donde el mar sus ásperas alcobas
De marisco le viste, y verdes ovas,

Un barco vieron suelto, y que la gente
Que en él ha de ir se embarca con recato,
Al tiempo que la aurora en el oriente
Labraba en oro el dia su retrato:
Zarpaban ya del ancla el corvo diente
Por hacerse á la mar, quando el rebato
Sobre ellos arrojó á los dos guerreros,
Menos seguidos ya, y con menos fieros.

Gundemaro que halló el batel á punto,
Por medio el crespo mar metió el caballo,
Hasta llegar de su bauprés tan junto,
Que á su satisfaccion pudo abordallo:
Quando en la popa vió el bello trasunto
De Zorayda y su amigo, y fué á abrazallo
Quitado el yelmo, y dellos conocido,
El dudoso placer salió cumplido.

Supo allí el Rey que Angélica la bella
Huyendo va en ligera fusta á España
De un jayan espantoso, que por ella
Mortandad en Biserta ha hecho extraña,
Donde al persa feroz para ir á vella
Con esperanza nueva amor le engaña,
Y ya en un barco todos, y un intento,
Las anchas velas dan al fresco viento.

Preguntó el Rey al noble Floridano
De la huida de Angélica el motivo,
¿Quien el bulto persigue soberano?
O ¿por qué culpas se le muestra esquivo?
"No es, dixo, el español pecho inhumano
Arma arrogante, ó gusto vengativo,
Quien la sigue es amor, la dulce guerra
Que hacen sus ojos la echan de la tierra.

¿Quien la sangrienta trápala y ruido
Que ayer por su ocasion se vió en Biserta
Contar qual fué sabrá? o ¿qual ha sido
Del grave daño la ocasion mas cierta?
Despues que presa en el jardin florido
De Alcina fué en su ínsula encubierta
La Angélica beldad, y ante tus ojos
De un corsario feliz ricos despojos,

Y despues que en la mar la noche obscura
Su vista nos quitó, y ofuscó el tino,
Y al perderse la luz de su hermosura
La bonanza perdimos, y el camino,
Llevados de una en otra desventura
No vimos mas su bulto peregrino,
Hasta que ayer tras su fortuna incierta
Huyendo de un gigante entró en Biserta;

Y de allí en un baxel, que en aquel punto
A la vela salia, voló á España,
Quando el jayan llegó, que era un trasunto
Del ciego infierno en la braveza y saña:
Como toro feroz á un pueblo junto
En barreado coso, ó en campaña,
Solo arremete, y solo hace calle,
Puebla barreras, y despuebla el valle.

Así, él siguiendo de la bella dama
El fresco rastro, entró en el pueblo moro
De una serpiente armado, cuya escama
De una en otra se engaza en nudos de oro:
El turbio Egeo quando en torno brama
De Aulide al risco con hervir sonoro,
Ni en braveza se muestra tal, ni tanta,
Ni mas á quien su furia mira espanta.

De horrible vista, de cabello yerto,
De secos labios, de sangrientos ojos,
De negro polvo y de sudor cubierto,
En ronco aliento, respirando enojos,
Cansado el cuerpo del camino incierto,
Mas no el alma feroz de sus antojos,
Que al fin sabroso, donde ufano mira,
Con mil rayos de honor y amor respira;

Y como no halla á quien siguiendo viene,
Bramando pide á voces la doncella,
¿Quién, quando, cómo, adónde está, y la tiene
En guarda oculta, ó sabe nuevas della?
Ni aquí ni allí se pára ni detiene,
Que rabioso por vella, y por no vella,
La ardiente clava con furor violento
Uno y otro abaraja, treinta y ciento.

En la plaza á la tropa de la gente,
Que quiso por su mal tomarle el paso,
Vuelto en el talle y el furor serpiente
Destrozo hizo horrible, y cruel fracaso:
Armas, huesos y carne, pecho y frente,
Aplasta, muele, amasa, y no da paso
Que alguna vida mísera no cueste,
Matando al uno, al otro, aquel, y á este.

A Cardel, de la Reyna Zayda hermano,
En el herir y en el tañer maestro,
Con un golpe mató, y de otro á Uliano,
En jugar y en hacer caballos diestro:
Y entre un confuso vulgo, el brazo insano,
A un cabo y otro, á diestro y á siniestro,
Espantosas heridas da y revuelve,
Y mil por una que recibe vuelve.

Qual de Hircania en las ásperas montañas,
Tigre de pecho, y lomo remendado,
De dulce sangre hambriento entre espadañas
La vista asombra del vecino prado:
Huye en tropel confuso á las cabañas
El fiel pastor, y el tímido ganado,
Y él harto de matar, ardiendo en zelo,
De sus sangrientas garras lame el pelo.

Así el jayan la tímida manada
De humildes moros por delante lleva,
La plaza y la ciudad alborotada,
En quien los golpes de su clava ceba:
Acomete la real puerta dorada
Del alcázar, adonde en furia nueva
Haciendo entra en sus guardas y porteros
Espantoso destrozo, y golpes fieros.

Tocan arma en las torres, y el rebato
Suena por la ciudad con ronco estruendo:
Corre la gente en tropa, y con recato
Unos aquí y allí, todos huyendo:
En vista y hechos un cruel retrato
De la furia mayor, dando y sufriendo
Mortales golpes, la mejor adarga
Hace á los suyos el que mas se alarga.

No en barreado coso toro altivo,
Que nunca al corvo yugo ató la frente,
Con mas furor se arroja al curso vivo,
Con que dél huye la plebeya gente;
Ni del confuso vulgo fugitivo
De mas tiros, ni en priesa mas ardiente
Le acosan y le pican, que en mil modos
Desde afuera al jayan combaten todos.

Cien espadas le hieren, y otros tantos
Tiros repara en el valiente escudo;
Y él, sin dar paso atrás, rompe por quantos
Barreras le hacen con su acero agudo:
Lleno el alcázar real de muerte y llantos,
Y el fiero monstruo, de piedad desnudo,
Cruel, quando le falta gente, enclava
Por cimbrias de oro la espantosa clava.

Del duro mármol las colunas bellas,
Con sus grabados techos de oro abiertos,
Que en ricos quadros gozan por estrellas
Retratos vivos de sus Reyes muertos,
Destroza, rompe y da, y entre ellos y ellas
Caen, de su antigua magestad cubiertos
Blasones, que del tiempo en la cruel llama
Ya fueron salamandras de la fama.

Con las torres enteras caen los muros
A sus soberbios pies, y en rabias ciego
Por no hallar á quien busca, en los obscuros
Desvanes siembra del alcázar fuego:
Arde el cedro oloroso, arden los duros
Quadros de alerce, y al furioso entrego
De la llama, molduras y artesones
Caen en blanca ceniza hechos carbones.

Creció el viento, y el fuego á las estrellas
En resonantes globos se encarama,
Escupiendo al subir vivas centellas,
Que de nuevo al caer crece la llama:
Arden las altas bóvedas, y dellas,
El ayre, el fuego á la ciudad derrama,
Abrasando sus roxos torbellinos
Del alcázar real los mas vecinos.

Entre esta horrible confusion, huyendo
El cruel aspecto del feroz gigante,
El dia fué su luz desvaneciendo,
Dando la del incendio por bastante:
Y él al mismo teson que entró saliendo
De la ciudad al mar llegó triunfante,
Donde fuego tambien sembró en la flota,
Y tomó para España la derrota.

Puédese presumir que tuvo nueva
De Angélica, y que va en su seguimiento,
O que algun superior furor le lleva,
Tras un desesperado fin violento:"
Así el noble español el gusto ceba
De los que en atencion gozan su cuento,
Aunque al Rey el recelo, y la sospecha,
Mas las cadenas de su amor estrecha.

Y prosiguiendo el noble Floridano,
A Gundémaro pide alegre cuenta
De su prision, y ¿quando del tirano
Libre salió con su aficion contenta?
¿Cómo, y por qué le hicieron muerto en vano?
A quien él viendo que su Arlaja atenta,
Y el Rey lo mismo pide en regocijo,
Así satisfaciendo á todos dixo.

ALEGORÍA.

El sueño espantoso de Carlo Magno, significa las soberanas inspiraciones con que el cielo procura siempre regir y gobernar el apetito humano. En la discordia del campo francés, se muestran los grandes inconvenientes que trae consigo el haber en una república bandos y parcialidades, y como este es el mas eficaz desman para su destruicion y ruina; y tan poderoso, que si del cielo no viene llovido su remedio, ninguno hay en el mundo que se le pueda dar. Por Ferraguto, que estando para gozar de Angélica, y seguirla, haciéndole compañia hasta su reyno, Morgante se lo estorba, dexándole de un golpe sin sentido, significa, que el apetito, estando dispuesto á seguir la virtud, aficionado de su hermosura, á la corriente del rio, que es la vida humana, Morgante, que es la voluntad, armada de las armas de la tierra, le desvía de aquel propósito, y dexa sin virtud y fuerzas para él; y tras de su desenfrenado antojo pasa haciendo grandes destrozos y desórdenes, sin gobernarse en ninguna cosa por la razon, á quien del primer golpe dexó muerta.

Orimandro, que halla á Arlaja en un gran desconsuelo, y la libra dél, significa, que con la luz y favor del entendimiento todas las cosas se componen, y las desgracias se consuelan.

Fin del libro vigésimosegundo.

LIBRO VIGESIMOTERCIO.

ARGUMENTO.

Cuenta Gundémaro el extraño suceso, por donde se libró de la prision de Sulmán, Rey de Biserta: el artificioso origen de la ciudad de Granada, y conversion de Estordian en gusano de seda, y Doralice en fuente; y el aparato y gente de guerra que en Africa se apresta contra España, y la gallarda reseña del campo de Francia.

"Es el amor omnipotente y santo,
El leonés prosiguió, en obras divino,
Que en fiestas suele convertir el llanto,
Y de fortuna atar el desatino;
Pues este que en mis causas pudo tanto,
Tambien en esta pudo abrir camino
Al bien presente, aunque por varios modos
De sangre y de dolor sembrados todos.

La Reyna Zayda, de Sulmán esposa,
Por sangre igual, ó favorable signo,
De una fuerza rendida poderosa
A mi rostro volvió el suyo benigno:
De mis desdichas, y de mí piadosa,
El del Rey tuvo por castigo indigno
De los yerros de amor, y con su gusto
En vano salió el real decreto injusto.

Dió el bárbaro en mi causa cruel sentencia
Por el robo y la muerte desgraciada
De mi Arlaja, y su hermano, que en Valencia
Mas le mató su culpa, que mi espada:
Que sea quemado vivo en su presencia,
Y Arlaja en pompa fúnebre llevada,
Con mis frias cenizas en la mano,
Por mas tormento al reyno valenciano.

La reyna, á quien amor el blando pecho,
O con mi vista, ó mi inocencia pudo
Darlo de compasion humana hecho
Al riesgo de mi vida un noble escudo;
O por hallar los ruegos sin provecho
Con el tirano de piedad desnudo,
O por hacerse dueño por tal via
Del gusto que en el mio pretendia;

De mi obscura prision fué poderosa
A darme libertad hecho un contrato
Con el alcayde, y una temerosa
Y no oida invencion por mas recato:
Un moro, que en la edad poco dichosa
Era, y en talle y cuerpo mi retrato,
Dieron en mi lugar á la cadena,
De mas agravios que eslabones llena.

Y luego que en la mísera garganta
Sus vueltas enredó el estrecho nudo,
A un duro lazo dieron fuerza tanta,
Que le dexó el espíritu desnudo;
Y en una fiera crueldad que espanta
Muerto y desfigurado el rostro pudo
Fingir que yo era el muerto, el que el engaño
En mi provecho hizo, y en su daño.

Creyó la estratagema el Rey tirano,
Y la Reyna en prision mas amorosa
Algunos dias me entretuvo en vano,
Tras la esperanza de una fe engañosa,
Haciendo los favores de su mano
La triste cárcel menos rigurosa,
Que cárcel era, y en prision vivia,
Quien libertad y gusto no tenia.

En una torre altísima, que vuela
Sobre los muros de un jardin florido,
Que hace al vecino bosque centinela,
Y lo mejor descubre de su exido,
Con cuidoso recato y fiel cautela,
De la piadosa Reyna entretenido,
Secreto estuve, y libre del tirano,
Que hizo el muerto volver ceniza en vano.

De la torre al jardin se descendia
Por un secreto paso, en cuyas flores
El amor con sus plumas me escribía
De mi querida esposa los primores:
La Reyna Zayda aquí tambien venia
A verme, y en su amor, y sus favores,
Con mas recelos iba, y con mas tiento,
Quanto menos sabia de su intento.

Hasta que su alma al fin quitó el rebozo,
Y haciendo en los regalos diferencia,
Que era en ella mostro de verme el gozo
Ardiente amor, y no benevolencia:
Pidió el retorno en mí de su alborozo,
Y el gusto, que no estaba en su presencia,
Quedó en nuevo cuidado, y por mil vias
Desvelando á su antojo las porfias.

Prometió darme el reyno de Biserta,
Y á su esposo matar por gusto mio,
Como en Trípol Geber es cosa cierta
Ser Rey por semejante desvarío:
Mostróme la campaña y mar cubierta
De armada y fiera gente á su albedrío,
Y en belicoso alarde en mi presencia
De su bárbaro imperio la potencia.

Despues del campo haré un breve retrato,
Y del primor con que su alarde hizo,
Y adonde apunta el bélico aparato
De aquel soberbio exército mestizo:
Quando diga en que modo, y quan barato
La fortuna estas máquinas deshizo,
Quando yo en laberinto tan obscuro,
Ni puerta podia hallar, ni hilo seguro.

Del real jardin entre una selva inculta,
Del ancho muro en el cimiento grueso,
Una espantosa cueva tiene oculta,
Perdida boca en aquel bosque espeso,
Donde á gozar del fresco, que sepulta
En aquella florida cárcel preso,
Mil ratos me entretuve retirado
En su alegre frescura, y mi cuidado.

Aquí entre verde grama y nuevas flores
Un dia el dulce sueño en tierno nudo
Mis sentidos ligó, y de sus colores
Un gran tesoro me mostró desnudo:
De rubias masas de oro los mejores
Rayos de alegre luz, con que ya pudo
El deseo cautivar, que dió despierto
Tristes suspiros por el sueño incierto.

Pareció que en los senos de la cueva
Donde durmiendo estaba le tenia,
Y á gozar dél con gusto y fiesta nueva
Mi dulce esposa tras de mí venia:
Mas ya despierto, viendo que se lleva
Morfeo entre sus alas mi alegría,
Triste quedé, que en sueño de tal suerte
Ventura es que el dormido no despierte.

Pasóse este accidente, olvidé el sueño
En otros pensamientos divertido;
Mas siempre del tesoro un dulce empeño
De memoria alegraba mi sentido:
Siempre que via de la cueva el ceño,
Que estaba allí me parecia escondido,
Aquello mismo que el pincel liviano
En el alma escribió con débil mano.

Hasta que al fin ayer libre y ocioso,
No sé de quién, ni quál furor llevado,
A buscar el tesoro portentoso
Por la cueva me entré tras mi cuidado,
Y de uno en otro paso temeroso,
De la fortuna y del amor guiado,
A otro mundo llegué, y en otro mundo
El bien hallé que gozo sin segundo."

Así el leonés decia, y al persiano,
Que con graves cuidados exâmina,
Del exército bárbaro africano,
El fin que apunta, el blanco á que camina,
Y qué gente hay en él; el cortesano
Gundémaro, con lengua y voz divina,
Así le da razon, y así trasunta
Del grave alarde la soberbia junta.

"A instancia de Marsilio, que en España
Tiene la silla real de Zaragoza,
Llena de armadas gentes la campaña,
De Biserta sus muros alboroza:
Teme al francés, sospecha que le engaña
En la jornada que hace, y que no goza
Seguridad su reyno, si el de Asturias
Las suyas junta á las francesas furias.

Contra esto se previene, y con Abdalla
Y Sulmán hecha liga por Valencia,
Meter quieren su gente, y reforzalla,
Tal que en Francia no halle resistencia:
Reprimir al francés, y dar batalla
A la Navarra, y la leonés potencia,
Y sacudir de Córdoba con ello
El duro yugo de su altivo cuello.

Y á todo esto de nuevo se ha juntado
La sucesion del reyno granadino,
Por un grave rigor de adverso hado,
Que es de dexarlo en el silencio indino:
Viene á Sulmán el rico principado
De la ciudad, que en curso cristalino
El Darro abraza, si es qual dicen cierto
Por espantoso modo su Rey muerto.

Suceso es raro, bien que sin recelo
Por verdadero corre en Berbería:
Divinas obras, que el piadoso cielo
Al mundo de su eterno brazo envia:
O sea, ó no sea así verdad, dirélo
Por las mismas palabras con que un dia
Zayda me lo contó, y á ella prudente
Galirtos, que lo vió, y se halló presente.

Galirtos, Rey de Alora, que pretende
Serlo tambien del campo granadino,
Y de la árabe sangre real desciende,
Que á Sulmán á pedirle ayuda vino,
Por verdad este así dicen que vende
De Estordian el suceso peregrino,
Así su muerte cuenta, y deste modo
El origen tambien del reyno todo.

Por festejar al bravo Ferraguto,
Que á Doralice libertado habia
De la infame prision de un jayan bruto,
Granada en fiestas de placer se ardia:
Alegre el Rey, la Infanta ya sin luto
Del muerto Mandricardo, quando un dia....
¡O humanas vueltas! ¿quien la inmortal rueda
De los hados hará constante y queda?

A hacer de su riqueza y reyno alarde,
Y dar al de Aragon su amada Infanta,
De la Alhambra con él baxó una tarde
De un real jardin á la florida planta;
Y por donde mas fresco, y menos arde
El sol, y mas Generalife espanta,
A gozar fueron de las flores y aves,
Suave olor, y músicas suaves.

Quando por arrayanes y laureles
De un moral descendieron á la sombra,
Donde de rosas hecha y de claveles
El suelo les prestó una fresca alfombra,
Que en blanda murta, y blancos mirabeles,
Entretexida su belleza asombra,
Convidando á quedarse por un rato
Al gusto de aquel cielo, ó su retrato.

Y en agradable suspension metidos,
Al ruido de una fuente que murmura
De los arpados cantos no aprendidos,
Que las aves le dan á su hermosura:
Grande rumor se oyó, grandes ruidos,
De caxas, grita y voces, que en la altura
Y techos de oro del palacio suena,
Retumba el bosque, y el jardin atruena.

Y entre el ronco atambor, y sorda grita,
Que en bárbaros sonoros instrumentos
Por la ciudad en música exquisita
Acordes dan y cónsonos acentos:
Así la confusion ataja y quita
Su melodía á los parleros vientos,
Que es quanto suena en rudo desconcierto
De un tupido rumor estruendo incierto.

Como tal vez debaxo el polo helado,
El Ísmaro soberbio y belicoso,
Atruena en sus banquetes ocupado
Los collados del Ródope espantoso;
Y entero un jabalí mal sazonado,
Medio crudo, sangriento, y asqueroso,
Brutalmente en las manos despedaza,
Y tras él colma la espumante taza:

Crecen los humos del calor de Baco,
Vuélvese horrible confusion la cena,
Ruedan las tazas, y en el monte opaco
El confuso ruido de armas suena,
Los finos petos del fornido Yaco,
Y la selva de grita y voces llena,
Los ecos quiebran por las duras peñas,
De su imprudente horror bastantes señas:

Así por la ciudad el son confuso
Se dice que sonó agradablemente:
Ferraguto ignorante de aquel uso
La causa preguntó; y el Rey prudente,
A quien en triste suspension le puso
El ruido alegre que formó la gente,
Que aunque fué en otros gustos de alegría,
En el suyo causó melancolia;

Así tras un suspiro el rostro vuelto
Al bravo Ferragut dicen que dixo:
"No hay bien que en mil azares no esté en-[vuelto,
Ni mal que en el durar no sea prolixo:
Mil penas en el alma me ha revuelto
Desta música el breve regocijo,
Que siempre la memoria del contento
Es triste soledad al pensamiento.

Ya un tiempo fué, que aunque en menor [fortuna
Gocé mi reyno, la quisiera ahora,
Que los gustos son olas de una en una,
Y el pasado placer el que se llora:
Oye, ó valiente, si de parte alguna
Puedes saber lo que tu gusto ignora,
Es de mí solo, estame pues atento
A cuenta del deleyte de mi cuento.

Sabrás mi antiguo origen, y la causa
De los alborotados instrumentos,
Con que este noble y rico pueblo aplausa
Ciertos huéspedes suyos mal contentos:
Hará mi gusto por el tuyo pausa,
Y los infaustos sin piedad portentos,
Con su larga espantosa pesadumbre,
La ocasion te dirán desta costumbre.

Contartehe los principios de mi casa,
Y desta gran ciudad que ves presente,
Los caminos por donde tan sin tasa
En nobleza creció y valor de gente:
Quien me traxo á estos riscos, en que pasa
El cristal sobre el oro reluciente,
Cuento es notorio el mundo su testigo:
Oye que así pasó como lo digo.

En la parte que de Africa se inclina
A ver del mar Océano el semblante,
Y de desnudas rocas la marina
Llana le ofrece á su furor delante,
De yertos riscos y árboles se inclina
Sobre los otros montes el de Atlante,
Como coluna altísima, que el vuelo
Sustenta de las bóvedas del cielo.

No se solia empinar tan alto el risco,
Mientras que Atlante fué en aquella costa
Rey del mudable pueblo berberisco,
De tostado arenal y playa angosta:
Mas quando vió del fiero basilisco
La górgona cabeza hecha aposta
Para criar montañas en la tierra,
Qual hoy está quedó mudado en sierra.

Antes sobre los pinos desta cumbre
Solia subirse á sustentar el cielo,
Y cargando en los hombros la techumbre,
De estrellas aliviar su curso y vuelo,
Donde Hércules la inmensa pesadumbre
Sufriendo hizo tal vez gemir al suelo:
Aquí vuelto Atlas peña eternamente
Sus orbes fixa en la nevada frente.

Perseo, que es del sagaz Mercurio hermano,
Despues que hubo cortado la cabeza
A Medusa, trayéndola en la mano
Deste gran Rey llegó á una fortaleza:
Recibiole con término villano,
Medroso que al jardin de su riqueza
Hambriento despojase, y del tesoro
El rico árbol que da manzanas de oro.

Por tan vil presuncion hecho peñasco
Perseo le dexó, y el rico huerto,
De un fuerte muro y diamantino casco
Cercado en torno, y de cristal cubierto,
Y allí un roxo dragon, que el gran carrasco,
De las ricas granadas de oro enxerto,
Con vigilancia eterna guarde y zele,
Y sin dormir jamas sus puertas vele.

Y consagrado el dios que nació en Creta,
De allí quedó el jardin florido de oro,
Con tal virtud y propiedad secreta,
Que no sea el reyno mas que su tesoro:
En él toda su dicha esté perfeta,
Su magestad consista en el decoro
Que á su sagrado muro se guardare,
Hasta allí llegue, y en parando pare.

Guardóse por mil siglos inviolable
La fiel clausura del jardin sagrado,
Hasta llegar la vuelta inevitable
De los precisos términos del hado,
Y del monstruoso pueblo variable,
De honor el cetro real vino cargado
A Ormindas, que fué ilustre padre mio,
Y alma y reyno perdió en un desvarío.

De la bella Zegrilda, á quien el cielo
Igual con la crueldad dió la hermosura,
En los ojos amor labró un anzuelo
Por tropezon del mundo, y su cordura:
Mi padre á su vejez vió este señuelo,
Y el fuego, aunque la yesca no es de dura,
En el seco vellon cunde sin tasa,
Y toda una centella la traspasa.

Dió él en amor, y en desamores ella,
Ella en aborrecer, y él en amalla,
Mil trazas invento para vencella,
Y ella para no entrar en su batalla:
Mientras se rinde mas, mas le atropella,
Por demas es correr para alcanzalla,
Que el desamor los llanos vuelve sierra,
Y en gustos encontrados todo es guerra.

De un moro vil, aunque de tierno bozo,
Preso su pecho fiel tenia la dama,
Sintió el amante viejo el gusto mozo,
Mas ¿qué no alcanzará á saber quien ama?
Lloró zeloso el ver que de su gozo
Dueño sea quien de humilde el suyo infama,
Y que ande en competencia, y desamado
Un Rey, con quien no alcanza á ser criado.

Determinó quitarle con la vida
Al nuevo Adonis el honor de sello,
Mas quien grangea el amor por homicida,
Ciego y léjos está de merecello:
Quedó la dama tierna y ofendida,
Muerto sin ocasion su amante bello,
Aborrecido el Rey, y el reyno estrecho
De asombros lleno en tan horrible hecho.

Mas ya del todo el apetito ciego,
Intentar quiere, ó á querer se esfuerza,
Que á apagar ó encender su torpe fuego,
Pues no pudo el amor, pueda la fuerza:
Vióse la dama muerta desde luego,
Que aunque no hay quien al alma haga fuerza,
Y el Rey aun para el cuerpo no la tiene,
Mirar por él y por su honor conviene.

Y en este noble pensamiento puesta,
Al Rey que ardiendo ve en amor le pide,
Que pues ya en darle está su honor dispuesta,
Y el suyo con su ardiente gusto mide,
En honra dél una merced honesta
Le haga, que su antiguo enojo olvide,
Y la goce sin él, con tal que sea
En el rico lugar que ella desea.

El ciego amante, que tuviera á gusto
Y á dicha darle un largo reyno entero,
Como lo manda olvida su disgusto,
Y en semblante de amor trueca el severo:
Y el don al parecer templado y justo
Le otorga, y ella en rostro lisonjero
Tornando alegre con caricia amiga,
Así de nuevo á que lo cumpla obliga.

"Señor, dixo, yo siento que á mi pecho
El amor de aquel moro tu enemigo,
Con encantos le hizo tan estrecho
Un mago astuto que trató conmigo:
Contra esto hay cierta yerba de provecho
En este real jardin, que qual lo digo
El sábio me lo dixo, y que es bastante
A hacer aborrecer qualquier amante.

Haz por mí, porque yo por ti me esfuerce
A olvidar lo que ya olvidar querria,
Que en él, al tiempo que su paso tuerce
De la noche huyendo el blanco dia,
Los dos entremos, para que él refuerce
En nuestro amor con su virtud la mia,
Y me haga que sola de tu gloria
Quede, y no de otro rastro en mi memoria.

Y aunque la tierna raiz con que Medea
Al padre de Jason volvió mancebo,
A este jardin alegre hermosea,
Y le sustenta eternamente nuevo,
Con ella yo tambien haré se vea
Tu blanca barba como el roxo Febo,
Si es de creer que su virtud conserva,
Y el mundo aun goza tan preciosa yerba.

Darnosha el árbol de su alegre fruta,
Por tantos siglos antes no tocada,
Y la de mi honra entre la yerba enxuta
Del ramo de oro gozarás doblada:
No es este antojo peticion tan bruta,
Que no me haya de ser por ti otorgada,
Esto has de hacer por mí, señor, si quieres
Mis regalos gozar, y sus placeres.

Mas si gracia me niegas tan menuda,
Tendré este que amor llamas por antojo:
Da á lo que pido un sí, no estés en duda,
Que me es verte dudar notable enojo:"
Dixo, y todo el semblante alegre muda
En triste ceño, en blanco el color roxo,
Con el confuso miedo, ó con la pena
De la injusta merced de engaños llena.

De Zegrilda la gracia peregrina
Al Rey bastára, sin llegarle el cebo
De la rejuvenil virtud divina,
Que hacer sabe de un viejo un hombre nuevo:
Darle el jardin abierto determina,
Y en él buscar el inmortal renuevo,
Que á un bien tan raro, y gusto de tal modo,
No es mucho precio aventurarlo todo.

Son la vida y amor de los trofeos
Humanos las deidades mas pujantes,
Ante quien quedan los demas deseos
En su comparacion por no importantes:
¿Que mucho que ahora hagan devaneos,
Si arrastra qualquier dellos los gigantes,
Y un viejo amante para un gusto nuevo
Desee volver, si puede, á ser mancebo?

Determinó, pues se halla enamorado,
Hacer obras de tal, y darle gusto
A la que el suyo ha puesto en tal estado,
Ahora sea justo, ahora injusto:
Del oculto sagrario reservado
Libre sacó con ánimo robusto
Las llaves, cuyo peso soberano
Jamas antes cargó otra mortal mano.

Y porque el hurto al mundo sea invisible
Entre el mudo silencio y sombra obscura,
Los dos amantes al umbral horrible
Llegan, que habia de ser su sepultura:
El muro del jardin tembló inmovible,
Y al resonar la hueca cerradura
De las puertas de bronce en pavor llenas,
De sus torres llovieron mil almenas.

El lustroso dragon, que puesto en vela
Al árbol de oro inmenso tiempo habia,
Que sin ver sueño estuvo en centinela,
Ya en sabroso sosiego y paz dormia,
Quando al sordo rumor despierto vuela
Con negras alas por la abierta via,
Que al ciego amante la engañosa dama
A la venganza guia de su fama.

Y en los dos estrenando su veneno,
Ambos á un tiempo los dexó sin vida,
Y por el pueblo, ya de asombros lleno,
Espantosa hace y ciega arremetida:
Huyó del viejo Atlante al fértil seno,
Donde su furia en llamas encendida,
Así lo alto encendió de la montaña,
Que de sombra su humo cubrió á España.

Madrugó el sol por ver el ciego estrago
Que la desencantada sierpe hizo,
Y en el Rey muerto el merecido pago
Que la dama le dió, y su amor postizo:
Al jardin se cayó el muro aciago,
Y el novelero vulgo antojadizo
El oro saqueó, y el rico huerto
El mismo dia quedar se vió desierto.

Mas aquel Dios que en el por su decoro
Claustro secreto á su deidad tenia,
Los robos castigó, y cobró el tesoro
Con tristes muertes que en crueldad llovia:
Nadie sin religion tocó en el oro
Que á la planta inmortal de luz vestia,
Que aunque al templo la culpa restituya,
No pague en infeliz morir la suya.

Hallóse la ciudad de muertos llena,
De horribles sombras y temor los vivos,
El reyno despoblado, y yo en la pena
Que podian darme males tan esquivos;
Quando un sábio alfaquí, en noche serena
Contando al duro cielo los motivos
De sus doradas vueltas, leyó en ellas
El fin á que nos llaman las estrellas.

Y "huye, me dixo, de la tierra odiosa,
Que ya aquí el hado el reyno y paz te niega,
Y en procurar ciudad mas venturosa
Al viento manso y á la mar te entrega;
Y de esa fruta de oro prodigiosa
Con una busca la espaciosa vega
Del rio, que buscando arenas de oro
Con el suyo igualáre á tu tesoro.

Allí al abrir el sol sus rayos bellos
Sin arar la pondrás en su remansó,
Y hasta que peynes nieve por cabellos
Deste azote el rigor hallarás manso:
Allí tendrás alcázares, y en ellos
Reyno seguro y próspero descanso,
Sin que la pena y el castigo lleves
Desta culpa comun, si alguno debes."

Dixo, y con la dudosa profecía
Habla y alma huyó del cuerpo muerto,
Y yo entre tantos miedos otro dia
Con mis gentes baxé al vecino puerto:
Junto á la playa un bosque espeso habia,
De grama todo y de arrayan cubierto,
Adonde con humildes sacrificios
Los dioses intenté de hacer propicios.

Sentados de la selva en lo mas llano
Siete lucidas vi abultadas peñas,
Y en la mayor de todas de mi mano
Hacer quise un altar entre las breñas:
De una pesada almádana lozano
El peso alcé, y á las primeras señas
De querer hacer golpe el pardo risco,
Temblando comenzó á mostrarse arisco.

Y una voz, que aun ahora en los cabellos
Su horror siento, sonó, que así me dixo:
"Dexa de herir los montes, á mí en ellos,
O tú del ciego Orminda incauto hijo:
Dexa el inútil campo, que á los bellos
Del claro Darro harás curso prolixo,
Y en los tiernos cristales de su orilla,
De hermosura la octava maravilla.

En estas siete peñas convertidas
Dexó del fiero Górgon la cabeza,
De Atlas las siete nietas conocidas
Entre los astros con mayor belleza:
Estas sus carnes son endurecidas,
Huye de hacer agravio á su entereza,
Que esta tierra de hoy mas á tus intentos
Llena de horror está, toda es portentos."

Dixo, y como arrojado con las manos
Del riguroso hado el puerto dexo,
Y con mis temerosos africanos
En quatro naves por el mar me alejo;
Por donde entre arrecifes y pantanos,
Siguiendo de los cielos el consejo,
Llegué á Motril, y allí en su tierra, como
Por favorable agüero el puerto tomo.

Y en esquadron formado con mi gente
Del lugar en que estoy me certifico,
Y ciudad á mi pueblo permanente
De argamasados muros fortifico:
Un año estuve allí, que el inclemente
Rigor del hado, en desventuras rico,
Su crueldad templó, y en trato amigo
La ira disimuló, y cubrió el castigo.

Mas dió principio á destemplarse el cielo,
Arder el ayre, y á humear la tierra,
Y en mortal peste el enemigo suelo
Manchó quanto el humilde pueblo encierra:
Yo, que en nuevos cuidados me desvelo,
En triste estaba y congojosa guerra,
Quando una sombra, envuelta en sueño vano,
Así en tono me dixo soberano:

"Las nieves rompe, y deste suelo ardiente
En otro mas templado harán sus nidos,
Los que á gozar baxaren de tu gente
Del Genil claro páramos floridos:
Allí el oro, que el árbol excelente
Granó, te dará alcázares floridos,
Y la fruta feliz, de hombres preñada,
Parirla sentirás gente granada."

Dixo, y yo temeroso los portentos
Adoro, y con su luz me determino,
Y por las sierras pasos abro atentos,
Y entre la blanca nieve ancho camino:
Subo á la cumbre, doblo sus asientos,
Llego al fin á este arroyo cristalino,
Y haciendo adoracion debida al cielo,
La tierra abrazo humilde, y beso el suelo.

Y el concurso dexando de los mios
Por la corriente abaxo, quando el alba
De blanco aljófar los escarches frios
Se viste, con que al sol hace la salva;
Sobre este monte, entre sus claros rios,
En la ladera mas desierta y calva,
La luz adoro, y mi granada fixo,
Donde ya el cielo tantas veces dixo.

¡Extraño caso! solo concedido
Al brazo eterno, que los mundos rige:
Del sol el rayo apenas vió encendido
Con su luz de oro el qne primero dixe,
Quando el preñado globo, revestido
De alegre claridad, no hay quien afixe
En él los ojos, que otro sol parece
De hermosura mayor que el que amanece.

Y como si en sus senos se embebiera
El que por su horizonte iba naciendo,
Para despues parir la luz entera
Se fué esponjado, en proporcion creciendo:
Creció el oro, creció la luz primera,
Y dentro comenzo un sonoro estruendo,
Como entre flores codicioso enxambre,
Que del tierno rocio anda con hambre.

Y ya exâlado en vaporosa nube
El primer resplandor del oro ardiente,
Qual dorado celage, quando sube
Al descender el sol por el poniente,
En breve rato que mirando estuve
La neblina y vapor resplandeciente,
Con la fuerza del sol fué adelgazando,
Y á irse empezó tras el calor volando.

Y entre el desvanecerse la neblina,
Y por su seno entrar la lumbre bella,
En admirable pompa y luz divina
Criarse esta ciudad pareció en ella:
Su arquitectura y obra peregrina
Entre vislumbres comenzó á movella
Por los ojos la nube, que en su vuelo
Subir se via por el ayre al cielo.

Comienzan á mostrarse los cimientos
Que ya el oro amasó de piedra dura,
A traslucirse el muro y los asientos
Deste alcázar real, y su hermosura,
Sus bellos ventanages y aposentos,
Y el romper de las torres por su altura,
Las almenas y muros levantados,
Y del humilde vulgo los tejados.

Y la reciente máquina, que altiva
Con torres y dorados chapiteles,
Al parecer tras de la nube se iba,
Plantada se quedó en estos vergeles;
Y no solo ciudad, mas ciudad viva,
Llena de hombres, no de ánimos crueles,
Como unos que espigó otra vez la tierra,
Que en miedo los sembró, y los parió en guerra.

Mas pueblo sin furor, gente amorosa,
Que la granada amores significa,
Y el ser de oro la vuelve mas preciosa,
En fe mas noble, en condicion mas rica:
Recibióme con pompa suntuosa
La ciudad nueva, y que le sea suplica
Piadoso Rey, pues sola en mi persona
Sus muros de oro afixan la corona.

O fuese impulso natural, ó fuese
La propiedad del oro que fué mio,
O que ya el hado por allí quisiese
Disculpar su pasado desvarío;
La ciudad nueva me pidió le diese
Leyes, como su Rey, á mi albedrío,
Y por sus calles en soberbia pompa
Mi nombre hacen que los ayres rompa.

Admiróme de ver la muchedumbre
De nuevas gentes sin nacer criadas,
Sus palacios y templos, que una cumbre
Del cielo hacen sus bóvedas doradas:
De mi alcázar la excelsa pesadumbre
Con las puertas de bronce no forjadas,
Muros, torres, ventanas, miradores,
Majadas poco antes de pastores.

Y entre estas maravillas y sobornos
De la fortuna un nuevo sobresalto
El alma me llenó de los retornos
De que ningun contento vive falto:
Dexé mi primer pueblo en los contornos
Deste collado generoso y alto,
Esperando mi vuelta, ya no hallo
Como en la ciudad nueva aposentallo.

Guerra se me apareja, ó hado incierto,
Dixe entre mí, quando pensé que habia
El ancla echado en el seguro puerto,
Adonde me arrojó tu misma guia:
Mas entre un bien dudoso, y un mal cierto,
La ciudad llamo á la presencia mia,
Donde cuenta le di de mi congoja,
Y que el remedio en tanta duda escoja:
O admitiendo en sus muros á mi gente,
O á mí dexándome ir á procuralle
Ciudad, y adonde un pueblo permanente
Pueda, qual me lo manda el cielo, dalle:
Mas todos en tropel confusamente,
Que no la saque piden de aquel valle,
Mas que de su ciudad recien nacida
La mejor parte dé, y la mas cumplida.
Y á hacerse un pueblo de los dos conmigo
Los de mas peso van y suficiencia,
Pues en ser uno nuevo, y otro antigo,
Solo, y no en mas, está la diferencia:
Yo, dando al cielo gracias, el amigo
Esquadron busco en presta diligencia,
Que al blando abrigo de una sierra fria
Al reir del alba le dexé aquel dia.
Mas, ¡ó altibaxos de la humana vida,
Y quan inciertos sois al mas prudente!
No mi gente hallé fuerte y fornida,
Mas en vez della otra menuda gente,
Que por las hojas de un moral subida
Ciudad labraba, y pueblo diferente,
De estrechas casas, y capullos ricos,
A torno hechos de sus tiernos picos.

Quien ya del todo alcanza el suyo hecho,
Y quien le va enarcando y dando tumbo,
Quien labra las paredes, quien el techo,
Quien los cimientos, quien por otro rumbo
Echando los niveles trecho á trecho
Su casa traza, y quien por el derrumbo
De algun seco troncon desesperado,
Por no labrar la suya, está ahorcado.

Los unos de uno, y otros de otro modo,
Y todos juntos la obra comenzada
Texiendo apriesa, y revolviendo todo
El fresco ramo donde va enredada,
Siendo la tierra de argamasa y lodo
De la ciudad en ayre fabricada,
La virtud que en sus venas fructifica
El que dellos con mas fervor fabrica.

Dexáronme asombrado los portentos,
Mi nueva gente, y sus menudos nidos,
Quando del cielo vino por los vientos
Esta divina voz á mis oidos;
"Tambien tú labrarás tus aposentos,
O nuevo Rey de los recien nacidos,
Que aun tiene sobre ti el jardin derecho,
Por sucesor del que lo dió deshecho."

Huí medroso del rigor del hado,
La nueva gente que tras mí venia,
Viendo el largo esquadron, que allí abreviado
Menudo pueblo, en que meterle hacia:
Compasivo del caso no esperado,
Las casas cada qual que mas podia
A las suyas por huéspedes se lleva,
Y con cuidado las regala y ceba.

Y así desean los nuevos ciudadanos,
Que en el templado aliento de su pecho,
Cada florido abril suelen ufanos
Prestarles vida, como ahora han hecho:
Y porque el cielo con temores vanos
Tal vez de su quietud turba el provecho,
Por asombrarles las fantasmas tristes
A tiempos hacen el rumor que oistes.
En él la vida y medicina puesta
De los asombros destas gentes tiene,
A estos piadosos fines hace fiesta
El que en su casa huéspedes mantiene;
Y este el origen es del reyno, y desta
Ciudad, y en lo que dentro se entretiene,
De lo demas el cielo placentero
Los monstruos trueque en favorable agüero."
Así el anciano Rey en su discurso
Cuentan que relataba el de su vida,
Y que en suspension triste acabó el curso
Della, y ellos: el alma envejecida
En ordinarias penas, al concurso
De estrellas abreviada y reducida
A un punto indivisible, en nuevo modo
Tras sí se fué llevando el cuerpo todo.
Y encogiendo los miembros tan apriesa,
Que se desbarató la forma humana,
Los blancos hilos de la barba espesa
Seda se hicieron amarilla y cana;
Y el abreviado cuerpo, haciendo presa
En una hoja del moral liviana,
Se dice que, en gusano convertido,
Por ella comenzó á texer su nido.

Causó el asombro desta nueva esquiva
Miedo en el corazon mas confiado,
Que ¿quien hay de los vivos que no viva
A este riesgo sujeto y sentenciado?
¿De qué se engrie el hombre, ó en qué estriba?
¿En qué hace pie el soberbio, en qué el hincha-
Si el tiempo así á los Reyes soberanos, [do,
Como al pueblo comun, vuelve gusanos?

Alborotóse la ciudad, la gente
Acudió á ver la nueva maravilla,
La bella Doralice, que presente
Al caso está turbada y amarilla,
El llanto y el dolor con que lo siente
Al de menos piedad causa mancilla,
Cubrióse ella, el palacio, y Ferraguto,
De tristes paños de grosero luto.

Y de la tierna dama el pecho tierno
Prolixos dias sin salir estuvo
En las tinieblas del dolor paterno,
Que el justo sentimiento la detuvo:
El moro aragonés, que al del infierno
Le pareció tan largo llanto, tuvo
Modo para partirse, aunque en la llama
Antes se ardia de la bella dama.

Mas como por ventura era su intento
El gusto de un antojo disoluto,
Viendo tan dilatado sentimiento,
Enfadóle el dolor, cansóle el luto:
Ordena su partida, y dando al viento
Los agenos suspiros por tributo,
Se va, y dexa á los tristes sin alivio,
Que un deseo ya cumplido siempre es tibio.

Llegó la nueva á la afligida dama,
Con que se comenzó de nuevo el llanto,
Y el suceso, el desman, la muerte llama
De su primer esposo; y el espanto
De su delito, el riesgo de su fama,
Y el agravio presente pudo tanto,
Que en sus lágrimas tiernas consumida
Llegó á perder tras el honor la vida.

Sobre el sepulcro de su muerto esposo,
Como á pedir venganza dél ausente,
Lloró sus quejas, y el dolor copioso
De lágrimas sacó larga corriente:
Formóse dellas un estanque hermoso,
Y de sus ojos una alegre fuente,
Donde al tierno cristal que el llanto dexa,
El vulgo llama ya Fuentelaqueja.

Esto es lo que á la Reyna el Rey de Alora
Contaba, y como yo lo aprendí della,
O sea el modo de muerte con que llora
Su Rey Granada, y su Princesa bella:
Fingido, ó verdadero, no sé ahora
Lo cierto de su hado, ni su estrella:
El ser muerto es lo cierto, y que pretende
Sulmán el reyno en que el Genil se extiende.

Y á estas varias empresas, y al deseo
De dar venganza al cuerpo de Agramante,
Cuya cabeza es bárbaro trofeo
Al fuerte escudo del señor de Anglante,
De la abrasada Libia el pueblo feo,
Hecho un confuso exército abundante,
De altiva pompa, á vista de Biserta
La playa tiene de beldad cubierta.

Siguen el tremolar de sus banderas
Deste apartado mundo las naciones,
Quantas en torno habitan sus riberas,
Siembran su arena, y vuelcan sus terrones,
De adonde Atlas encumbra las laderas,
Hasta donde humean los carbones
De la abrasada Nubia, y del tributo
Del rio Niger al Canopo astuto.

Quanto se embebe en la abrasada zona,
Y el floxo suelo de su mundo ardiente,
Por sus baldíos campos amontona
En ocio inútil, y en mudable gente:
Al clarin de la fama que pregona
La nueva guerra, en bélico accidente
Sus esquadrones bárbaros concierta,
Y acude por mil partes á Biserta.

Qual sobre alegres cumbres y florestas
Del monte Tauro van sombrios montones
De pardas grullas, que en concierto puestas
Tras nuevo temple cruzan sus regiones,
O quando con furor marcial dispuestas
En bello alarde forman esquadrones
Contra el menudo pueblo, en cuya tierra
El ayre llueve exércitos de guerra:

Por tantas partes en igual concierto
Africa llega gentes contra España,
Y de la gran Biserta al ancho puerto
Hombres vomita y armas la campaña,
Del abrasado mauro el pueblo incierto
Con el de los Luntanas, cuya saña
Fundó á Marruecos, y en su mar profundo
Acabó de tiznar Faeton el mundo.

Los Numidas sin frenos, abundantes
En dulces palmas, y árboles sombríos;
Los ociosos Getulios, que de antes
Ya fueron de armas y primor vacíos,
Y hoy sin ellas, ni frenos espumantes
Los potros doman de mayores brios;
Los veloces Marmáridos, los Mazas,
Y el Afeo diestro en sus alegres cazas.

La gente de Marsilia, que sentada
Sobre el caballo, en cerco le revuelve
Con una diestra vara, y la tostada
Flecha qual parto por las ancas vuelve:
A los que Hesperia da fruta dorada
Del árbol que el dragon ardiente envuelve
En sus cerúleas roscas, cuya escama
Los rayos doran de su rubia llama.

Los de la real ciudad de Taradante,
Y á los que en los desiertos arenosos
De Zahara sembró Perseo triunfante
Sus manchados quelidros venenosos,
Que del frio Górgon el feroz semblante,
Despues que en sangre y visos temerosos
De Atlas creció la corpulenta sierra,
Muertes llovió y ponzoñas á la tierra.

Ni por léjos del tráfago del mundo
El apartado Zénega se excusa,
A quien el Niger da de olas profundo
Las ricas armas que pintadas usa:
Y él con su grueso exército fecundo
El ayre asorda en trápala confusa
De altivos Telgas, de Zuzingas feos,
Y de Bardoas antiguos Sabateos.

El que en el caudaloso Dara goza
Frescos palmares y aguas desabridas,
Y en pomposos alardes alboroza
Sus barrancosas playas carcomidas:
El que en la humilde Génova retoza
Tras los ligeros gamos, y ceñidas
Las negras sienes en calor eterno,
Del Niger mide el uno y otro cuerno.

Los que en Ceu, y sus ásperos desiertos,
Y laguna de márgenes floridos,
Anchos campos cultivan encubiertos,
De roxas pieles de áspides ceñidos;
O en el Bárlaro Zinche los inciertos
Y mudables collados, ya cernidos
De los ayres, no alcanzan firme asiento,
Que allí aun hasta los montes muda el viento.

Los que de alarde la espantosa sierra
Con increible propiedad encanta,
Y la virtud de sus peñascos cierra
Paso á la voz, y tupe la garganta:
De cuyo estrecho valle y parda tierra
El hijo de Filipo llevó quanta
Bastó para labrar del nuevo encanto
En Asia el real palacio del espanto.

Ni faltaron los bélicos flecheros
De la ciudad de Bárbara potente,
Que en pieles visten de animales fieros
Los corpulentos miembros de su gente:
Traen de roxo leon ricos cimeros,
Del remendado tigre la ancha frente,
Del pardo lobo, del cerval, y el oso,
Y escamas de serpiente el mas brioso.

Son estos tantos, que si el raudo viento
Con pestíferos soplos no barriese
La sobrada salud, y en fin violento
De ardiente arena y muerte los cubriese,
Seria la ancha tierra estrecho asiento
De su abundante parto al interese,
Y necesario á su parir fecundo,
O hacer de nuevo, ó ensanchar el mundo.

Traen estos en su esquadra por vecinos
El Jélofe, y el áspero Gualata,
Con los Tombutos, los Benais cetrinos,
Y el duro Burno de color mulata,
De la obscura Guinea vuelos finos,
De plumas y brazales de oro y plata,
Y la alta Nubia, que del Nilo bebe
La luz primera que la Aurora llueve.

Tienen tambien aquí esquadron gallardo
Los que de la Tebayda y fértil Lime
Suave ayre respiran, que el bastardo
Bóreas jamas por su arboleda esgrime:
Donde la negra pez y alquitran pardo,
En bálsamo precioso y blanco aníme
La virtud vuelve de su claro cielo,
Rico manantial de aroma al suelo.

Del Avisimbo el campo vagamundo,
Y esquadras del soberbio Troglodita,
Que de obscuras cavernas lo profundo
Con intratables ánimos habita:
Estos son los primeros donde al mundo
Ni el oro da riquezas, ni las quita,
Y tienen por mas gusto, y mas placeres,
Los hijos en comun, y las mugeres.

Los Megavaros, que de pardos toros
Crudos yelmos fabrican, y ancho escudo,
Y hacen volar tambien tiros sonoros,
Que á herir llegan con lenguage mudo:
De su region los bárbaros tesoros
Traen á Biserta en su esquadron membrudo,
Y con soberbios ánimos feroces
La tierra hacen temblar y el ayre á voces.

Ni de la alta Etiópia el Abisino
Sus pardos miembros le negó á esta guerra,
Si bien su grave Emperador no vino
Por su diversa ley, y extraña tierra:
Rige este Rey el cetro de oro fino
De sesenta y dos reynos, en que encierra
Quanto se extiende en gente inculta, ó sábia,
De su Océano oculto al mar de Arabia.

Los reynos Bernagaes, que al oriente
Del mar Bermejo pescan nacar y oro,
Tigrimaon, que aljófar reluciente
En ricas sartas vende al pueblo moro,
Con otros mundos, que en el cerco ardiente
Que el dia iguala gozan el tesoro
De una pareja luz, que en llama viva
La vuelta enrosca de su frente altiva.

Y bien que la ancha faxa que divide
El orbe por su imperio se enmaraña,
Ni del todo lo abraza, ni le mide,
Ni sus linderos con los suyos baña,
Que el estrellado Cancro no le impide
Su curso belicoso y vuelta extraña,
Ni el fiero Capricornio, aunque mas lanza
La uña postrera de su pie, le alcanza.

Mas quanto el cielo por señales puso
Del negro humo de su zona ardiente,
Y en abrasados páramos difuso,
Como de balde lo arrojó á la gente:
Todo eso en masa, y en monton confuso,
A los pies lo humilló del Rey potente,
A cuyo cetro, solo en su gobierno,
Ni el verano le ciñe, ni el invierno.

Pues este, aunque por ser de ley contraria,
Que adora al que murió por darnos vida,
Gente no envió á Biserta la voltaria,
Que anda en sus anchos reynos foragida:
Hecha una tropa en opiniones varia
Vino al torpe Jafés entretexida,
Que en las altas montañas de la Luna
La fuente al Nilo ve, si tiene alguna.

De entre sombrías selvas olorosas,
De ameno loto y bálsamo preciado,
De jazmines cubiertos, y de rosas,
Modo en la guerra de su patria usado,
Los Macrobios vi allí de armas preciosas,
Pueblo hasta en las batallas sosegado,
Con arcos, que el mas pobre se remata
En oro rubio, ó en luciente plata.

Estos al sol bendicen, si amanece,
Y al ponerse le ofrecen maldiciones,
Donde en preciado cinamomo crece
La paz de sus compuestos corazones;
Y á los de la isla Méroe, que florece
Del sacro Nilo á los fecundos dones,
Tambien hizo olvidar la nueva guerra
Las dulces cazas de su fértil tierra.

Los que en la Ciene clara el Cancro ardiente
Las sombras hurta, y les alarga el dia,
Con quanto el llano Egipto goza y siente
De su oriental Leusipo á Alexandría:
Los que en cien puertas da el muro potente
De la ancha Tebas, quanto Menfis cria
Entre excelsas pirámides, que el suelo
Hacen gemir, y recelarse al cielo.

Los que en la rica Arsïone, y sus valles,
Y de la Ciene habitan las regiones,
O en Berenice, y sus torcidas calles,
De la infiel Sirte alcanzan ricos dones:
Los Libïarcos de floridos talles,
Los bravos aunque pobres Nasamones,
Los Psilos, á quien temen las serpientes,
Y el Garamante, y sus ociosas gentes.

Los Marcios de prolixas cabelleras,
De avestruces vestidos y leones,
De las dos Mauritanias las riberas,
De suelta arena llenas y dragones,
De la infeliz Cartago las postreras
Faldas del firme Atlante, y sus naciones,
A guerra cruel en belicosa saña,
Desde Biserta desafian á España."

Así el sábio español, el grave alarde
Que en Africa notó, cuenta al persiano,
Mientras el barco por el golfo que arde
Las anchas velas da al austro liviano:
Y sin que á la aferrada proa retarde
Del peligroso mar el golfo cano,
Con huecos tumbos de preñadas olas
Las riberas descubren españolas.

Y en tanto que de Libia el suelo ardiente
En preparar exércitos se tarda,
Y del Rey casto la invencible gente
Sobre Pamplona á la de Francia aguarda;
Del César puesto ya el campo potente
Entre los Pirineos, acobarda
Las armas y naciones extrangeras
Con solo el tremolar de sus banderas.

Allí en carro imperial, á quien la esfera
Del suelo adora entre realces de oro,
Gustoso ver pasar su campo espera
Al grave aliento de un clarin sonoro:
Fué de Angelinos la primer bandera,
Y de sus armas el mayor tesoro,
Sobre un frison furioso, á cuyo huello
Los campos tiemblan, y el contrario en vello.

Como el soberbio Marte, quando en Tracia
Su alfange esgrime, y de su yelmo ardiente,
En quien el sol los rayos de oro espacia,
Rigor influye en su inmudable gente;
Tal el francés en ademán y en gracia
Delante el campo va resplandeciente,
Haciendo á las feroces gentes guia,
Que en torcida corriente el Reno enfria.

Qual en el libio mar olas espesas,
Si el armado Orion las alborota,
En crespos montes de avenidas gruesas
Sobre la playa hierven mas remota;
O qual la roxa mancha de traviesas
Espigas, á quien zéfiro alborota
En crespas ondas, tales los agudos
Plumeros vuelan, y arden los escudos.

El gran Dardin Dardeña, primer voto
En las francesas Cortes, le seguia
En caballo alazán, cuyo alboroto
A todo el brioso campo le ponia:
Este de los jaeces de Carloto
Fué grave presidente el triste dia
Que vengar intentó con pecho fuerte
De Baldovinos la alevosa muerte.

Sobre un caballo remendado á manchas,
Que el Albis le crió entre juncia verde,
De cerviz corta, y de narices anchas,
Y que en los ojos al correr se pierde;
De ricas piedras y grabadas planchas
El sonoro jaez, que en oro muerde,
A quien las perlas dan, y aljófar grueso,
Vislumbres nuevas, y soberbio peso;

Fiero enemigo á la nacion hispana,
Con ocho mil Saxones representa
El disforme Centauro, que en lozana
Rueda en el polo Antártico se sienta,
Con la robusta gente comarcana,
Que al mar Britano sus resacas cuenta,
Y los diestros venablos mal parejos
Al distante esquadron envia de léjos.

Ni callarán mis versos tu gran fama,
Acompañada de beldad reciente,
O ilustre Sansoneto, de la rama,
Del Soldan de Lamech fruto excelente;
A quien el vulgo por grandeza llama
Del bastardo Angriote descendiente,
Que en la torre Bermeja tu gran padre
A su nieta Ozamir te dio por madre.

Despues que en aventuras importantes
La fama acrecentó de su braveza,
Y en los arcos probó de los amantes
De su amoroso pecho la firmeza;
A tu madre le dió prendas bastantes
De su amor, y ella á ti de su belleza,
Criándote en las grutas de Angilones
Con substanciosa leche de leones.

Pues este, no contento con la herencia
Que de la isla materna alcanzar pudo,
Las Fortunadas traxo á la obediencia
Del roxo leon de su rapante escudo;
Y ahora con toda la mayor potencia
De su reyno feliz pasa el membrudo
Betancur, que por deudo, y por pariente,
De su casa es caudillo, y de su gente.

Urgel de la gran fuerza en riendas de oro
Tras este un fiel polaco gobernaba,
Con un coloso de metal sonoro,
Timbre y despojo de su invicta clava:
Que quando el Conde Dirlos contra el moro
Alarbe su ancha flota navegaba,
La galeaza suya de entre todas
Derrotada arribó á la insigne Rodas.

Y él deseoso de ver la gran medalla,
Que allí otro tiempo tuvo el sol luciente,
De paz entró, y en sola una batalla
Duque y señor salió de tierra y gente:
Mas la que ahora tras él hace muralla,
No es la que allí rindio su espada ardiente,
Ni del ducado de Guiayna rico,
Que á su padre Gofredo dió Alarico.

Que el Conde Ornulfo, título y estado
Hoy con tirana voz le usurpa y tiene;
Y así el tercio que allí le abriga el lado,
Es quanto el narbonés Varo contiene:
De Baldovinos jóven mal logrado
Solia esta esquadra ser, ahora le viene
Detrás al grave Urgel, y en su reseña
Aun llora los sucesos de Dardeña.

Entró tras deste el bello Ricardeto,
Hijo de Amon, y de Reynaldo hermano,
Que en rostro hermoso, y en fingir discreto,
A Flordespina hurtó el fruto temprano;
De quien nació el segundo Sansoneto,
Padre de Arnolt, y abuelo de Britano,
De Cleves Duque, de Borgoña yerno,
Y de la bella Arnulfa esposo tierno.

Destos á España sucesion gallarda
Del tiempo traxo la inmortal cadencia,
No de sangre encubierta ni bastarda,
Sino de ilustre y clara descendencia:
De aquí de la color de la esmeralda
Arnao sus bandas toma y dependencia,
Y en México, y en Burgos, los de Mota
Mas nobles son que el sol que la alba brota.

De aquí en báculo de oro, y mitra santa,
Ya Tlascala un Obispo goza ilustre
De sus dichosos siglos, y de quanta
Felicidad tendrá el colmado lustre:
El grave tronco desta insigne planta,
A quien tiempo voraz jamas deslustre,
Fué el hijo de Beatriz, tras quien venia
Quanta braveza la Borgundia cria.

Por donde el grave Séquana divide
De los Belgas y Celtas los mojones,
Gente que con la sola espada mide
De amigos y enemigos las razones,
Que á ninguno disculpas da ni pide,
Ni de agravio admitió satisfacciones,
Solo el brazo y su acero es quien sentencia
La mas dificultosa competencia.

Tres mil pasaron destos, mas pomposos
Que las aves de Juno en sus plumeros,
Tras de quien los Carducios belicosos
Y los Helbios siguieron altaneros,
Con los que de Gebena los llorosos
Altos nevados riscos ven enteros,
Gentes agrestes, cuya inculta sierra
Lo importante produce de la guerra.

Las graves canas del feliz Ricarte
Esta serrana esquadra hacian vistosa,
Y él como anciano y venerable Marte
En robusta vejez, y alma briosa:
De oro orlada llevaba en su estandarte
La Puente de Mantible, empresa honrosa
A su primera edad, con que hacia
La gloria florecer de Normandia.

Y bien que no en aquel ardor primero
Que al gigante Galafre descompuso,
Y la sangrienta puente ya de acero
De su escudo al quartel dorado puso:
Mas todavia con su aliento entero,
Que es de la áspera guerra padre el uso,
Por lanza un pino, que en las puntas arde,
Gallardo entró por el pomposo alarde.

Siguióle allí el fortísimo Organtino,
De los Tabanes real fruto excelente,
Del sábio Malgesí hijo adivino,
Y de la Reyna de la Orcania ardiente:
Esta en nocturnos caracteres vino
A Montalvan mil veces del oriente,
A probar de sus cercos los efetos,
Y del mago francés ciencia y secretos.

De ambos nació Organtino, que en la ciencia
De sus mágicos padres fué eminente,
Y de su franca sangre por la herencia
Como el ser sábio tuvo el ser valiente:
Este de insuperable suficiencia
Su rico arnés labró resplandeciente,
Templado así al hervir del lago Averno,
Que en su dureza es el diamante tierno.

Mas no te aprovecharon, ó furtivo
Fruto de Montalvan, y Orcania bella,
Ni las yerbas tesálicas, ni el vivo
Rayo infeliz de tu observada estrella;
Que en una antigua espada el hado esquivo
Su destruicion forjó, y tu muerte en ella,
Que es Balisarda estoque de la muerte,
Contra quien no hay escudo ni arnés fuerte.

Llevaba este dos mil tras su estandarte
De Champayna abundante en roxo trigo,
Con otros tantos mas que le dió aparte
De su encubierta madre el sábio amigo:
Tras dél, al huello de un templado Marte,
La fama hecha de su honor testigo,
De Rusellon paso el Duque Gerardo,
Brioso joven de ánimo gallardo.

Del gran Gui de Borgoña nieto amado,
El que á Murpin mató, mágico moro,
Que á Floripes la torre habia escalado
Por hurtarle su rica cinta de oro;
Cuyo real cerco en pedrería grabado,
Con bello adorno de inmortal tesoro,
Al cuerpo que se anuda da en aumento
Vida y salud, y á los demas sustento.

Sea mágica ficcion, ó astro dichoso,
Cuajado en la preciosa margarita,
A todos, como un plato substancioso,
El pecho alienta, y el desmayo quita;
A quien rodea su círculo lumbroso,
Y á quien su rayo da lumbre exquisita,
Todo lo alegra, y de sustento viste
Los secos labios de la hambre triste.

Fué de Floripes esta cinta bella,
Y ella del Almirante Balán hija,
Que su real torre defendió con ella
De un asedio cruel, y hambre prolixa;
Donde Murpin volando entró á prendella,
Y ya la joya entre sus dedos fixa
Volver queria á volar, quando sin vuelo,
Sin cinta, y sin cabeza vino al suelo.

Gui de Borgoña le atajó el intento
Con un diestro revés á tiempo dado,
Valiente abuelo del que ahora al viento
Pasa alumbrando con su arnés dorado:
Acompañan sus lados ciento á ciento
Los ricos pueblos del Escalde helado,
Que de Alemania á Bélgica divide,
Y el brio soberbio de sus campos mide.

Aquí del Rey de Persia Lamostante
Dos hijos iban de ánimo gallardo,
Que aficionados al señor de Anglante,
Padre y patria vendieron sin resguardo:
Murió el Rey, y del reyno lo importante,
Y ahora el bello Clarelo, y feo Copardo,
Como un signo de Géminis florido
Una divisa llevan, y un vestido.

Pasó Tudon, pasaron los hermanos
Angelin y Angelieros, pasó el fiero
Galtier de Maunleon, y los lozanos
Avinio, Abonio, Oton, y Belenguero:
Pasó el bello Drusian de ojos livianos
Vestido mas de seda que de acero,
Hijo del Rey famoso Brasalante,
Brioso jóven, cazador, y amante.

De Polisena, hija de Oliveros,
Se profesaba tierno enamorado,
No habida en casto lecho, ni en los fueros
Del santo nudo, é himeneo sagrado:
Que el paladin la hubo en los primeros
Años de juventud, ocasionado
De una hermosa Princesa, que vivia
En la torre zelosa de Almería.

El ambicioso Galalon, armado
De azules recamadas armas de oro,
Tras estos se seguia, y á su lado
Su bello hijo Salier, lustre y decoro
De todo el rico magancés estado,
Envidia al campo franco, espanto al moro,
Gran cazador de fieras, y en seguillas
Diestro hombre de á caballo en ambas sillas.

De diez mil de su casa acompañado,
Todos de una librea, y de unos fueros,
De azul, tela de plata, y de morado,
Y de las mismas plumas los sombreros,
Semejante al lucero coronado
De las flores de mayo, y sus plumeros,
Digno por cierto que le diera el hado
Vida mas larga, y padre mas honrado.
Dos van tras deste de ánimo gallardo,
Don Arnao, y Raynier, ambos amantes
De Flordespin, y el uno hijo bastardo
Del gran Marques de Güeldres Ballugantes,
Que jóven, tras la caza de un leon pardo
En las selvas de Ardeña resonantes,
Una hada gozó, y en su escondijo
La dexó madre de Rayner su hijo.
Allí entre breñas se crió, y ahora
Hecho grave Marques de Picardía,
Seis mil vasallos lleva, y por señora
A sola Flordespin; tras quien seguia
Don Casaús, Vizconde de Basora
Sobre la Persia, y Duque de Pavía,
Dudon, Anselmo, Cleves, y Malarte,
En ciencia Apolo, y en braveza un Marte.
Este del Rey Gerion trae descendencia,
Que con tres cuerpos gobernó en España,
Y en triplicada voz, forma, y presencia,
Estado le hizo y magestad extraña:
De tres cetros gozó la preeminencia,
De tres tiaras sus sienes acompaña,
Y de otros tantos cuellos hizo hambriento
Hércules su gallardo vencimiento.

Este guiaba los pueblos que al Garona
Las riberas cultivan y la greña,
Tras de quien el Marques de Carcasona
Feroz guió su tremolante seña:
Godofre era su nombre, y su persona
De altivo aliento, y alma zahareña:
Tras de los dos Galbanes, hijo y padre,
Belleza no hay que á su beldad no quadre.

Entre oro, plumas, plata y pedrería,
En dos blancos caballos, van iguales
Al alba de oro el uno, el otro al dia,
Quando alegrando salen los mortales,
Ballugante y Arloto de Suria:
Bujaforte y Franconio de Hardales
Seguian, este Lansgrave de Alemaña,
Y del viejo hijo aquel de la Montaña.

Pasó el gran Durandarte, pasó el fiero
Farfarelo, Franconio, y Matalista,
Bracamonte el galan, Guido el severo,
El rico Astolfo, y el sutil Arista,
Aymo, Hermion, Liofan, Claudio, y Galtero,
Y Egibardo en dorada sobrevista,
Del César y del cielo tan amado,
Que alcanzó sin envidia á ser privado.

Este solo nació y vivió en la tierra
Sin le haber murmurado, este hombre solo
De émulos se libró, y á la cruel guerra
De acedos zelos fué encubierto polo:
¡O quanto odio mordaz la envidia encierra!
Pues en el gran combez que alumbra Apolo,
Uno solo ha pasado en feliz vuelo,
Y aun ese ignoro si nació en el suelo,

Que Egibardo de todos los anales
Por un hombre marino es referido,
Que en el mar de Sicilia entre corales
Un pescador le halló recien nacido;
De adonde el tiempo en cercos desiguales
A ser segundo en Francia le ha subido,
Si ya á dicha es segundo, y no primero,
Y un privado no es todo un reyno entero.

Y si como es la fama en el Pachino
Concha de nacar le arrojó del seno,
Y en los campos del reyno cristalino
Rocío le concibió del mar Tirreno;
Sin duda fué su origen peregrino,
Pronóstico feliz de dichas lleno,
Y el parto de Parténope fecundo,
Sirena cuyo canto encantó el mundo.

Es fama que otro tiempo dieron canas,
De blancos huesos de hombres sus riberas
En el mar de Sicilia, tres hermanas,
Beldades crueles, y hermosuras fieras:
Con música encantando, y voces vanas,
Los capitanes y las naos guerreras,
Que de lo mas distante de la tierra
Marte guiaba á la troyana guerra.

Fué esta grave jornada á quien los hados
Amasado quisieron dar el mundo,
Y ellas las que á sus playas los forzados
Navíos traían por el mar profundo:
Solo Ulises con oidos destapados
Pasó el primero, sin tener segundo,
Al son de sus cantares, de quien pudo,
Pues no fué en oirlos sordo, no ser mudo.

Salvó todas sus gentes belicosas
Con cerrarles el paso á las querellas
De aquellas tres hambrientas tiernas diosas,
Y él sus canciones escuchó, y en ellas
Acentos de palabras poderosas
A detener su curso á las estrellas,
Hacer correr los montes, y el violento
Curso enfrenar del alterado viento.

Y aun si la entena en que él se habia ligado
Guardára entonces el primer sentido,
Que en su selva la hizo árbol copado,
De alguna antigua ninfa estrecho nido,
Nunca él pasara libre, ni el sagrado
Ilion diera en ceniza convertido,
Mas sus desnudos huesos en la playa
Fueran qual los demas cándida raya.

Tan poderoso fué el hablar gallardo
De aquellos tres portentos de eloqüencia,
Señal que de una dellas fué Egibardo
Parto feliz, pues heredó su ciencia,
Con que al César hacia breve, ó tardo,
Y en su gobierno aquella diferencia
Que sus gustos pedian, y á ese modo
Del reyno lo mejor le seguia todo.

De diez veces quinientos la arrogante
Esquadra daba al sol timbres dorados,
Gente al trabajo con fervor constante,
De fuerzas firme, y de ánimos doblados;
En voladoras flechas abundante,
Aljabas de marfil, y arcos pintados,
Que al campo arrojan en cruxir sonoro
Nubes de arpones, como lluvia de oro.

Pues de ti, ó noble Lanio, que ya fuiste
Nieto del vengativo Balisarte,
Que de Carlos Martel en luto triste
Del reyno recibió el real estandarte,
¿Cómo contaré el brio con que diste
Placer al campo todo, envidia á Marte,
En tu gallarda entrada, mas vistosa
Que del florido mayo el alba hermosa?

Subiste altivo al grave oficio honroso
De Don Galfedro, hijo de Uliano,
Gran Duque de Saboya, á quien brioso
Dió injusta muerte el falso Conde Gano:
Feliz á no vivir tan receloso
De su hermosa Olinda, casta en vano,
Pues ella en lo mejor quedó perdida,
Y el alevoso Conde sin la vida.

Que el ofendido padre en la venganza
Del muerto hijo destruyó su estado,
Mató al Conde, y á su única esperanza
El bello Florambel, mató al culpado
Guasco, mató diez Condes de Maganza,
Mató á Olinda, mató á su padre amado,
Mató á dos hijos de su anciano suegro,
Celin el blanco, y Alisandro el negro.

El uno en hacer mal á los caballos,
Y otro en justar insignemente diestros,
Ricos de fama, y ricos de vasallos,
Pero de hados por igual siniestros,
Pues pudo un muerto jóven degollallos
Por mas que fuesen en huir maestros,
A quien sucedió Lanio, que llevaba
Tras sí una esquadra rozagante y brava.

Juzgóse encima de un obero armado
Al dorado Orion, quando espantoso,
De pardas nubes y furor cercado,
Sobre el Carpacio mar hierve espumoso:
De los floridos pueblos rodeado,
En gruesa tropa y esquadron vistoso,
Que en el rio Liger con nevadas vueltas
Las aguas hurtan á los montes Celtas.

No llevan estos, ni usan armas nobles
De acicalado acero relucientes,
Ni en carros suben, ni los duros robles
En lanzas enderezan eminentes:
Mas de sus diestras hondas los redobles
Grandes riscos arrojan, y en valientes
Cercos escupen, al voltear parejos,
Muertes al enemigo desde léjos.

Antea, que del Soldan hija se llama,
Y del primer asirio Rey desciende,
Y por ver solo á Montalvan es fama
Que la suya por todo el orbe extiende,
Guerrera la hizo amor de tierna dama,
Que en la escuela de amor, ¿qué no se apren-
Y hoy es en la reseña su persona [de?
En beldad Venus, y en furor Belona.

Dos mil de su frison siguen la huella,
Con ricas telas de oro, y con turbantes,
De lo mejor del Cáucaso, donde ella
Cien castillos y mas rige importantes:
Un sol parece entre su esquadra bella,
Y los que van tras ella semejantes
A las ardientes lumbres de alegría,
Que tras su capitan la noche envia.

Mas ya de la imperial bandera el vuelo
Con las águilas negras campeaba,
A cuyo tremolar tiembla del suelo
Quanto el mar ciñe, y con sus tumbos lava:
Roldan guia este quartel, Roldan que el cielo
Espada no crió ni alma mas brava,
Dichoso, si entre tanta hazaña fuera
Otra alguna antes desta la postrera.

Seguia por general de Francia el resto
Del campo su estandarte, y á su lado
Reynaldos, Oduardo, el Duque Arnesto,
Y Galtier, de Oliveros hijo amado:
A este, con trato no del todo honesto,
Meridiana parió en el celebrado
Cerco de Montalvan, que en qualquier modo
El trato y la ocasion lo pueden todo.

Tuvo Oliveros (si en sus gustos hubo
Lugar para ello, y fué á su amor posible)
En dos el corazon, dos damas tuvo,
Y en dos repartió el alma indivisible:
A Florisena un tiempo la entretuvo,
A Meridiana dió prenda visible
De su amor, en la misma que ahora se arde
En llamas de oro en el vistoso alarde.

Así el campo pasó, y así en serena
Magestad hizo el águila su vuelo,
Unos llenos de gusto, otros de pena,
Unos de orgullo, y otros de recelo:
Cada uno tras su suerte mala, ó buena,
Que es destas varias frutas plaza el suelo,
Y con fortuna próspera, ó escasa,
En las alas del tiempo todo pasa.

ALEGORÍA.

En el buen suceso de Gundémaro, y Arlaja, se muestra, que el cielo es tan justo en sus decretos, que pocas veces consiente que el inocente padezca sin culpa, sacándole libre de los riesgos, sin poner él de su parte más que la limpieza de sus obras. En la muerte del Rey Ormindas, y su dama, se dice el castigo que da el cielo al Príncipe, que debiendo ser el amparo de la religion, la menosprecia y quebranta. Y en el origen de la ciudad de Granada, que sola la abundancia del oro hace las ciudades ricas y populosas; y que del oro nacen todas las grandezas de la tierra. Y la conversion de los hombres en gusanos de seda, nos dice claro, que el fin universal de los vivientes es convertirse en gusanos, é ir devanando la vida, labrando como el gusano de seda el capullo, que es la sepultura, no para acabarse allí, sino para resucitar con el alma inmortal, como palomita para volar á su esfera, cada uno conforme hubiere vivido. La transformacion de Doralice en fuente, significa, que todo el premio del vicio son lágrimas y arrepentimiento: y el alarde, ya en otra parte queda dicho lo que significa.

Fin del libro vigésimotercio.

LIBRO VIGESIMOQUARTO.

ARGUMENTO.

Llegan á descubrirse los campos de Francia y Espana. Ordena y anima cada capitan el suyo, y al embestirse, Morgante da principio á la famosa batalla, en la qual entre trágicos sucesos se ve una notable variedad de muertes, y entre ellas la de Orlando, y los demas doce Pares de Francia, que todos mueren á manos de Bernardo, y sus españoles.

Si mi carta los cómputos no yerra
Cerca de tierra estoy, tierra he sentido,
Mas tierra es la que veo, tierra, tierra,
Gracias al cielo, gracias, que ha traido
Por los peligros que este golfo encierra
Mi frágil leño al puerto conocido,
Donde al cumplir el voto en sus extremos
Al sacro templo cuelgue vela y remos.

A Dios vanos temores, que ya distes
En cobarde esquadron asalto al alma:
A Dios Graus, Caribdis, Scilas tristes,
A quien de miedo creí rendir la palma:
Ya al puerto embisto, afuera los que fuistes
A mi viento feliz prolixa calma,
Dexadme allá llegar, afuera, afuera,
Que siento el fresco ya de la ribera.

Ya de la fama los clarines siento
Con que le hacen sus devotos fiesta,
Y del altivo templo por el viento
Subir las puntas en dorada cresta:
Ya de sus cisnes al divino acento
La playa rie, y suena la floresta:
Ya mi aliento me da, que al viage ignoto
De mi barca halle puerto, y cumpla el voto.

Ya entre los cuernos del caliente toro
El rubio dios que tuvo cuna en Delo,
Abriendo al mundo el celestial tesoro
De nueva y tierna luz bordaba el suelo;
Y del carro acerado el rayo de oro
Con que Marte trastorna y mide el cielo
Sobre los campos dio, y creció la saña
Al francés brio, y al furor de España.

El nuevo orgullo del cercano dia,
Que habia de ser de tantos el postrero,
Al clarin de oro desperto, que hacia
Pomposa salva al rayo del lucero:
Resonó el ayre, y el furor que ardia
Las fuerzas refino al templado acero
De aquellos mundos, que en dudosa suerte
Las estrellas guiaban á la muerte.

Dexan los mudos lechos, y allí entero
El reposo que en tibia paz dormia,
Y el miserable vulgo, que el entero
Sol no ha de ver del comenzado dia,
En tropa acude y ánimo altanero
A la tienda imperial, donde á porfia
Da priesa, y solicíta de la vida
El postrer paso, y última partida.

¡O soberanas causas! que si el mundo
A vuestro superior gobierno unido
Trastornar os agrada, y con profundo
Saber darlo á mejor discurso asido,
Nuestra ignorancia que es medio segundo
Nos cargais por primero, y convencido
De error culpable nuestro incauto pecho,
Solo lo que ordenais en todo es hecho.

Acaudillando la orgullosa gente,
Que á su cercano fin se precipita,
El falso Galalon á la eminente
Tienda imperial llegó en aplauso y grita,
Donde en falaz discurso, y limpia frente,
Así al César razona, y necesita
A la cercana muerte que ya el hado
De la fortuna á Francia ha señalado.

"¡O invencible Monarca! á quien del suelo
Lo mejor por cabeza y Rey adora,
A cuyos firmes hombros dará el cielo
Quanto hasta el turbio ocaso ve la aurora:
El fin dichoso que en heroyco zelo
Aquí tus gentes truxo, y tiene ahora
Ya llamando á tu puerta te convida,
Al triunfo y la victoria prometida.

Ya de tu ardiente carro los fogosos
Caballos con relinchos placenteros
Tus enemigos vuelven temerosos,
Y empañan con bufidos sus aceros:
Ya para ser señor de los famosos
Montes de España, y á tus francos fieros
Dar libre el rico saco que en sí encierra,
Sola lo impide esta pequeña sierra.

Que les mandes marchar te ruegan solo,
Y á su altivo furor quites el freno,
Que en pago te darán de polo á polo
Quanto de tierra y mar abraza el seno:
Verá tus lirios de oro el rubio Apolo
Quando en el Ganges bebe, y quando lleno
De la encendida lumbre que le abrasa
Tetis le ahoga en su profunda casa.

Esto el humilde pueblo, y los magnates,
Que tus dobladas águilas seguimos,
Por los vencidos reynos y combates
Que á tu servicio dieron te pedimos:
Con solo esto rogamos que rescates
Tu obligacion, si alguna te pusimos,
Y que por la licencia que les dieres
Cobres á España, y goces sus placeres.

¿Quien te detiene el brio? ¿quien refrena
Del impetu francés tu pecho ardiente?
Mira que es remision de culpa llena
En ti el vencer tan tibia y floxamente:
Rompe, señor, del todo desenfrena
Ese raudal de tu invencible gente,
Acepta el triunfo que te ofrece el hado,
Y ten vergüenza de vencer rogado.

Vénga á justo derecho, ó no le venga,
La guerra que hoy fortuna va trazando,
Con tal que yo por capitan te tenga,
Y al romper de tu boca sienta el bando;
Tu gusto es ley, convenga, ó no convenga,
Tuyo es el mundo, y fué, ¿qué estás dudando?
Un sol hay en el cielo, y en la tierra
Un solo Emperador en paz y en guerra.

Todos qual ves esperan que estos pardos
Riscos, que solo impiden tu victoria,
Les mandes escalar, y á los bastardos
Godos quitar la antigua vanagloria;
Que ya llenos sus ánimos gallardos
Del deseo de dexar de sí memoria,
El de mas tibio y mas helado pecho
Está una salamandra de honra hecho."

Dixo, y el César, ya con las razones
Del lisonjero Conde el alma llena
De hidrópica ambicion, tras sus pendones
Que marche á toda furia el campo ordena:
Rompen trincheas, alzan pabellones,
Tocan las caxas, y el clarin resuena
Por las cóncavas cuevas, y los riscos
De gramas entoldados y lentiscos.

Con el furor que la impelida llama
De un recio viento á un bosque seco arroja
La tragadora furia, en que arde y brama
En resonante hervir la selva roxa,
Suda el verde laurel, arde la grama,
Vuela del fresno en humo el tronco y hoja,
Y todo al fin por do el incendio pasa,
El monte asombra, y su ladera abrasa;

Así al son de trompetas y atambores,
Y con igual furor sube marchando
Por los riscos altivos miradores
Del grave Pirineo el francés bando:
Tiemblan los pinos, gimen los alcores
Debaxo el grave peso, y no bastando
A refrenar su furia, el valle escaso
Les da á no poder mas humilde el paso.

El viejo y encorvado Pirineo,
A quien del cielo el brazo eterno puso
Con riendas de oro al paso del deseo
De un pueblo y otro de su trato y uso;
Y por mejor y altísimo trofeo
De paz y eternas treguas le compuso
Entre las dos naciones, que feroces
Hoy su sosiego han perturbado á voces;

De las huecas alcobas, donde tiene
En estrados de plata reclinada
La grave espalda, que corriendo viene
De la una mar á la otra mar salada;
Al rumor de la gente que detiene,
Su cabeza de encinas coronada
Dicen que alzó entre riscos, y la tierra
Temblo al abrir sus ojos la gran sierra.

Y viendo por sus hombros derramadas
Del francés reyno las legiones fieras,
De las lustrosas armas las doradas
Luces, y el tremolar de las banderas,
Las leyes de sus límites quebradas,
Y que por pretensiones altaneras,
Lo que el cielo apartó en concordia sana,
Juntar pretende la ambicion humana;

"¿Quien, dixo, con tan bárbaros intentos
Del mundo la quietud ha rebelado?
¿Qué nuevos monstruos de ánimos violentos
Por mis revueltas breñas se han sembrado?
¿A qué fin con tan graves movimientos
De armas mi inculto seno veo preñado,
Que con ciego alboroto y son de guerra
Los confines asordan de mi tierra?
¿Que mas discordia habrá, quando en el cielo
El sol se abrase, y queme las estrellas?
¿Quando la mar se extienda sobre el suelo,
Y sus olas levante encima dellas?
¿Quando del tiempo el concertado vuelo
Se quiebre y rompa, y las lazadas bellas,
Que encadenaban toda esta armonía,
Las deshaga y consuma el postrer dia?
Quando quebrada la mortal coluna,
Que ahora es firme asiento de las cosas,
Tras la enlutada esfera de la luna
Las estrellas se arrojen perezosas;
Y en la mar anegadas de una en una,
Se encienda el ayre en llamas espantosas
Que los polos abrasen, y entre tanto
Todo se vuelva á su primer espanto.
Ni entonces podrá haber mayor revuelta,
Ni mundo mas confuso y alterado,
Ni aquella eterna noche en sombra envuelta
Le pondrá mas suspenso y enlutado:
La tierra veo un mar de sangre vuelta,
El ayre de cometas rodeado,
Las estrellas sin luz, y en medio el cielo
Cubierto el sol de un amarillo velo.

Ya otras veces mis hombros deste peso
Cargado, y estas mismas armas tuve,
Mas no tan graves, ni de tanto exceso,
Como el que ora por cima dellos sube.
O aquí el mundo ha juntado el gran proceso
De sus edades, y esta densa nube
Preñada va de su potencia y saña,
O qual sentir caduco el mio se engaña.

Mas peso y carga de mayores gentes
Nunca de España el belicoso suelo
Junta oprimió, ni á brazos mas valientes
En un solo esquadron dió aliento el cielo;
Ni quando á saquear de mis vertientes
Las ricas costras de argentado yelo,
La hambre de Fenicia, ni el estrago
Sobre mí vino de la gran Cartago.

Ni quando á sus soberbios pensamientos
El fiero hijo de Isman alzó pendones,
Cuyos mal reprimidos movimientos
Desmembraron de Siria estas regiones;
Y de Meroan cortando los intentos
Al reyno cordobés dieron blasones,
Con que al mundo temblar, y á España hizo
Humillarse á un tirano advenedizo.

Ni al tiempo que el mancebo Abenhumea
En Portunio abatió su media luna,
Ni quando en riesgo la servil ralea
De esclavos le embistió guerra importuna;
Ni el cruel desman de otra francés pelea,
Triste ensaye y agüero de fortuna,
A este se iguala, con que altiva intenta
De toda su ambicion tomarle cuenta.

Mas si el oculto discurrir del hado,
Y de las parcas el estambre y huso,
A la francesa Magestad han dado
Su crecimiento hasta este punto incluso;
Si hasta aquí tiene el cielo decretado
Que llegue, y por sus límites le puso
La cumbre, que ya sube y quiere á una
Que della le despeñe la fortuna;

Yo doy lugar á lo que el cielo ordena
El paso libre, y el camino llano:"
Esto á la gran montaña de años llena
Es fama que le oyó el bosque cercano;
Y el feroz campo, cuyo curso atruena
Los vecinos contornos, llegó ufano
A la alta cumbre, donde en vista fiera
El español exército le espera.

Tembló el brio francés viendo al contrario,
Y de pálido y triste horror cubierto,
Volvió en semblante humilde el temerario,
Con que antes el vencer tuvo por cierto:
Y ya en mas orden mide y pesa el vario
Brazo de la fortuna sin concierto,
Que hace diversos visos y reflexos
Ver la muerte á los ojos, ó de léjos.

En tres gruesas esquadras su potente
Exército el francés ordena y parte,
El diestro cuerno con la invicta gente
Que arrastró de Girona el estandarte,
Hecha á vencer lombardos; y al valiente
Gradaso, y Mandricardo, da y reparte
A cuenta de Reynaldos, que á su lado
Parece un invencible Marte armado.

La segunda de ricos precios llena
Del destrozado campo de Agramante,
Que su fama á la ardiente Libia atruena
En bélico aparato y voz triunfante,
Con mas palmas que nacen en su arena,
Y mas triunfos que alerces cria Atlante,
A ti, fiero Dudon, y á tu braveza,
Dió el César por gobierno, y por cabeza.

Lo restante del campo, que á la trompa
De la fama añadió sonoro aliento,
Y sin que el tiempo el de sus bronces rompa
Sobre su altar tendrán eterno asiento,
Con el César, que en grave aplauso y pompa
Príncipes le acompañan ciento á ciento,
A cuenta va del gran señor de Anglante
A un invicto Centauro semejante.

Aquí entre otros jayanes, cuyas sienes
Diadema de oro por los yelmos ciñe,
Y á sus vecinos reynos con desdenes
Fortuna á dar tributo y fe constriñe,
Leofante va, y Fabúreo, por rehenes
De la una y otra Arabia, que les tiñe
De roxo los escudos, donde lleva
Este un cisne, y aquel la luna nueva.

De la otra parte el grave Alfonso empieza
A mover con su exército asturiano
En número inferior, mas no en braveza
A ningun pecho ni valor humano:
Por gallardo caudillo, y por cabeza
Del Carpio ilustre el dueño soberano,
Qual delante del sol sale el lucero
Ardiendo en llamas de oro, y limpio acero.

Sobre un caballo negro azabachado,
De pequeñas orejas y cabeza,
De un sol blanco en la frente remendado,
Fogosos ojos, llenos de viveza,
Tresalbo, ancho de pecho, y levantado,
De corta clin, y presta ligereza,
Las hinchadas narices con su aliento
Son espuma al jaez, y fuego al viento.
En aspando las manos de brioso,
La cola entre las piernas escondida,
De concertado freno, y paso ayroso,
Y á blanda rienda su altivez rendida;
Armado el rico arnés de oro fogoso,
Que ya fué de Vulcano obra escogida,
Ardiendo en rayos de sus piedras bellas,
Como el cielo en la luz de sus estrellas.
De blancas plumas un penacho altivo,
Que el ayre en crespo tremolar le enreda,
De oro grabado el peto, en que el cautivo
Pecho, mas no de amor, salvarse pueda:
En el escudo de fortuna al vivo
Hecha pedazos la inconstante rueda,
De perlas, oro, y pedrería sembrada,
Y por letra, "no hay otra que mi espada."
Qual sobre el austro ardiente al pardo moro
El soberbio Centauro mide el cielo,
Y en márgen de cristal tiembla el sonoro
Golfo al ver trastornar su raudo vuelo,
Y él con mallas de plata, y peto de oro,
Su estrellada grandeza muestra al suelo,
Tal en arnés vistoso relumbrante
Bernardo está á su exército delante.

Su venerable Rey, que la potencia
Del orbe sobre España venir siente,
Y que para tan grave resistencia
Quanto tiene le importa de valiente;
Mostrando en todo que su real presencia
Es alma invicta á su invencible gente,
De en medio della, con saber profundo,
Así empezó á hablar, y escuchó el mundo.

"Invictos héroes, que por tantos modos
El tiempo en vuestros pechos exàmina
El gran caudal que en los soberbios godos
El feliz temple castellano afina;
Hoy, por daros de un golpe juntos todos
Los triunfos de la tierra, determina
Rendir á vuestros pies, por vuestras manos,
Los que en vencerla toda están ufanos.

Por no poder llevar vuestras espadas
A trastornar los montes del oriente,
Ni á vencer las regiones escarchadas
Del norte, ni de Libia el suelo ardiente;
Los triunfos todos de esas derramadas
Naciones os los trae en esta gente,
Que hoy quanta honra ha ganado por la tierra
Al pie os la viene á dar desta alta sierra.

Mas no por verlos en tan grave punto,
De la instable fortuna acariciados,
Su arrogante opinion, vano trasunto
De ambicion loca, os dexe acobardados,
Que toda esta altivez y orgullo junto
Ya de vencerlo estais acostumbrados:
¿Quando el furor fantástico de Francia
Contra el brazo español fué de importancia?

Bien saben que es comprar á cargas de oro
Un dia de treguas y de paz á España,
No huyendo del persa, ni del moro,
Sino del catalan corage y saña:
Quando Teudio, su Rey, vida y tesoro
Al paso les quitó desta montaña,
Habiéndole pagado hasta una huella
A peso de oro de los riscos della.

Del extremeño Clanio la persona,
Que ya dos veces con tasada gente
De la francesa sangre en Carcasona
Arroyos hizo, y sus montañas fuente,
¿Fué mas que español nuestro? á Tarragona,
Quando de su nobleza lo eminente
Dió montes de sepulcros á Igualada,
¿Cuyo fué el brazo? ¿quien prestó la espada?

Ni penseis que los siglos han mudado
A estas como á otras cosas las corrientes,
Habiendo allí crecido, aquí menguado;
Los ánimos y brios de las gentes:
Los mismos son que fueron: ya probado
Tiene esta nuestra sierra y sus vertientes
Su esfuerzo, sus dorados lirios bellos
Bien saben vuestros brazos deshacellos.

El bravo orgullo es este que delante
Con fantásticos miedos os asombra.
La causa de la guerra su arrogante
Soberbia, otra aparente y vana sombra,
Ambiciosa codicia es lo restante,
Aunque el ofrecimiento mio la nombra:
Vuestro derecho, ó héroes asturianos,
Es librar nuestro reyno de sus manos.

Quien de su amada patria el fiel regazo,
Donde el dichoso nace, vive y muere,
Y de la nueva esposa al dulce abrazo
Volver sin mancha á su nobleza quiere;
Quien del pequeño hijo el tierno lazo
Tornar al grave cuello pretendiere,
Y no humillar de la cerviz altiva
El libre suyo á sujecion cautiva,
Con la enemiga sangre derramada
Le importa iluminar la executoria,
Honor perdido, ó libertad ganada,
Es ganar ó perder esta victoria:
¡O intrépido esquadron! á cuya espada
El cielo ofrece semejante gloria,
Librad la invicta patria, y haced vuestra
De un golpe la honra que de aquí se muestra."
Dixo, y á su discurso el campo altivo
En bélico furor se enciende y arde,
Suena el arnés de Marte vengativo,
Fuego ardiente al feroz, yelo al cobarde:
Quien del diestro venablo, quien del vivo
Filo del corvo alfange hace alarde,
Y quien, blandiendo la nudosa lanza,
Sin moverse al contrario se abalanza.
En tanto el francés campo el ayre impuro
Lleno de agüeros tristes mira atento,
El negro valle de un celage obscuro
En torno le entoldó, y espesó el viento:
Del lado izquierdo, sobre un risco duro,
Sonó de un pardo buho el ronco acento,
Y de tres cuervos un combate fiero
Entre la nube y su enlutado agüero.

Desvaneció la sombra, salió el dia,
Cubierto el sol con un sangriento velo,
Y del norte una alegre compañia
De doce blancos cisnes batió el vuelo;
Quando una águila altiva, que venia
De hácia el campo español, cubriendo el cielo
En pompa de alas, y de artejos bellos,
Con engrifadas garras se entró en ellos.

Mezclóse al esquadron, creció la suma
La reyna de las aves, cuyo brio
Hace que el blanco cerco se consuma,
Y que las nubes den de sangre un rio:
Caen los destrozos de nevada pluma,
Y muertos uno á uno el ayre frio
Los doce cisnes vuelve, cuyo vuelo
Antes de blanca cinta ciñó el cielo.

El César de tan graves causas lleno
Su cuidadoso discurrir revuelve;
Mas ya empeñado el crédito, en sereno
Semblante el alterado pecho vuelve:
Rompe á la altiva Magestad el freno,
En ver el fin del hado se resuelve,
Y fingiendo el placer, que no tenia,
Así al campo habló que le seguia:

"O ya del mundo diestros vencedores,
Pueblo indomable, á cuyos brazos fieros
No hay pechos tan osados, ni furores,
Que no os rindan humildes sus aceros,
De adonde en aromáticos olores
Del tierno dia beben los primeros
Rayos de alegre luz, al mas distante
Pueblo, á quien da su sombra el viejo Atlante;

Ya de la gran jornada el postrer dia,
Con tantas diligencias procurado,
Vuestra braveza llama y desafía
Al modo de vencer acostumbrado:
De los gallardos brazos la osadía
Que el mundo hizo temblar, hoy con doblado
Esfuerzo es el mostrarla conveniente
En el vencer esta indomable gente.

No hay nacion tan remota y apartada,
Désde donde la oculta Tile humea,
Hasta el feroz Centauro, que en dorada
Uña en el polo Antártico pasea,
Que al filo agudo de esa invicta espada
Nuevo trofeo de altivez no sea,
Ni desde el indio oculto al mar de oriente
Quien no se asombre á su vislumbre ardiente.

Ya pues para que en carros de leones,
Y en triunfo universal goceis la tierra,
A vuestra fama solos los mojones
Resta allanar desta enemiga tierra;
Con esto haceis de todas las naciones
Un reyno solo, solo en esta guerra
Está el ser invencibles, ó que el mundo
Aun todavía os dé el lugar segundo.

Mas ¿para qué en palabras entretengo
El triunfo que tal brio me asegura,
Si lo poco que en ellas me detengo
De corriente le quito á mi ventura?
Esto les doy de vida, hasta aquí vengo
A serles franco Rey, gocen segura
Libertad este rato, ya el postrero
Que el hado les otorga, y vuestro acero;

Que aunque ceñidas de laurel triunfante
Por vuestra espada mis ancianas sienes
Ya vi otras veces, nunca en tan pujante
Gusto, ni en colmo de tan altos bienes:
Ni quando el fiero campo de Agramante
Me dió en vencidos Reyes sus rehenes,
Ni quando de Gradaso, y de Mambrino,
Y Almonte, el triplicado triunfo vino:
Ni quando á Desiderio en Lombardía
Mi tributario hice, ni con tanta
Gloria entré en Roma á recibir un dia
Del sacro Imperio la diadema santa:
Que á todos estos actos de alegría
Este los sobrepuja y adelanta,
A esta victoria y triunfo los pasados
Son márgenes de gustos abreviados.
Sola una cosa, ó jóvenes gallardos,
La fe me otorgue de ese pecho fiero,
Que contra los rendidos vuestros dardos,
Ni se armen de rigor, ni sean de acero:
El que en ligero vuelo, ó pasos tardos,
Se os rindiere, tendreis por compañero,
Sea vuestro ciudadano el que huyere,
O el que por no morir se defendiere.
De los demas sin reservar viviente
La sangre riegue vuestros lirios de oro,
Muera su Rey falaz, muera su gente,
Muera el leonés, el árabe, y el moro:
A ellos, invicta casta, descendiente
Del que á Hector engendró, y á Polidoro,
Que aun ya desde esta altura donde estamos
Por superiores suyos nos contamos."

Dixo, y en frio silencio amortiguado
Se vió el primer orgullo bullicioso,
De la vecina muerte demudado
El pálido semblante al mas brioso:
Da latidos el pecho al mas osado,
Temen el arrogante y el medroso,
Y entibiar en tal trance los guerreros
Es el peor de todos los agüeros.

Mas no solo temblaron los presentes
De su cercano fin al triste ensayo,
Que no se halló francés entre las gentes
Que entonces no sintiese algun desmayo:
O fuesen de los hados las corrientes,
O de signo infeliz precioso rayo,
Que á las francesas armas poderosas
El curso trastornaba de las cosas.

Todos al fin los que en el mundo habia
Por regiones incógnitas sembrados
Los azares sintieron de aquel dia,
Y los pechos hallaron desmayados:
Los de la Libia cruel, los de la pia
Moscovia, los humildes, los honrados,
El que en Tiro sus púrpuras rescata,
Y el que de solo el ocio en París trata.

El César á vencer acostumbrado
Se vió tambien suspenso un rato en duda,
Hiere al luciente acero el sol dorado,
Y el ayre en sangre y luto se demuda;
Quando de la fortuna arrebatado
El uno y otro exército se muda
En busca de la muerte, que aprestada
Da el postrer filo á su tajante espada.

Vanse acercando, suenan los clarines
Entre las peñas con quebrados ecos,
Y puestos ya en los últimos confines
Del fatal monte y sus peñascos huecos;
Del vario tiempo los dudosos fines,
Y del triste hado los variables truecos
Su orgullo asombran, y al dudoso caso
Suspenso dan el amagado paso.

En tanto la piedad y ambicion juntas
En medio hacen su batalla aparte:
La piedad, viendo en aceradas puntas
De Carlos y de Alfonso el estandarte,
Que con doradas cruces, sus conjuntas
Naciones hijas son de un mismo Marte,
De un gremio, de una ley, de un clima y cielo,
No sabe qual seguir por mejor zelo.

Duda qual de los dos sea su enemigo,
Si el Católico Rey, si el Rey Cristiano,
Bien que de entrambos con halago amigo
Tocar desea de paz la honesta mano:
Ya en esto, puesto el cielo por testigo
A embestir iba el pecho á Carlo Mano,
Quando de la ambicion fué rebatida
De un golpe tal, que la dexó sin vida.

Es ciega la ambicion, y ardiendo en ira,
Ni tiene superior, ni igual consiente,
Ni reconoce á Dios, ni á su ley mira,
Ni guarda fe al amigo, ni al pariente,
Todo lo arrasa, á todos blancos tira;
Y ahora, llena del furor presente,
Pasó por mas victoria de su mano
El duro corazon á Carlo Mano.

Y el resto del fantástico semblante
Al justo de un feroz jayan lo entalla,
Y por alma cruel lo da á Morgante,
Que aquel dia antes vino á la batalla;
Donde puesto al exército delante
Sale ardiendo el primero á comenzalla,
Y acrecentada de ambicion la injuria,
¿Qué rienda bastará contra su furia?

Muévense entrambos campos, semejantes
A dos texidas selvas, cuyos pinos
Son espigadas lanzas relumbrantes,
Y las copadas hayas yelmos finos:
Las ramas sus plumeros tremolantes,
Donde hace el viento bellos remolinos,
Y á las varias centellas del acero
En que el sol quiebra, se arde el bosque entero.

Llega junta á chocar la muchedumbre
Al son de belicosos instrumentos,
Gimió de Roncesvalles la alta cumbre
En roncos y tristísimos acentos:
Suena el acero, asombra su vislumbre,
Y el Pirineo tembló por los cimientos,
Las madres dentro en los vecinos techos
Sus hijos abrigaron á sus pechos.

Ahora es tiempo, ó sacra Melpomene,
Que en trágico furor vuele mi pluma,
Y tal su belicoso acento suene,
Que ni olvido ni envidia lo consuma;
Antes el mundo así sus versos llene,
Que aun reducidos á compendio y suma,
Tanto ensanche mi voz su nombre altivo,
Que quien dellos no hablare no esté vivo.

Qual soberbio centauro, que el monte Osa
En veloz curso rompe y atraviesa,
Y entero un pino da á la poderosa
Mano, haciendo dél liviana empresa,
Tiembla la alta montaña cavernosa,
Y él, qual turbio raudal rota la presa,
Hasta arrojarse en el vecino valle,
Por quanto al paso encuentra hace calle;
Tal Morgante, amor nuevo de la bella
Angélica, á romper la primer lanza
En el campo español vuela con ella,
Y á entrarse por sus puntas se abalanza:
Encontró á Gravelindos de la Estrella,
Quitándole su encuentro la esperanza
De suceder en Lugo á Bahamonte,
Y sus armas trocar por las de Almonte.
Rompió la lanza en él, y con la espada
Furioso se arrojó en el campo hispano,
Abriendo por la gente mas granada
Sangriento estrago su arrogante mano:
De tajo, de revés, y de estocada,
Hiere, ahuyenta, y mata al mas cercano,
Carga, y revuelve su indomable potro,
De aquí, y de allí, sobre este, aquel, y el otro.
Reynaldos encontró del fiel Carpento
El gripado leon en verde escudo,
Pasando entrambos qual ligero viento,
Este herido en el brazo, y aquel mudo:
Mas del feroz Roldan, ¿quien el violento
Curso dirá, y encuentro? que al membrudo
Vidaurre dió en sus ocho escudos de oro
Tal, que el monte atronó el rumor sonoro.

Fué el navarro á caer desacordado,
Mas revolviendo con mejor sentido,
Dexó al Conde, que en medio del cerrado
Esquadron ve de seis á un tiempo herido;
Y á Angelin encontró, que confiado
De dar muerte á Reyner volvia teñido
De fresca sangre el brazo, y un agudo
Trozo de lanza por el roto escudo.

Del golpe que á Roldan causára espanto,
O temor, si atendiera su pujanza,
Al Conde de Burdeos llegó tanto,
Que pudo dar á su Reyner venganza:
Rasgó el escudo, el brazo, el yelmo, y quanto
Desde el plumero á la escarcela alcanza,
Dando al suelo de un golpe por entero,
Plumas, armas, caballo, y caballero.

Al Duque Astolfo, que á vengar venia
La muerte de Angelin, volvió furioso,
Y en gallarda y trabada batería
Dar principio se vió á un combate hermoso:
Mas tanta era la gente que moria
De un campo y otro, tanto el temeroso
Resonar de los golpes y tormenta,
Que no es posible dar de todos cuenta.

El bravo Durandarte, el gran Ricardo,
Gayferos, Naymo, Oton, y Bellenguero,
Anselmo, Don Turpin, Avivio, Alardo,
El aleman Godofre, el fiel Raynero,
De todos hecho un esquadron gallardo,
Lanzando rayos de su ardiente acero,
Por el revuelto exército de España
Rompiendo van en mortandad extraña.

Destrozan, hieren, matan sin concierto,
Rompen, desarman, y en sangriento lago
Un número increible dexan muerto,
Y entre los vivos un horrible estrago:
Quien el costado, quien el cuerpo abierto,
Sin sentir de la muerte bebió el trago,
Aquí uno, dos allí, y acullá ciento,
Por tierra arroja su furor violento.

A un tiempo ambos exércitos difusos,
Sin orden, modo, sin concierto, ni arte,
En espantosa trápala los usos
Y reglas quiebran del sangriento Marte:
En ciegas tropas, y en monton confusos,
De aquí y de allí, por esta y la otra parte,
De á caballo y á pie, todos á una
Al gran desman se mezclan de fortuna.

Ni los diestros sargentos, ni el prudente
Capitan, pueden reducir á modo
La descompuesta confusion de gente
En que se enreda y enmaraña todo:
Mezclados el cobarde, y el valiente,
El español, francés, normando, y godo,
El noble, y el plebeyo, el alto, el baxo,
El que viste armas, y el que no las traxo.

Retumba el hueco valle á los acentos
Del ronco y triste son de las espadas,
Hieren las voces los confusos vientos,
Y el romper de las armas encontradas:
Corren del monte horrible rios sangrientos,
Volcando arneses, grevas y celadas
A los vecinos valles, ya cubiertos
De enteros esquadrones de hombres muertos.

Mézclase en los exércitos la muerte,
Y mil vidas se lleva de un encuentro,
Que aunque cada una asida de su suerte,
Todas al fin van á parar á un centro:
Trafilo, yendo á herir á Ernesto el fuerte,
Por la espada de Andronio se entró dentro,
Quedando al descender el golpe incierto
Libre el vencido, y el contrario muerto.

Llevóle Fanio á Isarco de una altiva
Herida la cortés cabeza á vuelo,
Ven los ojos quedarse el cuerpo arriba,
Y ellos baxar con toda el alma al suelo:
Rió Sarpelo en ver que medio viva,
Yendo á hablar, le ató la lengua el yelo,
Y á él por trocar los yelmos una flecha
Las sienes le cosió, y pasó derecha.

Un venablo por medio de los pechos
Iba á Rubin buscando las espaldas,
Quando otros dos en él dieron derechos,
Y él de aquel monte en las sangrientas faldas;
Y el alma por tres pasos tan estrechos,
A volver roxas las violetas gualdas,
Duda el salir, quando de un golpe abierta
La cabeza le dió bastante puerta.

Cayó tras él Sirinto, y Aldigero,
Con armas encontradas y sangrientas,
Este gran bebedor, y aquel parlero,
Y un golpe los libró de dos afrentas:
De un campo y otro, Alcin aventurero,
Y el capitan Obando, las violentas
Lanzas quebraron, yendo al campo abierto
El uno medio vivo, el otro muerto.

A los pies de Chaquin cayó Sarrento,
Que entre unos riscos de la mar tenia
Muger é hijos, y en quietud contento
Con anchas redes de pescar vivia:
Crecióle la ambicion, mudó de intento
Viniéndose á la guerra, y aquel dia,
De un fiero golpe ya rotos los cascos,
Por la paz suspiró de sus peñascos.

Mas ¿qual dios, ó Quevedo, el gran torrente
De tu amorosa vena trocar pudo,
Y de poeta altivo y eloqüente
Te traxo á ser entre las armas mudo?
¿Quien por pluma te dió la espada ardiente,
Por dulces versos el pesado escudo,
Y el mal seguro yelmo que ahora tienes,
Por el laurel de tus heroycas sienes?

Si querias guerras, con tu musa á solas
Las pudieras cantar, qual ya hiciste
Otro tiempo las armas españolas,
Y de Rodrigo la tragedia triste:
Mira, ó gallardo jóven, que las olas
De antojos con que Apolo el alma embiste,
Otras que no estas son, y que es de otra arte
El poético furor, que no el de Marte.

Apenas de oro el escarchado vello
Hacia invisible sombra á tus mexillas,
Quando tu verso el mundo oyó, y en ello
De Venus y de Adonis las mancillas:
No sé por qué dexaste, ó jóven bello,
De cantar las batallas por seguillas,
Que para darnos desta una gran suma,
Mas que tu espada nos valia tu pluma.

Mas con deseos de cantar á España
De sus invictos héroes las heridas,
De acero armado, y de tu misma saña,
Fuiste al campo á aprenderlas, no de oidas:
Con limpio arnés que el ayre en lumbres baña,
Y sobre el yelmo plumas esparcidas,
Que en lo pomposo y hueco de su rama
De las alas parecen de la fama.

En el escudo por empresa bella,
Aludiendo al amor en que se funda,
Tu vihuela, sin otra cuerda en ella
Que una prima, y por letra "sin segunda:"
O sea la luz que te guió, tu estrella,
Tu música, tu canto, ó tu profunda
Vena, todo era tal, y de tal modo,
Que á todo junto ajusta, y quadra á todo.

Deste gallardo y belicoso aliento,
O espíritu gentil acompañado,
A los mayores riesgos mas contento
Entrar te hacia tu ánimo arrojado;
Y matando enemigos ciento á ciento
Ya cantar tu victoria habias trazado,
Quando el deseo de alcanzar á Arbante
Al golpe guiar te pudo de Morgante.

Qual fiero leon, si al corto dia de invierno
Tras larga noche ayuno se levanta,
Y al salir de su cueva un ciervo tierno,
O nuevo toro ve entre planta y planta,
A quien aun no ha salido firme el cuerno,
Ni á los pechos le cuelga la garganta,
Dexa otras ocasiones, y al presente
Las garras tienta, y apercibe el diente;

Tal el gigante al jóven peregrino
Su cruel hado le hizo que revuelva
Con una lanza de un entero pino,
Que ya fué adorno de una inculta selva:
Pasó el dorado escudo, el peto fino,
Y á salir hizo que la punta vuelva
Por las espaldas, y el altivo cuello
Caer dexó al un lado el rostro bello.

Mas ya es tiempo, ó deidades de Helicona,
Que todas juntas deis á mi alma aliento,
Que iguale, si es posible, á la persona
De quien ya quiero comenzar el cuento;
Y no en voz que se muda y desentona
A qualquier paso, y con qualquiera viento,
Mas en estilo de oro, y voz de acero,
Vean que es de la verdad la fama un cero.

Y de aquel brazo, cuyas maravillas
Asombraron un tiempo las estrellas,
Para que ahora hagan en oillas
Lo mismo que en el mundo hizo el vellas;
De esas doradas sacrosantas sillas
Baxad á oir mi canto, ó ninfas bellas,
Por cuyas manos el licor se vierte,
Que hace dulces engaños á la muerte.

Salió gallardo el Príncipe de España
Luego que el francés campo vió deshecho,
Que hasta aquel punto reprimió la saña
Para mejor justificar su hecho:
Y qual hambriento leon, si en la montaña
La aguda hambre que le escarva el pecho,
El tímido rebaño, ya sin gente
Ni pastor, desde léjos balar siente,

Haciendo estrago y riza de mil suertes
Entra bañando en sangre diente y garras,
Tal el feroz caudillo, de los fuertes
Montañeses, saltó el palenque y barras:
Y en varios golpes, y en diversas muertes,
Lances nuevos probó, pruebas bizarras,
Asombrando su espada al campo todo,
Ya deste, ya de aquel, ya de otro modo.

Al galan Durandarte, desde léjos
En ricas plumas y armas señalado,
Pasar vió entre las lumbres y reflexos,
Que el sol sacaba de su arnés dorado:
Y al verse en sus clarísimos espejos
Tan furioso llegó, que á no ir cebado
En dar muerte al francés, si se mirara,
De su misma braveza se espantara.

Mas la gallarda espada al brazo altivo,
Igual en la fineza y la ventura,
Sobre él corrió con golpe tan esquivo,
Que ni bastó reparo ni armadura:
Hiende el escudo, el yelmo, y á lo vivo
Del costado baxó, donde en segura
Paz su Belerma hermosa está escondida,
Que pudo aquella vez darle la vida.

Traía entre un riquísimo tesoro
Su dama en el escudo retratada
Con tan nueva hermosura, y tal decoro,
Que fuera otra Medusa bien mirada:
Un Cupido á sus pies labrado de oro
Sobre su venda dando otra lazada,
Y de diamantes esta cifra bella,
"Medroso de morir si llega á vella."

Sintió el tierno amador ver dividido
De tal manera su encantado escudo,
Que de la rica imágen de Cupido
Nada dexó á su dama el filo agudo;
Y desto mas que del dolor herido,
Con quanto brio su arrogancia pudo
Tan fiero el brazo alzó, que al derriballe
El monte hizo temblar, y atronó el valle.

La cabeza humilló hasta los arzones
Bernardo á la agraviada hermosura,
Que en el menguado escudo sus facciones
Muestran, que aun mas se debe á tal figura:
Mas no se iguala el término á los dones,
Que él fué cortés, pero ellos de hechura,
Que al primer golpe que acertó de lleno
Dió al valiente francés por cama el heno.

Reynaldos que llegó quando caía,
Admirado de heridas tan gallardas,
"Valiente español, dixo, este es mi dia,
Si como debes sin temor me aguardas:
Con esa tuya, y con la espada mia,
De roxa sangre y de tinieblas pardas
Famosa estatua te dará la suerte
De heroycos hechos, y de honrada muerte."

Dixo, y á un tiempo igual ambos guerreros,
A dos manos sin guarda ni cubierta,
A buscar su victoria baxan fieros,
El uno á Balisarda, otro á Fusberta:
Esta dobló en las armas sus aceros,
Mas aquella con tal destreza acierta
Sobre el hadado yelmo de Mambrino,
Que todo el cerco de oro al suelo vino.

No le admiró á Reynaldos ver falsado
El encantado acero, que ya pudo
De todo un mundo defenderle armado,
Ni roto el leon barrado de su escudo,
Que lo que entonces le dexó admirado
El golpe fué del español sañudo,
Con quien los de Mambrino, y los de Orlando,
Golpes de folla son dados burlando.

Mas no por eso se acobarda un punto,
Que el apetito de honra aumenta el brio;
Antes con uno y otro aliento junto
Rompe arrogante de furor un rio:
Parece de los dos vivo el trasunto
De Aquiles y Hector, cuyo desafío
Dexó sobre los muros de Neptuno
Despues de gran porfia muerto al uno.

Hiere Reynaldos al valiente godo
En confusa batalla de mil suertes,
Y él tras su ofensa por el mismo modo
Intenta en él mil géneros de muertes:
Todo lo buscan, y lo prueban todo,
Con pechos nobles, y con brazos fuertes,
De un golpe y otro, de una y otra herida,
Buscando el fin de la contraria vida.

Por seis partes herido, y desangrado,
De Montalvan el Príncipe se via,,
Y su enemigo en todo tan guardado,
Que hecho de un diamante parecia:
Quando ya de morir determinado
El roto leon borrado al suelo envia,
Tomando á su Fusberta con dos manos,
Que hizo temblar los montes comarcanos.

Y al sucesor del Conde de Saldaña,
Que cubierto se entró para esperallo,
Dió un golpe, y otro, y otro con tal saña,
Que sin sentido le llevó el caballo,
Hasta donde al Rey casto una maraña
De gente, ó por prendello, ó por matallo,
Cercaba con el fiero Rey Morgante,
Que solo á todo junto era bastante.

Mas aunque herido en el honor le halla
El presente rigor, con pecho entero,
Sin mas volver á la primer batalla,
A guarecer su Rey pasó ligero;
Y al gigante feroz, que á rematalla
Iba á todo el rigor de un golpe fiero,
De la una y otra cólera impelido
El suyo le quitó todo el sentido.

Y al ofendido Rey, que en tanto estrecho
Halló sin esperanza de la vida,
Cobrar caballo hizo, y largo trecho
Arredrar dél la gente mal nacida,
Que no hay tan fiero y arrogante pecho
Que ose esperarle la segunda herida,
Si el suyo con deseos de venganza
A hacerla de veras se abalanza.

Y viendo en salvo al Rey, "señor, le dixo,
No es justo así arriesgar vuestra persona,
Unica y noble basa en que está fixo
De España invicta el cetro y la corona...."
Mas ya á este tiempo de Milon el hijo,
Que enteros campos rinde y amontona,
Huyendo dél un esquadron confuso
Fin á sus ruegos y razones puso.

¿Quien dirá de una espada tan gallarda
Los golpes y heridas espantosas,
Si ya á mi débil voz y lengua tarda
Tan imposibles son como forzosas?
Pecho de hierro, y trueno de lombarda,
Se ahogará al tropel de tantas cosas,
Donde en las que hoy obró el señor de Anglante
Mil siglos tiene que la fama cante.

Qual del frio risco, ó cavernosa gruta,
Donde Eolo encierra los airados vientos
De un ciego huracán tempestad bruta
Al mar se arroja en soplos turbulentos,
Donde su rabia hórrida executa
Tropa sutil de espíritus violentos,
Que trastornando el golfo hasta el profundo
La firme basa hace temblar del mundo.

Saca el turbio Neptuno su tridente,
Y en horrible bramar los amenaza,
Las ricas islas del Egeo potente
Con olas sorbe y golpes despedaza:
Clama Delo á su dios resplandeciente,
Sérifo hunde su pequeña plaza,
Tal del feroz Roldan la altiva y brava
Violencia de una gente en otra andaba.

Hiere, rompe, destroza, desbarata,
Socorre, da favor, rinde, ahuyenta,
Despedaza, desmiembra, corta, mata
Quanto delante el campo le presenta:
A este el brazo, al otro le arrebata
La mano, el rostro, y nada le contenta:
Yelmos, escudos, petos, grevas, malla,
Abolla, rompe, quiebra, corta, y talla.

En esta horrible mortandad envuelto
Llegó quando Bernardo revolvia
Sobre el feroz Morgan, que habiendo vuelto
De su primer desmayo parecia
Que entero un mundo en su furor revuelto
De su arrogante brazo descendia
Contra el gallardo jóven, que á otra parte
Si le mira hará temblar á Marte.

Y empezando los dos nueva batalla,
El Conde que llegó seguro á vella,
Y á los primeros lances de miralla
Su contrario español conoció en ella;
Alegre de que en tal sazon se halla
Por quanto encuentra rompe y atropella,
Gritando, "afuera que esta empresa es mia,
Aquesta es mi venganza, este es mi dia."

Puesto en medio los dos feroz retira
A una parte á Morgante, y á Bernardo
A dos manos dió un golpe con tal ira,
Que le hizo humillar el brio gallardo:
Mas el corzo colérico que mira
La grave injuria del francés bastardo,
Que en menosprecio suyo, y su arrogante
Brazo, al de su furor pasó adelante;

Sin mirar si es amigo, ó si enemigo,
Sobre él tal tempestad de golpes llueve,
Que el vivir le importó el seguro abrigo
Del encantado yelmo un tiempo breve:
Mas el leonés, que parte, y no testigo,
Quiere ser de aquel campo, lo que debe
Paga á dos manos con la fiera espada,
Que piensa de los dos salir vengada.

Quando el franco Roldan al jóven fiero,
Y á su enemigo en medio el campo roxo,
"Venid, dice, los dos, que ambos espero
Que muertos me pagueis mejor mi enojo:
A entrambos juntos digo, á entrambos quiero,
Por mi honra al uno, al otro por mi antojo,
Que no se templará tambien mi saña
Si una muerte con otra no acompaña"

Dixo, y de aquel, y deste rebatido,
Ni sabe á quál herir, cómo, ni dónde,
Que los tres, uno de otro confundido,
Ninguno ve á quien da, ni á quien responde:
Tal la discordia en ellos se ha encendido,
Que el gran Bernardo al corzo, el corzo al Conde,
El Conde á él, y dellos cada uno
Con dos juntos se afirma, y con ninguno.

Llegó bravo Reynaldos á este punto,
Y viendo la confusa batería,
Y al golpe de su espada puesto á punto
El que siguiendo con furor venia,
Con el que en su ofendido pecho junto
Pudo caber á su Fusberta envia
Sobre el dorado yelmo, que el ruido
Le sacó por un rato de sentido.

Quiso segundar otro, y otro luego;
Mas despertó al primero, y pudo tanto
La nueva sinrazon del furor ciego,
Que dió de dos á Francia el primer llanto,
Y al español corage tanto fuego,
Que aun del golpe hasta hoy dura el espanto,
Pues hecho dos el yelmo de Mambrino,
Con quanto tenia dentro al suelo vino.

Cayó, y de Montalvan y Claramonte
Toda la gloria junta vino al suelo,
¡O del mundo menor breve horizonte,
Vida mortal, tasado paralelo!
Sea á tu gran valor tumba este monte,
Fama el blason, y la capilla el cielo,
Pues tras tantas grandezas, de su mano
No te dexó otra cosa el tiempo vano.

Cayó tambien con él su leal Bayardo,
O atronado del golpe poderoso,
O que del signo triste el paso tardo
Allí acabó su curso perezoso,
Que al Rey Artus sirvió, y hoy del gallardo
Reynaldos al sepulcro temeroso,
En cuya compañia el fiel caballo
Muerto, nuevo dolor ponia mirallo.

Asombró el golpe los vecinos valles,
Y volvió el mas distante la cabeza;
Roldan, que al paso está, volvió á miralles,
Y de la herida viendo la fiereza:
"¡O cielos, dixo, ó Francia, ó Roncesvalles,
Donde hoy cae del imperio la grandeza!
Fenezca aquí mi vida, ¡ó ciego hado!
¿Cómo tal fin á tal principio has dado?"

Dixo, y ya con la rabia de la muerte,
Por vengar de su primo el triste caso
Al jayan fiero, cuyo brazo fuerte
Vuelto enemigo le detiene el paso,
Un golpe, y otro, y otro de tal suerte
Furioso á un tiempo da, que al campo raso
Fuera de todo acuerdo el Rey Morgante
A los pies vino del señor de Anglante.

Y sin mas curar dél por la batalla
Cruel se entra, á buscar la espada altiva
De aquel en quien vengar piensa, si le halla,
El muerto primo, y la congoja viva:
Ve de léjos lucir su ardiente malla,
Que á cada golpe un capitan derriba,
Y que de uno el bizarro pecho abierto
Al prado el Duque Astolfo cayó muerto.

Traspasó otro dolor su pecho ardiente,
Y á matarle ó morir sale arrogante,
Quando en tropa gentil resplandeciente
El paso le atajó un gallardo amante;
El bello Ascanio, hijo del valiente
Duque Estroci, que en brazo y brio triunfante
Volvia de matar por su persona
Cien franceses, y un Duque de Bayona.

Era el brioso jóven heredero
Del muerto Duque, y Príncipe de Parma,
A quien la seda, mas que el duro acero,
La flor de sus lozanos miembros arma;
Mas aunque niño y tierno es altanero,
Y así el brio en su pecho toca al arma,
Que despreciando el ocio de su tierra
En busca de su honor vino á la guerra.

De la prudente Emilia, dulce hermana
Del Conde de Saldaña, es hijo hermoso,
Unico alivio y prenda á la temprana
Muerte infeliz de su querido esposo:
Deseo del tierno primo, y de honra vana,
Al bello Ascanio le quitó el reposo,
Y entre una esquadra de toscana gente
A la guerra le traxo á ser valiente.

De cien mancebos de su edad ceñido
De armas grabadas y plumeros bellos,
Con ricas sobrevistas de encendido
Carmesí y oro, que alegraba el vellos;
El fresco, altivo jóven, que al florido
Rostro apuntaban los primeros bellos,
En caballo tambien lozano y niño,
De la color de un no manchado armiño.

Hechas de la alheñada clin á trechos
Bellas guedexas encrespadas de oro,
La altiva frente, y los fornidos pechos,
Llenos de un grave y bárbaro tesoro:
Del precioso jaez los trozos hechos
De varias piedras, que en cruxir sonoro
Hacen con orgulloso movimiento
Temblar las plumas, y asombrarse el viento.

Sus ricas armas, mas que el sol lucientes,
De carbuncos cuajadas y diamantes,
De alegres rayos dan luces ardientes,
Que los ayres abrasan circunstantes:
La celada de plumas eminentes
Blancas perlas esgrime por pinjantes,
Sembrado el resto á trechos de follages,
Alcachofadas piñas, y plumages.

La roxa espada de oro guarnecida,
De cristalina pedrería sembrada,
De los bordados tiros detenida,
En rica vayna de marfil grabada:
La varia sobrevista entretexida
Por su celeste azul plata escarchada,
Y en sus bordados por divina traza
Del bello Adonis la imprudente caza.

Vianse del fiero jabalí vengados
Entre claveles sus perdidos tiros,
Que si allá fueron flores de los prados,
Aquí rubís ardientes y zafiros:
Los bellos ojos del amor preñados
De aljófar, y los labios de suspiros,
Y su cárdeno cuerpo entre las flores
Vertiendo sangre, y derramando amores,

Con tan bello primor, que sobrepuja
A la verdad la historia dibuxada,
Dulces cuidados de la diestra aguja
De su tierna y ausente esposa amada;
La limpia lanza en la dorada cuja,
La vista alegre, el alma enamorada,
Cuyo capote y ceño, si se aíra,
Da gusto y regocijo á quien lo mira.

Era el luciente yelmo que traía
De perlas y diamantes estrellado,
Donde un bello zodíaco ceñia
La altiva cresta y el gorjal labrado:
Los signos de diversa pedrería,
Y en el vellon de Colcos de un dorado
Topacio hecho un sol, cuyo fecundo
Rayo un nuevo verano abria al mundo.

Mas quando en el fervor de la batalla
Con su aliento el bruñido acero entibia,
Del grave peso, y su dorada talla,
Buscando ayre el cabello crespo alivia;
Y al que delante su ventura halla,
Aunque sea el risco del Peñol de Libia,
De amores vence, y mata con la vista,
Que á ella, ó su espada, no hay quien se resista.

Traía en el valiente y ancho escudo,
Para mostrar la gloria que profesa,
Sobre un peñasco de oro inculto y rudo
De Alcides las colunas por empresa;
Y señalando con lenguage mudo
La hermosura que en su alma vive impresa,
En torno escrito de rubís, "si os viera,
Sobre vuestra belleza las pusiera."

Agrada á todos su hermosura y brio,
Él solo, ni se estima, ni se precia,
Que con desdenes, y áspero desvío,
Su blanda condicion quiere hacer recia:
Mas por bien que en compuesto señorío
Se ensaña, y á quien le ama menosprecia,
Nunca su agrado pierde deleytoso,
Que mientras mas airado es mas hermoso.

Vuelven sus enemigos á otra parte
Las lanzas por no herir el rostro bello,
Y él de ese amor se ofende de tal arte,
Que los querria despedazar por ello:
Atiza sus enojos, y reparte
Ira suave entre el placer de vello,
Mas ya destas sus flores placenteras
Las parcas van hilando las postreras.

¡O bello jóven! diestro en el bullicio
De la caza sagaz y sus engaños,
¿Quien te traxo á tan áspero exercicio
En lo mejor de tus floridos años?
Aquel ya de tu edad fue propio oficio,
Y tú incapaz de otros mayores daños,
Mas dióte el hado en sangre y hermosura
Mucho de estado, y poco de ventura.

Mísero! que fiado en tus engaños
De Marte sigues el clarin sonoro,
Para causar deleyte á los extraños,
Y á tu madre infeliz tormento y lloro;
¿Quien volvió azar tus florecientes años,
Y agüero tus grabadas armas de oro?
Rico trofeo, en quien la adversa suerte
Principios dió de gloria, y fin de muerte.

Habia con su gallarda esquadra hecho
Vistosos lances en la franca gente:
Traspasó á Sergio el arrogante pecho,
De la region gascona el mas valiente:
Mató á Menon, á Galvo, y al contrecho
Esquilo, en dulces versos eminente;
Y á ti, sesgo Foscion, que no supiste
Reir, ni llorar, ni estar alegre, ó triste.

Pasó en diestro venablo la garganta
A Démedes voraz, gloton, hambriento,
Que despues que pasó á su vientre quanta
Renta dexó de Sergio el testamento,
Se hizo alferez, y al fin por donde tanta
Hacienda entró, tambien entró el violento
Hierro, y fué en el tragar tan bruto y fuerte,
Que quando mas no halló tragó la muerte.

Qual cachorro leon de poca prueba,
Por los rebaños de Getulia ardientes,
Que antes la madre le traía á la cueva
Conformes á su edad pastos recientes,
Sintiendo al cuello la guedexa nueva,
Las corvas garras, y los limpios dientes,
Corre lozano en torno la campaña,
Y á volver á su cueva no se amaña;

Así el hermoso Ascanio tras su muerte
Por el francés exército corria,
Y en medio puesto de su esquadra fuerte
Lucero entre celages parecia;
Quando el rigor de la infelice suerte
Al paso le sacó donde venia
Del fiero Conde Orlando la pujanza,
A tomar en Bernardo cruel venganza.

Asombróle el furor del francés fiero,
Tembló en ver el denuedo que traía,
Faltáronle las fuerzas, y el entero
Brio que en su alma nueva amanecia:
Vió que la guerra pide mas que acero,
Y que no es la imprudencia valentía,
Echa de ver que es niño, y no bastante
Su fuerza á resistir á tal gigante.

Quiere volverse atrás, mas no le dexa
La honrada sangre que en las venas tiene;
Teme el ir adelante, y en perplexa
Lucha el miedo y la honra le detiene:
Cúbrele un frio sudor, que la guedexa
De oro á llover menudo aljófar viene,
Y en triste agüero una amarilla sombra
Volando en torno con temor le asombra.

Qual blanco cisne á su cantar atento,
Si de las frescas juncias del Pó mira
El águila de Júpiter, que al viento
La sombra en torno de sus plumas gira,
No hallando abrigo á su furor violento,
Tiembla, suspende el canto, y se retira,
Y en la tierra quisiera entrarse al centro
Por huir de sus uñas el encuentro;

Tal el hermoso jóven, que se halla
Al golpe puesto del francés gallardo,
Sin esperanza cierta en la batalla,
Ni á su espada cruel hallar resguardo:
No viendo ya razon con que excusalla,
De un frio miedo impedido el brazo tardo
Contra el Conde le alzó, mas por defensa,
Que por hacer á su arrogancia ofensa.

Mas el soberbio y cruel señor de Anglante,
Que viendo á su querido primo muerto,
Al tierno Adonis, y á su bella amante
Que hallára, atropellára sin concierto;
Al romano gentil que vió delante,
De plumas, oro, y pedrería cubierto,
Qual hambriento leon, que en diente y garra
Tierno cordero á su sabor desgarra;

Así, yendo á vengar su rabia ardiente
En el bravo español que le ha ofendido,
Hallando sin pensar el inocente
Pecho, dió en él la furia y el bramido:
Retira el paso, ó jóven excelente,
Da lugar á que acuda tu querido
Primo, que ya á valerte con su escudo
La vuelta daba, mas llegar no pudo,

Que con tal furia á Durindana embiste
El Conde sobre Ascanio, que á su acero
Ni el suyo basta, ni rigor resiste,
Que escudo y peto rebanó el primero:
Al segundo, anublado en muerte triste
El semblante poco antes placentero,
Cayó, y sintió al caer, mas que su muerte,
La rota estampa de su escudo fuerte.

Bernardo que al morir su primo amado
En la defensa de su amor llegaba,
Con el nuevo dolor quedó atajado
De ver la prenda tal que en tanto amaba:
"¡O bello jóven, dixo, malogrado!
¡O enemigo cruel! ¡ó furia brava!
El poder todo que hay en los humanos
No te podrá dar libre de mis manos."
Y arremetiendo al Conde, que venia
En igual ademán y brio de dalle,
Un esquadron entero que huía,
Al uno y otro les tomó la calle:
Despartió su furor el que traía
El alterado campo, sonó el valle,
Y el alboroto y el tropel de gente
Los hizo dividir forzosamente.
Era esta grita un intricado enredo
Del fiero ardor del bárbaro Morgante,
Que en espantable indómito denuedo
Huyendo la llevaba por delante;
Y no con armas, mas con solo el miedo,
Que es el miedo en el vulgo semejante
Al ruido que en la nube se levanta,
Que sin herir con amagar espanta.
Despues que volvió en sí del golpe fiero
Con que le dexó Orlando sin sentido,
Rabioso en ver sus fuerzas, y su entero
Brio dos veces en un dia vencido;
Las ricas armas de templado acero,
Que ya en Libia ganó, quitó al fornido
Cuerpo, dando á los campos el tesoro
De la gran sierpe, y sus escamas de oro.

Y en impaciencia y voces turbulentas,
Bramando, vuelto al cielo, escupe y dice:
"¡Cobardes dioses! si á esas tan contentas
Sillas, que os sueña el mundo, no desdice
El ser todos locura, y las afrentas
Vengar quereis, que ya en mi reyno os hice;
Sino sois solo palos y pinturas,
Y tienen de deidad vuestras figuras;

Baxad todos á mí, ó volved al mundo
Quantos en él tuvieren nombre y fama,
A Encélado el gigante, que el profundo
Valle de Etna recuece en viva llama;
Los que en Flegra con brio furibundo
Ya os hicieron huir de rama en rama,
Del horrible Briareo el bulto leve,
Que en cien brazos cien mazas juntas mueve;

Dad á Nembrot por báculo su torre,
Y por soldados quantos hubo en ella:
Nazca de nuevo Anteo, si se corre
De haber perdido su armadura bella;
Y sin que de su madre aparte y borre
La grave estampa, y la torcida huella,
La que en su ayuda, si á sazon le viene,
Juntos quantos hermanos tuvo y tiene.

Saque Jason sus Argonautas fieros,
Ulises, Telamon, y el griego Aquiles
De nuevo multiplique compañeros
De leones hechos, no de hormigas viles;
Salgan de Troya y Grecia los guerreros;
Salgan Golias, Sanson, y los sutiles
Judios; salgan de Argos, y de Tebas,
Los crueles campos, y sangrientas grevas;

Salgan Hector y Páris, salga Troylo,
El fiel Tideo, el bravo Hipodemonte,
El fuerte Alcides, y el que en sábio estilo
Venció de Esfinge el cavernoso monte;
Turno, Eneas, Mecencio, Adastro, Egilo,
Teseo, y la arrogancia de Faetonte,
Y en su cruel hermandad, que la ira atice,
Rómulo y Remo, Etcocle y Polinice;
Salga mi antigua sombra, Capaneo,
Polifemo, y los hijos de Vulcano;
Y por no hacer mas áspero rodeo,
Ni el disgusto gastar el tiempo en vano,
Baxad cobardes dioses, que no creo
Que hay otro que esta clava de mi mano,
Que si allá sube, y como aquí la afierra,
Con todo vuestro cielo dará en tierra."
Así en blasfemas voces contra el cielo
Incautas iras y amenazas vierte,
Y con sola la clava á todo el suelo
Sin otras armas quiere dar la muerte:
Mató á Arbel, á Sitarco, y á Sartelo,
A Eteo el roxo, y á Gelon el fuerte,
Y á los dos primos Menedemo y Xanto,
Este diestro en tañer, el otro en canto.
Degolló á Alceste, músico de flauta,
Y á los dos Sacrisildos arrogantes,
Al honesto Episino, á quien incauta
Egila dió su amor seis dias antes;
Y entre otros al fantástico Argonauta,
Cuyas palabras eran semejantes
A los álamos blancos en el fruto,
Y así nadie por él se puso luto.

Entero el campo su furor llevaba,
Como el fiero Orion si desarmado
Al esgrimir de su acerada clava
Hirviese el golfo del Proponto helado:
En el quartel de Argasto peleaba
El gascon Mondevegas, de argentado
Arnés, y un coronado leon rapante,
Bandado á escaques de oro por delante.

Sobre este, tras la clava y su arrogancia,
Ya la muerte baxando iba derecha,
Quando Alcin, que con él desde su infancia
Se habia criado en amistad estrecha,
Tan diestro, que á cien pasos de distancia
Clavaba á un tierno ruiseñor su flecha,
Una á tiempo tiró tan oportuno,
Que el golpe de dos ojos quitó el uno.

Pensó hundir el mundo el corzo fiero
Con la rabia y dolor de la herida,
Y arrancando la flecha, y allí entero
El instrumento de la luz perdida,
Furioso arremetió contra el flechero
Por sacarle ambos ojos con la vida,
Quando él, en igual tiento y puntería,
El otro le enclavó, y le escondió el dia.

Bramó el ciego jayan, resonó el valle,
Y arremetiendo á bulto el torpe Anteo
Al infeliz flechero, que por dalle
Mas bien no se guardó, cogió al voleo;
Y cayendo sobre él, para libralle
No bastó de su amigo el fiel deseo,
Que allí á bocados le quitó la vida,
Y cien dardos la suya al homicida.

Ya en esto la fortuna, que suspensa
Neutral estado habia en la victoria,
Y en una variedad de casos densa
A unos y á otros sembraba vanagloria,
Queriendo dar á un cabo con la inmensa
Máquina de su rueda transitoria,
Comenzó á trastornar la vuelta extraña,
Francia á baxar, y á levantarse España.

Está el valle un sangriento lago hecho,
Sepulcro triste de la flor del mundo,
Y de sus bravos héroes trecho á trecho
Caido aquí el primero, allí el segundo:
El campo reducido á tal estrecho,
Que de la muerte el cruel brazo iracundo,
Ayudada de España y sus aceros,
A los dieces quitado habia los ceros.

No quiso la fortuna que tú fueses,
Francia, en el mundo sola la invencible,
Ni tu gloria fixar, sin que sintieses
De su pesada mano el golpe horrible;
Y así, despues que puso tus franceses
De su arco en lo mas claro y mas visible,
Coronados de triunfos y blasones
De indómitas y bárbaras naciones;

Despues que á tus banderas humillados
Entrambos polos, y á tus lirios bellos
Humildes párias de honra dan postrados
Quantos tuvieron ojos para vellos;
Despues que del oriente tus soldados
Los astros asombraron, y tras ellos,
Tan grande como el sol de playa en playa
De honra abrieron al orbe una ancha raya;

Hoy quiso desnudarte esa grandeza,
Que venia á tus holgados miembros ancha,
Que aun para dalla junta á la braveza
De España le convino echarle ensancha,
Que como espera hacerla su cabeza,
La tierra hasta sus límites ensancha,
Criando nuevos mundos, en que tenga
Magestad que á la suya le convenga.

El grave Emperador, que en la batalla
Entró en su carro de marfil triunfante,
A quien de petos y dorada malla
Iban seis mil tudescos por delante,
Gente insigne, y el cargo de mandalla
Al traidor Galalon, que en radiante
Escudo de lisonjas por mas mengua
Traía esta letra, "aquí, mas no en la lengua,"

Viendo el campo francés puesto en huida,
Sus bravos paladines destrozados,
Sus nobles capitanes de vencida,
A riesgo su persona y sus estados,
Ya la traidora pretension cumplida
Del bando magancés y sus privados,
La sangre helada, y el cabello yerto,
De pena está, como los suyos, muerto.

Mas con pecho magnánimo la gloria
Agena encubre, y el dolor reprime,
Y ya que no en clarines de victoria,
En orden, porque nadie desanime,
Tocan á retirar; mas la notoria
Ventaja ya de España, en voz sublime
Aclamando victoria, "España, España,"
Ningun francés se libra de su saña.

Está el campo de muertos tan cubierto,
Que el carro no descubre ni halla paso,
Cuyo falcado tiro el pecho abierto
Dexa del que al pasar encuentra acaso:
Alguno medio vivo y medio muerto,
Entre el morir y aquel vivir escaso,
Cruel quebranta, y con la rueda altiva
La parte le llevó que tenia viva.

Otro le ve venir, y no pudiendo
El cuerpo desviar sin que le oprima,
El débil cuello abaxa al peso horrendo,
Que con nuevo dolor le viene encima;
Y él de sus armas con el ronco estruendo
Pone en ver su furor espanto y grima,
Corriendo por las ruedas sangre y sesos
Pingües de las medulas de los huesos.

Llegó en esto á pasar el carro altivo
Por donde el gran Reynaldos muerto estaba,
Quedó el César en verlo tal, que el vivo
Mas que el muerto cabe él dolor causaba;
Y sin reparo ya del golpe esquivo
Huyendo al hado su violencia brava,
Del falso Galalon á toda instancia
En un caballo salta, y huye á Francia.

El Obispo Turpin, que entre el morado
Manto vestia bruñido y limpio acero,
A recoger del campo destrozado
Salió, lo que sobró al vencedor fiero:
De plumas y roquete señalado,
Y en el escudo grave un trozo entero
Sobre oro de agradable siempreviva,
Y por letra "mi fama" puesto arriba.

Solo á este dexó España por testigo
Y coronista desta su victoria,
Aunque él con pluma en todo no de amigo
Ya intentó y supo obscurecer su gloria:
Halló á Oliveros muerto por castigo
De su alevoso padre, que en memoria
Del desafío pasado, en aquel valle
Acabó Montesinos de matalle.

Matóle, y tras su primo Durandarte
Siguiendo el rastro de la sangre ardiente,
Del monte por la mas cerrada parte
Se entró llorando el grave mal presente:
De Carlos la diadema, el estandarte,
El triunfal carro, y la famosa gente,
Hizo heroyco trofeo, y dexó España
A Roncesvalles por tan grave hazaña.

Bernardo en tanto, ya que por su mano
Quitó á Rayner y á Don Dudon la vida,
Al viejo Naymo, y á Godofre, hermano
De Galvan el bastardo fratricida,
Al fiel Dardin Dardeña, al inhnmano
Don Alberto de Fox, y la escogida
Sangre vertió de entrambos los Beltranes,
Hijo y padre, famosos capitanes,

A los dos Angelinos, y al prudente
Bibiano, ilustre Príncipe en Saboya,
De la famosa sangre descendiente
Que á Hector derramó la suya en Troya,
Viendo sin orden huir la franca gente
De Roncesvalles por la inculta hoya,
Espuelas á su leal caballo arrima,
Y así á los suyos al alcance anima:

"Aun no está Francia en su altivez rendida
Si esa gente que huye le dexamos,
Que se alabe de haber abierto herida
En los que sin vengarla nos quedamos:
Dirá que la desorden fué fingida,
Y que seguirla de temor no osamos,
Pues le duró viniendo á nuestra tierra
Lo que quisieron, y no mas, la guerra.

Id pues sin orden en monton confuso,
Y pasad adelante al que ahora huye,
Volvedme hácia España ese difuso
Campo que así el vencer nos disminuye:
Creed que es nuevo ardid de guerra intruso,
Que quando mas no puede nos destruye
La victoria, y los triunfos vuelve vanos,
Quitando lo mejor de nuestras manos.

Seguid el roto alcance, y diferente
De lo que ellos pretenden les hiramos,
No en las espaldas, sino frente á frente,
Con que mayor el vencimiento hagamos:
Sino es honra vencer cobarde gente,
Ya que vencido habeis, no consintamos
Que á los bravos de Francia ya sin vidas
Por cobardes los den vuestras heridas."

Dixo, y contra Turpin, que acaudillando
Iba del roto campo el gran destrozo,
Viendo las altas plumas campeando,
El caballo hirió y su pecho el gozo;
Quando hácia él venir al Conde Orlando
Vio, y con gallardo brio y alborozo,
Dexando la primera empresa entera,
Esta segunda escoge por primera.

Qual generoso leon, que entre el rebaño
De algun collado de Getulia estrecho,
Cansado de matar, y de hacer daño,
Las garras lame, y el sangriento pecho;
Si un dragon ve venir de bulto extraño,
La oveja que á matar iba derecho
Dexa, y en crespa clin, y ayre brioso,
Se arroja al enemigo poderoso;

Así el bravo español viendo de léjos
Lucir las armas del señor de Anglante,
Tras sus nuevas vislumbres y reflexos
Feroz sale á ponérsele delante,
Herida el alma de los tristes dexos
Del malogrado primo y tierno amante,
Bien que el Marte francés al desafio
No salió con menor aliento y brio.

Antes en fuego de honra ardiendo el pecho,
Y en deseos de venganza: "ó fiero hispano,
Dixo, que el mundo á golpes has deshecho,
¿Quien te dará ya libre de mi mano?
Bien que la recompensa al daño hecho
Será buscarla igual cuidado vano,
Mas muere, y dexe ahora aquí mi espada,
Sino el agravio, la honra reparada."

Así dixo, y qual dos dragones fieros,
Que en los marsilios campos con la ardiente
Ponzoña que vomitan los postreros
Arboles se arden, y su hervir se siente,
Gimen las costas y escamados cueros,
Tiembla del grave monte la eminente
Altura, y ellos la abrasada arena
De roscas tienen y de golpes llena;

Tales los dos furiosos combatientes
En su horrible batalla andan cubiertos
De espantosas heridas, y valientes
Golpes, furias, corage y desconciertos;
Rotas las finas armas, los ardientes
Yelmos y arneses sin piedad abiertos,
Sus penachos, escudos y testeras
Ya hechos raxas cubren las laderas.

Dió Orlando al de Leon con Durindana
A dos manos un golpe en el escudo,
Que ni el temple acerado, ni la sana
Pasta, valerle en su defensa pudo,
Que ya partido en dos hasta la grana
De sus venas no entrase el filo agudo,
Matizando el color la malla toda
Del fino rosicler de sangre goda.

Y él viendo ya el escudo sin provecho,
Y sin provecho el dilatar la muerte
De un enemigo tal como le ha hecho
El cielo en brazo poderoso y fuerte;
Alta la espada, y levantado el pecho,
Su agudo filo le envió de suerte
Que le partiera en dos, si la visera
En menos cercos encantados fuera.

La sierra atronó el golpe, y con su tarda
Lengua el eco sonó por las cavernas,
Y al darle la encantada Balisarda
Su fuerza y sus virtudes mostró internas,
Que si las firmes armas su bastarda
Cuchilla no halló del todo tiernas,
Tampoco en la dureza que primero
Mostraba al mundo su inviolable acero.

Antes llevando á cercen la alta cresta
Del encantado yelmo sin segundo,
Baxando al hombro la cruel respuesta,
Vivo llegó su filo á lo profundo:
Corrió la primer sangre á la floresta
Que del fuerte Roldan conoció el mundo,
Y él de ver su arnés roto, y él herido,
Quedó mas que del golpe sin sentido.

La vista absorta, y el cabello yerto,
La sangre le cuajó un sudor helado,
Y el negro bulto de su primo muerto
En triste sombra se le puso al lado:
Mas ya del breve frenesí despierto,
De todo el golpe de su honor llevado,
Uno y otro redobla al godo altivo,
Milagro que con tantos quede vivo.

No en los fornidos yunques de Vulcano,
Sobre las derretidas masas de oro,
Labrando rayos á la diestra mano,
Que sola rige el estrellado coro,
Con los membrudos cíclopes el vano
Ayre retumba en eco mas sonoro,
Que el valle á las confusas estampidas
De sus mortales golpes y heridas.

Llenos de horror y sangre, y los paveses
Por el campo sembrados; los caballos,
De las vueltas, vayvenes y reveses,
Ni ya pueden aquí ni allí llevallos;
Hechas sangrientas rajas los arneses,
Por ver si así podrán mejor quebrallos
A brazos se asen, y en alientos mudos
Los pechos gimen en los fuertes nudos.

De los guerreros la indomable fuerza
La de los dos caballos traxo al suelo,
Donde saltando cada qual se esfuerza
A mostrar la que en él ha puesto el cielo:
Crecen los nuevos golpes, y refuerza
El honor lo que falta, que el recelo
De perderle en el alma que le estima,
La punta es de rigor que mas lastíma.

Dió el francés á Bernardo una herida
Tan á sazon, que pudo desarmalle
Todo el hombro siniestro, y de encendida
Sangre darle una nueva fuente al valle:
Corrió notable riesgo de la vida,
Mas quando ya volvia á segundalle,
Tan recio entró con él, que por las faldas
De un gran peñasco le hizo dar de espaldas;

Y antes que hallase tiempo conveniente
De rehacer su furia, con dos manos
Alta la espada, sobre el yelmo ardiente
Baxó gimiendo por los ayres vanos:
La celada rompió el golpe valiente,
Sonó el eco en los valles comarcanos,
Y aunque no cayó el Conde, del ruido
Quedó atronado el uso del sentido.

Queriale ya dexar, y un bulto mudo,
Del muerto primo sombra temerosa,
Vió en el ayre pasar, y el dolor pudo
Volver cruel su alma de piadosa:
"Aunque es corta venganza á mal tan crudo,
No te puedo dar mas, ó alma dichosa;
Muere ahora, cruel, muere, homicida,
Que aquí todo se paga con la vida."

Dixo, y alzando el brazo vengativo,
Al dar sobre el la fiera arma encantada,
Dos partes quedó hecho el yelmo altivo,
Su heroyca frente, y la enemiga espada;
Cayo muerto Roldan, quedando vivo
Su eterno nombre, su alma arrebatada
Feroz voló á su esfera, y su gallardo
Cuerpo á los pies cayó del gran Bernardo.

ALEGORÍA.

Las persuasiones de Galalon al César muestran claro, como á los Príncipes hasta de su misma destruicion hacen lisonjas con que paladearles el gusto: y los agüeros que se ven en el ayre antes de la batalla, significan las inspiraciones que envia el cielo para despertar la obstinacion de un ánimo rebelde, que se hace sordo y dormido, rompiendo con la ambicion todos los respetos y temores humanos: y en ser Morgante quien hace esto el primero, sin hallarse Orimandro en la batalla, es señal que toda ella procedió de una voluntad desenfrenada, y sin luz de entendimiento. En la discordia de Bernardo, Orlando, y Morgante, se muestra como la soberbia y arrogancia, ni aun en su favor no admite compañia: y en la hermosura de Ascanio, lo poco que puede la confianza humana, quando no viene apoyada en grandes fundamentos de virtud: y en las muertes de Reynaldos y los demas paladines, y últimamente en la de Orlando, que era encantado, muerto por Bernardo con la espada Balisarda, muestra como no hay encantamento, armas, ni defensa que basten contra la muerte.

Fin del último libro.

INDICE

DE ESTE TERCER TOMO.

Las cosas notables por la invencion ó por la poesía llevan esta señal (*).

ALFONSO: razonamiento que hace á sus tropas antes de la batalla de Roncesvalles: página 378. octava 1.ª

AMÉRICA: su descripcion geográfica: pag. 80. oct. 4.ª

ANGÉLICA: sus aventuras y desgracias: pag. 245. oct. 4.ª

ARCANGÉLICA: carta que escribe á Bernardo despues de haber peleado con él en las justas de Acaya: pag. 64. oct. 1.ª

ARGANTE: Rey de Fez: mantiene las justas de Acaya: pag. 32. oct. 4.ª = Justa con un caballero desconocido, que le vence y mata: pag. 38. oct. 1.ª (*)

ARLAJA: sus aventuras y desgracia: pag. 304. oct. 1.ª = Se halla repentinamente con Gundémaro: pag. 306. oct. 1.ª

ASCANIO: primo de Bernardo: muere á manos de Orlando: pag. 402. oct. 3.ª (*)

BATALLA de Roncesvalles: pag. 386. oct. 2.ª (*)

BERNARDO: defiende el Parnaso de la invasion de los necios, y es llevado por Apolo y las Musas al templo de la Inmortalidad: pag. 10. oct. 1.ª = Pelea en las justas de Acaya con Arcangélica, sin conocerla: pag. 43. oct. 4.ª (*) = Es declarado vencedor en las justas, y él declara libre á Crisalba para elegir esposo: pag. 57. oct. 3.ª (*) = Intenta partir de Acaya, y al cabo tiene que acompañar á Crisalba, de quien es separado por un encantamento: pag. 67. oct. 2.ª = Combate con un gigante en la fuente de las Maravillas, y gana la espada Balisarda: pag. 127. oct. 3.ª = Libra á Garilo de la horca, y este le roba la espada y el caballo: pag. 164. oct. 3.ª = Combate con Orlando, y le vence: pag. 171. oct.

3.ª (*) = Liberta de la prision en que iban á Teudonio y á Garilo, y recobra su espada: pag. 187. oct. 2;ª = Vence el encantamento del castillo del Carpio: pag. 216. oct. 1.ª = Su ademan y brio en la batalla de Roncesvalles: pag. 376. oct. 4.ª (*)= Se arroja á pelear, y mata á Durandarte: pag. 393. oct. 4.ª = Mata á Reynaldos: pag. 400. oct. 3.ª = A varios paladines, y últimamente á Orlando: pag. 416. oct. 3.ª (*)

BOHAMEL: su muerte trágica: pag. 260. oct. 4.ª

CARLO MAGNO: su sueño misterioso: pag. 273. oct. 2.ª (*) = Su razonamiento antes de la batalla de Roncesvalles: pag. 381. oct. 3.ª = Manda tocar la retirada: pag. 414. oct. 2.ª

CASA DE CASTRO: su sucesion: pag. 229. oct. 1.ª

CASTILLO DEL CARPIO: su descripcion: pag. 212. oct. 2.ª (*)

COLON: sus descubrimientos. y su elogio: pag. 121. oct. 2.ª

CRISALBA: Príncesa de Creta: justas que se hacen por ella en Acaya: pag. 30. oct. 3.ª = Se enamora de Bernardo, y le pide que no se ausente: pag. 67. oct. 4.ª

DISCORDIA del campo francés: pag. 282. oct. 3.ª

DORALICE: se convierte en fuente: pag. 342. oct. 2.ª

ESTORDIAN: Rey de Granada: convertido en gusano de seda: pag. 341. oct. 3.ª

FERRAGUT: halla á Angélica junto á Biserta: pag. 296. oct. 3.ª

GENEALOGÍAS, linages y blasones de España: pag. 136. oct. 4.ª

GRANADA: su origen: pag. 323. oct. 3.ª (*)

GUNDÉMARO: cuenta los sucesos de su vida á Floridano y Arlaja: pag. 317. oct. 1.ª

HARPALÍ: sus amores, y su muerte: pag. 202. oct. 4.ª

HERMOSURA: que partes ha de tener: pag. 98. oct. 2.ª

HERNAN CORTÉS: pag. 107. oct. 2.ª

LUNA: lo que parece de cerca: pag. 79. oct. 1.ª

MALGESÍ: manifiesta á Orimandro, y sus compañeros, los signos del cielo, y sus influxos: pag. 1.ª oct.

1.ª = Interpreta el sueño de Carlo Magno : pag. 277. oct. 1.ª (*)
MONTESINOS : apoya la interpretacion hecha por Malgesí del sueño de Carlo Magno : pag. 279. oct. 2.ª
MORGANTE : gana las armas de Anteo : pag. 265. oct. 2.ª = Combate con Ferragut, y le vence : pag. 298. oct. 4.ª = Se entra en Biserta siguiendo á Angélica · pag. 310. oct. 3.ª (*) = Su loco furor en la batalla de Roncesvalles, y su muerte : pag. 409. oct. 3.ª
NOCHE : su descripcion : pag. 272. oct. 2.ª (*)
ORIMANDRO : pelea por libertar á Angélica, y se la arrebatan : pag. 254. oct. 1.ª = Vuelve á encontrarla, la liberta, se le pierde ; y él se pierde tras ella : pag. 257. oct. 4.ª
ORIGEN de este poema : pag. 25. oct. 2.ª
——— de los Mexicanos : pag. 105. oct. 3.ª
ORLANDO en Roncesvalles : pag. 397. oct. 4.ª = Mata á Ascanio : pag. 407. oct. 1.ª (*) = Pelea con Bernardo, y muere : pag. 417. oct. 4.ª (*)
PIRINEO : su razonamiento al sentir los exércitos que pasan por él : pag. 372. oct. 2.ª (*)
QUEVEDO : su muerte : pag. 391. oct. 2.ª (*)
RESEÑA del campo africano : pag. 343. oct. 4.ª
——— del campo francés : pag. 351. oct. 1.ª
REYES DE CASTILLA : desde Alfonso el Casto hasta Carlos V : pag. 109. oct. 2.ª
SUCESO alegórico de una águila con el autor : pag. 161. oct. 1.ª
TEMPLO de la Inmortalidad : su descripcion : pag. 19. oct. 4.ª
TEUDONIO : muere : pag. 194. oct. 2.ª (*)
TLASCALÁN : mágico indio : pag. 84. oct. 1.ª = Hace venir al suelo el barco de Malgesí, con él y sus compañeros : pag. 85. oct. 1.ª = Su gruta y sus preparaciones mágicas : pag. 86. oct. 4.ª = Predicciones que hace de las cosas venideras de España : pag. 103. oct. 1.ª = Exîto que tiene su conferencia con Malgesí : pag. 125. oct. 4.ª (*)

Fin del último tomo.